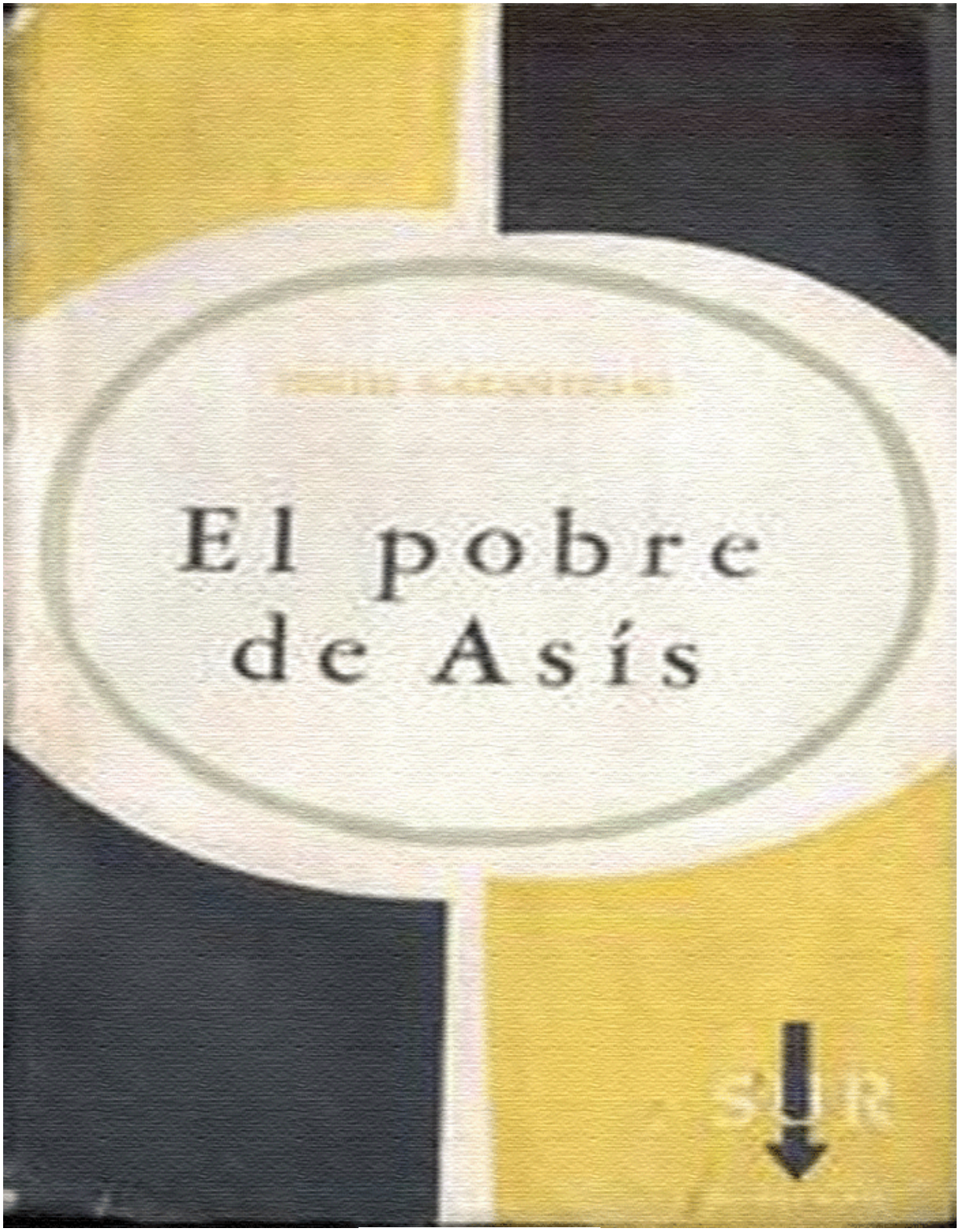
EL POBRE DE ASÍS
NIKOS KAZANTZAKIS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En «El pobre de Asís», la última obra que escribió Kazantzakis antes de su muerte, se recrea la vida de San Francisco de Asís a través del relato del hermano León, un compañero en su recorrido por los caminos de la tierra. Gracias a él asistimos al peregrinaje de San Francisco, de monasterio en monasterio, de aldea en aldea, de desierto en desierto, en busca de Dios. Francisco libra una terrible batalla entre la santidad y la humanidad, de la que saldrá victorioso gracias al espíritu, gracias al amor. «Sólo existe un amor siempre el mismo, sea cual fuere su objeto: una mujer, un hijo, una madre, la patria, una idea, Nos».

Nikos Kazanttakis nació en la isla de Creta en 1883. tuvo una vida azarosa; se licenció en Derecho, fue monje en el monasterio de Athos, ministro de su país, revolucionario, director de un departamento de la Unesco y un gran escritor. Fue uno de los más grandes novelistas griegos contemporáneos y sin duda, el más famoso internacionalmente. Sus obras han sido llevadas al cine, medio en el que han logrado un notable éxito, como la inolvidable «Zorba el griego» y la polémica «La última tentación de Cristo».

Al Doctor Albert Schweitzer, el San Francisco de Asís de nuestro tiempo.

K.

Introducción

¿Recuerdas, padre Francisco, a este indigno que hoy toma la pluma para escribir tus hechos y tus gestos? Yo era un mendigo humilde y feo el día de nuestro primer encuentro. Humilde y feo, hirsuto el pelo de la nuca a las cejas, cubierto el rostro de barba, temerosa la mirada. En vez de hablar, balaba como un cordero. Y tú, para burlarte de mi fealdad y mi humildad, me apodaste hermano León. Pero cuando te conté mi vida, te echaste a llorar y me dijiste, atrayéndome a tus brazos:

—Perdona que me haya burlado de ti llamándote león; porque ahora veo que eres un verdadero león, y lo que persigues sólo un león verdadero podría perseguirlo.

Yo iba de monasterio en monasterio, de aldea en aldea, de desierto en desierto, en busca de Dios. No me casé, no tuve hijos porque buscaba a Dios. Olvidé comer el mendrugo de pan y el puñado de aceitunas que me daban porque iba en busca de Dios.

Tenía seca la garganta a fuerza de pedir, hinchados los pies a fuerza de caminar. Me cansé de llamar a las puertas para mendigar, primero mi pan, después una palabra de bondad, al fin la salvación. Todo el mundo se burlaba de mí y me llamaba simple de espíritu. Me zarandeaban, me expulsaban, ya no podía más. Aprendí a blasfemar. Después de todo, soy un hombre; estaba cansado de caminar, de tener hambre y frío, de llamar a las puertas del cielo sin recibir nunca respuesta. Una noche, en el colmo de la desesperación, Dios me tomó de la mano. Padre Francisco, también a ti te había tomado de la mano, y así nos encontramos.

Y ahora, sentado ante el ventanuco de mi celda, miro las nubes primaverales. En el patio del claustro, el cielo está bajo; llueve suavemente; la tierra huele bien. Los limoneros están floridos, a lo lejos canta un cuclillo. Todas las flores ríen, porque Dios se ha hecho lluvia y llueve sobre el mundo. ¡Qué dulzura, Señor, qué felicidad! ¡Cómo se confunden la lluvia y la tierra, el olor del estiércol y el del limonero, con el corazón del hombre! En verdad, el hombre es de tierra y por eso se regocija tanto como ella con esa tranquila y acariciadora lluvia de primavera. El agua del cielo riega mi corazón que se hiende para que crezca en él un retoño y surjas tú, padre Francisco.

Padre Francisco, en mi florece la tierra toda, ascienden los recuerdos, la rueda del tiempo se mueve hacia atrás y así resucitan las horas santas en que recorríamos juntos los caminos de la tierra, tú al frente y yo pisando tus huellas, en el terror.

¿Recuerdas nuestro primer encuentro? Fue una noche de agosto. Acababa de llegar a Asís, la famosa. Había luna llena, el hambre me hacía vacilar... Muchas veces —a Dios se lo agradezco— había gozado de la noble ciudad, pero esa noche me pareció diferente, irreconocible. Casas, iglesias, torreones, ciudadela, bogaban bajo un cielo malva, en medio de un mar de leche.

Cuando entré, hacia el crepúsculo, por la nueva puerta de San Pedro, una luna perfectamente redonda se levantaba, roja, pacífica como un sol amable, y difundía su luz en cascadas silenciosas desde la fortificación de la Rocca hasta los techados de las casas y los campanarios, transformando las callejas en arroyos y haciendo desbordar de leche los zanjones. Los rostros de los hombres resplandecían, como iluminados por el pensamiento de Dios. Transportado, me detuve e hice la señal de la cruz, preguntándome si era ésa, en verdad, la ciudad de Asís, la ciudad de las casas, los campanarios y los hombres, o si había entrado, antes de morir, en el Paraíso.

Tendí las manos: se llenaron de luna, una luna compacta y dulce como la miel.

Sentí sobre los labios y las sienes la gracia de Dios que fluía. Entonces comprendí: «Un santo ha pasado por aquí», exclamé, «estoy seguro, respiro su olor en el aire».

Subí por callejas estrechas y tortuosas, chapoteando en el claro de luna, hasta la plaza de San Justo. Era un sábado, había allí mucha gente, se oían voces cascadas, canciones, aires de mandolina. El olor mareante de los pescados que se freían, el de la carne que se asaba sobre las brasas se mezclaban con los perfumes del jazmín y de las rosas. El hambre me atormentaba las entrañas. Me acerqué a un grupo.

—Buenas gentes —les dije—, ¿habría alguien aquí, en Asís, la famosa, que pudiera darme limosna? Tengo hambre y sueño, pero no he de quedarme: mañana partiré.

Me observaron de la cabeza a los pies y empezaron a burlarse:

—¿Y quién eres tú, hermoso joven? Acércate un poco, que te admiremos...

—Quizá sea Cristo —dije entonces para asustarles—. A veces desciende a la tierra con figura de mendigo.

—Un buen consejo, desdichado: no se te ocurra repetir lo que acabas de decir. No juegues al aguafiestas, sigue bien tu camino. ¡Si no, cuantos estamos aquí te atraparemos y te crucificaremos!

Se echaron de nuevo a reír. Sin embargo, el más joven de ellos se compadeció de mí:

—Acude a Francisco, el que llaman "cesta agujereada", el hijo de Pedro Bernardone. Él si te dará limosna. Tienes suerte. Ayer mismo volvió de Spoleta. Sólo debes ir en su busca.

Entonces intervino un mocetón con cara de rata y tez olivácea. Se llamaba Sabattino. Años después volvimos a encontrarnos, cuando también él se hizo compañero de Francisco: juntos, descalzos, recorrimos muchas veces los caminos de la tierra.

Esa noche, al oír el nombre de Francisco, se puso a cloquear malignamente:

—Se marchó a Spoleta, empenachado y pimpante en su coraza de oro... Era para cubrirse de gloria, hacerse armar caballero y volver en seguida para pavonearse ante nosotros, como un gallo. Pero Dios es justo: le hirió en

plena frente y nuestro valiente regresó a su casa no como un gallo, sino como un polluelo desplumado.

Dio un salto y batiendo las palmas agregó con una risa estúpida:

—¡Si hasta han hecho una canción sobre él! ¡Vamos todos, en coro!

Se pusieron a cantar a grito pelado, llevando el compás con palmadas:

A Spoleta se marchó
en busca de su armadura;
de Spoleta regresó
tal como lo hizo natura...

La vista de la carne y el vino me hizo desfallecer; tuve que apoyarme contra la puerta.

—¿Dónde está ese Francisco «cesta agujereada», a quien Dios guarde? ¿Dónde está? —les pregunté en un soplo.

—En el barrio alto —contestó el más joven—. Le encontrarás cantando bajo la ventana de su bella.

Me puse en camino, subiendo y bajando las callejas. El hambre me atenazaba. Las chimeneas humeaban, yo aspiraba esos olores y sentía mis entrañas colgantes y secas como un racimo saqueado por los pájaros. Extenuado, me puse a blasfemar:

—¡Ah! —exclamé, lleno de rabia el corazón—.¡Si no buscara a Dios, qué buena vida podría llevar! Me tragaría mis buenas rebanadas de pan blanco, mis suculentos pedazos de cerdo al horno, que me gusta tanto, o liebre en aceite, con cebollitas, laurel y comino, y me zamparía un pellejo de vino tinto de Umbría para refrescarme la garganta. Después iría a entibiarme en los brazos de una viuda, porque tengo oído que no hay calor más suave que el de una viuda. ¡Mejor que un brasero!

Caminaba rápidamente, para tener menos frío, corría para escapar a la tentación de la carne asada y las viudas... Así llegué a las alturas de la ciudadela, la célebre Rocca. Las altivas murallas estaban en ruinas, las puertas calcinadas. Sólo dos torres agrietadas subsistían, y ya la hierba silvestre crecía en los intersticios de las piedras.

Pocos años antes, el pueblo se había sublevado. Sin poder soportar ya la tiranía de los señores, se había lanzado contra ese nido de gavilanes para saquearlo. Yo quería recorrerlo para alegrarme hasta hartarme de la desgracia de los grandes. ¡Ellos habían bebido bien, habían comido bien! ¡Ahora nos tocaba a nosotros! Pero soplaba un viento glacial y tenía frío. De modo que bajé a la carrera.

En las casas, las luces se habían apagado y todo el mundo roncaba después de la pitanza. Esos pingües burgueses habían encontrado en la tierra a un Dios conforme a sus deseos, a la talla del Hombre, que no prohibía ni las mujeres, ni los niños, ni la buena vida; mientras que yo, imbécil de mí, recorría las calles de Asís implorando al cielo, descalzo, famélico, castañeteando los dientes. Blasfemaba y rezaba sucesivamente para calentarme cuando..., hacia medianoche, cerca de la iglesia del obispado, oí sonar guitarras y laúdes. Me acerqué de puntillas y me oculté

en un pórtico frente a la casa del conde Scifi. Vi entonces a cinco o seis adolescentes que daban una serenata. Uno de ellos, de baja estatura, una gran pluma en el sombrero, tenso el cuello, fija la mirada en una ventana con rejas, cruzados los brazos sobre el pecho, cantaba... Los demás, evidentemente bajo el hechizo de su voz, le acompañaban con sus instrumentos. ¡Qué voz, Dios mío, qué dulzura, qué pasión! Mandato y rezo a la vez.

No recuerdo ya las palabras de su canción para transcribirías aquí, pero sé que hablaban de una blanca paloma perseguida por un gavilán y de un joven que llamaba a la paloma ofreciéndole el refugio de su pecho. Cantaba en voz baja, como temiendo despertar a la muchacha que debía de dormir tras la ventana enrejada. El espectáculo me conmovió y los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Cuándo, dónde había oído yo esa voz, esa dulzura en el mandato y la plegaria? ¿Cuándo, dónde había oído yo esa llamada? La paloma que gritaba de terror, el gavilán que la perseguía con chillidos penetrantes y, muy lejana, la voz de la Salvación...

Los jóvenes se colgaron en bandolera las guitarras y, disponiéndose a partir, se dirigieron al que había cantado:

—¡Eh, Francisco! ¿Qué esperas? ¡No ha llegado el momento de que la princesita abra su ventana para arrojarte la rosa!

Pero el cantante no respondió y se volvió hacia la plaza desde la cual subían los cantos de las tabernas, todavía aún abiertas.

Fue entonces cuando, en el temor de perderlo, me precipité hacia él. Porque súbitamente lo había sentido: la paloma no era otra que mi alma, y el gavilán era el diablo, y ese joven, el pecho en que debía encontrar mi refugio. Su cuerpo exhalaba un olor de miel, de cera, de rosa. Comprendí; era el olor de la santidad, ese mismo olor que sube de las reliquias de un santo cuando se abre su relicario de plata. Me quité la capa acribillada de agujeros y cubrí con ella la tierra para que Francisco la pisara. Se volvió, me miró y sonrió:

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—No lo sé, mi joven señor. Por si sola, la capa ha abandonado mis hombros y se ha tendido en el suelo, bajo tus pies.

Su sonrisa se extinguió. Suspiró y, después de una ligera vacilación, se inclinó hacia mi, turbado:

—¿Has visto alguna señal en el aire?

—No lo sé, mi joven señor. Todo es señal: mi hambre, este claro de luna, tu voz... Si continúas preguntándome, estallaré en sollozos.

Entonces repitió en un susurro: "Todo es señal", y miró a su alrededor con inquietud. Después tendió la mano hacia mi y movió los labios, como si todavía hubiese querido interrogarme, pero pareció no resolverse. Dio un paso hacia mí y me incliné para escuchar lo que iba a decirme. Entonces sentí su aliento vinoso en mi cara.

—Nada... —dijo irritado—. No me mires así. No tengo nada que decirte.

Apretó el paso.

—Ven conmigo.

Le seguí. Estaba vestido de seda, una larga pluma roja adornaba su toca de terciopelo y un clavel florecía en su oreja. *Este es uno que no busca a Dios* —pensé—; *su alma está hundida en su carne*" De pronto le tuve lástima. Le toqué el codo.

—Perdóname, mi joven señor, pero quisiera hacerte una pregunta. Tú comes, bebes, te vistes de seda, cantas bajo las ventanas.., en fin, tu vida es una verdadera fiesta... Pero, ¿no te falta algo?

El joven se volvió bruscamente.

—¡Nada me falta! —respondió, irritado—. ¿Por qué me preguntas eso? No me gusta que me interroguen.

Sentí un nudo en la garganta.

—Porque tengo lástima de ti, mi joven señor.

Alzó orgullosamente la cabeza:

—¡Lástima de mí! —dijo, echándose a reír—. ¿Tú?

Después, bajando el tono:

—¿Por qué tienes lástima de mi? —preguntó con voz anhelante.

Se inclinó y me miró en los ojos.

—¿Quién eres bajo tus harapos de mendigo? ¿Quién?

Después, alzando nuevamente la voz:

—¡Habla! ¡Di la verdad! ¿Alguien te ha enviado? ¿Quién?

Y al no recibir respuesta:

—¡No me falta de nada! —gritó, golpeando el suelo con el pie—. No quiero que me compadezcan. Quiero que me envidien. ¡No! ¡No me falta nada!

Bajó la cabeza y calló. Después de una pausa breve:

—El cielo está demasiado alto, no puedo alcanzarlo. La tierra es buena y hermosa. Y está muy cerca, además...

—Nada está más cerca de nosotros que el cielo. La tierra está bajo nuestros pies y caminamos sobre ella, pero el cielo está en nosotros.

Raleaban las estrellas, declinaba la luna, de los barrios alejados llegaban serenatas apasionadas. El aire de esa noche estaba cargado de perfumes, de amor. Abajo, la plaza bullía.

—Si, el cielo está en nosotros, mi joven señor —repetí.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó con inquietud.

—He tenido hambre, he sufrido.

Me tomó del brazo.

—Ven a mi casa. Comerás y dormirás, pero no vuelvas a hablarme del cielo. ¡Basta ya por hoy!

Los ojos le brillaban de cólera y tenía la voz ronca.

En torno a la plaza del mercado las tabernas retumbaban de gritos. Una linterna roja ardía frente a una vieja barraca en la que entraban jóvenes borrachos. De las aldeas vecinas ya llegaban mulos cargados de legumbres y frutos. Dos saltimbanquis plantaban estacas, tendían cuerdas. En todas

partes se disponían mesas y se alineaban botellas de vino, de aguardiente y de ron. Eran los preparativos para el mercado del día siguiente, el domingo.

Dos borrachos advirtieron a Francisco en la luz de la luna y rieron sin poder contenerse. Uno de ellos tomó la guitarra que llevaba en bandolera y empezó a cantar, mirándolo con aire burlón:

El nido haces tan alto
que la rama cederá,
y el pájaro volará:
¡Qué triste sobresalto!

Con la cabeza baja, Francisco escuchaba inmóvil:

—Tiene razón —murmuró—, tiene toda la razón…

Debí callar, pero torpe como soy, no pude retener mi lengua:

—¿Qué pájaro?

Francisco me miró. Había en su rostro tal dulzura que, abandonándome a mi impulso, le tomé la mano y se la besé:

—¡Perdóname!

Entonces pareció serenarse.

—¿Qué pájaro? —susurró—. ¿Lo sé yo mismo, acaso?

Suspiró profundamente.

—No lo sé —gimió—, no lo sé. ¡Ven, no me hagas preguntas!

Me tomó firmemente de la mano, como temiendo verme escapar. *¿Escaparme yo? ¿Y para ir adónde?* Desde ese momento, nunca le dejé.

¿Eras tú, entonces, padre Francisco, aquel a quien buscaba desde hacia tantos años? ¿He nacido únicamente para servirte? Lo que me dijiste, a nadie lo has dicho. Me tomaste de la mano y mientras atravesábamos los bosques y franqueábamos las montañas, hablaste… Y yo aguzaba el oído y te escuchaba, sin pronunciar palabra.

—Si no te tuviera a ti, hermano León —me decías—, hablaría a las piedras, a las hormigas, a las hojas del olivo… Tengo el corazón demasiado lleno; si no lo abro, estallará.

Supe así más cosas sobre ti que nadie en el mundo. Cometiste más pecados de los que nadie imaginaria; hiciste más milagros de los que nadie creería. Desde el fondo mismo del Infierno tomaste impulso para remontarte hasta el Cielo.

Me lo decías a menudo:

—Cuanto más bajo sea tu punto de partida, más alta será tu elevación. El mayor mérito del cristiano militante no consiste en su virtud, sino en el combate que libra para trasmutar en virtud su impudor, su cobardía, su incredulidad, su malicia. Un día, un glorioso arcángel irá a situarse a la diestra de Dios: no será Miguel, ni Gabriel, será Lucifer, que por fin habrá trasmutado su horrible negrura en luz.

Yo lo escuchaba boquiabierto. *¡Qué dulces de oir son esas palabras!* —pensaba—. *¿De modo que también el pecado puede convertirse en el sendero*

que nos lleva a Dios? ¿De modo que el pecador también puede esperar la salvación?" ¿Y tu amor por Clara, la hija del noble Favorini Scifi? Soy el único que lo sabe.

Las gentes, con su espíritu timorato, creen que sólo amabas su alma. Pero tú amabas su cuerpo, ante todo. Partiste de ese amor y por un camino lleno de tentaciones y trampas, después de una larga lucha, llegaste, con el auxilio de Dios, hasta el alma de Clara.

Y amaste esa alma sin renunciar nunca a ese cuerpo, pero sin tocarlo nunca. Lejos de ser obstáculo, ese amor carnal te llevó a Dios, ya que te permitió conocer un gran secreto: las vías y la pugna mediante las cuales la carne se hace espíritu. Sólo existe un amor, siempre el mismo, sea cual fuere su objeto: una mujer, un hijo, una madre, la patria, una idea, Dios. Obtener una victoria, siquiera en la etapa más baja del amor, es abrir el camino que lleva al cielo. Tú combatiste la carne, la amasaste con tus lágrimas y tu sangre, y al cabo de una larga y terrible batalla en que fue inexorablemente vencida, la hiciste espíritu. Del mismo modo hiciste espíritu todas tus virtudes, que también eran carne y otras tantas Claras: llorando, riendo, desgarrándote. Es el camino, el único; no hay otro. Tú lo comprendiste y yo me sofocaba siguiéndote.

Un día te pusiste en pie, gimiendo, entre las piedras manchadas con tu sangre; tu cuerpo no era sino una llaga. Me precipité hacia ti, desgarrado el corazón de piedad, y me abracé a tus rodillas gritando:

—Hermano Francisco, ¿por qué atormentas tu cuerpo? Es una criatura de Dios y debes respetarlo. ¿No tienes lástima de la sangre que se derrama?

—Hoy, en el punto a que ha llegado la humanidad —me respondiste sacudiendo la cabeza—, el virtuoso debe poseer la virtud hasta la santidad y el pecador ha de pecar hasta la bestialidad. Hoy no existen términos medios.

Otra vez, mirando con desesperación la tierra que quería perderte y el cielo que te rehusaba su auxilio, me dijiste, y aún me estremezco:

—Hermano León, escucha bien. He de decirte algo muy grave. Si es demasiado pesado para ti, corderillo de Dios, olvídalo. ¿Me escuchas?

—Te escucho, padre Francisco.

Yo temblaba de pies a cabeza. Entonces, poniéndome la mano sobre el hombro como para impedir que cayera:

—Hermano León, el verdadero santo es el que ha renunciado a todos los goces de la tierra... y a todos los goces del cielo.

Pero no bien salieron de tus labios esas palabras mías, tuviste miedo y, recogiendo un puñado de tierra, te. llenaste con él la boca. Después me miraste, horrorizado:

—¿Qué he dicho? ¿He hablado? ¡No... cállate!

Y estallaste en sollozos.

Cada noche, a la luz de la lámpara, yo anotaba escrupulosamente todas tus palabras para que no se perdieran. Y también tus hechos. Me decía que una sola de tus palabras podía salvar un alma y que si no la entregaba a los hombres, esa alma perdería su salvación por mi culpa.

Muchas veces tomé la pluma para escribir, pero renunciaba lleno de temor. Si, y que Dios me perdone: las letras del alfabeto me aterrorizaban. Son genios malos, astutos, impúdicos, pérfidos. Cuando se abre la escribanía para librarlos, huyen desatados, indomables. Se animan, se unen, se separan, se alinean a su antojo sobre el papel, negros, con sus colas y sus cuerpos. Y es inútil llamarlos al orden y suplicarles; todo hacen según les place. Así, en su enloquecida zarabanda, destacan socarronamente lo que queríamos ocultar y, al revés, se niegan a expresar lo que, en lo más hondo de nuestro corazón, lucha para salir y hablar a los hombres.

Un domingo, saliendo de la iglesia, sentí que mi temor desaparecía. *¿Acaso Dios no sujetó a esos genios perversos, mal de su grado, para escribir el Evangelio?* —me dije—. *Entonces, coraje, alma mía, no tengas miedo. ¡Toma la pluma y escribe!* Pero también esa vez mi página permaneció en blanco. Los que escribieron el Evangelio eran apóstoles. Uno tendía al Ángel, otro al León, el tercero al Buey y el cuarto al Águila para dictarles lo que debían escribir. Pero yo…

Fue así como durante años, sin poder decidirme, transportaba tus palabras, transcritas fielmente, una a una, a pellejos de animales, trozos de papel y de corteza. *¿Cuándo llegará el momento* —me decía—, *en que la vejez me tornará incapaz de correr por el mundo? Entonces me retiraré a un convento para que Dios me dé fuerzas, en la calma de mi celda, a fin de poner sobre el papel, como en la leyenda, tus palabras y tus obras. Para la salvación del mundo, padre Francisco*"

Estaba impaciente. Veía las palabras cobrar vida y agitarse sobre las pieles, los trozos de papel y las cortezas. E imaginaba a Francisco errante, sin techo, agotado, la mano tendida como un mendigo. Lo veía deslizarse en el patio del convento —era el único que lo veía— y entrar en mi celda.

Anteayer. todavía, durante el crepúsculo, soplaba el viento del norte, hacia frío y yo había encendido mi hornillo de barro cocido (el padre superior me ha dado permiso para hacerlo, porque ya soy viejo y no tengo resistencia). Inclinado sobre un pergamino, leía la Vida de los santos. El aire estaba poblado de milagros que me lamían como llamas. Ya no me encontraba sobre la tierra. De pronto, siento que hay alguien detrás de mí. Me vuelvo: Francisco estaba junto al fuego. Me pongo de pie de un brinco.

—Padre Francisco —exclamé—. ¿Has dejado el Paraíso?

—Tengo frío —respondió—, tengo frío y hambre, busco dónde posar mi cabeza.

Tenía miel y pan. Me precipito para darle de comer, pero en el instante en que me vuelvo: nadie.

Era un signo de Dios, un mensaje manifiesto: «Francisco yerra por la tierra, sin fuego ni techo. ¡Hazle una morada!».

Me invadió el mismo temor y luché largo tiempo contra mi mismo. Después, fatigado, posé la cabeza sobre el pergamino y, en cuanto me dormí, tuve este sueño: Estaba tendido bajo un árbol florido. Una brisa primaveral soplaba desprendiendo las flores que caían sobre mi. ¡Qué dicha, qué dulzura, qué felicidad! Era como si el soplo de Dios me acariciara, semejante a una brisa perfumada. ¡No podía ser otro que el árbol del Paraíso!

Súbitamente, mientras contemplaba el cielo a través de las ramas, fueron a posarse en cada una de ellas pájaros diminutos como las letras del alfabeto. Uno solo al principio, después dos, luego tres que se pusieron a brincar por todo el árbol, formando grupos de dos, de tres o de cuatro, cantando a coro, arrebatados de entusiasmo. El árbol ya no era sino un canto suave, un canto de pasión, de amor y de indecible tristeza, y advertí que era yo mismo, profundamente hundido en la tierra primaveral, cruzados los brazos sobre el pecho, que eran mis propias entrañas el punto de donde partía ese árbol cuyas raíces, envolviendo mi cuerpo, absorbían su savia. Las alegrías y las penas de mi vida se habían vuelto pájaros canoros.

Desperté. El canto aún vibraba en mi, la brisa de Dios me acariciaba.

Había dormido toda la noche sobre el pergamino. Era el alba. Me alcé y me puse ropas limpias. Las campanas redoblaban los maitines, me persigné y bajé a la iglesia.

Apliqué la frente, la boca, el pecho sobre las lajas. Comulgué. Acabada la misa, no dirigí la palabra a nadie, para conservar puro el aliento, y volví corriendo, volando casi, a mi celda. Sin duda me sostenían ángeles. No los veía, pero oía el ruido de sus alas. Al fin tomé la pluma, hice la señal de la cruz y empecé a escribir tus Hechos y tus Gestos, padre Francisco.

¡Que Dios me asista!

Señor, juro decir la verdad; ayuda a mi memoria. Ilumina mi espíritu, Señor, no me dejes pronunciar una palabra superflua. ¡Montañas y llanuras de Umbría, erguíos y testimoniad! ¡Piedras manchadas con su sangre de mártir, caminos polvorientos o cubiertos de fango, sombrías cavernas, cimas nevadas, navío que lo llevaste a la Arabia salvaje, leprosos, lobos, bandidos, y vosotros, pájaros, que lo oísteis orar, acudid! Yo, el hermano León, tengo necesidad de vosotros, venid, ayudadme a decir la verdad, toda la verdad; la salvación de mi alma depende de ello.

Tiemblo, pues suele ocurrirme que no puedo distinguir entre la verdad y la mentira.

Francisco se vierte en mi espíritu como el agua, cambia constantemente de rostro y ya no puedo encontrarlo. ¿Era bajo? ¿Era un coloso? No puedo afirmar nada con la mano sobre el corazón. Muchas veces se me mostró enclenque, de cara ingrata, seca, con barba rala, labios gruesos e inmensas orejas velludas, tiesas como las de un conejo, siempre atentas al mundo visible e invisible. Sin embargo, sus manos eran delicadas, sus dedos ahusados como los de un hombre de noble ascendencia... Cuando hablaba o rezaba, cuando creía estar solo, flámulas celestes brotaban de su cuerpo; era un arcángel que batía vivamente el aire con sus alas rojas. Quien le sorprendía así, en mitad de la noche, retrocedía aterrorizado para no quemarse con el fuego.

—Padre Francisco —le gritaba yo—, vas a quemar el mundo.

Entonces avanzaba hacia mi, tranquilo, sonriente; su rostro ya había recobrado la dulzura, la amargura, la debilidad de un rostro humano.

Un día recuerdo que le pregunté:

—Padre Francisco, ¿cómo se te aparece Dios cuando te encuentras solo en la oscuridad?

Me respondió:

—Como un vaso de agua fresca, hermano León, un vaso de agua de Juvencia. Tengo sed, bebo esa agua y mi sed se calma por la eternidad.

Sorprendido, exclame:

—¿Como un vaso de agua fresca? ¿Dios?

—¿Por qué te asombras? Nada hay más simple, más refrescante y más apropiado para los labios del hombre que Dios.

Pero años después, agotado, el padre Francisco, que no era ya sino un montón de huesos y pelos, me dijo en voz baja para que no lo oyeran otros hermanos:

—Dios es un incendio, hermano León. Arde y nosotros ardemos con él.

Cuanto más procuro abarcarlo en mi recuerdo, más segura me parece una cosa: desde la tierra que hollaban sus pies hasta su cabeza, su talla era más bien pequeña,

estoy seguro de ello. Pero a partir de su cabeza, Francisco era inmenso.

Recuerdo con nitidez dos partes de su cuerpo: sus pies y sus ojos. Soy un mendigo, me he pasado la vida con mendigos, he visto millares de pies condenados a caminar por las piedras, el polvo, el fango, la nieve. Pero nunca he visto pies tan sufridos, tan lastimosos, tan flacos, roídos por los caminos y cubiertos de llagas sangrientas. A veces, cuando el padre Francisco dormía, me inclinaba y le besaba los pies. Era como si besara todo el sufrimiento humano.

¿Y sus ojos? Quien los veía una vez ya no podía olvidarlos. Eran grandes, rasgados en forma de almendra, de un negro profundo. Las gentes decían: "Nunca he visto ojos tan dulces, tan claros", y mientras lo decían esos ojos se abrían como trampas y descubrían las entrañas, corazón, riñones y pulmones, que ardían. A menudo miraba a alguien pero sin verlo. Porque a través de la piel y la carne, a través de la cabeza del hombre que se encontraba ante él, percibía el cráneo, la cabeza del muerto.

—Me gustas, hermano León —me dijo un día acariciándome el rostro—, me gustas porque dejas que el gusano se pasee libremente por tus labios y tus orejas, sin espantarlo.

—¿Qué gusano? ¡No lo veo!

—Lo ves, sin duda, cuando rezas o cuando sueñas con el Paraíso. Pero no lo espantas porque sabes bien que ese gusano es un enviado de Dios, nuestro Gran Rey. Dios celebra una gran boda en el cielo y nos envía al gusano para invitarnos: «¡Saludos de parte del Gran Rey! ¡Acudid!».

Cuando estaba acompañado, le gustaba jugar y reír. A veces tomaba dos trozos de madera y fingía tocar el violín e improvisaba canciones en honor de Dios. Lo hacia para infundir coraje a los hombres, porque sabia que los sufrimientos del alma y del cuerpo hambriento superan la resistencia humana... Pero cuando estaba solo estallaba en sollozos. Se golpeaba el pecho, rodaba sobre las ortigas y las zarzas, levantaba los brazos

al cielo gritando: «¡Todo el día te busco desesperadamente, oh mi Dios; por la noche, cuando duermo, eres Tú el que me busca! ¿Cuándo nos encontraremos?».

En una ocasión lo oí gritar, con los ojos perdidos en el Cielo:

—¡No quiero seguir viviendo, desvísteme, Señor, libérame de mi cuerpo, tómame!

Por la mañana, cuando nacía el día y los pájaros empezaban a cantar, o al mediodía, cuando se sumergían en la fresca sombra del bosque, o bien por la noche, bajo las estrellas, al claro de luna, Francisco se estremecía con una felicidad indecible.

—Hermano León —me decía con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Qué prodigio! ¿Cómo imaginar a Aquel que creó tanta belleza? ¿Cómo nombrarlo?

—Dios, padre Francisco —le respondía yo.

—¡No, no con ese nombre! —exclamaba—. Ese nombre es terrible, rompe los huesos. ¡No, no Dios, sino Padre!

Una noche la luna era un disco perfecto en medio del cielo y la tierra, inmaterial, flotaba en el espacio. Francisco recorría las calles de Asís, asombrado de que las gentes no estuvieran en los umbrales de sus casas para admirar ese milagro. De súbito, corrió, trepó por el campanario de la iglesia y empezó a tocar a rebato. La gente despertó sobresaltada, temiendo un incendio, y se precipitó semidesnuda en el patio de San Rufino. Y al ver que Francisco agitaba furiosamente la campana, le preguntaron:

—¿Por qué tocas? ¿Qué pasa?

—Levantad los ojos —les respondió él desde lo alto del campanario—. ¡Mirad esa luna!

Tal era el pobre Francisco; al menos, así lo veía yo. Porque, ¿habrá manera de saber quién era en realidad? ¿Lo sabía acaso él mismo?

Un día de invierno, en la Porciúncula, Francisco se calentaba al sol en el umbral de una puerta, cuando llegó un hombre joven, sin aliento, y se detuvo frente a él.

—¿Dónde está Francisco, el hijo de Bernardone? —preguntó—. ¿Dónde está el nuevo santo? Quiero arrojarme a sus pies. Hace meses y meses que vago por los caminos en su busca. Por el amor de Cristo, hermano, dime dónde se encuentra.

—¿Dónde está Francisco, el hijo de Bernardone? —respondió Francisco sacudiendo la cabeza—. ¿Francisco? ¿El hijo de Bernardone? También yo, hermano, lo busco. Hace años que lo busco. Dame la mano y vayamos en pos de él.

Se puso de pie, tomó al joven de la mano y lo llevó consigo.

I

¿Podía yo adivinar esa noche, cuando lo encontré en Asís, el destino de ese muchacho que cantaba bajo las ventanas de su amada, con una pluma roja en el sombrero?

Me tomó de la mano, atravesamos la ciudad corriendo y llegamos ante la morada de Bernardone.

Entramos con precaución para no despertar al ogro; Francisco me llevó a comer y me preparó una cama. Al alba, después de haber dormido bien, me levanté, abrí la puerta sin hacer ruido y me deslicé afuera. Era domingo, había una gran misa en la iglesia de San Rufino y fui a instalarme ante el pórtico para mendigar.

Me senté sobre el león de piedra que se encuentra a la izquierda del portal de la iglesia y esperé a la multitud de cristianos. En esos días los cristianos cambian de alma al cambiar de hábito, el Infierno y el Paraíso los preocupan, tienen miedo, esperan y abren su bolsa a los menesterosos. Me había quitado la caperuza y de cuando en cuando caían monedas tintineando. Una dama de alcurnia, vieja y medio loca, se inclinó y me preguntó quién era yo, de dónde venia y si había visto a su hijo, aprisionado durante la guerra por los caballeros de Siena.

Cuando abría la boca para contestarle, el señor Bernardone, padre de Francisco, apareció. Lo conocía de antiguo, pero nunca me había dado limosna. «¡Tienes brazos y piernas!», me gritaba siempre, «¡trabaja!». Un día le respondí:

—¡No trabajo, pero busco a Dios!

—¡Así te cuelguen! —gritó con su voz de trueno, y su sequito estalló en una carcajada.

Llegaba con paso majestuoso acompañado de su mujer, doña Pica, para oír la misa en la iglesia. ¡Mi Dios, qué hombre terrible! Llevaba una larga túnica de seda escarlata, bordada con ribetes de plata, una gran toca de terciopelo negro y zapatos a la polaca de igual color. Su mano izquierda jugaba con una cruz que colgaba de una cadenilla de oro. Bernardone era fornido, de ancha mandíbula, gran papada, nariz aquilina, ojos grises y fríos semejantes a los de un halcón.

No bien lo vi, me encogí en mi rincón. Tras él trotaban cinco o seis mulos cargados hasta reventar de mercancías preciosas: sedas, terciopelos, galones de oro y brocados maravillosos. Cinco arrieros armados vigilaban las bestias, porque las calles eran un hervidero de bandidos. Bernardone acudía, pues, a la iglesia con sus mercancías. Quería que el Santo las bendijera y pudiera reconocerlas en caso de que se encontraran en peligro. Como cada vez que partía de viaje, propondría a San Rufino: «Protege mis mercancías y te traeré de Florencia una lámpara cincelada de plata... todos los demás santos, que no tienen más que lámparas de vidrio, se pondrán celosos...»

Junto a él, cruzadas las manos sobre el vientre, altivo el andar, bajos los ojos y el pelo cubierto con un velo azul, estaba doña Pica, la Francesa. Era hermosa, graciosa, dulce. Adiviné en su rostro que solía dar limosnas. Tendí la mano, pero no me vio. O más bien prefirió no darme limosna delante de su marido. Cruzaron el umbral de la gran puerta y desaparecieron en la iglesia.

Muchos años después, una mañana, a punto de partir a predicar la Buena Nueva en las aldeas, Francisco, que pensaba en su madre y su padre, suspiró:

—¡Ah, todavía no he podido reconciliarlos!

—¿A quiénes? ¿De quiénes hablas, hermano Francisco?

—De mi padre y mi madre. Luchan en mi desde hace años y, te lo aseguro, esa lucha es toda mi vida. Pueden tomar nombres diferentes: Dios y Satanás, espíritu y carne, bien y mal, luz y tinieblas, pero nunca son otros que mi padre y mi madre.

»Mi padre grita: «¡Gana dinero, enriquécete, cambia tu oro! Sólo el rico y el señor son dignos de vivir. No seas bueno, te perderás; si te rompen un diente, rompe una mandíbula. No trates de que te quieran, procura ser temido. ¡No perdones, golpea!».

»Y la voz de mi madre, aterrorizada, me dice quedamente, para que mi padre no pueda oírla: «¡Sé bueno, mi Francisco, ama a los pobres, a los humildes, a los desheredados! ¡Perdona a quienes te hayan ofendido!». Mi padre y mi madre luchan en mi y me esfuerzo por reconciliarlos. Pero no se reconcilian, hermano León, y sufro...

En efecto, el señor Bernardone y doña Pica se habían reunido en el corazón de Francisco y lo atormentaban. Pero fuera del corazón de su hijo, cada uno tenía su propio cuerpo y ese día iban a la iglesia, el uno junto a la otra, para oír la misa.

Cerré los ojos, escuché las voces frescas de los niños que cantaban y el sonido del órgano que manaba del triforio haciendo vibrar el aire con sus acordes. Pensé: *Es la voz de Dios, la voz del pueblo, severa, todopoderosa...* Con los ojos cerrados escuchaba, era feliz. Así, a horcajadas sobre el león de mármol, me pareció que entraba en el Paraíso. Un canto muy dulce, el perfume del benjuí y, en una cestilla, pan, olivas y vino.., el Paraíso no es otra cosa. Porque yo, y que Dios me perdone, no comprendo ni jota de esos espíritus, esas almas sin cuerpo de que hablan los teólogos.

Si cae una migaja de pan, me inclino, la recojo y la beso, porque sé con certeza que esa migaja representa un pedazo del Paraíso.

Pero únicamente los mendigos pueden comprender esas cosas. Y a los mendigos me dirijo.

Mientras me paseaba por el Paraíso montado en el león de mármol, una sombra se extendió sobre mi. Abrí los ojos: Francisco estaba allí. El oficio había terminado, acaso me había dormido, y los mulos cargados con las mercancías preciosas habían salido del patio de la iglesia.

Francisco estaba ante mí, pálido, con los labios temblorosos y los ojos llenos de visiones.

—Ven, te necesito —me dijo con voz ronca.

Se adelantó apoyado en su bastón de pomo de marfil. Pero las rodillas se le doblaban y de cuando en cuando tenía que apoyarse en una pared. Se volvió:

—Estoy enfermo —me anunció—. Sostenme hasta la casa, voy a acostarme. Y te quedarás junto a mí. Tengo que pedirte algo.

En la plaza, los saltimbanquis habían terminado de plantar sus mástiles y de tender sus cuerdas. Llevaban trajes abigarrados y bonetes rojos, puntiagudos y con cascabeles. Era domingo. Ancianos, hombres y mujeres, sentados en el suelo, un pan en el delantal, vendían gallinas, huevos, queso, hierbas medicinales, bálsamos para las quemaduras y amuletos contra el mal de ojo. Un viejo malicioso, que tenía una rata blanca en una jaula, decía la buenaventura.

—Señor Francisco —exclamé—, ¡hazte decir la buenaventura! Se dice que estas ratas vienen directamente del Paraíso. Por eso son blancas y conocen secretos.

Pero Francisco, asido de un mástil, respiraba con dificultad. Entonces le tomé por el talle y le llevé a la morada del señor Bernardone.

Dios mio, ¿cómo pueden resignarse a morir los ricos? ¡Escaleras de mármol, cámaras con cielos rasos dorados, sábanas de lino y de seda!... Le ayudé a tenderse en su cama, cerró los ojos en seguida, agotado.

Sentado a su cabecera, veía pasar sucesivamente por su cara pálida sombras y relámpagos. Sus párpados se estremecían como si una claridad enceguecedora los hiriera. Sospeché una presencia terrible por encima de él.

Al fin lanzó un grito, abrió los ojos y se sentó en la cama, aterrorizado. Me precipité, puse una almohada de plumas bajo su espalda y me preparé a preguntarle qué tenía, cuando me cerró la boca con un gesto.

—Cállate —murmuro.

Después se acurrucó en el almohadón de plumas, tiritando. Sus ojos iban de un lado a otro: miraban con espanto hacia el interior de su ser. Le temblaba el mentón.

Entonces comprendí:

—¡Has visto a Dios, lo has visto! —exclame.

Se prendió de mi brazo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con angustia—. ¡Quién te lo ha dicho!

—Nadie. Pero al verte temblar, he adivinado. Sólo la vista de un león o de Dios puede hacer temblar de ese modo.

Irguió la cabeza en el almohadón:

—No, no lo he visto —murmuró—. Lo he oído.

Miró a su alrededor con angustia.

—¡Siéntate! —me dijo—. ¡No te acerques. no me toques!

—No te toco, tengo miedo de tocarte. Si te tocara en este momento, mi mano se volvería ceniza.

Sacudió la cabeza y sonrió. Los destellos reaparecieron en sus ojos.

—Tengo algo que preguntarte —dijo—. Ante todo, ¿ha vuelto mi madre de la misa?

—Todavía no. Debe de estar conversando con sus amigas.

—Tanto mejor; cierra la puerta. Calló, y poco después:

—Tengo algo que preguntarte —repitió.

—Estoy a tu servicio, mi joven señor. Te escucho.

—Me has dicho que te pasas la vida buscando a Dios. ¿Cómo lo buscas? ¿Gritando? ¿Llorando? ¿Cantando? ¿O ayunando? Cada uno debe de tener su propio camino que le lleve a Dios. ¿Cuál es el tuyo?

Bajé la cabeza, preocupado, vacilante. Sabía qué camino seguía para buscar a Dios, pensaba en él con frecuencia, pero no me atrevía a hablar. En esa época me avergonzaba ante los hombres porque no tenía pudor ante Dios.

—¿Por qué no me respondes? —dijo Francisco con tono quejoso—. Pase por un momento difícil y te pido que me ayudes. ¡Ayúdame!

Me apenaba. Sentía un nudo en la garganta, y tomé la decisión de contarle.

—Te parecerá extraño, señor, pero la vía que he elegido para ir al encuentro de Dios es la pereza. Si no hubiera sido perezoso habría llevado una vida ordenada como todos los hombres, habría aprendido un oficio, habría abierto una tienda de carpintero, de tejedor, de zapatero, habría trabajado el día entero, me habría casado y no habría tenido tiempo para buscar a Dios. «¿Para qué buscarle tres pies al gato?», me habría dicho. Habría derrochado toda mi energía para ganarme el pan, tener hijos, dirigir a una mujer. En tales condiciones, ¿dónde encontrar el tiempo de vagabundear, cómo conservar un corazón puro para pensar en Dios?

»Por suerte, nací perezoso. Me aburría trabajar, casarme, tener hijos, crearme preocupaciones. En el invierno, me tendía al sol, y en el verano, a la sombra. Por la noche, acostado en la terraza de una casa, de cara al cielo, miraba la luna y las estrellas. Pero, ¿cómo quieres no pensar en Dios mirando la luna y las estrellas? Ya no podía dormir. Me decía: «¿Quién hizo esto y por qué? ¿Quién me hizo ami mismo y por qué?» O bien: «¿Dónde puede encontrarse Dios?». Pues quería encontrarlo y plantearle todas estas cuestiones.

»Has de saber que la piedad necesita de la pereza y el ocio; no escuches lo que te dicen. Un obrero que vuelve fatigado a su casa al atardecer olvida la existencia de Dios. Tiene hambre y sólo piensa en comer. Riñe con su mujer, castiga

a sus hijos sin motivo, sencillamente porque está fatigado, irritado. Después cierra los puños y duerme... Después despierta un instante, su mujer está a su lado, la abraza, vuelve a cerrar los puños y se hunde otra vez en el sueño. ¡Ni un minuto para pensar en Dios!

»Pero quien no tiene trabajo, ni mujer, ni hijos tiene todo el tiempo posible para pensar en Él. Al principio lo hace por curiosidad, pero poco

apoco la angustia va insinuándose... No sacudas la cabeza, señor, me has preguntado, te respondo.

—Sigue, hermano León, habla, no te detengas. Entonces, en ese caso, ¿también el diablo, como la pereza, podría llevar a Dios? Me das valor, sigue hablando.

—¿Qué más puedo decirte, señor? Conoces lo demás. Mis padres me habían dejado algún dinero, lo he gastado todo. Entonces tomé mi alforja y partí en busca de Dios, de puerta en puerta, de convento en convento, de aldea en aldea... ¿Dónde está? ¿Alguien lo ha visto? Era como si persiguiera a una fiera terrible. Algunos reían, otros me arrojaban piedras, otros me golpeaban. Pero yo, insistente, volvía a partir cada vez en busca de Dios.

—¿Y lo has encontrado?

Sentía sobre mi el jadeo de Francisco.

—¿Cómo encontrado, mi joven señor? Pedí consejo a toda clase de gente: sabios, santos, locos, prelados, trovadores, centenarios. Pero cada uno me indicaba un camino diferente: ¿cuál elegir? Perdía la cabeza. «El camino que lleva a Dios», me dijo un sabio de Bolonia, «es la mujer y el hijo. Cásate». Y otro, un loco: "Si quieres encontrar a Dios, no lo busques. Si quieres verlo, cierra los ojos, si quieres oírlo, tápate las orejas. ¡Eso es lo que hago yo!». Y cerró los ojos, juntó las manos y se echó a llorar.

»Una mujer que vivía enteramente desnuda en un bosque sólo pudo darme este grito como respuesta: "¡Amor! ¡Amor!». Corría bajo los pinos y se golpeaba el pecho. En otra ocasión encontré a un santo en una gruta. A fuerza de llorar había perdido la vista; la suciedad y la santidad habían hecho escamosa su piel. Fue el que me dio la respuesta más justa y terrible. Al solo pensar en ella se me eriza el pelo.

—¿Qué respuesta es ésa? ¡Quiero conocerla! —dijo Francisco temblando.

—Me prosterné ante él y le pregunté: "Santo ermitaño, voy en busca de Dios. ¡Muéstrame el camino!». «No hay camino», me respondió, golpeando el suelo con el bastón. «¿Qué hay, entonces?», dije, espantado. «Un abismo: ¡salta!» «¿Un abismo? ¿Ése es el camino?» «¡Ése es el camino! Todos los caminos llevan a la tierra, el abismo lleva a Dios. ¡Salta!» «No puedo, anciano.» «¡Entonces, cásate y deja de pensar en Dios!» Y me despidió con una señal de su brazo esquelético. De lejos, oía sus sollozos.

—¿Todos lloraban? —murmuró Francisco, aterrorizado—. ¿Todos? ¿Los que habían encontrado a Dios y los que no lo habían encontrado?

—¡Todos!

—¿Por qué, hermano León?

Callamos. Francisco había hundido la cara en el almohadón. Respiraba con dificultad. Para reconfortarle, le dije:

—Escucha, señor, creo haber visto la huella de Sus pasos dos o tres veces en la vida. Un día... aunque esta vez estaba borracho... Lo vi detrás de mí, un instante. Abrió simplemente la puerta de la taberna donde yo hacia bulla con mis amigos y después desapareció. Otra vez fue en el bosque, durante una noche de tormenta. A la luz de un relámpago vi la punta de su

manto. Pero me pregunto si el relámpago mismo no era su manto. Otra vez, durante el último invierno, en una alta montaña, vi huellas de pasos sobre la nieve. »¡Mira, los pasos de Dios!», dije a un pastor. Pero el pastor se echó a reír. «No estás en tu sano juicio, mi pobre viejo.., me dijo. "Son los pasos del lobo. Un lobo ha pasado por aquí.» No contesté. ¿Qué podía decir a ese pastor? Una mente grosera, llena de corderos y de lobos, ¿qué podía comprender? Pero estoy seguro de que eran los pasos de Dios sobre la nieve... Señor, perdóname, hace ya doce años que lo busco y no he encontrado otra cosa.

Francisco bajó la cabeza y se sumió en sus pensamientos:

—Quién sabe —murmuró después de un corto silencio—si Dios no es justamente la busca de Dios.

Esas palabras me asustaron. También Francisco tuvo miedo, ya que ocultó su rostro entre las manos.

—¿Qué demonio habla por mi boca? —gimió, desesperado.

En cuanto a mí, temblaba, estupefacto. ¿Dios seria la busca de Dios? ¡Ay de nosotros! Nos callamos. Los ojos de Francisco se habían cerrado. Tenía las mejillas rojas y le castañeteaban los dientes. Lo cubrí con una gruesa manta de lana, pero la apartó bruscamente de si.

—Quiero tener frío —dijo—. ¡Déjame! Y además, no me mires. ¡Mira a otro lado!

Me puse de pie para marcharme, pero su rostro expresó la cólera.

—Siéntate. ¿Adónde vas? ¿Por qué me dejas solo en el peligro? Tú has hablado, has aliviado tu corazón. Ahora me corresponde a mi... ¿En qué piensas? ¿Tienes hambre? Come, abre la despensa y come. Bebe vino también, adquiere fuerzas. Es grave lo que tengo que decir.

—No tengo ganas de comer ni de beber —le respondí, herido—. ¡Crees que no soy más que un vientre! Sabe que he nacido para escuchar. Habla, pues; soportaré cualquier cosa que digas.

—Dame un vaso de agua. Tengo sed.

Bebió, se apoyó en el almohadón, entreabrió la boca, aguzó el oído y escuchó. Todo estaba en calma. La casa, vacía. En el patio, un gallo empezó a cantar.

—Se diría que nos hemos quedado solos en el mundo, hermano León. ¿Oyes a alguien en la casa? ¿Y fuera? Hemos escapado del diluvio.

Calló, y poco después:

—Alabado sea Dios! —exclamó.

Hizo la señal de la cruz y me miró. Sentí que su mirada me atravesaba el alma de lado a lado.

Calló de nuevo y me puso la mano sobre una rodilla.

—Bendíceme, padre León —dijo—. Eres mi confesor, confiésame.

Y al ver que yo vacilaba:

—Pon tu mano sobre mi cabeza —dijo, imperativo—y di: ¡En el nombre de Dios, confiésate, pecador Francisco, hijo de Bernardone! ¡Tu corazón está lleno de pecados, vacíalo y serás aliviado!

Pero yo no hablaba.

—¡Haz lo que te digo! —estalló encolerizado.

Puse la mano sobre su frente. Ardía.

—En el nombre de Dios —murmuré—, confiésate, pecador Francisco, hijo de Bernardone. ¡Tu corazón está lleno de pecados, vacíalo y serás aliviado!

Entonces, con serenidad al principio, pero conmovido y jadeando cada vez más a medida que hablaba, Francisco empezó su confesión.

—Hasta ahora, mi vida no era más que festines, borracheras y canciones, trajes de seda y plumas rojas. Durante el día engañaba a la gente, amontonaba dinero y lo gastaba sin cuenta. Por eso me han apodado «cesta agujereada». Por la noche, todo no era sino goces. Sí, ésa es la vida que he llevado.

»Pero ayer, después de medianoche, cuando regresamos y te dormiste, una sombra se abatió sobre mi. La casa se había vuelto demasiado estrecha y me ahogaba. Bajé silenciosamente la escalera y me deslicé en el patio. Abrí la puerta como un ladrón y me precipité a la calle. La luna empezaba a borrarse en el cielo. Todo estaba tranquilo, las luces apagadas, la ciudad dormitaba en los brazos de Dios. Respirar el aire fresco me hizo bien.

»Al pasar frente a la iglesia de San Rufino me sentí fatigado y me senté sobre el león de mármol que custodiaba su entrada, precisamente en el lugar en que hoy te encontré mendigando. Lo acaricié largamente pasando la mano por su garganta hasta que caí sobre el hombrecillo que devora el león. Tuve miedo. Me dije: «¿Qué león es éste? ¿Por qué le han confiado la custodia de esta puerta? ¿Quién puede ser para que devore así a los hombres? ¿Dios? ¿Satanás?». De pronto, me encontré entre dos precipicios, haciendo equilibrio sobre una franja de tierra ancha como un pie. Sentí vértigo. Grité: «¿No hay nadie? ¿Nadie que me oiga? ¿Me he quedado solo en la tierra? ¿Dónde está Dios? ¿No oye, no tiende Su mano sobre mi cabeza? Siento vértigo, voy a caer...»

Enmudeció. Su respiración se había vuelto aún más difícil. Inmóvil, miraba fijamente al cielo, a través de la ventana. Quise tomarle la mano para calmarle, pero me rechazó bruscamente y exclamó:

—Déjame, no quiero calmarme.

Su voz se había vuelto ronca y anhelosa.

—Clamaba a Dios y al diablo sucesivamente —continuó—. Poco me importaba que fuera uno u otro el que acudiera. Lo que quería era no sentirme solo. ¿Por qué, tan de repente, ese temor a la soledad? En ese instante habría entregado mi alma a cualquiera, a Dios o a Satanás. Me era lo mismo. A toda costa necesitaba un compañero. Y mientras escrutaba el cielo con desesperación, oí una voz.

Se detuvo, en la imposibilidad de recobrar su aliento.

—Oí una voz —repitió mientras el sudor le brotaba en gruesas gotas sobre la frente.

—¿Una voz? —dije—. ¿Qué voz, Francisco? ¿Qué decía?

—No pude distinguir las palabras. No, no era una voz, más bien era el rugido de una fiera. Acaso salía del león de mármol sobre el que estaba sentado... Me puse de pie de un salto. Nacía el día. El rugido aún resonaba en mi, corría de mi corazón a mi cintura, de un hueco de mis entrañas a otro, como un trueno. Las campanas redoblaban los maitines; huí hacia lo alto de la ciudad, hacia el lado de la ciudadela. Corría sin parar. Y de súbito, mi sangre se hiela... Detrás de mi, alguien me llamaba: «¿Adónde corres, Francisco? ¿Adónde corres? ¡Nada puede salvarte!». Me vuelvo: ¡nadie!

»Reinicio la carrera y al cabo de un instante, la voz de nuevo: "Francisco, Francisco, ¿has nacido para esta vida de libertinaje? ¿Para divertirte, cantar y seducir a las muchachas?». Esta vez no me vuelvo. Tenía miedo. Corría para escapar a la voz, y entonces una piedra empezó a gritar ante mí: "Francisco, Francisco, ¿has nacido para esta vida de libertinaje? ¿Para divertirte, cantar y seducir a las muchachas?». Con el pelo erizado de miedo, continué mi carrera. Pero la voz me perseguía. Comprendí entonces muy nítidamente que no provenía del exterior. Era inútil que corriera, no podía escapar de ella. La voz estaba en mí; alguien gritaba en mi, el hijo de Bernardone, el libertino, pero era otro que el habitual, otro mejor que yo. ¿Quién? No lo sé. Otro, sencillamente.

»Al fin llegué a la ciudadela, sin aliento. En ese momento preciso, el sol apareció tras la montaña. El mundo se iluminó y entibió. Me detuve. La voz volvió a hablarme, pero muy quedo, como si me descubriera algún secreto. Con la cabeza reclinada sobre el pecho, escuchaba. Digo toda la verdad, padre León, te lo juro. La voz murmuró: «Francisco, Francisco, tu alma es una paloma y el gavilán que la persigue es Satanás. Ven a refugiarte en mi seno». Eran las palabras de mi canción, las que cantaba todas las noches bajo una ventana... Pero ahora, hermano León, sé por qué las he compuesto y cuál es su profundo sentido...

Calló y sonrió. Después inclinó la cabeza y repitió en un murmullo:

—Francisco, Francisco, tu alma es una paloma y el gavilán que la persigue es Satanás. Ven a refugiarte en mi seno...

Volvió a callar.

Parecía más sereno. Comprendí que ahora podía tocarle sin peligro de quemarme.

Me incliné, le tomé la mano y se la besé.

—Francisco, hermano mío —le dije—, cada hombre, hasta el menos creyente, lleva a Dios profundamente oculto en su corazón, envuelto en su carne... Es Dios quien ha gritado en ti.

Francisco cerró los ojos. No había dormido en toda la noche y tenía sueño.

—Duerme, Francisco —le dije dulcemente—, el sueño es también un ángel de Dios. ¡Ten confianza!

Pero dio una especie de brinco en su cama y abrió desmesuradamente los ojos:

—¿Y ahora, qué hacer? —dijo ahogadamente—. Aconséjame.

Me dio lástima. También yo, desde hacia años, erraba mendigando consejos.

—Mantén la cabeza apoyada contra el pecho —respondí—y escucha. Ese otro que hay en ti volverá a hablar, sin duda. Haz, entonces, lo que te diga.

Oi que se abría suavemente la puerta del patio. Se oyó un ruido ligero. Doña Pica volvía de la iglesia. Estaba sola... respiré. El señor Bernardone debía estar en camino hacia Florencia, a caballo. Dije:

—Tu madre ha vuelto, Francisco. Duerme. Me voy.

—No te vayas. El viejo no está aquí. Dormirás en casa. ¡No me dejes solo, por favor!

—Ya no estás solo, Francisco, lo sabes muy bien. Abrigas a un compañero poderoso, has oído su voz. Entonces, ¿de qué tienes miedo?

—Pero es justamente de Él de quien tengo miedo, hermano León. ¿No lo comprendes? Quédate.

Le puse la mano sobre la frente. Ardía. Su madre entró en el cuarto, sonriendo.

—Hijo mío, te traigo el auxilio de la Virgen —dijo poniéndole en la mano una rama de albahaca.

II

¿Cuántos días y cuántas noches duró la enfermedad de Francisco? No puedo decirlo, porque no tengo la noción del tiempo. Sólo sé que cuando se acostó aquel famoso domingo, la luna estaba en su último cuarto y tuvo tiempo de volverse llena y de reiniciar su mengua antes de que Francisco dejara el lecho. Se lo oía luchar en su sueño.

A veces lanzaba gritos furiosos debatiéndose en la cama, a veces se acurrucaba en un rincón, temblando. Más tarde, cuando se restableció, nos contó que durante toda su enfermedad se había batido ya contra los sarracenos, ante Jerusalén, ya contra los demonios que surgían de la tierra, descendían de los árboles, brotaban de las entrañas de la noche y lo perseguían.

Su madre y yo nos habíamos quedado solos a su cabecera. A veces doña Pica se levantaba e iba a llorar en un rincón. Después se secaba los ojos con su pañuelito blanco, volvía a sentarse, tomaba un abanico de plumas de pavo real y abanicaba a su hijo, que ardía de fiebre.

Una noche, Francisco tuvo un sueño. Nos lo contó al día siguiente. No por la mañana, porque la emoción aún ofuscaba su espíritu, sino al atardecer, a la hora en que sopla una brisa refrescante y en que la lámpara de aceite difunde su dulzura sobre el mundo. Había soñado que agonizaba y en el momento de entregar su alma, la puerta se abría, dando paso a la Muerte. No llevaba una hoz, sino una larga pinza de hierro como las que utilizan los verdugos para atrapar a los perros rabiosos. Se acercó a su

cama: «¡De pie, hijo de Bernardone! ¡Partamos!». «¿Adónde?» «¿Te atreves a hacerme esa pregunta? Tenias tiempo por delante, pero lo derrochaste en el libertinaje, el lujo y las canciones. » Blandió su pinza, y Francisco se acurrucó en sus almohadas, temblando. «Déjame, déjame un año siquiera, dame el tiempo de arrepentirme.» La Muerte se echó a reír dejando caer sus dientes sobre las sábanas de seda. «Es demasiado tarde ahora, todo eso era tu vida, no tienes otra. La has jugado y has perdido. ¡En marcha!»

—¡Sólo tres meses!», suplicaba Francisco. «¡Un mes... tres días... un día!» Pero la Muerte, sin responder, acercó su pinza y atrapó a Francisco, que despertó con un grito desgarrador.

Francisco miró a su alrededor. El canario que doña Pica había llevado a su cuarto y cuya jaula había colgado en la ventana para distraer al enfermo trinaba con el pico vuelto hacia el cielo.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó Francisco alegremente, con la frente bañada en sudor—. ¡Alabado sea el Señor!

Palpaba las sábanas, las barras de la cama, buscaba las rodillas de su madre. Al fin se volvió hacia mi.

—Es cierto, pues... —murmuró, y sus ojos relampagueaban—. Es cierto... ¿Estoy vivo?

—Estás bien vivo, mi joven señor. ¡No tengas miedo!

Batió las palmas y su rostro se iluminó.

—¡Entonces, tengo tiempo todavía! ¡Dios sea alabado!

Reía y besaba las manos de su madre al mismo tiempo.

—¿Has tenido un sueño, hijo mío? —preguntó doña Pica—. ¡Que te traiga suerte!

Hasta la noche, Francisco no dijo una sola palabra. Doña Pica le abanicaba con plumas de pavo real. Recordó una canción de cuna que tarareaba cuando era niño para hacerle dormir. Entonces entreabrió los labios y se puso a cantar en provenzal con voz baja y muy dulce.

Cantó largo rato, agitando el abanico. Mientras tanto, inclinado sobre Francisco, yo contemplaba su rostro, inundado por una luz misteriosa. Alrededor de su boca se habían borrado las arrugas, y también entre las cejas. La piel se le había puesto lisa como la de un niño, su cara brillaba como un guijarro acariciado por un mar tranquilo y fresco...

Hacia la noche, abrió los ojos, con aire sereno. Se incorporó, miró a su alrededor como si viera el mundo por primera vez y nos sonrió. Entonces nos contó su sueño...

Pero a medida que lo contaba, el miedo se apoderaba nuevamente de él y su mirada se llenaba de sombra. Su madre le acarició la mano y entonces se calmó.

—Madre —dijo—, hace un instante, mientras dormía, me creí niño. Y tú me mecías, temblorosa. ¡Madre, me parece que me has dado a luz por segunda vez!

Le tomé la mano, se la cubrió de besos y su voz se hizo acariciadora como la de un niño:

—Madre, mamita, cuéntame un cuento.

Su rostro había adquirido una expresión cándida, tartamudeaba. Su madre tuvo miedo.

Uno de sus hermanos, célebre trovador en Aviñón, derrochador y libertino como él, había perdido la razón a fuerza de beber y cantar. Caminaba en cuatro patas, balaba, mordisqueaba la hierba tomándose por un carnero... ¡Y ahora Francisco le pedía cuentos como si hubiera vuelto a caer en la infancia! ¡Dios mío, seria el castigo de un pecado! ¿Estaría manchada su sangre?

—¿Qué cuento, hijo mío? —preguntó, poniéndole la mano sobre la frente para refrescaría.

—El que quieras. madre. Cuéntame una historia de tu país. Por ejemplo, la de Pedro, el monje salvaje que caminaba descalzo.

—¿Qué Pedro?

—El heresiarca de Lyon.

—¡Pero ése no es un cuento!

—Me hablabas mucho de él cuando yo era niño. Creía que era un cuento y tenía tanto miedo de ese santo como del coco. Cuando no me portaba bien, recuerdas, tú me decías: «¡Espera, vendrá el monje a buscarte!», y yo me escondía tras un sillón por miedo a ser descubierto.

—¿Pedro, el famoso monje de Lyon? —dije yo, interesado—. ¿Le conociste, señora? He oído contar cosas terribles y extraordinarias sobre él... Te lo suplico, señora, ¿le has visto?, cuéntame... ¿Lo conociste? ¿Cómo era? También yo me puse en marcha para verlo, pero cuando llegué ya estaba muerto.

Francisco sonrió y para burlarse de su madre:

—Mamá había mandado a paseo sus sandalias y quería seguirlo descalza, según parece. Pero no se lo permitieron, la secuestraron, después la casaron y el nacimiento de su hijo la hizo olvidarse de todo. Era un hijo lo que ella quería y no Dios.

—No lo he olvidado, pero ahora tengo otras preocupaciones —dijo suspirando—. ¿Cómo podría olvidarle? Aún le veo en sueños.

Francisco se apoyó en sus almohadones. Había dormido el día entero y su cuerpo gozaba de un dulce reposo.

—Escucho —dijo, cerrando los ojos.

Doña Pica había enrojecido. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, calló un largo rato. Sus párpados batían como las alas de un pájaro herido. El famoso monje estaba profundamente hundido en la noche de sus entrañas y ella vacilaba, se resistía a llevarlo a la luz.

—¿No quieres oír un cuento de veras, hijo mío? —dijo al fin con voz suplicante.

Francisco abrió los ojos y frunció el ceño.

—No. quiero ése. Ese y no otro. Cuéntanos cómo conociste al monje, cuándo, dónde y qué te dijo. Y cómo te escapaste. Oí montones de cosas sobre él, pero no las creo. ¡Por fin ha llegado el momento de saber la verdad!

Se volvió hacia mí:

—Cada uno de nosotros tiene un secreto en su vida. Ese es el secreto de mi madre.

—Y bien, hijo mío, te diré todo —dijo doña Pica, conmovida—. Cálmate.

Puso ambas manos en el hueco de su delantal; sus dedos eran ahusados como los de su hijo. Empezó a atormentar nerviosamente su pañuelito.

—Era un atardecer —empezó lentamente, como recordando con esfuerzo—. El atardecer de un sábado. Yo estaba en el patio de nuestra casa y regaba tranquilamente los tiestos de albahaca, de mejorana, de claveles. Un geranio rojo acababa de florecer. Ante la planta, admiraba su belleza cuando de súbito oi golpear violentamente la puerta. La puerta se abre y me vuelvo, asustada... Un monje hosco estaba frente a mí.

»Llevaba una túnica hecha jirones con una gruesa cuerda en la cintura. Estaba descalzo. Abrí la boca para gritar pero me lo impidió con un gesto. «Que la paz sea en esta casa», dijo. Su voz era grave y ruda, pero sentí, oculta en el fondo de esa aspereza, una tristeza indecible. Tenía ganas de hacerle una multitud de preguntas: ¿quién era? ¿Qué buscaba? ¿Le perseguían? ¿Y por qué? Pero ningún sonido podía salir de mi garganta. «Si, me persiguen», dijo, adivinando mi pregunta por el movimiento de mis labios. "Son los enemigos de Cristo quienes me persiguen. Soy el monje Pedro. ¿No has oído hablar de mí? Yo soy aquel que alzó el pendón de Cristo bordado con azucenas blancas, el que recorre las provincias y las aldeas con los pies desnudos, famélico, el que ha tomado el látigo de manos de Cristo y arroja del templo de Dios a los sibaritas, a los mentirosos, a los miserables».

»No acabó de hablar cuando se oyó un gran ruido en la calle. Eran pisadas, corridas, gritos de amenaza y golpes violentos contra las puertas. La campana de la iglesia del barrio empezó a sonar furiosamente. El monje cerró los puños, se volvió hacia la puerta del patio y apretó los labios con aire sarcástico. «Han olido en el aire a su gran enemigo, a Cristo», gruñó, «y se precipitan para crucificarle por segunda vez. ¡Eh, Pilato y Caifás! ;Se acerca, se acerca el Juicio Final!». La multitud se alejó sin atreverse a golpear en nuestra puerta y se dirigió hacia el puente.

»Quedé a solas en el patio con el monje. Con los ojos fijos en el geranio rojo, temblaba. La fuerza que brotaba de ese hombre me paralizaba. Su mirada posada en mi expresaba a la vez la cólera y la ternura. Tomó el geranio, lo arrancó, lo deshojó. Lancé un grito y mis ojos se llenaron de lágrimas. Entonces frunció las espesas cejas: «¿No tienes vergüenza de mirar las criaturas en vez de mirar al Creador? Todas las bellezas y los primores de la tierra deben perecer, pues son las que nos impiden ver y admirar con sumo placer al Gran Invisible».

Francisco, que hasta entonces había escuchado, se sobresaltó.

—¡Eso, no es cierto! —gritó.

Se volvió hacia mi.

—¿Qué dices tú, hermano León?

—No sé qué decir, mi joven señor. soy un hombre simple y, para creer, tengo que ver, oír y tocar. Sólo mirando lo visible puedo imaginar lo invisible.

—La belleza es hija de Dios —dijo Francisco, mirando, por la ventana abierta, el patio, la madreselva y algunas nubecillas que bogaban en el cielo—. La belleza es hija de Dios, eso es lo que yo sé. Sólo mirando a nuestro alrededor podemos imaginar el rostro del Señor. Ese geranio que tu monje deshojó lo precipitará al Infierno.

—¡Lo hizo para salvar mi alma! —respondió doña Pica—. ¿Qué es un geranio comparado con un alma humana? Mi monje, como tú dices, entrará en el Paraíso con ese geranio en la mano, porque salvó mi alma.

—¿Salvó tu alma? —dijo Francisco mirando a su madre con sorpresa—. ¿Cómo? Porque tu padre intervino y lo expulsó. Eso es lo que me habías dicho... ¿Por qué haberme ocultado la verdad.

—Cuando eras niño no hubieras comprendido, hijo mío... Después, te habrías reído... Ahora, con la enfermedad, tu carne se ha calmado y puedes escuchar los mensajes secretos de Dios sin burlarte. Por eso te diré la verdad.

—¡Habla, madre, habla! —exclamó Francisco, conmovido—. Te escucharé no sólo sin burlarme, sino llorando, quizá. Tienes razón, ha llegado el momento de escuchar.

Y antes de acabar su frase se deshizo en lágrimas. Su madre tuvo miedo y le tomó en sus brazos.

—¿Por qué lloras, hijo mío? ¿Por qué tiemblas?

—Porque siento en mi tu propia sangre, tu propia sangre, madre...

Doña Pica secó sus sienes y su cuello con el pañuelito y después me miró un instante. como vacilando antes de hablar frente a mi. Entonces me puse de pie.

—¿Quieres que salga. noble dama? —dije.

Pero Francisco extendió la mano y ordenó:

—Quédate. No irás a ninguna parte. No tengas vergüenza, madre, sigue...

Miré a doña Pica, que me echó una mirada penetrante; fruncía el ceño, me juzgaba...

—Quédate —dijo por fin—. No tengo vergüenza, mi corazón es puro. Hablaré.

—¿Entonces? —dijo Francisco mirando a su madre con impaciencia.

—El monje puso su mano sobre mi cabeza —dijo doña Pica reanudando su relato y sentí que una llama descendía a mi cerebro, me apretaba la garganta, quemaba mis entrañas. Tenía ganas de estallar en sollozos o de ponerme a bailar en medio del patio o de precipitarme en la calle. Tenía ganas de quitarme las sandalias y de partir por los caminos para no volver nunca a la casa de mi padre... Ardía. ¿Qué llama era ésa? «Debe de ser Dios", grité en mi interior. «Es así como penetra en el hombre».

Las mejillas, el cuello de doña Pica habíanse vuelto de púrpura. Se alzó, tomó la jarra de cristal de sobre la ventana, llenó un vaso de agua y bebió. Después volvió a llenar el vaso y bebió por segunda vez como queriendo extinguir el fuego que ardía en ella.

—¿Y entonces? —dijo Francisco, impaciente—. ¿Entonces?

Doña Pica bajó la cabeza.

—Y bien, hijo mío, perdí la razón. La casa de mi padre se había vuelto demasiado estrecha para mi y cuando el monje abrió la puerta y me hizo señales de que lo siguiera, sin vacilar arrojé mis sandalias en medio del patio y corrí hacia él.

Francisco abrió desmesuradamente los ojos. Quería hablar, pero no podía. Yo le miré con inquietud. ¿Era el miedo lo que trastornaba de tal modo su expresión? ¿El miedo, la alegría o la burla? Acaso los tres estados, uno tras otro. O bien los tres al propio tiempo.

Al fin pudo mover los labios para decir:

—¿Partiste? ¿Le seguiste? ¿Abandonaste tu casa?

—Si —contestó doña Pica y su voz estaba ahora tranquila, sin angustia—. Tenía dieciséis años, el corazón abierto de par en par. dispuesto a admitir todos los milagros... Y ese día, Dios se me había aparecido... A ciertas muchachas Él se muestra como un señor joven y hermoso. A mi, se me mostró como un monje rudo, desarrapado, descalzo. Caminaba rápidamente y yo trotaba detrás. Me hablaba de la miseria, de la ignorancia, del Paraíso y del Infierno, y la tierra se deslizaba bajo mis pies desnudos; un brinco y subiría al cielo...

»¡Cuántas montañas atravesamos! Entrábamos en las aldeas como conquistadores. El monje trepaba a una piedra en mitad de la plaza, levantaba los brazos y lanzaba el anatema sobre los ateos, los impíos y los poderosos de la tierra. Y cuando empezaba a anochecer, lo precedía con una antorcha para iluminar su rostro terrible, para que los campesinos temblaran viéndolo. Mientras tanto, mi padre había enviado caballeros en mi busca. Después de recorrer montañas y aldeas, me descubrieron. Mi hermano, que estaba con ellos, me tomó, me alzó a la grupa de su caballo y me devolvió a casa.

Calló. Miró a su hijo y le sonrió.

—Pocos días después, me casaban...

Francisco cerró los ojos. Entonces, en el gran silencio, se oyó cantar al canario, tendido el cuello hacia el cielo. Había debido cantar mientras hablaba su ama, pero no lo habíamos oído. Nuestro espíritu estaba colmado por la visión de esa muchacha que corría descalza, sin aliento, detrás de un monje salvaje.

De pronto Francisco abrió los ojos. Su voz era grave:

—¡Quiero estar solo! —dijo.

Su madre y yo salimos sin decir una palabra.

Francisco no permitió que nadie entrara en su cuarto esa noche. Le oímos suspirar y levantarse de cuando en cuando para ir a tomar aire a la ventana.

Por la mañana le oí gritar:

—¡Hermano León!

Acudí. Tendido sobre las sábanas, temblaba y su cara era cerosa.

—Hermano León —me dijo sin mirarme—, soy un hombre perdido. A mi derecha está el abismo de Dios, y a mi izquierda, el de Satanás. Sin alas, estoy perdido. ¡Caigo!

—¿Qué tienes, Francisco? —le dije, estrechándolo entre mis brazos—. ¿Por qué tiemblas?

—¡La sangre de mi madre! —murmuró—. ¡La sangre de mi madre! ¡La locura!

—No era la locura, Francisco, era Dios quien la empujaba.

—¡Era la locura! Durante toda la noche soñé que arrojaba mis sandalias en el patio de mi madre y que caía en un precipicio... ¡Tendía las manos para coger algo de qué asirme, pero sólo veía el vacío!

Mientras hablaba, Francisco levantó los brazos muy alto y los agitó como alas.

Le acaricié la frente lentamente, tiernamente. Se calmó poco a poco. Después su cabeza cayó sobre su pecho, como la de un pájaro herido, y poco después se durmió.

Mientras dormía, le contemplé procurando, a la luz del sueño que había abierto en él todas las puertas, adivinar qué lo atormentaba. ¿Por qué su rostro cambiaba así a cada instante? A veces levantaba las cejas, asombrado, o bien fruncía los labios, expresando una pena inmensa. En otros momentos, una gran claridad inundaba su rostro y entonces sus párpados mariposeaban, incapaces de soportar la luz.

Bruscamente estiró un brazo y me tomó de un hombro, espantado.

—Hermano León, lo has visto?

—¿A quién?

—Acaba de desvanecerse en el aire. ¡No, aún está ahí!

—¿Pero de qué hablas, mi joven señor? ¿Estás soñando?

—¡No, no sueño! Hermano León, ¿hay algo más cierto que la verdad? ¡Y bien, era eso!

Se sentó en la cama frotándose los ojos.

—No dormía —continuó—. Lo he visto entrar a través de la puerta cerrada, los brazos adelante como un ciego, vestido con harapos mil veces remendados... Olía a carne podrida. Se acercó a mi cama, me buscó con la mano y me encontró. «¿Eres tú el hijo de Bernardone?» «Soy yo». «¡Vamos, levántate, desvísteme, lávame y dame de comer!» No imploraba, ordenaba. Me levanté y empecé a desvestirlo. ¡Qué de andrajos, Dios mío! ¡Y qué pestilencia! Cuando quedó desnudo, vi su cuerpo lamentable, sus piernas hinchadas, sus pies cubiertos de llagas, sus sienes marcadas por un hierro enrojecido. En la frente había una herida roja en forma de cruz. Pero lo que más me horrorizó fueron los grandes agujeros sangrantes que tenía en las manos y en los pies.

»Una vez más le pregunté: «¿Quién eres?», mirándole con terror. Respondió: «¡Lávame!». Fui a calentar agua y lo lavé. Después se sentó allí, en ese cofre. «¡Ahora quiero comer!» Le traje un gran plato lleno. Se inclinó, tomó un puñado de cenizas del hogar, lo extendió sobre su alimento y se puso a comer. Después se puso de pie y me tomó la mano. Su rostro estaba

más sereno; me miraba con ternura y compasión. «Ahora eres mi hermano», me dijo. «Si te inclinas sobre mí, verás tu cara. Si me inclino sobre ti, veré mi cara, porque eres mi hermano. Hasta pronto, me voy». «¿Adónde vas?» «Adonde tú vayas. ¡Hasta pronto!» Y desapareció. Aún huelo su hedor. ¿Quién podía ser? ¿Quién? ¿Qué piensas tú, hermano León?

No respondí y me deslicé ligeramente desde el cofre en que estaba sentado, temiendo tocar al Invisible. ¿Quién podía ser, en efecto? ¿Un mensajero de las fuerzas tenebrosas o un enviado de los poderes luminosos? Lo que era evidente, y yo lo sentía claramente, era que en torno de ese joven señor se libraba una gran batalla.

Pasaron tres días. La sangre empezó a colorear las pálidas mejillas de Francisco, sus miembros readquirieron fuerzas, sus labios enrojecieron y él pidió de comer. Al mismo tiempo que su cuerpo, su alma se afirmaba y al mismo tiempo que su alma, el mundo mismo. Todo regresaba a la vez: los objetos del cuarto, el patio, los pozos, la vid, los gritos de la calle y, por la noche, las constelaciones del cielo. Todas las cosas retornaban a los lugares que Dios y el tiempo les habían asignado.

El cuarto día, al alba, mientras las campanas de San Rufino redoblaban, doña Pica se encaminó a la iglesia, seguida de su vieja nodriza. Bernardone no había regresado de su viaje. Las campanas sonaban alegremente, porque en ese 23 de setiembre se festejaba a San Damiano, el santo bienamado de Asís. Su capillita, junto al camino que conducía a la llanura, se caía en ruinas. Antaño, había sido gloriosa. Cada año, en ese mismo día, se celebraba en ella al santo con gran pompa y se cubría su imagen de presentes de oro y plata. Pero ahora la capilla estaba medio derruida y sólo quedaba en ella una gran cruz bizantina sobre la cual pesaba un Cristo ensangrentado y verdoso.

Una bien extraña dulzura emanaba de ese Cristo. Un sufrimiento no divino, pero si humano; se le oía llorar y morir como un hombre. Los fieles que se arrodillaban a

sus pies mirándolo se estremecían como si ellos mismos fueran crucificados.

Yo había acudido muy temprano junto a Francisco. Doña Pica me había concedido un cuartito cerca del de su hijo, pues el enfermo me reclamaba sin cesar y no debía alejarme. Esa mañana le encontré sentado en su cama, con aire dichoso. Me esperaba.

—Ven, león de Dios —me gritó—. Veo que te has peinado la melena y te has atusado el bigote a la manera de los leones. Te has lamido... ¿Has comido?

—Bendita sea tu madre —respondí—. Antes de partir para la iglesia. me ha hecho llevar pan, queso y leche. A fe mía, mi joven señor, me parece que empiezo a volverme león.

Rió.

—Siéntate —me dijo, mostrándome el cofre esculpido cercano a su cama.

El canario cantaba siempre. El sol lo había achispado, y su garganta estaba llena de canciones.

—Un canario es como un alma humana —murmuró Francisco—. Ve los barrotes que lo aprisionan, pero no desespera, canta. Canta y, tú verás, hermano León, un día su canto romperá los barrotes.

Sonrei. *¿Es tan fácil romper los barrotes?* —pensé.

Pero Francisco, que había visto mi sonrisa, se entristeció.

—¡Qué! ¿No lo crees? ¿Nunca se te ha ocurrido la idea de preguntarte si el cuerpo, los huesos, la carne, los pelos existen de veras? ¿O bien sólo existe el alma, en definitiva?

—No, nunca me lo he preguntado. Soy un hombre simple, tú lo sabes, y mi espíritu también es simple.

—Tampoco a mi, hermano León, se me había ocurrido esa duda. Pero después de la enfermedad... A ti Dios te ha llamado y te ha conducido por el sendero de la pereza. Mientras que a mi me ha llevado a Él por el camino de la enfermedad. Y no durante el día, sino durante la noche, mientras dormía y no podía resistirme a El. En mis sueños pensaba: ¿existe el cuerpo? ¿No habrá sino el alma? ¿Se llamará cuerpo la parte visible y tangible de esa alma? Todas las noches, durante mi enfermedad, sentía que mi cuerpo se levantaba suavemente sobre la cama. Después salía por la ventana, se paseaba en el patio, se posaba sobre la vid y por fin se detenía, suspendido en el vacío, sobre los tejados de Asís. Entonces descubrí el Gran Secreto. No hay cuerpo, hermano León, no hay cuerpo. ¡Sólo existe el alma!

Saltó en su cama, radiante el rostro de alegría.

—Y si sólo existe el alma —exclamó—, sólo el alma, ¿hasta dónde podemos ir, hermano León? ¡Puesto que no hay cuerpo que nos estorbe, de un salto podemos llegar al Cielo!

Yo callaba. No comprendía bien las palabras de Francisco, pero mi corazón lo comprendía todo.

—Y ese salto lo he dado ya en mis sueños —siguió Francisco—. Cuando se sueña, no hay nada más simple Pero lo daré también despierto, ya verás. He tomado la decisión, la sangre de mi madre grita en mi. Sé que será muy difícil... ¿Me ayudarás, hermano León?

—Si, pero, ¿cómo? Tengo escasa instrucción y mi espíritu es limitado. Desde luego, me queda el corazón, ¿pero qué harás tú con él? Es loco de nacimiento el desdichado, y orgulloso, como un mendigo que es. No te fíes de él. ¿Cómo quieres que te ayude en tales condiciones?

—¡Tú puedes! ¡Escucha! Mañana me levantaré, me tomarás en tus brazos e iremos a la capilla de San Damiano.

—¿A San Damiano? ¿Sabes que hoy se celebra su fiesta? ¿No has oído las campanas?

—¿Hoy es su fiesta? —exclamó Francisco, batiendo palmas—. ¡Es por eso, entonces!

—¿Qué?

—He tenido un sueño... He visto a San Damiano en sueños... Anoche acudió a mi sueño, descalzo, andrajoso. Se apoyaba en muletas y lloraba. Entonces corrí hacia él para ayudarle, le besé las manos y le dije: «Santo de Dios, no llores. ¿Qué te ha ocurrido? ¿No estás en el Paraíso?». «También en

el Paraíso se llora», me respondió sacudiendo la cabeza, «porque nos da pena de quienes todavía se arrastran sobre la tierra. Te he visto, acostado, tranquilo en tu lecho de plumas, y tuve lástima de ti. ¡Duermes, Francisco! ¿No tienes vergüenza? La Iglesia está en peligro». «¿Está en peligro? ¿Pero qué puedo hacer yo? ¿Qué quieres que haga?» «¡Tiende la mano, préstale tus hombros, no la dejes caer!» «¿Yo? ¿Yo? ¿El hijo de Bernardone?» «¡Tú, Francisco de Asís! El mundo se desmorona, ¡Cristo está en peligro! ¡Levántate! Sostén el mundo para que no caiga. La Iglesia está a punto de caer en ruinas como mi propia capilla. ¡Reconstrúyela!». Me puso la mano en los hombros y me empujó violentamente. Entonces desperté, espantado.

Descubrió su espalda:

—Mira. creo que todavía se ve la marca de sus dedos.

Me acerqué, pero retrocedí en seguida, haciendo la señal de la cruz.

—Dios sea loado! —murmuré, temblando.

Sobre el hombro de Francisco se podían apreciar con notable claridad huellas azuladas, parecidas a extrañas marcas de dedos.

—Son los dedos de San Damiano —dijo Francisco—, no tengas miedo.

Y poco después:

—¿Comprendes por qué iremos la capillita? Está desmoronándose y somos nosotros quienes la reconstruiremos. Nosotros dos, hermano León, con piedras y cal. Y llenaremos de aceite la lamparilla extinguida del santo para poder iluminar de nuevo su rostro.

—¿Eso es todo lo que él tenía que ordenarte, Francisco? O bien...

—¡Eso es todo! —dijo Francisco obligándome a callar, como si hubiera temido que yo agregara algo—. ¡Empecemos por eso ahora y calla!

Callé. Pero mi corazón latía con fuerza porque sentía que ese sueño de Francisco venía de Dios y se trataba de un mensaje secreto y terrible. Sabia que cuando Dios se apodera de un hombre, lo arrastra inexorablemente de cima en cima, hasta destrozarle en mil pedazos. Y mientras Francisco se incorporaba alegremente en su cama, yo temblaba de miedo.

Al día siguiente, al despertarme, Francisco ya estaba en pie. Apoyado en el brazo de su madre, recorría la casa en todo sentido. Con los ojos bien despiertos, alegre, mirando los cuartos espaciosos, los cofres labrados, las santas imágenes sobre el tríptico como si todo lo viera por primera vez. En el momento en que le distinguí, de pie, en el patio, admiraba los brocales con sus rebordes de mármol, y los tiestos de plantas primorosas: albahaca, mejorana, claveles, que recordaban a doña Pica su querida patria soleada. Y en un nicho cavado en la pared, la estatuilla de piedra de la virgen de Avignon con el niño Jesús en los brazos.

—¡Salud, león de Dios! —exclamó al yerme, con la risa retozándole en los labios—. Eres el león que se dirige a los corderos y les pide limosna en vez de comérselos.

Se volvió hacia su madre.

—Madre, ¿cuál es el evangelista que tenía un león por camarada? ¿Lucas?

—No, hijo mío, Marcos —respondió su madre suspirando—. Vas tan poco a la iglesia que no puedes saberlo.

—Entonces yo soy Marcos y éste es mi león —dijo Francisco apoyándose en mi—. ¡En marcha!

—¿Adónde vas, hijo mío? —exclamó la madre—. ¿No ves que apenas puedes tenerte pie?

—Nada temas, madre. Mira: tengo a mi león.

Me tomó del brazo y dijo:

—¡Bendito sea Dios!

Después se persignó. Pero en el umbral de la puerta. se detuvo.

—Madre, ¿qué día es hoy?

—Domingo, hijo mío.

—Sí, ¿pero qué día del mes?

—Veinticuatro de setiembre, hijo mío. ¿Por qué?

—Entra en la casa, madre, y escribe detrás de la imagen de Cristo en nuestro tríptico: «Hoy, domingo 24 de setiembre del año de gracia de 1206 después del nacimiento del Salvador, mi hijo Francisco nació por segunda vez».

III

Qué partida maravillosa! La alegría nos daba alas que nos llevaban a través de las callejas de Asís. Pasamos la plaza de San Jorge, después la puerta de la ciudad y por fin el camino que bajaba a la llanura.

Era una mañana de otoño. Una bruma impalpable cubría los olivos y los viñedos.

Colgaban los racimos y otros esperaban a los vendimiadores en el suelo. Los becafigos volaban hambrientos piando alrededor de las higueras, donde quedaban algunos frutos llenos de miel. En cada hojuela de olivo temblaba una gota de luz, y más allá, la campiña dormía porque la dulce bruma matinal no se había levantado aún. Los campos segados estaban dorados y, entre el rastrojo, brillaban las últimas amapolas vestidas de púrpura, como los príncipes, con una cruz negra sobre el pecho.

¡Qué alegría! La tierra entera saltaba de dicha.

Francisco estaba desconocido. ¿Dónde encontraba tanto ímpetu y tanta fuerza? Ya no necesitaba de mi, me precedía, esbelto, ligero como un ángel, cantando aires de trovadores en la lengua de su madre. Parecía ver el mundo por primera vez.

Dos bueyes blancos pasaron, coronados de hierbas. Francisco se detuvo, sorprendido, y los contempló: balanceaban lentamente su pescuezo lustroso, y de un lengüetazo lamían sus hocicos húmedos. Francisco levantó la mano y los saludó:

—¡Qué nobleza! —murmuró—. Son colaboradores de Dios y grandes combatientes.

Se acercó, acarició los anchos flancos y los bueyes se volvieron para mirarle con expresión humana.

—Si fuera Dios —me dijo riendo—, permitiría a los bueyes entrar en el Paraíso, con los santos... ¿Puedes imaginarte un paraíso sin asnos, sin bueyes y sin pájaros? ¡Los ángeles y los santos no bastan!

Rió de nuevo.

—¿Y sin un león? —agregó—. ¿Sin ti, hermano León?

—¿Y sin un trovador, sin ti, Francisco? —dije, acariciándole los largos cabellos sobre los hombros.

Reanudamos el camino. La pendiente nos ayudaba, corrimos. De pronto, Francisco se detuvo, sorprendido:

—¿Adónde vamos? ¿Por qué corremos?

—¡A San Damiano, mi joven señor! ¿Ya lo has olvidado?

Francisco sacudió la cabeza, esta vez con amargura.

—Y yo que creía que íbamos a liberar el Santo Sepulcro —dijo lastimosamente.

—¿Los dos solos? —dije en tono burlón.

—No somos dos —contestó Francisco, y su rostro se iluminó—. Somos tres.

Me estremecí. Era cierto, éramos tres, y de ello provenía nuestro ímpetu y nuestra confianza. En verdad, nuestra marcha no era una marcha de paz. Parecíamos un ejército: el joven señor, el mendigo y Dios a la cabeza, al asalto...

¿Cuántos años han pasado desde entonces? Francisco subió al cielo, yo no he sido juzgado digno de ser arrancado de la tierra. He envejecido, se me han caído el pelo y los dientes, se me hinchan las rodillas, tengo las venas como de madera... En este instante sostengo la pluma y la mano me tiembla. El papel ya está lleno de manchas y lágrimas, pues mis ojos lloran. Sin embargo, al recordar esa mañana tengo ganas de saltar, de tomar mi bastón, de retomar el camino e ir a tocar las campanas para agitar a todo el mundo. Tienes razón, padre Francisco, el cuerpo no existe, sólo existe el alma y ella es el ama. Levántate, alma mía, recuerda esa mañana en que volamos hacia San Damiano y cuenta todo, sin temor de los hombres abotagados e imbéciles.

Mientras corríamos se oyeron en el aire gritos y risas de muchachas. Apretamos el paso y pronto estuvimos frente a las ruinas de San Damiano. Las paredes de la capilla estaban agrietadas y ya invadidas por las malas hierbas. El campanil derrumbado aún yacía en el patio junto a su campana sin voz. De todas partes nos llegaban gritos agudos y risas, pero no veíamos un alma. Francisco me miro.

—La iglesia entera resuena de risas —dijo—. Debe de estar llena de ángeles.

—¿Y si fueran demonios? —dije, pues empezaba a inquietarme—. ¡Vamos, partamos de aquí!

—Los demonios no ríen de este modo, hermano León; son ángeles. Espérame aquí, si tienes miedo. Entraré solo en la capilla.

Me avergoncé de mi mismo.

—No, no tengo miedo, te sigo.

La puerta pendía, desmantelada. Franqueamos el umbral lleno de cizaña. Dos pichones huyeron de un ventanuco y desaparecieron. No podíamos ver nada en la penumbra, pero adivinamos, en medio del altar, la vieja cruz con el cuerpo exangüe de Cristo.

A sus pies, la imagen de San Damiano y una lámpara sin aceite.

Avanzamos lentamente, con dificultad. El aire estaba como poblado de alas.

—Ahora, San Damiano aparecerá con sus muletas —dijo suavemente Francisco, que quería demostrar su valor, aunque su voz temblaba.

Por el estrecho tragaluz del santuario se veía un verdor. Era el jardincillo de la iglesia. El romero y la madreselva embalsamaban el aire.

—Salgamos al jardín —dijo Francisco—. Aquí se ahoga uno.

Pero en el instante de franquear la puerta, se elevaron tras el altar suspiros, jadeos y rumores de sedas o de alas. Francisco me tomó del brazo.

—¿Oyes? Me parece…

De súbito tres jovencitas vestidas de blanco surgieron de su escondite, pasaron frente a nosotros como flechas y se lanzaron al jardín dando chillidos.

Allí estallaron en una risa burlona, como si hubieran adivinado nuestro temor. Francisco se precipitó al patio y le seguí.

No parecían atemorizadas en modo alguno, pero la mayor enrojeció hasta las orejas al ver a Francisco. Este, apoyado en el montante de la puerta, se secaba la cara cubierta de sudor.

La joven se acercó a él, cada vez más excitada y sonriente. Una rama de olivo cargada de frutos coronaba su frente. Francisco retrocedió un paso, como temeroso.

—¿La conoces? —le pregunté en voz baja.

—Cállate —respondió, palideciendo.

La jovenzuela se atrevió:

—Señor Francisco —dijo burlona—, sois bienvenido a nuestra humilde morada.

Francisco la miraba. No respondía, pero le temblaba el mentón.

—Te encuentras en la casa de San Damiano —contesté yo, para cubrir el silencio de Francisco—. ¿Desde cuándo la ocupáis tú y tus amigas?

Las otras dos muchachas, algo más jóvenes —tendrían trece o catorce años—, se acercaron lentamente, la mano sobre los labios para sofocar las risas.

—Desde esta mañana —respondió la joven—. Hemos resuelto quedarnos todo el día. Esta es mi hermana Agnese y ésta nuestra vecina Hermelinda. Hemos traído una cesta llena de provisiones y frutas.

Se volvió de nuevo hacia Francisco.

—Si le agrada al señor Francisco, le invitamos a almorzar. Ya que se ha dignado venir a nuestra casa, le recibimos como amigo.

—Clara —dijo él dulcemente—, te deseo buenos días.

No bromeaba. Su voz salía de lo más hondo de su corazón y la joven se sintió conmovida por ella.

—Hemos venido a jugar —dijo en tono quejoso, como reprochándole que estropeara su placer.

—Yo he venido porque he tenido un sueño, y no para jugar.

—¿Has estado enfermo? —preguntó ella con una ternura que procuraba disimular.

—Antes lo estaba, pero ahora he sanado —respondió Francisco.

—No comprendo.

—Quiera Dios que un día comprendas, Clara.

—Un día te oí cantar... —dijo la joven, que ya no sabía qué decir para prolongar la conversación.

—Me oías todas las noches, Clara, pero ya no volverás a oírme.

Ella sacudió la cabeza. Sus rizos cayeron sobre sus hombros y el lazo que los sostenía se desanudó.

—¿Por qué? —dijo con los ojos clavados en el suelo.

—No lo sé todavía, no me lo preguntes. Quizá vaya a cantar bajo otra ventana.

—¿Bajo otra ventana? ¿Cuál? ¿La ventana de quién?

Francisco bajó la cabeza.

—La de Dios... —murmuró tan quedo que la joven no lo oyó.

—¿Cuál? —repitió Clara dando un paso hacia él—. ¿La ventana de quién?

Esta vez Francisco no respondió.

—Ven, Clara —dijo una de las niñas—. Ven a jugar. ¿Por qué le hablas?

Las dos tiraban de ella por el brazo para llevársela, pero Clara permanecía inmóvil y enrollaba en sus dedos el lazo caído de su pelo. Era delgada, esbelta, estaba vestida de blanco y sin adornos, salvo una crucecilla de oro, la de su bautismo, y una azucena de plata a guisa de amuleto sobre el joven pecho apenas formado. Lo que sorprendía en ella eran sus cejas finas, que se estremecían con vehemencia, dando a sus ojos negros y almendrados una constante expresión de severidad y de cólera.

Al fin tomó sus cabellos despeinados como si hubiera querido vengarse en ellos, los torció y los anudó con el lazo de seda verde. Después se volvió hacia sus compañeras:

—Vamos —dijo con despecho—. Vamos más lejos, a la otra capilla, la Porciúncula, y dejemos en paz al señor Francisco. ¡Parece que ha tenido un sueño!

Hermelinda recogió su cesta a regañadientes; Agnese, la hermana menor, tomó el cestillo de frutos, y las tres, con Clara a la cabeza, se marcharon en dirección a la llanura.

—Nos hemos salvado... —dijo Francisco lanzando un profundo suspiro, como si acabara de escapar de un gran peligro.

Se acuclilló en el umbral y miró cómo brillaban, se esfumaban y desaparecían las siluetas de las tres jóvenes tras los olivares.

—Nos hemos salvado... —repitió poniéndose de pie.

Se acercaba el mediodía. Francisco me miró. Todo temor había desaparecido de su expresión.

—Hermano León —dijo con voz resuelta—, ¿no habíamos dicho que los dos éramos todo un ejército y que partíamos para liberar el Santo Sepulcro? No sonrías. ¡Ten fe! Para empezar, haremos cosas fáciles y poco a poco nos consagraremos a las grandes. Y cuando estén hechas las cosas grandes, emprenderemos las imposibles. ¿Comprendes lo que digo? ¿O crees que sigo en mi cama, delirando?

—¿Las cosas imposibles, hermano Francisco? —dije, atemorizado—. ¿Qué quieres decir?

—Acuérdate de ese ermitaño renombrado que vivía en la copa de un árbol. Eres tú quien me habló de él. Cuando le pediste un consejo, ¿no te dijo: «Alcanza lo que no puedes alcanzar»? Y bien, hermano León, alcanzaremos el fin que no podemos alcanzar. En este instante tomamos impulso en las ruinas de San Damiano. ¿Comprendes?

—No me hagas preguntas, Francisco —respondí, con el corazón tan lleno de fuego que hubiera podido consumir un bosque entero—. ¡Ordena!

—Primero recogeremos piedras. El dinero de Bernardone que aún conservo en mi bolsa servirá para comprar herramientas de albañil y cal para reconstruir la capilla. Nos procuraremos también tejas para el techo, pintura para las ventanas y las puertas y aceite para la lamparilla del santo. ¡Sabe Dios desde hace cuánto no arde! ¿De acuerdo?

Me recogía las mangas. Sus palabras me habían transportado.

—¿Cuándo empezamos?

—En seguida. San Damiano se moja, se desploma y tropieza en la oscuridad. No puede esperar. Y nuestra alma, hermano León, ¿crees que puede esperar? ¡Adelante, compañero, en nombre de Dios!

Se quitó la capa de terciopelo y empezó a alinear las piedras talladas que habían rodado por el patio. Yo trabajaba a su lado, transportando los escombros en mi túnica y amontonándolos. Mientras trabajaba, Francisco cantaba canciones de amor que conocía desde niño. Los trovadores habían improvisado esas cancioncillas para alabar a la mujer amada, pero al cantarlas ese día Francisco pensaba sin duda en la Santa Virgen.

Era de noche cuando volvimos a la casa. Durante el camino, habíamos hablado de piedras, cal y herramientas. Era como si habláramos de Dios y la salvación del mundo. Por primera vez comprendí que tras el más humilde menester se teje el destino del hombre. También Francisco estaba

profundamente conmovido. Sentía que no hay tarea grande o pequeña y que poner un guijarro sobre un muro derruido es apuntalar al mundo todo que amenaza derruirse, es sostener el alma que vacila...

Doña Pica, inquieta, estaba en la ventana, aguardando nuestro regreso en el crepúsculo. Nos vio desde lejos y bajó a abrirnos la puerta ella misma, resuelta a regañar a su hijo que, aún enfermo, hacía imprudencias. Pero cuando le vio la cara, no pudo sino mirarlo con sorpresa. Al fin abrió la boca:

—¿Por qué brilla así tu rostro, hijo mío? —dijo.

—¡No es nada todavía, madre! —respondió Francisco riendo—. Estamos sólo en el principio, en el primer escalón... ¡y hay 77.000 escalones!

Después, tomándola del brazo, le dijo al oído:

—Esta noche, el hermano León comerá con nosotros, en la misma mesa.

El día siguiente, al alba, salimos de la casa deslizándonos como ladrones. Compramos en el mercado un martillo y una paleta para cada uno, pinceles y pintura. Y después de encargar tejas y cal, nos encaminamos rápidamente hacia San Damiano. El cielo estaba ligeramente nublado. Un vientecillo helado bajaba de la montaña. Hacía frío. Los gallos cantaban en los patios, animales y personas despertaban, los olivos brillaban, los bueyes ya habían empezado su jornada de trabajo.

—También el alma despierta cada mañana —dijo Francisco volviéndose hacia mi—. Unce sus cinco bueyes y se pone a trabajar y a sembrar.

—¿A sembrar qué?

—¡El reino de los cielos! O el Infierno... —respondió Francisco inclinándose para recoger una margarita amarilla al borde del camino.

Pero en el momento de cortar el tallo, desistió.

—Dios la ha enviado para embellecer el camino. No apartemos de su misión a las criaturas de Dios —dijo haciendo con la mano una señal a la margarita, como si saludara a su propia hermana.

Cuando llegamos a la capilla en ruinas, el cura del lugar, sentado en el umbral, se calentaba al sol. Era viejo, con la espalda curvada por los años, deteriorado por la miseria como la iglesilla de San Damiano.

Francisco, que le había visto de lejos, se detuvo, sorprendido.

—¿Estaré viendo a San Damiano? —murmuró.

Pero se recobró rápidamente, dio unos pasos y reconoció al sacerdote.

—¡Es el padre Antonio! Le conozco —dijo dirigiéndose hacia el anciano para saludarle.

Se inclinó y le besó la mano.

—Con tu permiso, padre Antonio, vamos a reconstruir la iglesia. San Damiano, a quien he visto en sueños, me lo ha pedido y le he dado mi palabra.

El sacerdote levantó la cabeza bruscamente. Los ojos permanecían ardientes como llamas en ese rostro arruinado.

—¿Por qué no me lo pidió a mí? —dijo en tono colérico, lleno de reproche—. He envejecido sirviéndolo, he gastado todo lo que tenía en aceite para su lámpara, en escobas para barrer la iglesia, en incienso, en vino para lavar su icono. Nunca, sin embargo, se me presentó en sueños para decirme una palabra de amistad. Y ahora... Se ha dirigido a ti. ¿No eres el hijo de Bernardone, Francisco el libertino, el que corre las calles toda la noche con su guitarra?

—Si —respondió Francisco—. El mismo.

—¿Pero qué espera Dios de ti?

—Nada —respondió Francisco—, nada. Pero yo espero todo de El.

—¿Qué es todo?

—La salvación de mi alma.

El sacerdote bajó la cabeza, avergonzado, se puso la mano ante los ojos para protegerlos del resplandor del sol y calló. Francisco y yo nos recogimos las mangas y empezamos a trabajar. Después de todo, poco a poco, sin darnos cuenta, empezamos a cantar.

Corrimos aquí y allá, recogiendo piedras, y cuando llegó la cal, tomamos nuestras paletas.

—¿Qué parecemos? —dije a mi compañero.

—Dos pájaros que construyen su nido en la primavera —dijo riendo.

El sacerdote se había levantado y nos miraba, silencioso. De cuando en cuando echaba una mirada furtiva hacia Francisco y se persignaba. Al mediodía se dirigió la casa cercana a la iglesia y nos trajo, en un plato de madera, dos roscas de pan, dos puñados de aceitunas negras, una cebolla y una bota de vino.

—El apóstol Pablo recomienda que el trabajador coma y se fortalezca —dijo sonriendo.

Descubrimos de repente que teníamos hambre y nos sentamos en el patio para almorzar.

—¿Has comido alguna vez un pan más sabroso? —dijo Francisco masticando alegremente su rosca de cebada—. ¿Has probado aceitunas mejores? ¿Has bebido un vino tan delicioso?

—Sólo una vez, pero en sueños. Me encontraba en el Paraíso. El hambriento sueña con hogazas, se dice. Un ángel se acercó a mi con un plato idéntico a éste, con un pan de cebada, aceitunas, una cebolla y una bota de vino. «Vienes de lejos» me dijo, «debes de tener hambre. Siéntate y bebe antes de mostrarte a Dios». Me tendí en la hierba del Paraíso y empecé a comer. Cada bocado que tragaba se trasmutaba en espíritu inmediatamente. El pan, el vino, las olivas, la cebolla, todo se volvía espíritu en mí. Como me ocurre ahora.

Reanudamos el trabajo, tallando piedras, preparando la cal, calafateando los muros agrietados. Cantábamos todas las canciones que conocíamos. Y la noche empezó a caer, y en un momento dado, me pareció vislumbrar a San Damiano que nos miraba, contento, en el umbral de la capilla. Pero en seguida supe que era el sacerdote quien nos sonreía.

—Tal vez sea San Damiano —dijo Francisco mirando al anciano con respeto—. Acaso después de tantos años de rezos y de pobreza, el sacerdote se ha unido con el santo, y los dos se han convertido en un solo y único ser.

Después del trabajo, cuando, tarde en la noche, fuimos a saludar al padre Antonio, su rostro resplandecía como el de un santo.

No sé cuántos días y semanas pasaron así. El tiempo fluía cantando, como el agua un arroyo, y nosotros acompañábamos su canción. Mientras utilizábamos sucesivamente el martillo, la paleta, el pincel y alineábamos las tejas sobre el techo, el sol aparecía, subía y después se ocultaba. Al morir el día, la estrella vespertina se prendía en el cielo, y nosotros regresábamos a Asís, alegres, blancas las manos de cal...

Sólo sé que durante esos días y esas semanas sentimos la dicha, la prisa y el amor del pájaro que construye su nido y que, en nuestra vida, esos días de alegría intensa brillarían como una boda.

—¿Qué quiere decir esto? —me dijo Francisco una mañana, al iniciar la tarea—. ¿El mundo se ha transformado? ¿Soy yo el que ha cambiado? ¡Lloro y río a la vez! ¡Parezco caminar sobre la tierra y floto en el espacio! ¿Y tú, hermano León?

—Yo tengo la impresión de ser un gusano profundamente hundido en la tierra. Toda la tierra pesa sobre mi y me aplasta. Entonces empiezo a cavar un pasadizo para salir a la superficie. Es un trabajo duro este de atravesar todo el espesor de la tierra, pero soy paciente, porque cuando salga a la luz siento que me transformaré en mariposa.

—¡Es eso! ¡Es eso exactamente! —exclamó Francisco alegremente—. ¡He comprendido ahora! ¡Que Dios te proteja, hermano León! Somos dos gusanos de tierra y deseamos convertirnos en mariposas. ¡Adelante, pues, mezcla la cal, transporta las piedras, dame la paleta!

Acabábamos de reconstruir la capilla de San Damiano cuando el viejo Bernardone regresó de su viaje. Se asombró al no encontrar a su hijo en la tienda. Francisco partía al alba, regresaba por la noche y comía solo. Ya no se le veía.

—¿Adónde va, pues, tu hijo querido tan temprano, en vez de ocuparse de nuestro comercio? —preguntó a su mujer con tono irritado.

Ésta bajó los ojos.

—Ha tenido un sueño —dijo tímidamente—. San Damiano, grande es su merced, apareció y le ordenó reconstruir su iglesilla.

—¿Y entonces?

—Parte todas las mañanas para trabajar.

—¿Solo? ¿Con sus propias manos?

—Con sus propias manos.

—¿Solo?

—Con su amigo, el mendigo.

Bernardone frunció el ceño y apretó los puños.

—Pica, tuya es la culpa —dijo—; tu hijo sigue un mal camino y tuya es la culpa.

—¿Mía?

—Tuya. De tu sangre. En tu familia hay trovadores locos, bien lo sabes.

Los ojos de la madre se llenaron de lágrimas. Bernardone tomó su bastón.

—Pues yo lo sacaré de allí —dijo—. No es sólo tu sangre la que corre en él. Tiene mi sangre, además. No está del todo perdido.

Poco antes del mediodía, llegaba a la capilla de San Damiano. Su rostro estaba sombrío. Jadeaba.

—Eh, maese albañil, baja, te necesito.

—Bienvenido, señor Bernardone. ¿Qué deseas? —respondió Francisco desde lo alto de su techo.

—Mi tienda se cae en ruinas. Baja y ven a repararla.

—Perdóname, señor Bernardone, pero no reparo las tiendas; al contrario, las derribo.

Bernardone rugió. Golpeó furiosamente las lajas del patio con el bastón. Quería hablar, pero de pronto las palabras le faltaban.

—Baja rápido, soy yo quien te lo ordena. ¿No me reconoces? ¡Soy tu padre!

—Sólo Dios es mi padre, señor Bernardone, y nadie más.

Bernardone se mostraba bastante furioso. Se había detenido en pleno sol y yo veía el vaho que envolvía todo su cuerpo y humedecía su pecho.

—¿Y yo? —gritó—. ¿Quién soy yo?

—Eres el señor Bernardone, propietario de una gran tienda sobre la plaza de Asís, que amontona oro en sus cofres y despoja al pobre mundo en lugar de vestirlo.

Advertido por los gritos, el sacerdote acudió. Ante el viejo Bernardone, comprendió la situación en seguida, se acercó temeroso y sacó de su seno la bolsa de dinero que Francisco le había entregado para que comprase el aceite destinado a la lámpara del santo.

—Te pido perdón, señor Bernardone —dijo—. Este dinero es tuyo. Es tu hijo quien me lo ha dado, pero no lo he tocado.

Bernardone tomó la bolsa y sin volverse siquiera hacia el sacerdote se la metió en su amplio bolsillo. Después volvió a blandir el bastón hacia el techo.

—¡Maldito! —gritó. ¡Baja un instante, que te rompo los huesos!

—¡Espérame! —contestó Francisco, y se dispuso a bajar.

Por mi parte, dejé mi paleta y aguardé para ver lo que ocurría.

Francisco se sacudió las ropas llenas de polvo y de cal y avanzó hacia su padre.

El viejo Bernardone le miraba, sus ojos lanzaban llamas. No se movía ni hablaba.

Con el bastón alzado, esperaba que su hijo se acercara. En el momento en que éste se inclinaba con los brazos cruzados sobre el pecho para saludarlo, el viejo Bernardone levantó su pesada mano y le asestó un pesado bofetón en la mejilla derecha. Entonces Francisco le presentó la izquierda:

—Golpea la otra, ahora, señor Bernardone... —dijo con dulzura—, golpea la otra para que no esté celosa...

Iba a precipitarme para defender a mi amigo, pero me rechazó.

—No te mezcles en los designios de Dios, hermano León —dijo—. Este hombre ayuda a su hijo a encontrar la salvación. ¡Golpea, señor Bernardone!

Entonces el viejo se encolerizó. Levantó el bastón para golpear a Francisco, pero su brazo se inmovilizó en el aire, como petrificado. El sudor le caía de la frente en anchas gotas y sus labios se habían puesto azules. En su rostro se leía el miedo, se advertía que hacía inútiles esfuerzos para mover el brazo, pero un ángel irritado debía detenerlo.

Francisco no veía a ese ángel ni yo tampoco, pero oíamos el rumor de sus alas sobre nuestras cabezas.

—No es nada, padre —dijo Francisco viendo los ojos llenos de miedo de Bernardone—. No es nada... no tenga usted miedo.

Apiadado, quiso ayudarle, cuando bruscamente el viejo se desplomó sobre las piedras. Cuando volvió en sí, el sol brillaba en el cielo. El sacerdote aún tenía la copa de agua que había ido a buscar para reanimarlo y Francisco, en cuclillas, le sostenía la cabeza mirando a lo lejos el monte Subasio bañado en luz.

Bernardone se incorporo y tomó su bastón. Me precipité para sostenerlo, pero me rechazó. Después se irguió por completo agotado, y se secó el sudor de la cara sin pronunciar palabra ni echar una mirada a su hijo, aún sentado en el suelo. Al fin sacudió sus ropas y se alejó con paso lento, apoyándose en su bastón. Pronto se le vio cómo desaparecía en el recodo del camino.

Esa noche, Francisco no volvió a su casa. Había descubierto una gruta cerca de San Damiano, unos días antes, y solía refugiarse en ella durante largas horas. Para rezar, sin duda alguna, porque cuando regresaba, un halo de luz vibraba alrededor de su cabeza, como el que se ve en las imágenes de los santos.

Nos instalamos en esa gruta. Flotaba en ella un acre olor a tierra. Nos acostamos sin comer ni cambiar una sola palabra, una piedra bajo la cabeza a guisa de almohada.

Yo estaba cansado y me dormí en seguida. Cuando desperté, debía de ser el alba; advertí a Francisco sentado en la entrada de la gruta, la cabeza entre las rodillas y lanzando gritos débiles y lastimosos, como si tratara de llorar suavemente para no molestarme.

Muy a menudo, en los años que siguieron, me fue dado oír llorar a Francisco. Pero esa mañana gemía como un niño que tiene hambre y que no tiene madre. Me arrastré hasta la entrada, me arrodillé a su lado y levanté los ojos al cielo. Algunas estrellas flotaban todavía en el espacio lechoso. Una de ellas, la más grande, titilaba con luces verdes, rosadas y azules.

—¿Qué estrella es ésa, hermano Francisco? —le pregunté para arrancarle de su meditación ¿La conoces?

Dejó de llorar.

—Debe de ser un arcángel. Quizás el arcángel Gabriel... ¡Resplandecía así la mañana en que descendió sobre la tierra para visitar a la Virgen!

Y poco después:

—Y esta estrella de brillo tan particular que ves danzar hacia Oriente y que pronto se ahoga en la luz del sol es Lucifer.

—¡Lucifer! —dije sorprendido—. ¡Es más brillante que el arcángel Gabriel! ¿Por qué? ¡Es injusto! ¿Es así como Dios lo ha castigado?

—Si —respondió Francisco con voz sofocada—. Sabe que no hay castigo más duro que recibir bien por mal. ¿Por qué te asombras? —me preguntó poco después—. ¿No ha hecho lo mismo conmigo, el mísero, el granuja, el infame Lucifer? Una noche, en vez de lanzar el rayo sobre mi para reducirme a cenizas, ¿qué hizo? Envió a san Damiano para que me dijera en mi sueño: «¡La iglesia se derrumba, sostenla! ¡Tengo fe en ti!». Pensé que hablaba de la capilla derruida... Y la he reconstruido... Pero ahora...

Lanzó un suspiro.

—¿Ahora?... —dije a mi vez, mirándolo con inquietud.

—Ahora, mi corazón no está tranquilo. ¡No! ¡No! San Damiano no hablaba de la capillita; pensé en ello toda la noche... Empiezo a comprender el sentido de su terrible mensaje.

Calló.

—¿No puedo conocerlo también yo, hermano Francisco? Dile que me siento dichoso.

—Dejarás de sentirte así, desdichado, tendrás miedo. Sé paciente, sigueme y ten confianza... Comprenderás poco a poco y llorarás. Y acaso quieras retroceder. El camino será arduo y empinado, tal vez largo, además...

Le tomé la mano y quise besársela, pero me lo impidió.

—Iré donde me lleves, hermano Francisco. A partir de ahora, no me pidas nada. ¡Sólo tienes que ordenarme!

Nos callamos. Miramos la claridad creciente del amanecer. El flanco de la montaña había pasado del violeta al rosa y del rosa al blanco inmaculado. Los olivares, la tierra, las piedras reían. El sol apareció en la cima de una roca. Arrodillados en la entrada de las sombría caverna, levantamos los brazos para saludarlo.

Debí bajar a San Damiano para recoger las herramientas, barrer la iglesia y poner orden en ella.

—Regala las herramientas al viejo cura —dijo Francisco—. Pero antes de dejárselas, bésalas una por una, porque han cumplido bien su misión. Ya no las necesitamos. La Iglesia que hemos de reparar ahora no se reconstruye con ayuda de la cal ni con una paleta.

Abrí la boca para pedirle explicaciones, pero la cerré en seguida. *Un día* —me dije—, *comprenderé. ¡Paciencia!*

—Puedes partir —dijo Francisco—. Yo no saldré hoy de la gruta. Quiero rogar a Dios, tengo mucho que decirle; que me dé fuerzas. Hay un abismo ante mi; ¿cómo puedo llegar a Dios?

Partí. Lo que ocurrió ese día en la gruta no lo supe sino muchos años después, cuando Francisco, muy enfermo, se preparaba a dejar el mundo de los vivos. Recuerdo que era de noche. Francisco estaba acostado frente a la Porciúncula, en el suelo, y no podía dormir. Las ratas del campo correteaban a su alrededor, tratando de devorar lo poco de carne que le quedaba. Me llamó y me pidió que me sentara junto a él, para espantarlas y hacerle compañía. Durante esa velada me contó lo que había ocurrido años antes en la gruta.

Una vez solo, se había acostado boca abajo, besando la tierra y llamando a Dios.

«—Sé que Tú estás en todas partes—, gritaba. Basta que levante una piedra para descubrirte, basta que me incline en un pozo para ver en él Tu rostro, y cada gusano que miro tiene Tu nombre grabado en el lomo, en el lugar mismo en que sus alas ya despuntan. Tú estás asimismo en esta caverna y en el bocado de tierra que ahora tengo en los labios. Y Tú me ves, y Tú me oyes, y Tú tienes piedad de mi... Entonces, Padre, escúchame. Anoche, en esta misma gruta, grité lleno de alegría: He hecho, Señor, cuanto me has ordenado, he reconstruido, he consolidado la capilla de San Damiano. Y tú respondiste:

»—¡No es bastante!

»—¿No es bastante? ¿Qué más debo hacer? ¡Ordéname!

»Entonces volví a oir Tu voz:

»—¡Francisco, Francisco, hay que consolidar a Francisco, el hijo de Bernardone!.

»—¿Cómo consolidarle, Señor? Los caminos son múltiples, ¿cuál es el mío? ¿Cómo vencer a los demonios que habitan mi alma? ¡Son innumerables! ¡Si no me ayudas, estoy perdido! ¿Cómo impedir que la carne se interponga entre nosotros y nos separe, Señor? Tú mismo lo viste: cuando encontré a la muchacha en San Damiano me sentí trastornado. Cuando volví a ver a mi padre, me sentí trastornado. ¿Cómo liberarme, Señor, de mi padre, mi madre y de la mujer? ¿Cómo liberarme de la tentación del bienestar? ¿Cómo liberarme del orgullo, del amor a la gloria, de la felicidad? Tú sabes que los demonios mortales son siete, y los siete roen mi corazón. ¿Cómo liberarme de este Francisco, Señor?»

Así había gritado y delirado, debatiéndose todo el día, acostado boca abajo, en la gruta. Hacia el crepúsculo, a la hora en que yo recorría todavía las calles de Asís mendigando, había oído que una voz lo llamaba:

«—¡Francisco!

»—¡Aquí estoy, Señor, a Tus órdenes!

»—Francisco, ¿puedes ir a Asís, tu ciudad natal, donde todos te conocen, y frente a la casa de tu padre ponerte a cantar y a danzar batiendo las manos y gritando mi nombre?»

Francisco escuchaba, estremeciéndose. Y la voz volvió a decir por encima de él, más cerca esta vez, en su oído:

«—¿Puedes pisotear, envilecer a ese Francisco? ¡Nos estorbaba, nos impide reunirnos! ¡Hazlo desaparecer! Los niños te perseguirán y te arrojarán piedras. Las muchachas se asomarán a sus ventanas y se echarán a reír. Tú estarás cubierto de heridas, sangrando, pero dichoso, y exclamarás: «Tenga la bendición de Dios quien me arroje una piedra una vez. Tenga dos veces la bendición de Dios quien me arroje dos piedras. Tenga tres veces la bendición de Dios quien me arroje tres piedras . ¿Puedes hacerlo? ¿Lo puedes? Callas. ¿Por qué?»

Francisco escuchaba, temblando. *No puedo* —pensaba—, *no puedo . pero no se atrevía a confesárselo.*

«—Señor —dijo al fin—, ¿no querrías enviarme a otra ciudad y ordenarme que en ella baile y grite Tu nombre en mitad de la plaza?»

Pero la voz se había elevado, grave y llena de desdén:

«—¡No, irás a Asís!»

Entonces Francisco mordió la tierra que oprimía sus labios y sus ojos se llenaron de lágrimas:

«—¡Señor, piedad! ¡Dame el tiempo de preparar mi alma y mi cuerpo! ¡No te pido más que tres días y tres noches! Nada mas».

Y la voz volvió a tronar, no ya al oído de Francisco, sino en sus entrañas:

«—¡No, ahora mismo!

»—¿Por qué tan rápido, Señor? ¿Por qué quieres castigarme tan duramente?»

Entonces la voz de Dios se alzó esta vez en el corazón de Francisco ligera y tierna:

«—¡Porque te quiero!»

Y el corazón de Francisco se apaciguó de súbito, una fuerza nueva lo penetró, su rostro se iluminó. Se alzó, fue hasta la entrada de la gruta; sus rodillas estaban firmes.

El sol declinaba. Se persignó y dijo:

—¡En marcha!

Yo regresaba, lleno el cesto de costras de pan seco que había mendigado. Le vi a la entrada de la gruta, el rostro parecido a un sol naciente. Me sentí deslumbrado y puse la mano sobre mi frente para proteger mis ojos. Quería decirle: *Francisco, he traído pan. Has estado todo el día sin comer, debes de tener hambre. Siéntate, comeremos.* Pero tuve vergüenza, porque en ese mismo instante sentí que ese hombre no tenía necesidad de alimento.

En cuanto me vio levantó la mano:

—¡Vamos! —dijo.

—¿Adónde?

—¡Vamos a «saltar»!

Vacilé, sin atreverme a preguntar. *¿A saltar qué?* No comprendía. Me precedió y, poco después, los dos caminábamos por la ruta de Asís.

IV

Caía la noche. El cielo era una púrpura sombría. Extrañas nubes refrescaban compasivas la tierra aún tibia del calor del sol. La llanura de Umbría reposaba. Había dado a los hombres trigo, vino, aceite; había cumplido su deber. Ahora miraba al cielo con confianza, esperando la lluvia que haría germinar en ella nuevos granos.

Los trabajadores volvían de los campos precedidos de sus bueyes. Cuando pasamos, esos animales gordos y bonachones nos miraban, sin asombro, casi afectuosamente, como si nosotros mismos fuéramos bueyes de otra raza que regresáramos después de una jornada de trabajo a nuestro establo lleno de paja y de buen heno.

Francisco caminaba delante, pensativo. A veces se detenía, miraba el cielo y aguzaba el oído atentamente. Pero sólo oía el dulce murmullo del viento en los árboles y a lo lejos, en la dirección de Asís, el ladrido de los perros. Entonces suspiraba y reanudaba la marcha.

De pronto se detuvo y me esperó:

—Hermano León —me dijo confidencialmente—, ¿sabes bailar?

Me eché a reír:

—¡Bailar! ¡No vamos a un casamiento, que yo sepa!

—Si vamos a un casamiento, no te rías. La sierva de Dios se casa…

—¿Qué sierva de Dios?

—El alma. Se une con su gran Amante.

—¿Dios, hermano Francisco?

—Dios. Tenemos que bailar en medio de la plaza, frente a la casa de Bernardone; allí es donde tendrán lugar las bodas. Debemos batir las manos y cantar, para que la multitud se amontone y nos arroje piedras y cáscaras de limón a guisa de confites.

—¿Por qué no confites de verdad, hojas de laurel y flores de azahar, hermano Francisco? ¿Por qué piedras y cáscaras de limón?

—Es la voluntad del Novio, hermano mío.

Reanudó la marcha sin agregar nada. Veía sus tobillos débiles y sus pies descalzos, cubiertos de sangre. De súbito, empezó a correr. Presa de un ardiente deseo de llegar, volaba hacia Asís. Pero no bien llegamos a la puerta de la ciudad, sus rodillas flaquearon. Me detuvo, me tomó del brazo y con voz débil y suplicante:

—Hermano León —dijo—, ¿te acuerdas de la noche en el Monte de los Olivos? ¿Recuerdas cómo Cristo levantó los brazos al cielo gritando: «Padre, aparta de mi este Cáliz»? Temblaba y el sudor le bañaba la frente. ¡Lo he visto! Yo estaba allí y Lo he visto Temblaba…

—Cálmate, Francisco, no tiembles. Volvamos a nuestra gruta. Mañana rezarás y yo mendigaré. Por la noche nos sentaremos los dos ante un mendrugo de pan y hablaremos de Dios.

Le hablaba con dulzura, porque sus ojos ardían y me daban miedo. Pero él estaba tan lejos de mi, allá, en el Monte de los Olivos, que no podía oírme.

—Temblaba —repitió—, temblaba... ¡Y sin embargo, tomó el cáliz y de un solo trago lo bebió hasta las heces!

Francisco dejó mi brazo, franqueó el umbral de la ciudad con paso resuelto y se volvió para mirarme y levantar la mano:

—¡Vamos! *Jesús, ayúdame!* —añadió, más bajo.

Corrí tras él, porque adivinaba su dolor y deseaba compartirlo.*¿A qué se parece el alma humana?* —pensaba, considerando la palidez de Francisco—. *¿Se parece a un nido lleno de huevos o a una tierra sedienta que interroga al cielo a la espera de lluvia? El alma humana es un lamento que sube al cielo.*

Francisco se volvió y me miró:

—¡Hermano León, puedes partir si quieres!

—No quiero partir —respondí—. Aunque tú te vayas, ahora me quedaría.

—Si pudiera partir siquiera, escapar... pero no puedo.

Levantó los ojos al cielo:

—...si detrás del agua, detrás del pan, detrás del beso está Tu rostro, si detrás de la sed, detrás del hambre, detrás de la pureza está Tu rostro, ¿cómo podría yo escapar de Ti?

De un salto estuvo en la primera cabeza. No bien se encontró en la plaza de San Jorge, se puso a saltar, a batir las palmas y a gritar:

—¡Eh, acudid todos, aproximaos, venid para que escuchéis la nueva locura!

Era la hora en que los hombres regresaban de las huertas y los viñedos, con sus asnos. Los mercaderes y los artesanos cerraban sus tiendas y se reunían en las tabernas para beber una pinta de vino y charlar agradablemente entre amigos. Las viejas estaban sentadas frente a sus puertas, opaca la mirada, cansadas de mirar las calles, las personas y los asnos de Asís, mientras los jóvenes y las muchachas, recién cambiados y lavados, iban y venían en ese atardecer del sábado por la ciudad oblonga. Soplaba una brisa fresca, las nubes se habían dispersado, los lazos ondeaban en las cabelleras de las muchachas y los jóvenes, llenos de deseo y de odio, las codiciaban. Ya se oían los primeros laúdes en las tabernas.

De pronto, risas, gritos, corridas. La multitud se volvió y vio a Francisco, en el otro extremo de la plaza. Se había recogido el manto y bailaba gritando:

—¡Eh, acudid, hermanos míos! ¡Escuchad la nueva locura!

Tras él un grupo de niños se burlaba y le perseguía.

Corrí tras ellos, tratando de asustarlos con mi bastón, pero siempre había otros que se precipitaban hacia Francisco. El, sereno, sonriente, se

detenía de cuando en cuando, levantaba las manos por encima de ellos y proclamaba:

—Bendito sea una vez quien me arroje una piedra. Bendito sea dos veces quien me arroje dos piedras. Bendito sea tres veces quien me arroje tres piedras.

Y las piedras arreciaban sobre él.

Ya brotaba sangre de la frente y el mentón de Francisco. Los parroquianos salían de las tabernas y se echaban a reír. Los perros, excitados, empezaban a ladrar. Yo me había puesto frente a él para recibir mi parte de piedras, pero él me apartaba. Saltando como un poseído, cubierto de sangre, cantaba:

—¡Escuchad, hermanos, la nueva locura!.

La multitud reía, los jóvenes silbaban, maullaban, ladraban para cubrir su voz, y las muchachas se apretujaban contra las columnas del templo antiguo lanzando chillidos. De la taberna más cercana alguien se dirigió a Francisco.

—Eh!, ¿no eres Francisco el libertino? Cuéntanos un poco tu nueva locura...

—Cuenta, cuenta! —pidieron, burlonas, algunas voces.

Y Francisco abrió los brazos al pueblo, que lo vitoreó, y gritó:

—¡Amor! ¡Amor! ¡Amor!

Y mientras corría de un extremo a otro de la plaza, una muchacha asomada al balcón de una casa señorial le miraba con el rostro bañado en lágrimas.

—Clara! —llamó una voz desde el interior—. ¡Clara!

Pero la muchacha no se movió.

De pronto se oyó un rugido. La sangre se me heló, la multitud se apartó, los gritos cesaron. Un coloso se precipitó sobre Francisco, lo tomó de la nuca y lo sacudió furiosamente; era su padre, el señor Bernardone.

—Vamos, ven! —rugió.

Pero Francisco trepó a una columna del templo, desde cuya escalinata hablaba a la multitud.

—¿Adónde?

—A casa!

—Mi casa es ésta, la plaza, y todos estos hombres y estas mujeres que me insultan son mi padre y mi madre!

El furor se apoderó del viejo Bernardone. Con las dos manos tomó a su hijo por el talle.

—¡No, no me iré, no me iré! —gritaba Francisco, trepando más alto por la columna—. No tengo ni padre ni madre, no tengo casa, sólo tengo a Dios.

La multitud estalló en risas.

—No teníamos ningún Polichinela para distraernos —dijo un individuo con cara de rata (era Sabattino: yo lo había reconocido)—. Gracias a Dios, tenemos ahora al hijo de Bernardone. ¡A tu salud, Francisco, oso de Dios! ¡Hop! ¡Salta, baila!

En ese instante el obispo de Asís atravesaba la plaza. Era un anciano venerable, bueno, ameno. Cuando pensaba en el Infierno temblaba, cuando pensaba en el Paraíso temblaba también. Suplicaba a Satanás que se arrepintiera, que cesara toda resistencia y tranquilamente, humildemente, entrara en el Paraíso.

A esa hora volvía de su excursión cotidiana por los barrios pobres. Tras él caminaba su diácono, con una cesta vacía donde había llevado los víveres distribuidos entre los desdichados. El obispo llevaba un largo cayado con punta de marfil. Sorprendido por los gritos, se detuvo. Francisco seguía aullando:

—¡No tengo sino a Dios! ¡No tengo sino a Dios! —y las risas de la multitud estallaban.

Al obispo le pareció que un hombre en peligro le llamaba en su ayuda. Apretó el paso y llegó al lugar. Todavía no era noche cerrada, algunas luces crepusculares iluminaban débilmente la ciudad. El obispo reconoció a Francisco y al viejo Bernardone que, después de atrapar a su hijo, procuraba llevárselo.

Levantó el cayado:

—Señor Bernardone —dijo con voz severa—, es vergonzoso para un notable ofrecer tal espectáculo. Si tienes una disidencia con tu hijo, hazme el favor de entrar en el obispado; allí juzgaremos.

Y volviéndose hacia Francisco:

—No te obceques, hijo mío. Has llamado a Dios, y yo soy su representante en Asís. Ven conmigo.

Francisco dejó la columna, se volvió y viéndome cerca de él:

—Sígueme, León —dijo—. Estamos al pie del camino empinado de que te he hablado...

El obispo abrió la marcha; Francisco y yo le seguimos. El viejo Bernardone caminó detrás de nosotros. Después venia la multitud, a cierta distancia, excitada.

Francisco se volvió hacia mí:

—Hermano León —me dijo en voz baja—. ¿Tienes miedo? ¿O vergüenza? En ese caso, te lo repito: ¡si quieres, puedes irte!

—Mientras esté contigo, hermano Francisco, no tendré miedo ni vergüenza. Nunca te dejaré.

—Todavía tienes tiempo —insistió—. Tengo piedad de ti. ¡Vete!

Conmovido, estallé en sollozos. Entonces Francisco me palmeó el hombro tiernamente.

—Bien, leoncillo, quédate.

El patio del obispado estaba oscuro. Entramos. La multitud se deslizó detrás de nosotros y también algunos notables, curiosos de contemplar la decadencia del hijo de Bernardone.

Se encendió el candelabro y la gran sala se iluminó. Sobre el trono episcopal, un Cristo soberbio, regordete, de mejillas rosadas, estaba clavado en su cruz. El obispo se persignó y ocupó su trono. A su derecha, el señor Bernardone; a su izquierda, Francisco. Detrás, cinco o seis notables; más lejos, la multitud.

Recuerdo exactamente cuanto pasó esa tarde: las palabras del obispo, la dulzura de Francisco, cuyo rostro resplandecía, la furia de Bernardone... Pero no me demoraré en contarlo para llegar más rápidamente a lo esencial, al gran momento en que Francisco se irguió, desnudo, ante Dios y ante los hombres.

El obispo subió, pues, a su trono, y se persignó.

—En nombre de Dios, señor Pedro Bernardone, te escucho. ¿Qué reprochas a tu hijo?

—Reverendísimo Padre —respondió el viejo con voz ronca de rabia—, este hijo mío no está en sus cabales. Tiene sueños insensatos, oye voces, toma el oro de mi cofre y lo derrocha... ¡Me arruina! Hasta ahora lo hacia para divertirse. Yo me decía: es joven, esto pasará. Pero desde hace algún tiempo, desespero. Frecuenta a los piojosos, duerme en grutas, llora y ríe sin motivo y últimamente se le ha ocurrido reconstruir las capillas en ruinas. Esta noche, bailando en medio de la plaza, ha superado los limites. Es el hazmerreír de todo el mundo... Deshonra mi sangre, ¡no quiero volver a oír hablar de él!

—¿Y entonces? —dijo el obispo.

—Entonces... —dijo el viejo Bernardone levantando la mano sobre la cabeza de su hijo—, entonces, delante de Dios y de los hombres, reniego de él, le desheredo. Ya no es mi hijo.

Un rumor sordo se elevó entre los notables y la multitud, pero el obispo lo hizo cesar de un ademán. Después se volvió hacia Francisco, que escuchaba con la cabeza baja.

—¿Qué puedes responder en tu defensa, Francisco, hijo de Dios?

Francisco levantó la cabeza:

—¡Nada! Esto, solamente...

Y antes de que nadie tuviera tiempo de impedírselo, arrancó de su cuerpo sus ropas de terciopelo, hizo con ellas un montón y sereno, sin una palabra, se inclinó y las dejó a los pies del viejo Bernardone.

Así, completamente desnudo, tal como su madre lo había puesto en el mundo, se detuvo ante el trono del obispo.

—Reverendísimo Padre —dijo—, estas ropas eran todo lo que me quedaba de él. Se las devuelvo. Ya no tiene hijo, ya no tengo padre. Nos hemos apartado uno de otro.

Todos nos quedamos perplejos. Algunos tenían los ojos llenos de lágrimas. Bernardone se inclinó, recogió el montón de ropas y lo puso bajo su brazo.

El obispo bajó de su trono, húmedos los ojos. Se quitó el manto y cubrió con él el cuerpo desnudo de Francisco.

—¿Por qué has hecho eso, hijo mío? —dijo tristemente—. ¿No tienes vergüenza ante los hombres?

—No, reverendísimo padre —respondió Francisco humildemente—, no tengo vergüenza sino ante Dios. ¡Perdóname!

Después se dirigió a los notables y a la multitud.

—Hermanos, hasta ahora he llamado Pedro Bernardone a mi padre. En adelante, ya no diré: mi padre Pedro Bernardone, sino: Padre nuestro que estás en los cielos. Rompo así los lazos que me encadenaban a la tierra y me precipito hacia el cielo, mi verdadera morada. Esto, hermanos míos, es lo que Dios me ha ordenado. ¡Ésta es la nueva locura!

El viejo Bernardone ya no podía contenerse. Enloquecía de rabia. Se arrojó sobre Francisco, pero el obispo tuvo tiempo de intervenir.

—Ya no tienes ningún derecho sobre él. ¡Contén tu ira, Bernardone!

El padre de Francisco echó una mirada feroz a su alrededor. Se mordió los labios para no blasfemar, apretó las ropas bajo su brazo y se marchó golpeando la puerta tras de si.

El obispo se volvió entonces hacia mí:

—Ve y pide al jardinero que te dé ropas viejas para cubrir a Francisco.

Corrí y pronto aparecí con un manto todo remendado que había pertenecido al jardinero. Después de trazar en él una gran cruz de tiza, Francisco se vistió.

Después se inclinó, besó la mano del obispo y, volviéndose otra vez hacia los notables y la multitud:

—¡Adiós, hermanos! ¡Y que el Señor tenga piedad de vuestras almas!

El obispo acompañó a Francisco hasta el patio.

—Cuidate —le dijo—, estás al borde de la exageración...

—Allí está Dios, Reverendísimo Padre.

El sacerdote sacudió la cabeza.

—La virtud misma debe tener mesura, si no, cae en la arrogancia.

—Es el hombre quien observa mesura. Dios está más allá de la mesura y yo me dirijo hacia Él, Reverendísimo Padre —dijo Francisco acercándose a la puerta, porque tenía prisa por marcharse.

El obispo le tomó la mano con compasión:

—No te apresures, hijo mío —dijo—. No entables el combate antes de venir a yerme. Soy viejo, he sufrido mucho. He pasado por donde tú pasas hoy y creo que por ello podré ayudarte.

—Vendré, Reverendísimo Padre, vendré a pedir tu bendición.

Después franqueó los umbrales del obispado.

Corrí tras él. La luna no se había levantado aún y el cielo, cargado de nubes, pesaba sobre la ciudad oscura. Un viento húmedo soplaba como si ya hubiera llovido en las montañas.

Las calles estaban desiertas; en las casas, se encendían las lámparas. Era la hora de la comida. Nos quedamos un buen rato en la puerta del obispado. ¿Adónde ir? ¿En qué dirección? ¿Hacia la llanura o hacia la

montaña? ¿Hacia el desierto o hacia los hombres? Dios está en todas partes, en la llanura como en la montaña, y todos los caminos son sagrados.

Francisco no había elegido aún. Permanecía inmóvil, en la oscuridad.

—Y ahora, hermano Francisco, ¿adónde iremos?

Rió dulcemente, con aire candoroso:

—¡Al cielo! ¿No sientes que ya hemos dejado la tierra? En marcha, hermano León —agregó, y tomó la dirección del monte Subasio.

Salimos de Asís por la puerta del Norte, que se abría a la campiña desierta. Francisco callaba. Como caminaba delante, podía distinguir en la oscuridad su cuerpo delgado que hendía el camino cual espada, mientras que su manto de remiendos, demasiado ancho, se hinchaba a su alrededor y batía como un ala.

Yo estaba cansado, tenía hambre. Me detuve y miré a Asís tendida abajo, a mis pies. Las luces brillaban todavía, se oía el rumor de los hombres y el ladrido de los perros. Apareció una luna triste y empañada.

Francisco, que no oyó mis pasos a sus espaldas, se volvió:

—¡Eh, hermano León! ¿Por qué vacilas? ¿No recuerdas lo que dijo Cristo? No mires detrás de ti. Sacude el polvo de tus pies. El polvo de Asís, el de tu padre y tu madre, ¡el polvo de los hombres!

—Tranquilízate, hermano Francisco, es lo que hago, sacudo el polvo —dije—. Pero, ay... Dios no me ha hecho héroe, ni cobarde, y por eso mi corazón vacila...

Reanudamos nuestra marcha y Francisco empezó a canturrear canciones francesas.

Estaba contento. Una vez más había obedecido a Dios, había bailado y gritado Su nombre en la plaza de Asís. Abandonando a su padre y a su madre, rompiendo los lazos que le encadenaban a la tierra, se había redimido y su alegría era tanto más intensa cuanto la prueba había sido más dura.

Atravesamos un bosque de encinas. La luna proyectaba sobre las piedras, a través de las ramas, su pálida y triste claridad. De cuando en cuando una lechuza volaba bajo, sobre nuestras cabezas. Y súbitamente, mientras Francisco cantaba, se oyeron pasos en dirección hacia nosotros. La canción se cortó bruscamente.

—¡Este bosque es un refugio de bandidos! —dije—. Estamos perdidos.

—Nada tenemos que perder —respondió Francisco—. No tengas miedo.

Los pasos se acercaban con ruidos de ramas rotas y de repente seis o siete bandidos se yerguen ante nosotros blandiendo cuchillos. Dos de ellos me aprisionan mientras los demás se precipitan sobre Francisco.

—¿Quién eres? —le gritan apretando los dientes.

—Soy el heraldo del Gran Rey —responde tranquilamente Francisco.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—He venido a invitar a mis amigos, los bandidos, a dirigirse al cielo. El Gran Rey festeja unas bodas, casa a Su hijo y los convida a Su mesa.

Uno de los hombres se acerca con una antorcha encendida, mira el rostro famélico de Francisco, sus pies sangrantes, su manto remendado:

—¿Tú, el heraldo del Gran Rey? ¿Tú? ¿Andrajoso como estás?

Empiezan a revisar a Francisco para buscar su bolsa. En vano. Buscan también en el cesto que yo llevo a la espalda, pero ya no queda nada en él, ni siquiera un pedazo de pan viejo. De nuevo observan a Francisco a la luz de la antorcha.

—Debe de ser un loco —dice uno de ellos—, nos hemos molestado inútilmente.

—Démosles una buena tunda y arrojémoslos a un foso —dijo otro—. Al menos nos habremos molestado por algo.

Se pusieron a golpearnos, con las colas de buey que les servían de látigos. Yo gritaba de dolor, pero Francisco, cada vez que recibía un golpe, se persignaba murmurando:

—¡Loado sea el Señor!

—¡Eh, muchachos! —dijo uno de los bandidos, señalando a Francisco—. ¡No es un loco, es un Santo!

—Es lo mismo —respondió otro, que parecía el jefe—. Ahora tienen lo suyo... ¡al foso con ellos!

Nos tomaron por los pies y los hombros y nos arrojaron en el foso. Después se marcharon, blasfemando y gritando.

Entonces Francisco tendió la mano y me acarició la espalda.

—¿Te duele, hermano León?

—¿Y tú pretendes que no te duela? ¡La resistencia de la carne tiene sus límites!...

—No insultes a la carne. Recuerda lo que hemos dicho: también la carne puede trasmutarse en espíritu un día... Te lo juro, hermano León: no me duele.

El foso era hondo, nos costó subir. A mitad de camino, nos deslizamos y volvimos a caer en el fondo.

—No estamos mal aquí —dijo Francisco—; buscábamos un refugio para pasar la noche: aquí lo tenemos, Dios nos lo ha enviado. ¡Grande es su gracia! Durmamos aqui y mañana el Señor nos enviará el sol para mostrarnos el camino.

Nos apretujamos el uno contra el otro, porque hacia frío. Me ardía la espalda, pero estaba tan cansado que me dormí en seguida. ¿Dormía también Francisco? No creo, porque en mi sueño oí una voz que cantaba.

Despuntó el día. Salimos del foso en cuatro patas y reanudamos el camino. Callábamos, pero a veces hablábamos de Dios, del tiempo o del invierno que ya pesaba sobre la naturaleza. Y cuando, desde lejos, veíamos una aldea, Francisco me tiraba alegremente de la manga.

—¡Vamos, hermano León, rápido! —decía—. En alguna de esas casitas un alma espera la salvación. ¡Vamos a buscarla!

Entrábamos en la aldea y Francisco llamaba con su voz de pregonero:

—¡Eh, campesinos, acercaos! Distribuyo novedades, apuraos, que es gratis.

Habíamos encontrado en el camino una campana de carnero y Francisco la agitaba al pasar por las callejas. Los campesinos acudían, hombres y mujeres, para ver qué llevábamos y distribuíamos gratuitamente. Entonces, Francisco subía a una piedra y se ponía a hablar del amor:

—Amemos a Dios y a los hombres, sean enemigos o amigos nuestros, amemos a los animales, a los pájaros, a la tierra que pisamos.

Hablaba del amor con exaltación, y cuando las palabras empezaban a faltarle, estallaba en sollozos. Muchos reían al escucharlo, otros se enfadaban. Los niños le arrojaban piedras. Algunos se acercaban despacio y le besaban la mano. Después íbamos a mendigar de puerta en puerta. Nos daban un mendrugo de pan que comíamos bebiendo el agua de los brocales, después de lo cual nos dirigíamos hacia otra aldea. Los días y las semanas pasaban. No los contábamos. El tiempo parecía una bola que corre por una pendiente.

No sé en qué aldea un viejo amigo de Francisco, antiguo compañero de fiestas, vio a mi compañero cuando anunciaba sus «mercancias» en la plaza. Estupefacto, acudió:

—Francisco, mi viejo amigo, ¿qué haces? ¿Quién te ha puesto en este estado?

—¡Dios! —contestó Francisco sonriendo.

—¿Dónde están tus ropas de seda, la pluma roja de tu sombrero y tus anillos de oro?

—Es Satanás quien me las había prestado. Se las he devuelto.

El amigo miraba el manto harapiento, los pies descalzos, la cabeza despeinada, y no entendía.

—¿De dónde vienes, dime? —preguntó al fin, compasivo.

—Del otro mundo —respondió Francisco.

—¿Y adónde vas?

—Al otro mundo.

—¿Y por qué cantas?

—Para no perder mi camino.

El amigo sacudió la cabeza, con aire desesperado. Ese muchacho debía de tener buen corazón, porque tomó a Francisco de la mano y me hizo señas de seguirlo.

—Francisco, viejo amigo, si he comprendido bien, quieres salvar al mundo. Pero escúchame. Ahora es invierno. Ven a mi casa. Te daré ropas abrigadas para que no te congeles y mueras de frío, porque si mueres, ¿cómo, entonces, podrás salvar al mundo?

—Llevo a Dios —dijo Francisco—, no tengo frío.

El amigo se echó a reír.

—Llevas a Dios, pero eso no basta. Es preciso además un traje abrigado. Temes aplastar un gusano porque tienes piedad de él, ten piedad

de tu cuerpo... Es un gusano, también él... Y no olvides —agregó, viendo vacilar a Francisco—que necesitas tu cuerpo para salvar al mundo... Sin él...

—Tienes razón —dijo Francisco—. Razonas bien. Si, en verdad, aún necesito cuerpo.

Seguimos al amigo hasta su casa. Era rico. Dio a Francisco un largo blusón de lana gruesa, un par de sandalias, una especie de cayado.

—Toma las ropas de mi pastor —dijo el amigo—. Vístete.

Francisco miró con detenimiento el sayo y se lo probó. Le llegaba hasta los tobillos. Se puso el capuchón, se lo quitó y rió como un niño.

—Estoy contento —dijo al fin—. El color de estas ropas es muy parecido al de la tierra en otoño, cuando se la remueve. Rufino —agregó—, te lo pido por el amor de Dios: da a mi hermano un sayo parecido.

El amigo estaba contento:

—Seria gracioso —dijo—que gracias a estas ropas que te he dado, que te asemejan a un fraile, mi nombre se conservara en el recuerdo de los hombres. ¿Tienes la intención, también tú, como san Benito, de crear alguna orden de monjes?

—¿Yo? ¿O Dios? Es a Él a quien has de preguntárselo. Es a Él a quien se lo pregunto yo mismo.

Se alejó, se puso de nuevo el hábito, tomó un pedazo de cuerda en el patio y lo anudó en torno a la cintura. Mientras tanto, el amigo buscó otro sayo para mi. Lo vestí y, como Francisco, anudé un trozo de cuerda en mi cintura. La espalda se me calentó. Rufino tomó mi cesto, bajó a la bodega y lo llenó de provisiones. Al fin, Francisco tendió la mano a su amigo:

—Toma esta mano de arcilla! —dijo.

El amigo sonrió.

—Mi querido amigo, hermano Rufino —continuó Francisco—, quiera Dios que un día entres en el Reino del Cielo vestido con este hábito. ¡Hasta el próximo encuentro.

—¿Dónde? —dijo Rufino riendo—. ¿En el Reino del Cielo?

—No, en el reino de la tierra. Quiera Dios que un día también tú tomes el camino del gozo perfecto.

Seguimos el camino. El cielo estaba nublado, hacia frío.

—¿Ves? —dijo Francisco riendo—. Cuando no pensamos siquiera en vestirnos y alimentarnos, es Dios quien piensa en ello, enviándonos a un Rufino con un saco de provisiones y dos sayos de lana...

Mientras nos dirigíamos hacia el este, admirábamos nuestro hábito nuevo con alegría infantil. Era como si fuéramos a la guerra después de calarnos nuestras armaduras.

—No hay mayor alegría —me dijo Francisco—que la de obedecer la voluntad de Dios. ¿Sabes por qué, hermano León?

—¿Cómo podría saberlo? Explícamelo.

—Porque en el fondo de nosotros mismos no deseamos sino lo que desea Dios. Sólo que lo ignoramos. Entonces el Señor desciende en nosotros,

despierta nuestra alma y le señala lo que desea sin saberlo. Ése es el secreto, hermano León. Obedecer a la voluntad de Dios significa obedecer a nuestra voluntad más secreta. En el fondo del más indigno de los hombres dormita un servidor de Dios.

—¿Es por eso que has reconstruido San Damiano? ¿Has obedecido a una voluntades secretas e ignoradas que Dios te ha revelado durante tu sueño? ¿Es motivo por el cual abandonaste a tu padre y a tu madre?

—Ese es. Y por ese mismo motivo lo abandonaste todo para seguirme.

—Pero a veces nosotros tenemos varias voluntades al mismo tiempo. Me dices cómo podemos reconocer la de Dios.

—Es la más dura —respondió Francisco con un suspiro.

A lo lejos se oyeron truenos. El aire olía a lluvia.

—Y ahora —volví a preguntarle—, ¿cuál es tu deseo profundo, hermano Francisco. ¿Puedes descubrirlo antes de que Dios te lo revele?

Francisco bajó la cabeza y volvió a suspirar.

—¡No puedo, ay de mi! —dijo al fin—. Sé perfectamente qué es lo que no quiero pero ignoro lo que quiero.

—Dime qué es lo que no quieres, hermano Francisco; dime lo que odias y te enoja más que ninguna otra cosa. Y discúlpame si te lo pido...

Francisco vaciló un momento. Abrió la boca, volvió a cerrarla y al fin dijo:

—No me gustan los leprosos, por ejemplo... No puedo verlos. Con sólo oir los cascabeles que agitan para prevenir a los transeúntes, me desvanezco. Perdóname, Señor, nada en el mundo me repugna más que los leprosos.

Escupió y se apoyó contra un árbol, porque sentía náuseas.

—El alma humana es perversa, débil y desdichada —murmuró—. Señor, ¿cuándo te apiadarás de ella, y cuándo la salvarás?

Empezó a llover. Nos cubríamos con las capuchas y apretamos el paso para llegar rápidamente a la aldea más cercana. Pasó una muchacha.

—Bendecidme, santos de Dios —dijo saludándonos.

Francisco se puso la mano sobre el corazón y respondió al saludo sin levantar ojos. La muchacha era bonita, bien formada y graciosa.

—¿Por qué no levantaste los ojos para mirarla, hermano mío? —pregunté.

—¿Cómo podía levantar los ojos sobre la prometida de Cristo?

Caminábamos siempre por la campiña desolada. Ni un alma en ella. La noche había caído y llovía cada vez más.

—Busquemos una gruta donde refugiarnos —dije—. Dios no quiere que vayamos más lejos.

—Dios no quiere que vayamos más lejos, tienes razón, hermano León. ¡Por lo tanto, tampoco nosotros lo queremos!

Nuestra busca a lo largo de la montaña nos hizo descubrir una gruta. Entramos en ella y Francisco se acostó, satisfecho.

—Dios envía la lluvia, pero envía también los capuchones —dijo—. Y cuando la lluvia aumenta, envía una gruta.

—¡Cuánta sabiduría! —dije.

—¡Cuánta bondad! —corrigió Francisco.

Abrí la alforja y tomé una parte de las provisiones que el amigo Rufino nos había dado. Después de comer, muertos de fatiga, nos acurrucamos uno contra otro para dormir. Yo concilié el sueño en seguida, como un verdadero campesino que era. Mi preocupación no era tan grande como para perturbar mi sueño. Pero Francisco permaneció despierto toda la noche. Al amanecer me tocó con el pie.

—¡Despierta! Amanece…

—Todavía es de noche —le respondí, medio dormido—. ¿Por qué estás tan apurado?

—No soy yo quien está apurado, hermano León. ¡Es Él! ¡Levántate!

Me levanté.

—¿Has tenido un sueño? —pregunté.

—No. No he podido dormir en toda la noche. Al rayar el día, cerré los ojos y supliqué a Dios: «Padre, déjame dormir. Soy un obrero, Tu obrero; he hecho cuanto me has ordenado: he reconstruido San Damiano, he bailado en la plaza y me he convertido en el hazmerreír de la multitud en Asís. He abandonado a mi padre y a mi madre. ¿Por qué no me dejas dormir? ¿No es bastante?». Entonces una voz severa resonó sobre mi cabeza: «¡No, no es bastante!». Te lo juro, hermano León, no dormía. No era un sueño. Todo puede ser un sueño, tú y yo, esta gruta y la lluvia. Sin embargo, esa voz no la oí en sueños. «¿No es bastante?», exclamé, lleno de temor. «¿Qué quieres de mi ahora?» «¡Levántate! Amanece. Reanuda la marcha. Oirás el sonar de un cascabel. Será un leproso. Soy yo quien te lo envía. Arrójate sobre él y bésalo en la boca. ¿Me oyes? Finges no oírme… ¿Por qué no respondes?» Yo no lo podía soportar… «¡Tú no eres un Padre!», le grité. «¡Tú no quieres a los hombres. Eres Todopoderoso y te burlas de nosotros sin piedad. Me has oído, hace unas horas, cuando decía a mi compañero que no podía soportar a los leprosos y no te has demorado en arrojarme a los brazos de un leproso. ¿No hay camino más fácil para los pobres humanos que quieren ir hacia Ti?» «No, no lo hay», dijo entonces la voz, sin agregar una palabra.

Yo escuchaba estremeciéndome.

—Y ahora… —dije con honda piedad a Francisco, que se había levantado tropezando y miraba hacia el exterior de la gruta, presa del terror.

No me oyó.

—Y ahora… —repetí.

—¿Ahora qué? —dijo Francisco—. No hay ahora. Levántate y vayamos a su encuentro.

—¿Al encuentro de quién?

Francisco bajó la voz y sentí temblar su cuerpo agotado.

—El leproso… —respondió en voz muy baja.

Salimos de la gruta. Amanecía. La lluvia había cesado. Las nubes rodaban en el cielo como empujadas por el soplo de Dios. En cada hoja de árbol pendía y centelleaba una gota de agua y en cada gota de agua se reflejaba el arco iris.

Retomamos el camino hacia la llanura que aún dormía envuelta en la bruma matinal. Francisco caminaba delante a grandes pasos.

El sol se levantó detrás de la montaña y calentó la tierra. Más allá de los pinos se extendía una gran ciudad.

—¿Qué ciudad es ésa?

—No lo sé, hermano Francisco. Todo parece nuevo. Quizá sea Ravena.

De pronto Francisco se detuvo, muy pálido. Me tomó del brazo.

—¡Los cascabeles!... —murmuró.

Y en efecto, de inmediato oí un ruido de cascabeles, todavía lejano. Nos detuvimos.

Francisco temblaba. Los cascabeles se acercaban cada vez más.

—Llega... —tartamudeó mi compañero apoyándose en mí—. Llega...

—¡Vámonos! ¡Huyamos! —le dije, tironeándole por la cintura.

—¿Para ir adónde? ¿Para huir de la voluntad divina? ¿Cómo? Imposible, desdichado hermano León.

—Tomemos otro camino!

—En cada camino encontraremos un leproso. Ya verás, todos los caminos se poblarán de leprosos. Sólo desaparecerán cuando hayamos caído en sus brazos. ¡Vamos, ten valor y sigamos!

Los cascabeles sonaban ya muy cerca de nosotros, tras los árboles.

—Valor, Francisco, hermano mío —le dije—. Dios te dará la fuerza para resistir.

Pero Francisco ya se había precipitado en dirección al ruido. Entonces apareció el leproso. Llevaba un bastón cargado de cascabeles, que agitaba. Francisco corría con los brazos abiertos. Pero cuando el leproso le miró, se detuvo y lanzó un grito agudo.

Las rodillas se le doblaron. ¿Era el miedo o el agotamiento lo que le impedía avanzar?

Me acerqué y miré con horror. La nariz del leproso estaba medio podrida, sus manos mutiladas y su boca era una llaga purulenta.

Francisco se arrojó sobre él, lo abrazó y lo besó en los labios. Después lo tomó en sus brazos, lo cubrió con su capucha y se encaminó lentamente hacia la ciudad.

Sin duda había en los alrededores alguna leprosería donde quería dejarle. Yo le seguía, con los ojos llenos de lágrimas. Dios es duro, muy duro, pensé; no tiene piedad por los hombres. Pensé en lo que Francisco me había dicho horas antes: «La voluntad de Dios es nuestra voluntad más profunda, la que ignoramos». ¡No, no era cierto! Dios nos decía más bien: «¿Qué es lo que más detestas? Eso es precisamente lo que Yo amo. ¿Esto te disgusta? ¡Y bien, es lo que más aprecio!». Así fue como el desgraciado Francisco debió besar al leproso que ahora llevaba en los brazos.

Poco antes del mediodía, gruesas gotas de lluvia empezaron a caer. Nos acercábamos a la ciudad. De pronto, la ciudad se irguió ante nosotros, resplandeciente en el sol, con sus torres, sus iglesias y sus casas. Francisco se detuvo bruscamente. Se inclinó, apartó la capucha que cubría al leproso y lanzó un grito: ¡sus brazos estaban vacíos!

Se volvió, me miró, trató de hablar, pero sus labios estaban como paralizados. Su rostro ardía con un fuego intenso. Su barba, su nariz, su boca, todo desaparecía en las llamas. Rodó por el suelo; después. boca abajo, empezó a besar la tierra y a sollozar. De pie junto a él, me estremecía. ¡No había sido un leproso de verdad, sino el propio Cristo que había bajado a la tierra para probar a Francisco!

Un campesino que pasaba lo vio en el suelo, llorando bajo la lluvia. Se detuvo y preguntó:

—¿Por qué llora? ¿Qué le han hecho? ~,Quizá lo han atacado y golpeado los bandidos?

—No —le respondí—. Cristo ha pasado por aquí hace un instante, hermano. Lo ha visto y llora de alegría.

El campesino se encogió de hombros, se echó a reír y se alejó.

Francisco abrió los ojos por fin. Miró el cielo lleno de nubes y la lluvia que caía lentamente. Después se volvió hacia mi; incapaz de hablar todavía, me sonrió. Entonces me senté junto a él, en medio del camino, y le besé y acaricié el rostro, para mitigar los efectos del rayo divino que dejó humeante su cuerpo.

¿Cuántas horas permanecimos así, abrazados, sin pronunciar palabra? No puedo decirlo, pero cuando nos levantamos, era casi de noche. Francisco había recobrado el habla.

¿Has visto, hermano León? ¿Has comprendido?

—He visto, hermano Francisco, he visto, pero sólo una cosa he comprendido: Dios se burla de nosotros.

—Pues yo he comprendido esto: todos los leprosos, los inválidos, los pecadores, cuando los besamos en la boca…

Calló, sin atreverse a acabar su pensamiento.

—Sigue, no me dejes en las tinieblas…

Pasó un largo rato. Al fin, tristemente, Francisco continuó:

—…todos esos, los leprosos, los inválidos, los pecadores, perdóname, Señor, se transforman en Cristo si los besamos en la boca.

Cuando llegamos a la gran ciudad, que era la célebre Ravena, era de noche, pero todavía podíamos distinguir sus grandes pinos frondosos y sus redondas torres en la penumbra. El vasto hálito del mar nos envolvía y nos refrescaba.

—Ravena es una ciudad noble —dijo Francisco—, llena de palacios, de iglesias y de gloria. Me gusta.

—Pasemos aquí el invierno —propuse—. La estación de las lluvias ha empezado, los ríos crecen, no podemos ir a ninguna parte. Aquí, como en cualquier lugar, hay almas que te esperan, hermano Francisco.

No podíamos ir más lejos. Estábamos demasiado cansados. Nos detuvimos así fuera de la ciudad, en el famoso convento de San Apolinario. Pero las puertas estaban herrumbradas y por la noche nunca se abrían a nadie. Empezó a llover a torrentes.

—Dormiremos aquí ante la puerta —dijo Francisco—. Y mañana por la mañana, si Dios quiere, entraremos para rezar.

De repente sintió que tenía hambre.

¿No hay nada en tu alforja, hermano León? —preguntó.

—Nada, hermano, nada. Sólo la campana de carnero. ¿Tienes hambre?

—Esperaré hasta mañana —dijo—. La ciudad es grande y habrá en ella un pedazo de pan para nosotros.

Hicimos la señal de la cruz y nos apretujamos uno contra otro frente a la puerta, porque estábamos empapados y hacia frío.

—Hermano Francisco —dije—, explícame, siempre me he hecho esta pregunta sin poder respondérmela nunca: ¿quién tiene razón? ¿Los que no piden limosna y la rechazan cuando la ofrece alguien? ¿Los que no la piden, pero la aceptan? ¿O bien los que la piden?

—La santa humildad exige que tendamos la mano, que pidamos la limosna y que la aceptemos, hermano León. Lo demás no es sino orgullo. Los ricos deben a los pobres, acreedores de su deuda. No me preguntes más, duerme. Estás cansado, yo también. ¡Buenas noches!

Comprendí que Franocisco tenía prisa por quedarse a solas con Dios. Cerré los ojos, y durante la noche entera, me pareció oírle hablar, reír, y llorar sucesivamente. A la mañana siguiente permanecimos ante la puerta y esperamos que el monje portero viniera a abrirnos. A través de la reja podíamos ver en la luz del patio el jardín florido, los laureles, los cipreses, y las celdas abovedadas. En medio se encontraba el pozo con brocal de mármol y al fondo se veía la célebre iglesia construida y adornada por manos de obreros llegados de Oriente. El sol apareció al mismo tiempo que el anciano portero, de andar defectuoso, de barbas blancas y rizadas, que andaba descalzo. Su boca desdentada masticaba sin cesar. En cuanto nos vio, su expresión se endureció.

—¡Mendigos! —exclamó, encolerizado—. ¡El convento no es para vosotros, inútiles.

—No somos inútiles, padre guardián —respondió Francisco con dulzura—; trabajamos, también nosotros... Tenemos llaves, cerramos y abrimos.

—¡Qué es lo que abrís, insensatos!

—¡El Infierno!

—¿El Infierno?

—Si, el Infierno: en nuestro corazon.

El portero gruñó como un perro, pero no dijo nada. Puso la llave en la cerradura y abrió la puerta. Entramos. Los monjes no estaban en sus celdas, porque el rezo matutino ya había empezado. Se oía un canto muy suave. La luz del día ya había ganado el claustro, los pájaros se habían despertado. Un monjecito, inclinado sobre el brocal extraía agua. Dos esbeltos cipreses,

rectos como espadas, encuadraban la iglesia como dos arcángeles. Un laurel frondoso, en medio del patio, esparcía su aroma.

Francisco recogió una hoja y la besó. Llevándola en su mano derecha como un cirio encendido, empujó la puerta de la iglesia y entró. Yo tenía sed, y esperé a que el monjecillo hubiera subido el cubo. Después de beber y refrescarme, hice la señal de la cruz y agradecí a Dios por darme la sed y por darme el agua.

Entré en la iglesia, que olía a benjuí. En las sillas del coro los monjes cantaban. La luz entraba por los vitrales, roja, azul, verde. Vi a Francisco arrodillado sobre las lajas, fijos los ojos más allá del altar, en éxtasis. Seguí su mirada... ¡Dios mío, milagro! ¿Era el Paraiso? Un inmenso mosaico verde, blanco y dorado representaba a San Apolinario, vestido con su estola dorada, rezando, altas las manos. A su derecha y a su izquierda, corderos blancos, cipreses, árboles cargados de frutos y de ángeles. ¡Qué follaje, qué frescura! ¡Qué dulzura! ¡Qué profunda serenidad y qué verdeante pradera donde el alma podría pacer en la vida eterna!

A pesar de mi espíritu obtuso, me sentí trastornado. Me arrodillé junto a Francisco y me deshice en llanto.

—Cállate —me dijo en voz baja—, no llores, no rías, no hables. Entrégate.

No sé cómo dejamos aquella iglesia, ni si los monjes nos dieron un pedazo de pan.

No sé tampoco cómo entramos en la ciudad. Recuerdo tan sólo que la recorrimos de uno a otro extremo, mirando a las personas, las torres y los palacios, sin ver otra cosa que una verde pradera con un santo en el medio, y corderos blancos que corrían alegremente para saludar a Dios. Y por encima, una cruz inmensa, que envolvía el todo, con sus brazos abiertos.

Hacia el atardecer, nos detuvimos en una gran plaza. En el centro se alzaba una fuente, con una imagen de Cristo que llevaba una oveja sobre los hombros, la oveja perdida, devuelta.

Los artesanos cerraban sus talleres, los muchachos y las jóvenes descendían de los barrios para encontrarse. La lluvia había cesado, el aire purificado olía a pino.

Francisco tomó la campana de carnero para llamar a la población, pero cambió de idea. Volvió la campana a su lugar, se sentó en el suelo y miró a la multitud que pasaba.

Me acuclillé a su lado. De súbito se volvió y me dijo:

—Hermano León, ya he visto en alguna parte esta pradera verde donde pacen los corderos. a san Apolinario y sus pastores celestes, los ángeles. ¿Dónde? ¿Cuándo? Procuro recordar, pero no lo consigo. ¿La he visto en sueños?

Calló y bruscamente batió palmas, alegre:

—¡Dios sea loado! Ya sé. Hace horas que me atormentaba...

Su rostro estaba radiante y sus ojos llenos de esmeraldas.

—Es en mi corazón donde la había visto —murmuró, feliz.

La noche caía y a medida que aumentaban las sombras más distintos nos llegaban los gritos de la ciudad. Ravena estaba tendida en la sombra como un monstruo saciado, de ligerezas innumerables, innumerables bocas de hombres, de perros, de caballos, laúdes, guitarras. Ravena ladraba, reía, relinchaba y cantaba. Y de pronto, mientras la oscuridad nos envolvía, me pareció que la estatua, en medio de la plaza, se transformaba. Ya no era la oveja perdida lo que Cristo tenía en su espalda, pero si la ciudad, Ravena.

—¿En qué piensas? —me preguntó Francisco viendo que miraba la estatua.

—Pienso que no es la oveja lo que Cristo vuelve al redil, pero sí Ravena.

—No, tampoco es Ravena. hermano León. Es el mundo entero.

Callamos de nuevo. Entonces un gran anciano de aspecto imponente fue a detenerse ante nosotros. Tenía una larga barba blanca de rizos apretados, pero extrañamente, llevaba afeitados los bigotes. A la luz de las linternas de las tahonas, pudimos distinguir su rostro curtido y marcado de hondas cicatrices.

Se sentó cerca de nosotros y nos interpeló:

—Excusadme, lo que acabáis de decir me ha gustado. Desde esta mañana os veo mundear por la ciudad, mudos, vacías las alforjas, y me pregunto qué clase de seres sois. ¿Mendigos? No tenéis de ello más que el aspecto. ¿Holgazanes? ¿Santos?

Francisco se echó a reír, levantó la mano y señaló la estatua de Cristo.

—Somos la oveja perdida y buscamos a Cristo en todas partes. No es Cristo quien busca, anciano. Nosotros Le buscamos.

—¿Y es aquí, en Ravena, donde pensáis encontrarlo? —dijo el viejo con tono sarcástico.

—¿Acaso no está en todas partes? —respondió Francisco—. ¡Entonces es bien posible que se dignara mostrársenos en Ravena!

El anciano sacudió la cabeza cana, se mesó lentamente la barba y bajando la voz dijo:

—También yo Lo busqué en otro tiempo.., y Lo encontré. Fue en el furor de una batalla, muy lejos, en el otro extremo del mundo. Para mostrársenos tomó el rostro de un hombre, el de un gran rey.

Suspiró y sentimos que algo se desgarraba en él. Francisco se acercó y le puso una mano en la rodilla.

—Anciano, te lo suplico en nombre de Cristo que está sobre nosotros, dinos cómo y dónde Le encontraste. ¡Ayúdanos a encontrarle!

El viejo bajó la cabeza y calló un largo rato. No sabia por dónde empezar su relato.

Abría la boca, volvía a cerrarla, sin decidirse a hablar.

—Fue en Oriente, en la santa ciudad de Jerusalén, hace unos veinte años. Extraño mundo el de Oriente. Los perfumes y los olores repugnantes se mezclan, hay allí palmas como las que se ven en los iconos y otros árboles aún más curiosos, cargados de una especie de racimos cuyo tamaño alcanza el de un hombre. Las mujeres se cubren de la cabeza a los pies, como fantasmas. Se tiñen de rojo las palmas de las manos y también los pies, así

como las uñas, que por lo demás nunca muestran. Nosotros lo comprobamos desvistiendo a algunas que habíamos capturado. Y los hombres... cuando están a caballo, se unen a él de tal manera que no es posible distinguir al caballero de su cabalgadura; dos cabezas, seis piernas: un solo ser. Su rey, el sultán Saladino, un valiente de verdad, vestido de oro y perlas, podía montar su caballo mientras el animal corría al galope. Su palacio estaba lleno de surtidores, de yataganes y mujeres. Se instalaba sobre el Santo Sepulcro, cruzaba las piernas y amenazaba a la cristiandad atusándose los bigotes.

Francisco suspiró.

—¡Dios mío, qué vergüenza! —exclamó—. ¡Y nosotros, que nos quedamos inactivos, aquí, en Ravena, vagando y mendigando, en vez de correr para rescatar la tumba de Cristo! Vamos, hermano León, de pie. ¿Qué esperas? ¡Si quienes salvar tu alma, hay que empezar por salvar el Santo Sepulcro!

El anciano sacudió la cabeza.

—¡Ah, la juventud! Cree que basta con querer conquistar el mundo para conseguirlo. Es lo que pensaba también yo en otros años. Era un padre de familia rico. Poseía campos, bueyes y un caballo blanco que quería como a un hijo. Lo abandoné todo, sólo me llevé el caballo... Cosí a mis espaldas una cruz de paño rojo y me puse en marcha para liberan el Santo Sepulcro.

Volvió a callar e hizo un ademán de impotencia.

—No sé por dónde empezar —dijo—. ¡Todavía tengo la cabeza llena de mares y desiertos! Me dirigía, pues, hacia mi meta, la santa Jerusalén, viajando ya en barco, ya a caballo... Conocí a un número incalculable de hombres extraños, bárbaros, de razas y lenguas diferentes... Vi también la célebre Constantinopla, la reina de las ciudades, tendida a la vez sobre dos continentes: Europa y Asia... ¡No creía en mis ojos!

»¿Qué son los sueños a su lado? La mente humana es incapaz de imaginar un sueño tan hermoso. ¡Cuántos palacios maravillosos, cuántas iglesias pude ver en ella! ¡Cuántas fiestas, cuántas mujeres!... Vagaba sin poder saciar mis ojos, olvidando el Santo Sepulcro, ¡Dios me perdone! Cuando por fin llegué a Jerusalén, la tumba de Cristo había caído en manos de los cristianos y el rey...

Empuñó sus barbas y se cubrió con ellas el rostro. Después de un momento de silencio:

—...el rey de Jerusalén era un muchacho de unos veinte años. Lo llamaban Balduino. Pero no era un ser humano, no, estoy seguro... ¿Era acaso, que Dios me perdone, el que yo buscaba? Cuando le vi por primera vez, me estremecí de horror. Ese día, los sarracenos lanzaban un nuevo ataque para recobrar Jerusalén. El rey había ordenado a los clarines que reunieran las tropas. Nos habíamos puesto las armaduras y los pendones flotaban al viento. Estábamos alineados por millares en la llanura, unos a pie, otros a caballo, esperando... Entonces ...¿Cómo recordar ese momento de desgarrador desaliento? Entonces le vi por primera vez. En ese instante comprendí que el alma humana es todopoderosa, que Dios habita

enteramente al hombre y que no es necesario ir a buscarle en los confines del mundo, ya que basta con mirar en nuestro corazón.

»El rey estaba tendido en unas angarillas. Se le pudría el rostro, las manos, los pies no tenían dedos... Además estaba ciego, porque la lepra le había roído también los ojos. Como estaba muy cerca de él, quise verlo. Me incliné, pero olía tan mal que debía taparme la nariz. Ese cuerpo no era más que un amasijo de carne podrida, pero en esa podredumbre el alma del rey permanecía en pie, inmortal. ¿Cómo Dios, en medio de tal infección, no sentía náuseas? El terrible sultán sitiaba la inexpugnable fortaleza de Krach, en el desierto de Moab, al otro lado del Man Muerto. Al frente del ejército, el rey atravesó el desierto con un calor intolerable. Mientras avanzábamos, agotados, ese desecho pútrido que yacía en las angarillas dirigía una fuerza tal, una llama tal que el aire vibraba y crepitaba alrededor, como un pino incendiado.

El viejo guerrero calló. ¿No quería o no podía seguir hablando? Puse la mano sobre su rodilla y le supliqué que continuara.

—Todos esos recuerdos me trastornan —dijo al fin—. Nunca vi que el misterio de Dios se manifestara de manera tan patente. Cuando el rey murió, a los veinticuatro años, yo estaba en Jerusalén, en la gran sala del palacio donde yacía. Su madre, la insensata, la insaciable, y su hermana Sibila, hermosa, vanidosa, sensual, estaban a su cabecera. La sala estaba llena de barones, de condes, de marqueses y de toda una multitud de nobles sanguinarios que sólo esperaban la muerte del rey para echarse sobre el reino de Jerusalén como perros rabiosos. Entre ellos, Balduino entregó su alma a Dios, digno, silencioso, con una corona de espinas sobre su cabeza podrida.

El viejo guerrero se mordió los labios, gruesas lágrimas caían sobre sus mejillas arrugadas. Francisco había apoyado la cabeza sobre las rodillas. De repente, en las sombras, estalló en sollozos. El anciano se secó las lágrimas, avergonzado y furioso contra si mismo por haber llorado. Se apoyó en el suelo, se puso de pie con esfuerzo y sin un ademán de adiós y sin agregar una palabra se marchó.

Francisco seguía llorando.

—Eso es lo que podemos llamar un alma —murmuró al fin levantando la cabeza—. Ese es Dios, ése es un hombre de verdad. A partir de hoy, ese leproso caminará frente a nosotros y nos mostrará el camino. ¡Vamos, hermano León, de pie!

—¿Adónde vamos, por el amor de Dios?

—Regresamos a Asís. Desde allí tomaremos otro impulso para «saltar». ¡Ven, holgazán del Señor, levántate!

—¿A esta hora?

—Si, a esta hora! ¿Crees acaso que Dios puede esperar a que amanezca?

A lo largo de todo el camino nos guió el rey de los leprosos. Llovía, los ríos se desbordaban, los caminos se inundaban y nos hundíamos en el fango hasta las rodillas. Teníamos frío y hambre. En casi todas las aldeas nos

echaban a pedradas y cuando Francisco gritaba: «;Amor! ¡Amor! ¡Amor!», los campesinos nos soltaban los perros.

—¿Qué son estos inconvenientes que soportamos comparados con el amor de Dios? —me decía Francisco a modo de consuelo—. ¡Piensa en el rey leproso!

Una noche, agotados de hambre y de frío, empapados hasta los huesos, distinguimos desde lejos un convento iluminado y nos pusimos a correr con la esperanza de que los monjes, apiadados de nosotros, nos permitieran entrar, nos dieran un pedazo de pan y nos dejaran sentarnos junto al fuego. Llovía, la noche era impenetrable, caíamos en las fosas del camino, pero nos levantábamos en seguida y reanudábamos la marcha. Yo maldecía a la lluvia, la oscuridad y el frío; Francisco corría delante e improvisaba canciones. «¡Qué maravilla!», cantaba. «¡Qué de alas en el fango! ¡Dios está en el aire! ¡Cuando las orugas piensan en Ti, Señor, se convierten en mariposas!»

Abría alegremente los brazos para sentir la lluvia y el viento. «¡Hermano barro!», gritaba chapoteando en los charcos de agua, «¡hermano viento!».

Se paró y me esperó. Yo me había herido al caer en una fosa y me arrastraba renqueando.

—Hermano León —me dijo—, acabo de componer una cancioncilla. ¿Quieres escucharla?

—No es éste el momento de componer cancioncillas, hermano Francisco —respondí, irritado.

—Si no las componemos ahora, ¿cuándo, entonces? Escucha: el primer animalillo que se presentó a las puertas del Paraíso fue el caracol. Pedro se inclinó y lo acarició con su bastón. «¿Qué vienes a buscar aquí, pequeño caracol?» «La inmortalidad». Pedro se echó a reír. «¡La inmortalidad! ¿Y qué harás tú con la inmortalidad?» «No te rías», dijo el caracol. «¿No soy también yo una criatura de Dios? ¿No soy un hijo de Dios como el arcángel Miguel? ¡Soy el arcángel Caracol, eso es!» «¿Y dónde están tus alas de oro, tus sandalias rojas, tu espada?» «Están dentro de mi. Duermen, esperan». «¿Qué esperan?» »El Gran Momento». «¿Qué Gran Momento?» «Este», respondió el caracol, y al decir «Éste» dio un gran salto y entró en el Paraíso.

»¿Has entendido? —me preguntó Francisco riendo—. Nosotros somos los caracoles, hermano León. Dentro de nosotros están las alas y la espada, y si queremos entrar en el Paraíso tenemos que dar el salto. ¡Vamos, atleta, salta!

Me tomó de la mano y corrimos juntos. Pero al cabo de un momento se detuvo sin aliento.

—Hermano León, escucha bien lo que he de decirte, aguza el oído. ¿Me escuchas? Tengo la sensación de que no quieres demasiado la vida que llevamos, te parece dura y te sientes apenado.

—No, hermano Francisco, no me siento apenado, pero sueles olvidar que somos seres humanos. Yo no lo olvido, ésa es la diferencia.

—Hermano León, ¿sabes qué es el gozo perfecto?

No respondí. Sabia bien qué era el gozo perfecto: llegar a ese convento, ser admitido por el hermano portero, sentarme cerca de la chimenea frente a un gran fuego, comer abundantemente y beber vino añejo de las bodegas del monasterio. ¿Pero cómo hablar a Francisco de cosas tan sensatas? Para él, el hambre reemplazaba al pan, y la sed al agua y al vino. ¿Cómo podía comprender a quienes tenían hambre y sed?

—Y aunque fuéramos los más santos —continuó Francisco—, los más queridos de Dios sobre la tierra, acuérdate de esto que te digo, hermano León: no consistiría en eso el gozo perfecto. Seguíamos avanzando en la oscuridad. Francisco volvió a pararse.

—¡Hermano León! —exclamó muy fuerte, porque no podía yerme en la noche—. Aunque diéramos la luz a los ciegos y arrojáramos a los malos espíritus de los hombres y resucitáramos a los muertos. recuérdalo bien, hermano León: no consistiría en eso el gozo perfecto.

Yo callaba. ¿Se puede discutir con un santo? Se puede en verdad discutir con el diablo, pero no con un santo. Yo callaba, pues.

Seguíamos avanzando, tropezando con las piedras y las ramas de árboles que el viento había arrancado. Francisco volvió a detenerse.

—Y aunque habláramos todas las lenguas del universo, las de los hombres y las de los ángeles, aunque predicando la palabra de Dios pudiéramos convertir a los infieles, recuerda bien lo que te digo, hermano León: no consistiría en eso el gozo perfecto.

Yo tenía hambre, los pies me dolían tanto que ya no podía caminar.

—Entonces, ¿cuál es el gozo perfecto? —dije, despechado.

—Pronto lo verás —respondió Francisco. apretando el paso.

Poco después llegamos al convento. La puerta estaba cerrada, pero en las celdas había luz todavía. Francisco tiró del cordón de la campanilla. Yo me acurruqué en un rincón de la puerta, empapado.

Esperamos, aguzando el oído. ¿Nos abriría el portero? Me avergüenza decirlo, pero —pecado confesado está a medias perdonado— maldecía para mis adentros el destino que me había unido a Francisco, esa fiera de Dios. Sin saberlo, era como el rey leproso de Jerusalén: un puñado de huesos y de carne enteramente habitados por Dios. Por eso resistía el hambre, la sed y el frío. Por eso las piedras que le arrojaban le parecían azahares. Pero yo era un hombre, un hombre sensato y desdichado. Tenía hambre, y las piedras que me tiraban eran piedras reales.

Una puerta interior se abrió y resonaron pasos a lo largo del claustro.*¡El portero!* —pensé—. *¡Dios sea loado, ha tenido piedad de nosotros!*

—¿Quiénes sois para venir a esta hora? —preguntó una voz ruda.

—Somos dos humildes servidores de Dios, hambrientos y transidos, que venimos a pedir asilo por esta noche en vuestro santo convento. ¡Abre, hermano portero! —dijo Francisco con voz dulce.

—¡Largaos! —rugió la voz—. Vosotros, servidores de Dios! ¿Qué buscáis en los caminos en medio de la noche? Sois bandidos, y no otra cosa. Atacáis a las gentes y las matáis, incendiáis los conventos. ¡Fuera de aquí!

—¿No tienes un poco de piedad? —exclamé a mi vez—. ¿Nos dejarás morir de frío? ¡Por el amor de Dios, abre, hermano, danos un rincón donde guarecernos de la lluvia, danos un pedazo de pan, somos cristianos, ten piedad!

Se oyeron bastonazos contra las lajas del patio.

—¡Esperad un poco, granujas, que salga para romperos las costillas! —dijo la voz ruda, y el cerrojo de la puerta chirrió.

Francisco se volvió hacia mí.

—Hermano León, pórtate bien, no intentes resistirte.

La puerta se abrió y un monje colosal surgió ante nosotros con una estaca en la mano. Asió a Francisco y gritó:

—¡Miserable, asesino, bandido, has venido a desvalijar el convento! ¡Toma, aquí tienes!

Y la estaca se abatió sobre el cuerpo débil y sufriente de Francisco. Me precipité para librar a mi compañero, pero éste levantó la mano.

—¡No te opongas a la voluntad de Dios, hermano León! Golpea, hermano portero, tú eres mi salvación.

El portero rió malignamente, se volvió y me tomó de la nuca:

—¡Ahora a ti, bribonazo!

Blandí mi bastón para defenderme, pero Francisco me gritó, desesperado:

—Hermano León, te lo suplico, por el amor de Cristo, no trates de resistirte.

—¿Tendré que dejarme matar, entonces? —grité, indignado—. ¡No, me defenderé, sábelo!

—¡Si me quieres, deja que el hermano portero haga su deber! ¡Dios le ha dado la misión de golpearnos, que nos golpee, pues!

Arrojé mi bastón y me crucé de brazos.

—Golpea, hermano portero —dije, con los labios temblorosos de rabia—. ¡Golpea, y que la cólera de Dios te lleve!

Nuestro verdugo nos escuchaba riendo. Su aliento olía a vino y ajo. La estaca se abatió regularmente sobre mi y sentí que los huesos se me rompían. Sentado en el suelo, en el fango, Francisco me hablaba y me daba valor.

—No grites, hermano León, no blasfemes, no te resistas. Acuérdate del rey leproso, acuérdate de Cristo. cuando lo crucificaban. Sé valiente.

Después de cumplir con su deber, el portero nos dio un puntapié a cada uno, entró y corrió el cerrojo.

Me tiré en un rincón, el cuerpo dolorido y blasfemando para mis adentros sin atreverme a abrir la boca. Entonces Francisco se arrastró hasta mi, me tomó de la mano y acarició tiernamente mi espalda dolorida. Después se apretujó contra mí, abrazándose para comunicarnos nuestra tibieza.

—Hermano León —me dijo al oído, como temiendo que otros lo oyeran—, éste es el gozo perfecto.

En esta ocasión exageraba el hermano Francisco. Tuve un ataque de cólera.

—¡El gozo perfecto! —grité—. Lo que tú llamas gozo perfecto yo lo llamaría más bien impertinencia perfecta. El corazón del hombre se vuelve impertinente a fuerza de aceptar únicamente lo que le disgusta. Dios le dice: «He creado para ti carne para comer, no para beber, fuego para calentarte», y él, impertinente, responde: «¡No, no quiero nada!». ¿Cuándo responderá que sí, ese orgulloso insensato?

—Cuando Dios le abra los brazos y le diga: «¡Ven!». ¿Por qué crees tú que el corazón gritó «¡No!» a todas las satisfacciones insignificantes? Para desembarazarse más rápidamente de ellas y llegar pronto al gran «Si», hermano León.

—¿No puede ocurrir de otro modo?

—No puede ocurrir sino así. Solamente esos «No» innumerables pueden conducirle al gran «Sí», hermano.

—Entonces, ¿por qué ha creado Dios los bienes de la tierra? ¿Por qué nos ha servido una mesa tan rica?

—Para probar nuestro valor.

—Tienes respuesta para todo, hermano Francisco. Nunca podría discutir contigo. Déjame dormir, más bien. El sueño es más compasivo que Dios. Quizá sueñe con pan.

Cerré los ojos y el sueño —¡bendito sea!—, el misericordioso sueño acudió para tomarme.

Al alba, alguien me sacudió. Era Francisco.

—Escucha, hermano León... ¡ahí está!

Se oían los pasos del portero y el entrechocarse de las llaves que colgaban de su cinto. La puerta se abrió.

—Dos sea loado —murmuré—, nuestros tormentos han acabado.

Y avancé un pie para franquear el umbral.

Francisco me miró. Sus ojos centellearon, llenos de santa malicia.

—¿Entramos? —me preguntó—. ¿Qué dices, leoncillo de Dios? ¿Entramos?

Comprendí que quería burlarse porque yo tenía hambre y soy incapaz de resistir a esa necesidad. Quise jactarme...

—¡No, no entremos! Yo, por mi parte, no entraré.

Y di un paso atrás.

Francisco se arrojó en mis brazos.

—¡Muy bien, mi valiente hermanito León! ¡Cuánto te quiero!

Después, dirigiéndose al convento:

—Así es, convento inhóspito, el hermano León no necesita de ti, no quiere entrar.

Hicimos la señal de la cruz y nos alejamos. Francisco bailaba de dicha.

El sol apareció; ya no llovía. Recién lavado, el mundo relucía. Los árboles y las piedras reían. Ante nosotros, dos mirlos sacudieron sus alas mojadas, nos miraron y se pusieron a silbar con aire burlón. Se burlaban de nosotros, estoy seguro. Francisco los saludó con un ademán.

—¿Sabes que los mirlos son los monjes de los pájaros? Mira cómo están vestidos.

—Tienes razón, hermano Francisco —dije riendo—. Cierta vez, en un convento cerca de Perum, vi un mirlo al que habían enseñado a cantar el Kyrie eleison. Era todo un monje, perfecto.

Francisco suspiró:

—Ah, si pudiéramos enseñar a hablar a los pájaros. a los bueyes. a los perros, a los lobos, a los jabalíes... Si pudiéramos enseñarles esas dos palabras tan sólo: ¡Kyrie eleison! Cada mañana, al despertar de la naturaleza. ese grito de glorificación subiría de todos los árboles, de todos los establos, de todos los patios y de todos los bosques.

—Enseñemos antes esas palabras a los hombres —dije—. Los pájaros y los demás animales no necesitan de ellas, me parece. No pecan.

Francisco me miró con los ojos muy abiertos.

—Lo que dices es muy justo, hermano León. De todas las criaturas vivientes, el hombre es el único que comete pecados.

—También es el único que puede superar su propia condición y entrar en el Paraíso, hermano Francisco. Los pájaros y los demás animales no pueden...

—No lo sabemos —objetó Francisco—. Nadie sabe hasta dónde puede llegar la misericordia divina.

Así, hablando de Dios, de los pájaros y los hombres, una mañana llegamos a nuestra Asís bienamada. Sus torres, sus campanarios, su castillo. sus cipreses y sus olivares llenaron de felicidad nuestra alma.

La mirada de Francisco se empañó.

—Estoy amasado con esa tierra —dijo—. soy una lámpara hecha con esta arcilla.

Se inclinó, recogió un poco de tierra y la besó.

—Debo a Asís un puñado de tierra y se la devolveré. Hermano León, cuando muera, tráeme aquí para enterrarme.

Caminábamos por una calleja cubierta. Era domingo. Las campanas redoblaban al finalizar el oficio. De pronto. apenas acabada su frase. Francisco se detuvo y se apoyó contra una pared. Respiraba penosamente. Corrí hacia él. pero tuve que detenerme también yo sin aliento. Frente a nosotros, vestida de blanco, con una rosa roja asomando en el pecho, estaba Clara, la hija del conde Scifi. ¡Pero qué pálida y triste estaba esta vez! Desde el día en que la habíamos encontrado en San Damiano —ya estaba lejos— debía de haber pasado muchas noches sin dormir, llorando, y la jovencita de entonces se había convertido en una mujer.

Al ver a Francisco, Clara sintió flaquear sus rodillas. Solamente la vergüenza le impidió dar media vuelta. Reunió todo su valor, levantó los ojos y los fijó con una mirada severa y tierna a la vez en Francisco. Después dio

un paso hacia él, observó sus harapos, sus pies descalzos cubiertos de fango, su rostro famélico y sacudió la cabeza con desdén.

—¡No tienes vergüenza! —dijo con voz sofocada por la desesperación.

—¿Por qué?

—Piensa en tu padre, en tu madre, en mi... ¿Adónde te arrastras? ¿Qué gritas? ¿Por qué bailas en plena calle como un saltimbanqui?

Francisco escuchaba, con la cabeza baja. la espalda combada, casi de rodillas. Clara se inclinó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Me das pena —dijo—. Cuando pienso en ti. el corazón se me parte.

—También yo... —dijo Francisco, tan quedo que sólo yo lo oí.

Clara se sobresaltó y su rostro se iluminó. Había adivinado la respuesta de Francisco por el movimiento de sus labios.

—¿También tú, Francisco, también tú piensas en mi? —dijo, y su pecho se agitó.

Pero Francisco levantó la cabeza.

—¿Yo? ¡Jamás!

Y extendió el brazo como para apartarla de su camino.

La joven lanzó un grito. Su nodriza corrió hacia ella para sostenerla, pero Clara la despidió. Sus ojos relampagueaban.

—¡Maldito sea quien se opone a las leyes de Dios! —exclamó, exasperada—. ¡Maldito sea quien exhorta a los hombres a no casarse, a no tener hijos, a no fundar un hogar, a no ser hombres verdaderos, hombres que amen la guerra, el vino, las mujeres y la gloria! ¡Maldito sea quien exhorta a las mujeres a no ser mujeres verdaderas, mujeres que amen el lujo, la buena vida, el amor!...

Si, sí, un verdadero ser humano no puede desdeñar todas esas cosas, mi pobre León —me decía también yo admirando en mi rudeza, la belleza de la muchacha y la altivez de sus palabras.

Su nodriza se acercó y enlazó el talle de su ama:

—Vamos, hija mía —dijo—, nos miran...

La joven posó la cabeza sobre el pecho de la anciana y estalló en sollozos. Sólo Dios sabia cuántos meses hacia que acumulaba en su corazón esas palabras, ardiendo en deseos de encontrarse con Francisco para arrojárselas a la cara y aliviarse. Ahora acababa de decírselas, pero su corazón seguía henchido de dolor.

La nodriza se la llevó suavemente. En el momento en que doblaban la esquina de la calleja, Clara se detuvo. Desprendió la rosa roja que adornaba su vestido y la arrojó a Francisco, que permanecía inmóvil, baja la cabeza.

—¡Toma! —exclamó ella—. ¡Acéptala, desdichado, y acuérdate de mí! ¡Acuérdate de este mundo!

La rosa rodó a los pies de Francisco.

—Vamos, ahora —dijo la joven a su nodriza—. Ya ha acabado todo.

Francisco permaneció inmóvil, los ojos clavados en el suelo. Levantó plenamente la cabeza y miró a su alrededor con aire asustado. Después me apretó el brazo.

—¿Se ha marchado? —preguntó en voz muy baja.

—Si. se ha marchado —respondí, recogiendo la rosa.

—¡No la toques! —gritó Francisco—. Déjala al borde del camino para que no la pisen. Y no mires detrás de ti. ¡Partamos!

—¿Adónde vamos? ¿A Asís? Este encuentro no presagia nada bueno. Tomemos otro camino.

—Iremos a Asís —dijo Francisco, y echó a correr—. Toma la campana y agítala. Casarse, tener hijos, fundar un hogar, ¡qué abominación!

—¡Ay. hermano Francisco! Que Dios me perdone, pero creo que en verdad la muchacha tenía razón. Un verdadero hombre...

—El hombre verdadero es el que supera los limites del ser humano. Eso es lo que yo pienso. Y ahora, te lo ruego, cállate.

Callé. ¿Qué podía decir? Desde que compartía la vida de Francisco, comprendía cada vez más claro que hay dos caminos para llegar a Dios: el primero, horizontal y uniforme, que lleva al hombre en buenas condiciones, casi siempre casado, padre de familia, gordo, harto, vinoso en el aliento; el segundo, empinado y escabroso, que reduce al santo que lo elige, antes de llegar a la cumbre, a un puñado de huesos y pelos del que parte un hedor de suciedad e incienso. Hubiera preferido el primero, por mi parte, pero nadie me había pedido mi opinión. Había emprendido el camino empinado y escabroso... ¡Que Dios me diera fuerzas para resistir hasta el fin!

Entramos en la ciudad. Yo caminaba delante, agitando la campana y gritando: «¡Acudid, acudid para escuchar la nueva locura!».

Los paseantes se detenían. Yo pensaba: «Dentro de un instante empezarán a tirarnos piedras . Pero todo permanecía tranquilo. Tuve miedo. Nadie nos prestaba atención.

Avanzábamos. Bernardone estaba en el umbral de su tienda, amarilla la tez, combada la espalda. Cuando vio a su padre, Francisco vaciló, quiso volver sobre sus pasos y cambiar de calle.

—Valor, hermano Francisco —le susurré tomándolo por el brazo—. Es aquí donde has de demostrar tu bravura.

Bernardone se volvió y se sobresaltó al vernos. Desapareció en el interior y volvió con un bastón, rugiendo. Francisco dio un paso adelante y, señalándome, dijo:

—Este es mi padre, señor Bernardone. Este hombre me bendice, mientras que tú me maldices. Este es mi padre —repitió, y tomándome la mano la besó.

Los ojos de Bernardone se llenaron de lágrimas. Se los secó con la manga. Algunas personas se habían detenido y miraban con malignidad a ese rico mercader y a su hijo harapiento. Al mismo tiempo pasaba el padre Silvestre, cura de la parroquia de San Nicolás. Su primer movimiento fue intervenir y reconciliar a padre e hijo. Pero renunció en seguida: «¡Que se arranquen los ojos, si les place!», murmuró, y siguió su camino hacia la iglesia.

Bernardone bajó la cabeza sin hablar. De pronto, la cara se le cubrió de arrugas.

Como las rodillas le temblaban, tuvo que apoyarse en su bastón. Miró largamente a su hijo, y al fin su voz se alzó quejosa:

—¿No tienes piedad de tu madre?

Francisco palideció. Abrió la boca para hablar, pero le temblaba la barbilla.

—¿No tienes piedad de tu madre? —repitió Bernardone—. Llora día y noche. Ven a la casa, que te vea...

—Pediré antes permiso a Dios —respondió Francisco.

—¿Qué Dios es ese que puede impedirte ver a tu madre? —dijo Bernardone mirando a su hijo con aire suplicante.

—No sé —respondió Francisco—, no sé... Déjame pedírselo.

Y se dirigió hacia lo alto de la ciudad, hacia la fortaleza. Me volví un instante y vi a Bernardone petrificado en medio de la calle, apretándose la garganta con la mano derecha, como si quisiera ahogar los sollozos o las maldiciones.

En verdad, ¿qué Dios es ése? —murmuré pensando en mi pobre madre muerta—. *¿Qué Dios es ese que separa al hijo de su madre?*

Miré a Francisco, que caminaba delante de mí con paso apretado. Ya había llegado casi hasta la fortaleza. Sentía, oculta en ese cuerpo débil, medio muerto, una fuerza sobrehumana e implacable que se burlaba de un padre y de una madre y que acaso se regocijaba de haberlos abandonado. En verdad, *¿qué Dios era ése?* No comprendía. ¡Ah, si pudiera deslizarme sin ser visto en una calleja desierta y huir! Entrar en una taberna, sentarme a una mesa y golpear las manos... «¡Eh, tabernero! Trae pan, vino, carne, tengo hambre. Estoy cansado de tener hambre, apúrate. Y si Francisco, el hijo de Bernardone, te pregunta: "¿Has visto al hermano León?", respóndele: "¡No, no le he visto!"»

Francisco conocía una gruta profunda en la ladera de la montaña. Era allí donde quería aislarse.

—Hermano León —me dijo al separarse de mi—, debo permanecer aquí, solo, durante tres días. Tengo muchas cosas que preguntar a Dios y debemos estar a solas, Él y yo. Volveremos a vernos dentro de tres días.

A medida que hablaba, su cuerpo disminuía y se diluía en la penumbra de la gruta.

Se arrodilló ante la entrada, tendió los brazos hacia el cielo y lanzó un grito desgarrador, como si invitara a Dios a mostrarse. *Quién sabe* —pensé—, *si saldrá con vida de esa plegaria*. Presentía que el combate seria terrible y que la vida de Francisco estaba en peligro.

Durante tres días vagabundeé y mendigué en Asís. Cada noche ponía sobre una piedra, frente a la gruta, lo que me habían dado cristianos caritativos y me marchaba deprisa. Pero al día siguiente encontraba el alimento intacto en el mismo lugar.

Un día en que pasaba frente a la casa de Bernardone, la señora Pica, que me había visto por la ventana, bajó y me hizo entrar. Quiso hablarme, pero sus sollozos se lo impedían.

¡Cuánto había envejecido y cambiado! Sus rosadas mejillas se habían marchitado y profundas arrugas surcaban ahora su rostro a cada lado de la boca. Se secó los ojos con su pañuelito.

—¿Dónde está? —dijo al fin—. ¿Qué hace?

—Está en una gruta. Reza...

—¿Dios no le permite venir a yerme?

—No lo sé, señora, reza, consulta a Dios, no ha tomado aún ninguna decisión.

—Toma un escabel, siéntate y cuéntame todo, porque el dolor de una madre es muy grande; grande, perdóname Señor, como Dios mismo.

Se lo conté todo, a partir del día en que su hijo se había desnudado ante el obispo, el encuentro con el leproso, que no era otro que Cristo, nuestro viaje a Ravena y la narración del viejo guerrero, los golpes recibidos en el convento y el dolor de Clara.

Pica escuchaba. Las lágrimas corrían por sus mejillas y en su cuello blanco. Cuando terminé, se puso de pie, se acercó a la ventana y aspiró un poco de aire. Una pregunta terrible estaba al borde de sus labios, pero no se atrevía a formularla. Sentí piedad de ella.

—Señora —le dije, adivinando su pensamiento—, tu hijo asciende sin desfallecer, una a una, todas las etapas que lo llevan a Dios. La tempestad puede aullar en él y el mundo precipitarse en el abismo, pero su espíritu permanece lúcido y calmo, te lo juro por mi alma.

Al oírme la señora Pica sacudió la cabeza y sus ojos empañados por las lágrimas brillaron. Se persignó.

—¡Dios sea loado! —murmuró—. ¡Señor, no te pido otra gracia!

Llamó a la nodriza.

—Toma las alforjas y llénalas.

Y volviéndose hacia mi:

—Si te doy ropas de lana para él, ¿se las pondrá?

—No, no se las pondrá, señora.

—¿No tiene frío?

—No. Lleva a Dios sobre la piel.

—Y tú, ¿no tienes frío? ¿Quieres que te dé ropas abrigadas?

—Si, yo tengo frío, señora. Me avergüenza decirlo, pero tengo frío. Sin embargo, no me atreveré a ponerme las ropas abrigadas que quieres darme.

—¿Por qué?

—No sé, noble dama. A causa de Francisco... de mi mismo.., de Dios, acaso. ¡Ay, el camino que he elegido no es reposado!

Suspiré. Ah, cómo me hubiera gustado llevar una túnica de franela, gruesas medias de lana y sandalias en buen estado para no tener los pies siempre cubiertos de llagas.

Y un manto bien grueso, con menos agujeros.

La nodriza reapareció, con las alforjas llenas. La señora Pica se alzó.

—Ve... y que Dios te proteja. Di a mi hijo que lo que no he podido hacer yo misma en otra época, querría que él lo hiciera... ¡Y que mi bendición le acompañe!

Pasaron los tres días. Al cuarto, muy temprano, subí a la gruta, me detuve ante la entrada y esperé. Las alforjas estaban llenas de alimentos, gracias al buen corazón de la señora Pica. Me alegraba mucho por ello, pero temblaba ante la idea de volver a ver a Francisco. *Es un peligro muy grande hablar a Dios durante tres días, porque puede uno quedar hundido en un abismo espantoso en el que Dios puede resistir, pero el hombre perece. ¿Quién sabe en qué abismo me arrojará su secreta entrevista de tres días? ¡Valor, alma mía! Me tomaré del manto de Francisco, aunque me arrastre al precipicio...*

Y mientras reflexionaba, Francisco apareció en la entrada de la gruta. Resplandecía como un carbón ardiente. La plegaria le había devorado aún más carne, pero lo que quedaba de ella brillaba como un alma. Una extraña dicha erraba en su rostro. Me tendió la mano.

—Y bien, hermano León —me dijo—. ¿Estás dispuesto? ¿Te has revestido de tu armadura de guerra, tu cota de mallas, tus rodilleras y tu yelmo con plumas blancas?

Sus ojos relampagueaban como si tuviera fiebre y cuanto más se acercaba a mi, más distinguía los ángeles y las visiones que llenaban su mirada. Sentí miedo. ¿Habría perdido la razón?

Adivinando mi temor, se echó a reír.

—Hasta ahora —dijo—, se han empleado muchos nombres para glorificar a Dios. Yo he descubierto otros. Lo llamaré Abismo Insondable, Insaciable, Implacable, Infatigable, Insatisfecho, el que nunca dice a un desdichado ser humano: ¡Basta ya!

Se acercó a mi, acercó sus labios a mi oído y con voz tronante:

—¡No es bastante! —gritó—. ¡No es bastante! Si quieres saber, hermano León, lo que Dios me ha dicho sin tregua durante estos tres días y estas tres noches en la gruta, escucha bien: «¡No es bastante!». Eso es lo que Él grita todos los días a todas las horas de la noche al desdichado ser humano: «¡No es bastante!». «Pero ya no puedo más», lloriquea el hombre. «¡Aún puedes!», responde Dios. «¡Estallaré!», lloriquea el hombre. «¡Estalla!» responde Dios.

La voz de Francisco se enronqueció y una gruesa lágrima brotó de sus ojos. Sentí lástima por él.

—¿Qué quiere de ti ahora? —dije, irritado—. ¿No has reconstruido San Damiano?

—¡No es bastante!

—¿No has abandonado a tu padre y a tu madre?

—¡No es bastante!

—¿No has besado al leproso?

—¡No es bastante!

—¿Qué pretende ahora?

—Le he preguntado: «Señor, ¿qué quieres de mí?», y me ha respondido: «Baja a mi iglesia de la Porciúncula, y allí te lo diré». Entonces, hermano León, debemos ir a la Porciúncula para ver lo que quiere. ¡Haz la señal de la cruz, y no vacilemos!

Bajamos la montaña corriendo y sin detenernos en Asís llegamos a la campiña.

Hacia un frío hiriente, era el mes de febrero, los árboles no estaban floridos y la tierra se mostraba cubierta de una blanca helada. Daba la impresión de que acababa de nevar.

Pasado San Damiano y el olivar, entramos en un bosquecillo de pinos y de encinas.

El sol había caldeado las ramas de los pinos y el aire olía agradablemente. Francisco se detuvo: respiraba profundamente, dichoso.

—¡Qué soledad! —murmuró—. ¡Qué paz!

Y mientras hablaba, un conejo surgió entre las ramas bajas, enderezó las orejas, se volvió y nos vio. Nos miró tranquilamente, sin miedo, y se alzó sobre las patas traseras, como para bailar. Después desapareció entre las matas.

—¿Has visto, hermano León? —dijo Francisco, conmovido—. ¿Has visto a nuestro conejillo? Se ha alegrado de vernos y ha hecho una gracia para saludarnos. Es un buen presagio. Tengo la intuición de que vamos por el buen camino.

Seguimos avanzando y pronto, entre los troncos de las encinas verdes, apareció la iglesia de Santa Maria de los Ángeles, la Porciúncula.

Estaba construida en mármol viejo. Las enredaderas y la madreselva la envolvían tiernamente. Alrededor, algunos muros ruinosos. Y de súbito, como si hubiera salido de esa iglesia solitaria y encantadora para saludarnos, se irguió ante nosotros un almendro en flor, semejante a una muchacha vestida de blanco.

—Es Santa Maria de los Ángeles —murmuró Francisco.

Los ojos se nos llenaron de lágrimas y nos persignamos.

—¡Hermano almendro! —dijo Francisco abriendo los brazos—, ¡hermano almendro! Te has adornado para nosotros. Aquí estamos, dichosos de verte...

Se acercó y acarició el tronco del almendro:

—Bendita sea la mano que te plantó. Bendita sea la almendra que te engendró. Tú te adelantas, no tienes miedo, eres el primero, hermanito, que se ha atrevido a florecer, oponiéndose al invierno. Aquí, bajo tus ramas en flor, si Dios lo quiere, vendrán un día a sentarse los primeros hermanos.

Empujamos la puerta y entramos en la iglesia. Flotaba en ella un olor a tierra húmeda. La ventana estaba desmantelada. En el suelo había yeso y pedazos de madera, caídos del techo. Las arañas habían tejido en torno a la estatua de la Virgen una red espesa y delicadamente trabajada.

Aparté las telas de arañas y nos prosternamos. Al fondo de la iglesia se destacaba una pintura de la Virgen, vestida de azul claro, con los pies desnudos reposando sobre una afilada medialuna. Una multitud de ángeles

de redondos carrillos y brazos poderosos la sostenían mientras subía al cielo.

El Santo Evangelio estaba abierto sobre el altar. Viejo, manchado por los dedos de los hombres, roído por las ratas, verde de moho.

Francisco me apretó el brazo.

—Hermano León, ¡ése es el signo! Lee lo que dice el Evangelio en la página en que está abierto. Dios mismo lo ha abierto para manifestarnos Su voluntad. Lee en voz alta, para que tu voz retumbe en la iglesia y para que Santa Maria de los Ángeles se alegre después de tantos años de silencio.

Los rayos de sol que entraban por el ventanuco caían sobre el Evangelio. Me incliné y leí en voz alta: «Y cuando hayáis partido, predicad y decid: Que el Reino de los Cielos está cerca. No toméis nada, ni dinero, ni cobre en vuestros cintos. Ni saco para el viaje, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastones».

—Nada, nada, nada! ¡Nada nos llevaremos, Señor! —gritó Francisco, y su voz era penetrante como la de un halcón—. Hágase tu voluntad. ¡Nada! Sólo nuestros ojos, nuestros brazos, nuestras piernas y nuestras bocas para anunciar que el Reino de los Cielos esta cerca.

Me arrastró afuera, arrojó su bastón y se despojó de sus sandalias.

—Haz como yo —me ordenó—. ¿No has oído? «¡Ni bastón, ni sandalias!»

—Y las alforjas? —pregunté, apretando desesperadamente las alforjas llenas.

—Las alforjas también! ¿No has oído? ¡Ni saco para el viaje!

—Dios exige demasiado del hombre —protesté y lentamente retiré las alforjas de mis hombros—. ¿Por qué es tan inhumano con nosotros?

—Porque nos quiere —respondió Francisco—. No te quejes.

—No me quejo, pero tengo hambre. Y nuestras alforjas están llenas de alimentos. Comamos, al menos, antes de arrojarlas.

Francisco me miró con compasión.

—Come tú, hermano León —dijo—; yo puedo resistir el hambre.

Me senté en el suelo, abrí las alforjas y me puse a comer con avidez. Había una bota de vino, y bebí todo su contenido. Comí y bebí cuanto pude, y más aún, como el camello que se prepara a cruzar el desierto.

Mientras tanto, Francisco me hablaba:

—Dios tiene razón, hermano. Hasta ahora, nos hemos ocupado de nuestras míseras personas, de nuestras propias almas y de nuestra propia salvación. ¡Y no es bastante! Ahora tenemos que luchar por la salvación de los demás. Si no salvamos a los demás, no podemos salvarnos. «¿Y cómo debemos luchar, Señor?», pregunté a Dios. «Ve a la Porciúncula, y te lo diré. Allí oirás mi orden». La he oído y tú la has oído también. «Id y predicad: el Reino de los Cielos está cerca...» Esa es nuestra tarea, hermano, compañero de lucha. Reunamos en torno a nosotros cuantos hermanos podamos, capaces de predicar, corazones capaces de amar, pies capaces de caminar largo tiempo. Seamos los nuevos cruzados y partamos todos juntos para liberar el Santo Sepulcro. ¿Qué Santo Sepulcro? ¡El alma humana!...

Calló, y después:

—¡Ella es el verdadero Santo Sepulcro! Jesús crucificado yace en el cuerpo del hombre. Es al alma humana a quien dedico todo mi sacrificio, hermano León, es a ella... No sólo a las nuestras, sino también a la de todos los hombres. ¡Adelante! Has comido y bebido, ahora partamos en busca de nuevos compañeros. Tú y yo no bastamos. Necesitamos millares.

Se volvió hacia Asís. La ciudad brillaba bajo el sol, como una rosa abierta. Francisco se persignó y me tomó de la mano.

—Vamos —dijo—. ¿Quién me impedía hasta ahora reunirme con Dios? ¡Francisco! Haz como yo, aleja al hermano León, ya que un nuevo combate nos espera.

No dije nada, le seguí. *Es el abismo lo que nos espera* —pensé, tomándome del manto de Francisco.

De vuelta a Asís, nos detuvimos en la plaza. Francisco tomó la campana de carnero que pendía de su cinto y se puso a agitarla para atraer a los habitantes. Algunos hombres salieron de las tabernas donde bebían tranquilamente, pues era domingo. Francisco les dio la bienvenida, con las manos extendidas:

—¡Paz a los hombres de buena voluntad! —decía a cada uno—. ¡Paz a los hombres de buena voluntad!

Cuando la plaza estuvo llena, abrió los brazos y dijo:

—¡Paz! ¡Paz en vuestros corazones, en vuestras casas y con vuestros enemigos! ¡Paz en el mundo! ¡El Reino de los Cielos está cerca!

Su voz enronquecía. Repetía siempre lo mismo, y cuando no podía hablar se echaba a llorar.

—¡Paz, paz! —recomenzaba—. ¡Hagamos paces con Dios, con los hombres, con nuestro corazón! ¿Cómo? Sólo existe un medio: amar. ¡Amor, amor! —gritaba, y volvía a estallar en llanto.

Las gentes ya no reían ni se burlaban. Las mujeres salían de sus casas o se subían a los tejados para escucharle.

Todos los días, Francisco recorría las calles de Asís y predicaba con las mismas palabras y las mismas lágrimas. También yo lloraba, pero sin hablar. Muy temprano en la mañana corría, agitando la campana de carnero, a través de las calles de Asís para informar a todos los habitantes que Francisco hablaría.

Una tarde la prédica estaba a punto de terminar y nos preparábamos a subir a nuestra gruta, cuando un mercader de telar, llamado Bernardo de Quintavalle. se acercó a Francisco. Era algo mayor que él. Su rostro era grave, sus ojos azules y pensativos.

Nunca había acompañado a Francisco en sus antiguas juergas. Como me lo confió después, se pasaba varias horas de la noche estudiando las Santas Escrituras. La aspereza de Jehová lo atemorizaba, pero cuando llegaba al Nuevo Testamento. Cristo llenaba su corazón de dulzura y tristeza.

Al comienzo, lo que se contaba sobre Francisco le hacia reír y pensaba que reparar las iglesias en ruinas, besar a los leprosos y desvestirse delante

de todo el mundo no eran sino nuevos caprichos del hijo mimado de Bernardone. Pero al cabo de algún tiempo, el antiguo juerguista recorría las calles predicando una «nueva locura», para emplear sus propias palabras, empuñando una campana de carnero. ¿De qué locura se trataba? Bernardo no comprendía muy bien. Cada día, veía a Francisco en la plaza. gritando, llorando, luchando para salvar a los hombres del pecado, según pretendía... ¿Era el mismo muchacho que pasaba las noches divirtiéndose? ¿Dios le había dado realmente la fuerza de resistir el hambre, la desnudez, el desprecio? «Si me atreviera», pensaba Bernardo, «iría a hablarle. No deja de perturbar mi espíritu y de llamarme. ¿Qué quiere de mí?».

Esta tarde, Bernardo, sin contenerse, se acercó a Francisco y le dijo:

Francisco, ¿te acuerdas de mí? Soy Bernardo de Quintavalle. Consiente en pasar la noche en mi casa.

Francisco le miró. En los ojos de Bernardo vio la tristeza y un gran fervor.

—Hermano Bernardo —exclamó—, qué milagro, en verdad. Anoche, justamente, te he visto en sueños. Es Dios quien te envía, hermano mío, y me siento dichoso de verte. ¡Tu venida tiene un sentido secreto, vamos!

Me hizo una seña:

—Hermano León, ven conmigo. No debemos separarnos.

Fuimos a casa de Bernardo. Tendieron la mesa. Francisco se puso a hablar de Dios, del alma humana y del amor. El aire hormigueaba de ángeles. Los criados escuchaban, apoyados contra la puerta. Por la ventana abierta, veían el Paraíso. verdeante, resplandeciente de luz. Los santos se paseaban en él con los ángeles. sobre un césped eterno, platicando, con las manos juntas, mientras los querubines y los serafines brillaban sobre ellos como estrellas.

Pero cuando Francisco dejó de hablar, el mundo volvió a ser el de siempre. Más allá de la ventana, el patio reapareció con su brocal rodeado de flores. Una criada se echó a llorar. El Paraíso la había admitido en su seno por un breve instante y de pronto había vuelto a ser una simple criada en la tierra.

Era casi medianoche. Bernardo había escuchado con la cabeza baja. transportado.

En el silencio que siguió a las palabras de Francisco, se representó a su nuevo amigo, cantando en un camino y volviéndose de cuando en cuando para indicarle con señas que le siguiera.

—Francisco —dijo, levantando la cabeza—, durante todo el tiempo que has hablado he tenido la impresión de que el mundo se desvanecía. Ya no quedaba sino el alma humana, cantando sobre el abismo. Sobre el abismo de Dios. Pero no podía distinguir la parte de realidad del sueño. Se dice que la noche es la más fiel mensajera de Dios. La más querida, también. Veremos qué mensaje me traerá

Y agregó, mientras se ponía de pie:

—Esta noche, Francisco, dormiremos en el mismo cuarto tu y yo.

Se echó a reír para ocultar su emoción.

—¡Se dice que la santidad es una enfermedad contagiosa! ¡Veremos!

Bernardo tenía sus propósitos. Quería probar a Francisco. No bien se acostó, fingió que se dormía y empezó a roncar. Francisco, creyendo a Bernardo sumido en el sueño, optó por levantarse, se arrodilló en el piso, juntó las manos y empezó a rezar en voz baja. Bernardo, aguzando el oído, no oyó sino estas palabras:

—¡Mi Dios y mi todo! ¡Mi Dios y mi todo!

Y eso duró hasta el alba. Sólo entonces, Francisco volvió a su cama y pareció dormirse.

Bernardo se levantó. Había pasado la noche llorando, mientras oía a Francisco.

Salió al patio.

Ya despierto, yo sacaba agua del pozo. Me volví y vi que tenía los ojos rojos.

—¿Qué ha sucedido, señor Bernardo? —le pregunté.

—Francisco no ha dormido en toda la noche; ha rezado. Una gran llama ardía en su rostro.

—¡No era una llama, señor! ¡Era Dios!

Francisco salió, a su vez. Entonces Bernardo se arrojó a sus pies.

—Un pensamiento me atormenta, Francisco. Ten piedad de mi y alivia mi corazón.

Francisco tomó a su amigo de la mano y lo alzó.

—Te escucho, hermano Bernardo, pero no soy yo quien podrá aliviar tu corazón, sino Dios. Habla, sin embargo, dime tu pesar.

—Un poderoso Señor me ha confiado un gran tesoro para que lo guarde en depósito. Lo he guardado durante años, pero ahora pienso partir para un largo y peligroso viaje. ¿Qué haré de ese tesoro?

—Debes devolvérselo a quien te lo ha confiado —respondió con calma Francisco—. ¿Quién es ese señor tan poderoso?

—Cristo. Todo lo que poseo, a Cristo se lo debo, a él pertenece. ¿Cómo devolvérselo?

Entonces Francisco reflexiono.

—Lo que me planteas —dijo al fin—es asunto muy grave, hermano Bernardo. No puedo responderte. Vayamos a la iglesia y preguntemos al propio Cristo.

Nos disponíamos a salir, cuando llamaron a la puerta. Bernardo abrió y lanzó un grito de alegría:

—¿Tú, Pedro? ¿Tan temprano? ¿Cómo ha ocurrido? Pero estás muy pálido...

Pedro era un eminente jurista de la universidad de Bolonia. De cuando en cuando iba a descansar a Asís, su ciudad natal. Días antes, su más querido discípulo había muerto en Bolonia. Sin poder soportar su pena, el jurista había corrido a refugiarse en su casa familiar, resuelto a no ver a nadie.

—¿Estás solo, Bernardo? —preguntó.

—No, Francisco, el hijo de Bernardone, está aquí. Tú le conoces. Está con un amigo.

—Hablaré frente a ellos, no me importa —dijo Pedro, y entró en el patio.

Era un hombre corpulento, noble de porte, con ojos grises y severos y una barbilla rizada. Pero los estudios y las vigilias habían hundido sus mejillas y su rostro era seco como esos pergaminos preciosos en que los monjes escriben la Pasión de Cristo.

Se dejó caer en un escabel, sin aliento. Cuando se calmó, dijo:

—Perdóname, tengo que contarte todo, desde el comienzo. Tenía un discípulo, Guido, a quien quería como a un hijo. Siempre estaba metido en sus libros. A los veinte años, tenía el buen sentido y la instrucción de un anciano. Y, cosa rara, ese espíritu brillante era todo pasión y todo llama. Por eso le quería. Murió anteayer...

Apretó los labios para sofocar un sollozo, pero dos gruesas lágrimas brotaron en sus ojos. Bernardo llenó un vaso de agua y se lo tendió. Pedro bebió.

—El día en que agonizaba, me incliné sobre su cabecera: «Guido, hijo mio", le dije, «si Dios quisiera llamarte a su lado... tendría una gracia que pedirte». «Todo lo que quieras, padre mío», respondió. «¿Qué gracia?» «¿Ven una noche durante mi sueño y dime qué ocurre en el otro mundo». «Vendré», murmuró el joven tendiéndome la mano. Y en ese momento entregó su alma. Salí de Bolonia inmediatamente y vine a Asís para esperar en la soledad que el muerto venga a visitarme en sueños.

Pedro volvió a callar. La emoción ahogaba su voz. Al fin pudo continuar:

—Hoy, al alba, ha venido...

—Valor, Pedro, recobra tu aliento y cuéntanos lo que te dijo.

Francisco y yo nos inclinamos para escuchar mejor.

—Estaba vestido con una extraña túnica... No, no era una túnica, eran bandas de papel cosidas alrededor de su cuerpo. Quizás eran notas redactadas durante sus estudios, donde debían estar apuntados los problemas, las hipótesis filosóficas y jurídicas y las inquietudes teológicas relativas a nuestra salvación, tales como la manera de escapar del Infierno, de subir al Purgatorio y, desde él, ganar el Paraíso... Se doblegaba bajo el peso del papel y se esforzaba por avanzar sin conseguirlo... El viento soplaba, agitaba los manuscritos que se separaban, descubriendo el esqueleto del joven, manchado de hierba y fango. «Guido, hijo mío», exclamé, «¿qué representan esas tiras de papel que llevas y te impiden caminar?» «Vengo del Infierno», me respondió, "y lucho por llegar al Purgatorio, pero no puedo, estas tiras de papel me lo impiden...» Entonces uno de sus ojos se convirtió en una lágrima que cayó sobre mi y me quemó la mano. ¡Mirad!

Pedro levantó la mano derecha y nos mostró una llaga roja y redonda como un ojo.

El miedo se apoderó de nosotros. Sólo Francisco sonreía tranquilamente. Pedro se levantó.

—Y ahora —dijo—, todo ha terminado. Antes de venir aquí he quemado en la chimenea mis manuscritos y mis libros. Me he librado de ellos. Bendito sea mi discípulo bienamado, que me ha transmitido el mensaje desde el otro mundo. Alabado sea el Señor. Una nueva vida comienza.

—¿Y qué otra vía has de emprender, mi querido Pedro? —preguntó Bernardo—. ¿Cuál será tu nueva vida?

—No lo sé todavía, no lo sé...

—¡Yo lo sé! —exclamó entonces Francisco dirigiéndose hacia la puerta—. ¡Venid conmigo!

Francisco caminaba delante; le seguían los dos amigos abrazados y tras ellos, iba yo.

Estas dos almas están dispuestas —pensaba—, *están deseosas de tomar el camino empinado y escabroso...*»

En la iglesia de San Rufino se decía la misa; había mucha gente y pasamos frente a ella sin detenernos. Más lejos estaba la capillita de San Nicolás. Estaba desierta.

Francisco empujó la puerta y entramos. Sobre el altar, el crucifijo y un cirio encendido.

En la pared, una pintura que representaba a San Nicolás rodeado de peces, de barcos y de olas.

—Hermano Bernardo —dijo Francisco—, me has dirigido una pregunta. Arrodillate ahora, Cristo te responderá.

Francisco se acercó al altar, se arrodilló, hizo la señal de la cruz y tomó el grueso Evangelio de tapas de plata.

—Ésta es la boca de Cristo —dijo.

Abrió el Evangelio, puso el dedo en la página y leyó en voz alta:

—Si quieres ser perfecto, vende todo lo que posees y dáselo a los pobres, para adquirir así un tesoro en el cielo.

Cerró el Evangelio y, abriéndolo una segunda vez, leyó:

—Si alguien quiere seguirme, que renuncie a si mismo, que tome su cruz y me siga.

Francisco se volvió entonces hacia Bernardo, que, arrodillado, le escuchaba llorando.

—¿Todavía vacilas, Bernardo? —dijo—. ¿Quieres que la boca de Cristo vuelva a abrirse?

—¡No, no! —exclamó Bernardo, conmovido—. Ya estoy dispuesto.

—También yo estoy dispuesto —dijo una voz tras él.

Era Pedro que, de rodillas sobre las lajas, nos escuchaba.

—Vamos —dijo Francisco, alegre, abrazando a los dos neófitos, que caminaban cada uno a su lado—. Tú, Pedro, has obedecido a Cristo quemando lo que era tu riqueza: tus manuscritos, tus libros, tu pluma... ¿No te sientes más liviano? ¡A ti te toca ahora, Bernardo! Abre tu tienda, llama a los pobres, distribuye entre ellos tus mercancías, cubre a los que están desnudos, rompe tu vara de medir, vacía tus cofres, da, vuelve a dar,

aligérate... Porque debemos dar a nuestros hermanos menesterosos lo que hemos tomado de ellos. La menor pieza de oro pesa sobre el alma, y le impide volar...

Después, volviéndose hacia el altar, se dirigió al crucifijo:

—¡Qué baratas nos vendes tus mercancías, Señor! Damos una tenducha y en cambio obtenemos el Reino del Cielo. Quemamos una pila de papeles viejos y por ese precio entramos en la Eternidad.

—Partamos sin perder tiempo —dijo Bernardo.

Tomó de su cinto la llave de la tienda y echó a correr.

Los fieles salían de la misa. Las iglesias se cerraban, las tabernas se abrían, la multitud se reunía en la plaza. Las nubes se habían disipado, el sol se mostraba, entibiando la tierra, los árboles ostentaban sus primeras hojas.

Muchas veces había visto la primavera en mi vida. Sin embargo, me parecía sentirla por primera vez. Por primera vez, ese año, sabía —y era Francisco quien me lo había enseñado—que todo en la tierra obedece a la misma ley divina, tanto las almas como los árboles. Y también el alma tiene su primavera, que la hace abrirse y florecer...

Llegamos a la plaza San Jorge. Bernardo abrió su tienda y, desde el umbral, se puso a gritar:

—Acudid, desdichados, descalzos, menesterosos, acercaos! Distribuyo todos mis bienes en nombre de Dios.

Francisco estaba a su derecha y Pedro a su izquierda, mientras yo transportaba las piezas de paño y las amontonaba a sus pies.

¡Cómo corrían las mujeres, las niñas, los ancianos! ¡Cómo les brillaban los ojos, con qué avidez tendían las manos! Bernardo reía, dichoso, bromeando con unos y otros.

Con unas grandes tijeras partía y distribuía sus riquezas.

De cuando en cuando se volvía hacia Francisco:

—¡Me siento tan feliz! —le decía—. ¡Y tan aliviado!

El padre Silvestre, que pasaba, vio a Bernardo repartir sus bienes. Se sintió apenado.

—¡Qué lástima! —murmuró—. ¡Desperdiciar así tal riqueza!... Ese insensato de Francisco le habrá trastornado la cabeza, sin duda.

Se detuvo y les miró con aire de desaprobación. Francisco adivinó su pensamiento.

—Padre Silvestre, ¿recuerdas lo que dijo Cristo? Perdóname si te lo recuerdo: «Si quieres ser perfecto, vende lo que posees y dalo a los pobres, a fin de adquirir un tesoro en el cielo».

El padre Silvestre tosió, enrojeció y se alejó. Francisco se arrepintió en seguida de haberle humillado.

—¡Padre Silvestre, padre Silvestre! —gritó.

El sacerdote se volvió.

—Te he recordado las palabras de Cristo y te pido perdón. Tú, sacerdote de Dios, las conoces mejor que yo, pobre pecador.

Si Francisco hubiera estado más cerca, hubiera visto lágrimas en los ojos del sacerdote.

Por la noche, ya no quedaban en la tienda más que las cuatro paredes desnudas.

Bernardo tomó la vara de medir, la rompió y la arrojó a la calle. Hizo lo mismo con las tijeras y se persignó.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo—. Ahora estoy aliviado.

Tomó el brazo a Pedro y los dos siguieron a Francisco.

Conducta tan extraña en un rico comerciante y en un docto jurisconsulto no dejó de conmover a los habitantes de Asís. Esa misma noche varios notables se reunieron en casa de un tío de Bernardo para concertar la manera de librarse de esa nueva peste.

El mal parecía contagioso y atacaba sobre todo a los jóvenes. ¡Era preciso tener mucho cuidado! Porque sus hijos podían perder también la cabeza y distribuir a los menesterosos los bienes que ellos amasaban en años y años con el sudor de su frente. Había que expulsar a ese loco que extraviaba los espíritus y arruinaba las casas. Los viejos notables tomaron la decisión de visitar al obispo y luego la alcaldía, para ensayar el medio de detener el escándalo.

En la humilde casa de Giovanna, la viuda, un sólido mocetón de tez morena se calentaba ante la chimenea, burlándose de su vieja tía, que se persignaba y bendecía el nombre del nuevo santo. Así llamaban desde hacia poco a Francisco.

—¡Vamos, un libertino no se transforma tan fácilmente en santo! —decía el mozo—. Mira, si ofrezco a tu san Francisco una buena botella de vino, dejaré de ser Egidio, si no le hago caer en tierra, borracho perdido... Después le ataré a una cuerda, le llevaré a la plaza y bailará como un oso mientras yo golpeo las manos...

Pasaron algunos días. Francisco, los dos nuevos hermanos y yo habíamos dejado Asís para encontrar refugio en la capilla desierta de la Porciúncula. Frente al almendro en flor habíamos construido una choza de ramas, cubierta de yeso, que fue nuestro primer convento.

Allí rezábamos durante largas horas, arrodillados y con los ojos fijos en el cielo.

Francisco nos hablaba del amor, de la pobreza y de la paz. De la paz del alma y de la paz del mundo. Y yo, que al principio no hacia otra cosa que preguntar, había aprendido a callar, guiando a los nuevos hermanos. Un día que nunca olvidaré, Pedro nos dijo:

—El espíritu sólo sabe hablar, interrogar y profundizar. Pero el corazón no habla, no pregunta y no profundiza. Avanza hacia Dios y se entrega a Él sin palabras. El espíritu es el abogado de Satanás; el corazón es el servidor de Dios. Se prosterna diciendo al Señor: ¡Hágase tu voluntad!

Francisco sonrió:

—Señor Pedro (siempre lo llamaba así por respeto), tienes razón. Cuando yo era colegial, un sabio teólogo llegó a Asís durante la Navidad. Subió al púlpito en San Rufino y empezó un interminable sermón sobre el nacimiento de Cristo, la salvación del mundo y el terrible misterio de la encarnación. Todo se confundía en mi mente, sentía vértigos. No pude contenerme y exclamé: «¡Maestro, que podamos oir cómo llora Jesús en su cuna!». Cuando regresamos a casa, mi padre me castigó, pero mi madre me dio la bendición a hurtadillas.

El hermano Bernardo abría pocas veces la boca. Al alba se arrodillaba bajo un árbol para rezar y era evidente, por sus párpados bajos, sus mejillas hundidas y el imperceptible balbuceo de sus labios, que hablaba a Dios. Y a veces, si al dirigirnos la palabra pronunciaba el nombre de Cristo, se lamía los labios como sintiéndolos bañados en miel.

Cuando el sol empezaba a subir en el cielo nos dispersábamos: unos para buscar agua o leña, otros para mendigar y Francisco para predicar el amor en las callejas de Asís o en las aldeas vecinas. A menudo llevaba consigo una escoba para barrer las iglesias.

—Es la casa de Dios —decía—y yo soy su cuidador.

Una mañana, era el día de la gran festividad de San Jorge, estábamos arrodillados en la cabaña para la primera plegaria matinal, cuando vi a un individuo que se acercaba con cautela. Llevaba bajo el brazo una gran botella de vino y un objeto envuelto en hojas de limonero. El olor de la carne asada me hostigó la nariz.

Era un hombre bien constituido, de talla poco común y cara atezada. Se acercó a nuestra cabaña y se puso a mirarnos a través de las ramas.

Como todas las mañanas, Francisco empezó a confiarnos lo que había dicho a Dios y lo que Dios le había respondido durante la noche anterior. Con la boca abierta, el hombre escondido escuchaba. De pronto se volvió, desapareció corriendo entre los árboles y volvió poco después, con las manos vacías, para pegar la oreja contra las ramas de la choza.

—Señor —decía Francisco—, si te amo únicamente porque deseo entrar en tu Paraíso, envía al ángel de la espada para que me cierre la puerta. Si te amo porque el Infierno me atemoriza, precipítame en el Infierno. Pero si te quiero por Ti, sólo por Ti, entonces abre los brazos y recíbeme.

El hombre que escuchaba resolvió mostrarse. Estaba pálido, dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Se echó a los pies de Francisco y exclamó:

—¡Hermano Francisco, perdóname! Soy Egidio de Asís, el que se burlaba de ti y el que hizo la apuesta de emborracharte y hacerte bailar en medio de la plaza de San Jorge, con una cuerda al cuello.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no bailar, hermano Egidio? —dijo Francisco, riendo—. En la plaza de San Jorge, precisamente, donde el pueblo debe reunirse en este día de fiesta... Tú golpearás las manos y yo bailaré. No quiero que pierdas la apuesta.

Le tomó del brazo y lo hizo ponerse de pie.

—Vamos —dijo—. La multitud espera.

Y se marcharon. Al atardecer, Bernardo, Pedro y yo seguíamos esperando, sentados ante la choza.

—El hermano Francisco tarda —dije—. ¿Seguirá bailando?

—Siempre está bailando —dijo Pedro, y después calló.

Pero de inmediato agregó:

—Yo, ay de mi, no habría tenido valor para hacer una cosa semejante. Aún enrojezco de vergüenza ante los hombres y eso significa claramente que no enrojezco de vergüenza ante Dios.

Mientras conversábamos, llegó Francisco. Y tras él, inmenso, sonriente, caminaba Egidio. Francisco tomó a su compañero de la mano y se nos acerco:

—Me ha hecho bailar, y le he hecho bailar —dijo riendo—. Al principio yo bailaba solo ante Dios mientras él golpeaba las manos. Pero después el hermano Egidio sintió envidia y se puso a bailar conmigo, teniéndome por los hombros. En verdad, nos parecía que toda la Creación bailaba con nosotros ante Dios.

»¡Qué dicha, amigos míos! ¡Bailar en compañía es muy otra cosa que bailar a solas! Al principio, bailan dos, después tres, después treinta, después cien mil, después todos los hombres... Después todos los animales, después los árboles, después los mares y las montañas, por fin la Creación toda baila ante el Creador. ¿No es cierto, hermano Egidio?

—No quiero hacer ningún otro trabajo —respondió Egidio riendo—. ¡Bailar es maravilloso! Hermano Francisco, me gustaría bailar durante siglos, teniéndote por los hombros.

—¡Bienvenido sea nuestro nuevo hermano! —dijo Francisco abriéndole los brazos.

—¡Bienvenido sea! —grité al mismo tiempo que Bernardo y Pedro.

Y los tres corrimos hacia Egidio para darle nuestro abrazo.

Egidio enrojeció. Quería hablar, pero vacilaba.

—Hermano Francisco —dijo por fin—, he traído algo que comer y una botella de vino...

Francisco acarició los anchos hombros del coloso:

—Hoy festejamos tu nacimiento, hermano Egidio, bebamos un vaso de vino a tu salud. Dios admite a veces que seamos infieles a la santa Hambre y a la santa Sed... ¡Trae, pues, los instrumentos del pecado!

Egidio corrió a buscar el lechoncillo asado y la botella de vino que había escondido en una mata.

—¡A la salud del hermano Egidio! —exclamó Francisco levantando la botella para beber.

Días después, a la hora en que nos dispersábamos para el trabajo de la jornada, el sacerdote Silvestre apareció en el umbral de la Porciúncula, cabizbajo, enrojecidos los ojos por el llanto y con las manos temblorosas. Llevaba un lío de ropas.

Al verle, Francisco abrió los brazos:

—Padre Silvestre, bienvenido seas. ¿Qué buen viento te trae a nuestra humilde morada?

—El viento de Dios —respondió el sacerdote—. Las palabras que me has dirigido el otro día eran de fuego, han quemado y purificado mi corazón.

—No son mías, padre Silvestre, son las palabras de Cristo.

—Sí, son las palabras de Cristo, hermano Francisco, pero las has repetido de tal manera que me pareció escucharlas por primera vez, como si nunca hubiese leído el Evangelio. Lo leía, sin embargo, todos los días, pero sin ver entonces más que simples palabras, palabras que no ardían... Ahora, gracias a ti, he comprendido el sentido de la pobreza y el sentido del amor. He comprendido cuál es la voluntad de Dios. Y he venido.

—¿Qué tienes en tu lío?

—Ropas, mis mejores sandalias y otras cosas que me son necesarias.

Francisco sonrió:

—Había una vez un ermitaño —dijo—que durante años y años interminables procuraba llegar hasta Dios sin conseguirlo. Algo se alzaba siempre entre los dos para impedírselo. El desdichado lloraba, gritaba, suplicaba, pero en vano... Una mañana despertó, radiante. ¡Lo había descubierto! Se trataba de un cántaro que no había podido abandonar con el resto de sus bienes, porque lo quería demasiado. Lo tomó y lo rompió en mil pedazos. Entonces, levantando los ojos, pudo vislumbrar a Dios por primera vez. Padre Silvestre, si quieres ver a Dios, arroja tu lío de ropas...

El padre Silvestre vacilaba. Entonces Francisco le tomó tiernamente de la mano:

—Ven conmigo. Darás tu lío por amor de Cristo al primer pobre que encontremos. No se entra en el Paraíso con líos de ropas, padre Silvestre...

—Conservaré tan sólo mis sandalias —dijo el sacerdote, siempre vacilante.

—¡Sólo descalzo entrarás en el Paraíso! —repitió Francisco—. No discutas, hermano. ¡Partamos!

Y como el lobo se arroja sobre el corderillo para devorarlo, Francisco se arrojó sobre el padre Silvestre para guiarle al Paraíso.

Tu gracia es grande, Señor, y rica. Tiene ojos innumerables, como la cola del pavo real. Tu gracia envuelve el mundo. Se extiende y llena de luz a los más humildes. Así, muy pocos días habían pasado desde la llegada del padre Silvestre, cuando dos hombres miserables, escarnio de Asís, se presentaron a la Porciúncula y besaron la mano de Francisco pidiéndole que los acogiera entre sus hermanos. Eran Sabattino y otro llamado Juan de Capella, porque siempre usaba, aun cuando dormía, un alto sombrero de terciopelo verde adornado con una cinta roja. Sabattino, le reconocí en seguida, era el pillastre que se había burlado de Francisco la famosa noche en que, recién llegado a Asís, yo buscaba a un cristiano que quisiera darme limosna. Era flaco, amarillo de tez, con un hocico de ratón y un lunar peludo

sobre la nariz. Juan de Capella, un inmenso gañán, tenía largos bigotes retorcidos, gran nariz puntiaguda y boca de liebre. Tartamudeaba.

—Hermano Francisco, ya no puedo dormir, he hablado mal de ti. Te envidiaba porque tú eras rico y yo pobre, porque tú eras hermoso y yo feo, porque tú eras elegante y yo un andrajoso... ¡Ya no puedo dormir! Y cuando duermo un instante, es para oírte decir en sueños: «Cálmate, hermano Sabattino, nada te reprocho. ¡Duérmete!». Tu bondad me despedaza el corazón, hermano Francisco. No puedo más, y por eso he venido. Haz de mí lo que quieras. Te seguiré hasta la muerte.

—También yo —dijo Juan de Capella—te seguiré hasta la muerte, hermano Francisco. Estoy cansado del mundo y el mundo está cansado de mi. No tengo otro refugio que Dios. Pero me quedo con una condición: déjame llevar mi sombrero. No quiero capucha. Te parecerá extraño, pero me he habituado a este sombrero... como sí fuera mi cabeza. Si me lo quitas, tendré la impresión de que me decapitas.

Francisco se echó a reír. Pero de inmediato su rostro adquirió una expresión severa:

—Cuidado, hermano —dijo—, quizás es el diablo transformado en sombrero quien está sentado sobre tu cabeza. Cuida que no te empuje por la mala senda. Después de la capucha puedes rechazar el hábito, después del hábito puedes rechazar a los hermanos, puedes rechazar el amor... y después del amor... ¡puedes abjurar de Dios!

Francisco calló un momento, y después prosiguió:

—El camino empinado que seguimos lleva a una cumbre, hermano, y esa cumbre es Dios. Mientras que la mala senda lleva a un abismo y ese abismo es el Infierno. Tu sombrero puede precipitarte directamente al Infierno.

Miró a Juan de Capella en los ojos, profundamente, y el neófito, sin poder soportarlo, estalló en sollozos.

—Si no me das permiso para conservar mi sombrero, seré un hombre perdido. Me iré.

Francisco tuvo lástima de él. Puso la mano sobre el hombro de Capella:

—Quédate —le dijo—. Confío en Dios. Son muchos en el mundo los hombres que, aspirando a la salvación, acuden en cuanto una voz les llama. Ya sean honrados padres de familia o impúdicos vagabundos, una noche oyen pronunciar su nombre en el silencio. Conmovidos, se levantan. Y de súbito su vida pasada se les muestra vana, inútil, dominada por el Maligno. Entonces caen a los pies de quien les llama. ¡Llévame! —exclaman—. ¡Sálvame! ¡Eres tú el que esperaba!

No pasaba un solo día sin que acudiera un hombre a la Porciúncula para arrojarse a los pies de Francisco.

—¡Sálvame, presérvame, eres tú el que esperaba!...

Y poco después se despojaba de sus ropas para ponerse la túnica gris.

Un día llegó un paisano de unos treinta años, fornido y jovial. Llevaba un cántaro en el cual estaban representados los siete pecados capitales. Se arrojó a los pies de Francisco:

—¡Hermano mío —dijo—, Padre mío, escúchame: estaba tranquilo en mi aldea, cavaba, podaba mi viña, vendimiaba, en fin.., vivía! No tenía ni mujer, ni hijos, ni preocupaciones. Me creía feliz. Pero cuando oí tu voz, supe que era un desdichado. Miré en mi corazón, que creía inocente, y vi en él los siete pecados capitales. Entonces tomé este cántaro, pinté en él los siete pecados, escribí sus nombres, y ahora, mira cómo lo rompo a tus pies. Que el diablo se los lleve a los siete...

Y rompió el cántaro sobre las piedras.

—Que mi corazón se rompa asimismo y que los pecados que lo habitan se desparramen así sobre las piedras —dijo.

Francisco le acarició tiernamente la cabeza:

—¿Cómo te llamas, hermano?

—Gennadio.

—¡Quiera Dios, Gennadio, que sobre tus ramas acudan millares de almas a construir su nido!

VI

Adán y Eva están en el Paraíso. Hablan:

—Si abriéramos la puerta para partir...

—¿Para ir adónde, mi bienamada? Fuera encontraremos la enfermedad, el dolor, la muerte.

—Si abriéramos la puerta para partir...

Esas voces, Dios me perdone, estaban en mi y yo las oía. Cuando escuchaba a Francisco, mi alma estaba en el Paraíso. Olvidaba el hambre, el frío, el mundo... Pero de súbito, una voz rebelde me gritaba: «¡Márchate!».

Un día Francisco me encontró llorando. Se inclinó:

—¿Por qué lloras? —dijo golpeándome en un hombro.

—Recuerdo...

—¿Qué recuerdas?

—Una mañana en que levanté la mano y tomé un higo de mi higuera.

—¿No recuerdas otra cosa?

—No, hermano Francisco, y por eso lloro...

Francisco se sentó en el suelo a mi lado y me tomó la mano.

—Escucha, hermano León, te diré una cosa. Pero no la repitas a nadie.

—Te escucho, hermano Francisco.

Y mientras me tenía la mano, sentía la tibieza de su cuerpo, más bien la tibieza su alma, que calentaba la mía. Callaba...

—Te escucho, hermano Francisco —repetí.

Abandonó mi mano, se levantó de golpe, habló con voz sofocada:

—Hermano León, la Virtud está muy sola en la cumbre de una roca desierta. Piensa en todos los placeres prohibidos que no ha gustado y llora.

Dijo, se marchó y, cabizbajo, desapareció tras los árboles.

Se dice que si cae una gota de miel en alguna parte, todas las abejas la huelen en el aire y acuden para gustaría. Así las almas, que olieron la gota de miel que era el alma de Francisco, acudieron a la Porciúncula. Al parecer, ese día, llegó nuestro viejo amigo Rufino. El que nos había dado nuestro primer hábito, diciéndonos que Dios no bastaba para calentarnos y necesitábamos ropas abrigadas.

Al verle, Francisco se echó a reír:

—Mi viejo amigo, me parece que tus ropas abrigadas no bastan para calentarte, ¡también tú necesitas de Dios!...

Rufino bajó los ojos:

—Perdóname, hermano Francisco, estaba ciego en esa época, o más bien no podía ver otra cosa que el mundo visible. Lo que se oculta tras él se me escapaba. Pero en cuanto viniste a mí, algo cambió en mi casa... El aire se llenó de voces encantadoras y de manos que me empujaban a partir. Entonces, un día abrí mi puerta y partí después de arrojar las llaves en el río.

—Nuestra vida es muy dura, hermano Rufino, ¿cómo podrás sobrellevaría? Desdichado de quien está habituado a la buena carne, a las telas suaves y a la ternura de la mujer...

—Tres veces desdichado quien no sabe desprenderse de ello —dijo Rufino—. ¡No me desprecies, admíteme!

—Otra cosa, amigo Rufino. Has frecuentado Bolonia, la sabia, según creo, y tu cabeza debe de estar llena de interrogantes. Aquí nosotros no planteamos nunca ninguna pregunta, hemos entrado en el dominio de la certeza. No dudo que puedas soportar el hambre, el frío, la castidad... ¿Pero tu espíritu podrá soportar nuestra certeza sin rebelarse? Porque la rebelión es la tentación más grande para el infortunado que ha elegido el Árbol del Conocimiento y a quien la Serpiente lame los ojos, la boca y las orejas.

Rufino callaba.

—¿Entonces? —preguntó Francisco mirando a su amigo con ternura—. ¿Podrás?

—¡No podré, hermano Francisco! —dijo Rufino con voz desesperada—. ¡No podré!

Francisco le tomó en sus brazos:

—¡Podrás! Has tenido el valor de decir: No podré. Entonces, podrás. El corazón está más cerca de Dios que el espíritu. Obedece a tu corazón. Sólo él conoce el camino del Paraíso. Ahora, desnúdate y ponte la túnica gris. ¿Recuerdas el manto de pastor que nos diste? Lo hemos tomado como modelo para cortar nuestras túnicas. Huelen a tierra. Hermano Rufino, vistote de tierra.

Otro día, en una aldea, Francisco vio a un jactancioso que se paseaba, vestido de terciopelo, con su espada, sus espuelas y sus plumas en el sombrero. Tenía perfumado el pelo rizado…

—Eh, tú —le gritó Francisco—, ¿no te has cansado, niño bonito, de adornarte y atusarte el bigotillo? Ha llegado para ti el momento de ponerte la cuerda alrededor de la cintura, la capucha en la cabeza y de caminar descalzo por el fango. Sígueme y te consagraré caballero del Ejército de Cristo.

El fanfarrón se acarició el bigote, consideró al mendigo que le hablaba y se echó a reír:

—Cuando me resuelva, acudiré a ti —dijo riendo.

No habían pasado tres días, cuando se presentó en la Porciúncula. Como un pájaro fascinado por una serpiente, Ángel Tancredi se había dejado atrapar por las redes de Dios.

—He venido —dijo arrodillándose y besando la mano de Francisco—. Estoy harto de pasar el tiempo atusándome el bigote. ¡Acéptame!

Pero Elías, el temible tiburón, no cayó en las redes de Dios sino algún tiempo después.

Francisco y yo estábamos en el umbral de la Porciúncula. El sol no se había puesto aún, y los hermanos hacían su jornada de mendicidad. Sólo quedaba Bernardo. Se acercó a nosotros y se arrojó a los pies de Francisco pidiéndole la absolución, como cada vez que iba a rezar, porque nunca sabia si habría de salir con vida del rezo.

Francisco, sumido en sus reflexiones, callaba. Miraba sus manos, sus pies, y suspiraba.

—Hermano León —me dijo después de un largo silencio—, cuando pienso en la Pasión de Cristo, mis pies y las palmas de las manos me duelen como si estuvieran agujereadas… Pero no veo clavos ni sangre. Recuerdo una representación de la Pasión en la corte de San Rufino por una compañía de cómicos ambulante. Habían manchado con pintura roja los pies y las manos del actor que representaba a Cristo. En el momento en que le clavaban en la cruz lanzó un grito tan desgarrador que no pude contenerme y estallé en sollozos. El pueblo gimió, las mujeres empezaron a gritar, las lamentaciones siguieron. Terminada la representación, el actor fue a mi casa. Mi madre le había invitado a nuestra mesa. Era alegre y se puso a bromear. Le llevaron agua tibia para lavarse las huellas de pintura en los pies y las manos. Yo, que era muy niño, no comprendía nada.

»—Entonces, ¿no estabas crucificado? —le pregunté. Rió.

»—No, pequeño, estaba representando. Sólo han fingido que me crucificaban.

»—¡Mentiroso!», le grité.

»Entonces mi madre me subió a su regazo:

»—Cállate, hijo mío, eres demasiado niño todavía, no puedes comprender.

»Pero ahora he crecido y comprendo. Creo ser crucificado, pero en verdad no hago más que imaginar mi crucifixión. ¿No seremos acaso, también nosotros, unos comediantes?

Suspiró.

—Mira mis manos —agregó—, mira mis pies. ¿Dónde están los clavos? ¿Toda esta angustia no será acaso más que una ilusión?

Fue entonces cuando apareció a través de los árboles un hombre de unos treinta años. Su pelo se asemejaba a una melena de león, tenía la frente bombeada, caminaba con paso lento. Se detuvo ante Francisco y le saludó, con una mano sobre su corazón...

—Busco a ese Francisco, originario de Asís, que reúne hermanos para fundar una orden. Me llamo Elías Bobarone y vengo desde Cortona. He estudiado en la universidad de Bolonia, pero los libros no bastan, quiero emprender una gran misión.

—Soy el que buscas, amigo —le dijo Francisco—. No reúno hermanos para formar una orden, sino para salvar nuestras almas luchando todos juntos. Somos gentes simples, iletradas, ¿qué vienes a hacer entre nosotros? Tú eres un hombre instruido...

—Como vosotros, hermano Francisco, quiero salvar mi alma, y no lo conseguiré con mi instrucción. Conozco bien tu vida y me gusta. A veces, escuchando su propio corazón, el hombre simple e iletrado descubre lo que el espíritu nunca ha podido descubrir. Sin embargo, el espíritu es necesario. Es, además, un don que Dios ha concedido a su criatura preferida, el hombre. El hombre perfecto es aquel cuyo corazón y cuyo espíritu están en perfecta armonía; el orden perfecto es el que tiene el corazón como base y el espíritu como director.

—Hablas muy bien, inspirado amigo, tienes el espíritu ágil y me das miedo. Te lo ruego, ve a buscar en otra parte la salvación.

—No tienes derecho, hermano Francisco, a rechazar a un alma que quiere tomar el camino de la salvación trazado por tu mano. ¿Para quién lo has trazado? ¿Sólo para los iletrados? ¿Pero no dices tú mismo que los instruidos tienen más necesidad de ser salvados que los otros? Su espíritu complicado los extravía, les muestra tantos caminos que ya no saben cuál tomar. ¡El camino que has trazado me inspira confianza!

Francisco hurgaba la tierra con el pie, silenciosamente. Sin pedirle permiso, Elías fue a sentarse a su lado, en el umbral.

—¡Qué soledad, qué paz! —murmuró.

El sol se ponía. Los troncos de los árboles se teñían de rosa. Los pájaros regresaban a sus nidos, los hermanos regresaban de su jornada de mendicidad. Gennadio se acuclilló frente al hogar y encendió el fuego para cocinar. Desde el día de su llegada, era nuestro cocinero. Bernardo apareció poco después, vivo a pesar de sus rezos. Caminaba como un ciego y entró sin vernos.

—¡Qué soledad, qué paz! —murmuró nuevamente Elías mirando el sol poniente.

Francisco se volvió y observó al visitante. Un gran combate debía librarse en él, porque tenía el presentimiento de que ese imponente coloso habría de sembrar el desorden en su tranquila hermandad. Después de un largo silencio, Gennadio golpeó de repente las manos.

—¡Hermanos, las lentejas están cocidas! Venid a comer.

Francisco se levantó.

—Hermano Elías, estamos contentos de verte entre nosotros.

Y tomándole de la mano, le hizo entrar.

—Dios nos ha enviado refuerzos —dijo presentándole—. Tenemos un nuevo hermano, Elías Bobarone, que viene de Cortona. Levantaos, saludadle.

Entramos en la choza. Francisco se sentó cerca del hogar, Gennadio distribuyó el alimento y la comida empezó. Teníamos hambre. De pronto, Francisco dejó su cuchara.

—Hermanos, estas lentejas son demasiado sabrosas —dijo—. El paladar se halaga exageradamente. Es un gran pecado.

Tomó un puñado de cenizas del hogar, lo arrojó en su plato y siguió comiendo.

—Perdonadme, hermanos —agregó—. No soy mejor que vosotros, pero mi carne es una gran pecadora y debo dominarla.

—¿Por qué ese temor tan grande a la carne, hermano? —preguntó Elías—. ¿Es que no tenemos confianza en nuestras fuerzas?

—¡No, no tenemos confianza en nuestras fuerzas! —respondió Francisco, y arrojó un segundo puñado de cenizas en su plato de lentejas.

—Aumentan las bocas que predican la palabra de Dios —me dijo alegremente Francisco al día siguiente.

—¡También aumentan las bocas que tienen hambre! —le respondí—. ¿Cómo las alimentarás?

En efecto, la población de Asís empezaba a quejarse. Estaba harta de alimentar a tantos mendigos. Una mañana, el obispo mandó llamar a Francisco. Tenía que hablarle. «Estoy a sus órdenes», dijo Francisco, y volviéndose hacia mi, agregó:

—Hermano León, siento que el obispo va a regañarme. Acompáñame.

El obispo, sentado en su sillón, desgranaba un rosario negro. Estaba sumido en las preocupaciones que le daban la tierra y el Cielo. Pastor de hombres, debía vigilar sin cesar las ovejas que Dios le había confiado. La sarna es contagiosa, y si una oveja se enferma, hay que evitar que las demás se contaminen. Por otra parte, debía preocuparse por su alma, que también era una oveja del Señor, y su deber era obedecer al Gran Pastor.

Al ver a Francisco procuró adquirir una expresión de enfado, pero fue en vano, porque quería mucho a ese santo rebelde, que había abandonado todo lo que el hombre codicia en este mundo para adoptar todo lo que odia y todo lo que le atemoriza, la soledad y la pobreza. Admiraba a ese hombre que

había vencido el desprecio de sus semejantes y andaba descalzo, predicando el amor...

Tendió su mano regordeta, de sacerdote... Francisco se arrodilló, la besó, y después, cruzando los brazos, aguardó.

—Debo regañarte, hijo mío —dijo el obispo procurando dar a su voz un tono severo—. Oigo decir muchas cosas buenas de ti, pero hay algo que no me gusta.

—Te escucho, reverendísimo padre, y si Dios quiere que se haga tu voluntad, se hará. La santa Obediencia es una de las hijas más queridas del Señor.

El obispo se aclaró la voz y permaneció silencioso un momento. Se preguntaba cómo podía hablar a Francisco sin herirle.

—Tus compañeros se hacen cada vez más numerosos, Francisco —dijo al fin—. Sé que todos los días acuden a esta ciudad y a las aldeas vecinas para mendigar de puerta en puerta. ¡Eso no está bien! Las gentes de aquí son pobres. ¿Crees que tendrán siempre un pedazo de pan para daros?

Francisco bajó la cabeza sin responder. El obispo puso la mano sobre el Evangelio abierto a su lado.

—Y además, ¿olvidas lo que dice el Evangelio? —continuó con voz realmente irritada—. «El que no trabaja no debe comer».

—Rezamos.., predicamos... ¿no es ése un trabajo? —murmuró Francisco.

Pero el obispo no le oyó. Siguió hablando:

—Como obispo y como padre que te quiere, tengo que pedirte algo: Quisiera que obligaras a tus compañeros a trabajar, sin contar con el sudor de los otros para vivir. Podrías, por ejemplo, poseer un modesto patrimonio; campo, viña u olivar, cultivar la tierra y recoger todos los años lo que Dios da a todos los campesinos. No te digo que trabajes para enriquecerte. ¡Dios me libre de ello! Pero te pido que no seas una carga para nuestros hermanos, que tienen casas e hijos y a quienes nada sobra —aunque lo quieran— para dar limosna a los menesterosos. La pobreza absoluta, hijo mío, es contraria a Dios y a los hombres. Esto es lo que deseaba decirte. Y ahora, reflexiona y dame tu respuesta.

El obispo cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo de su sillón. Estaba cansado de hablar El rosario se deslizó de sus manos blancas y suaves. Me incliné para recogerlo. Francisco levantó la cabeza.

—Reverendísimo Padre —dijo—, ¿me permites hablar?

—Te escucho, hijo mío, exprésate libremente.

—Una noche en que lloraba, rogando a Dios que me iluminara el espíritu y me ayudara a resolver si debíamos o no poseer un pedazo de campo, una casa, una bolsa con un poco de dinero, algo, en fin, de que pudiéramos decir: «¡Esto nos pertenece!», Dios me respondió: «Francisco, Francisco. el que posee una casa se convierte en puerta y ventana, el que posee un campo se convierte en tierra, el que posee un anillo de oro puede morir estrangulado, porque el anillo se convierte en nudo corredizo y le aprieta el cuello». Eso es lo que me dijo Dios, reverendísimo padre.

El obispo enrojeció. Quiso responder, pero las palabras se confundieron en su boca desdentada y las venas de su cuello se hincharon de repente. Un monaguillo que estaba en un rincón corrió a llevarle un vaso de agua. El obispo bebió, se calmó y después, volviéndose hacia Francisco, dijo:

—¿Cómo puedes estar seguro de que era Dios quien te hablaba? A menudo, cuando rezamos, oímos nuestra propia voz y creemos que es la de Dios. Y a menudo Satanás toma el rostro y la voz de Dios y extravía nuestras almas. ¿Puedes afirmarme, con la mano sobre el corazón, que en tus plegarias llegas a distinguir las palabras de Francisco de las palabras de Dios?

Francisco palideció. Le temblaban los labios.

—No, no puedo... —murmuró—. Reverendísimo padre —dijo—, permíteme llorar... Tus palabras han penetrado en mi corazón como puñales. ¡Ya no podré distinguir en mis plegarias a Dios de Francisco y a Francisco de Satanás!

Ocultó su rostro entre las manos y estalló en sollozos.

El obispo sintió piedad y lo alzó:

—Hijo mío —dijo al monaguillo—, trae un vaso de vino a nuestro invitado. Trae más bien tres vasos, vamos a beber a su salud.

Desplomado en un banco, Francisco se secaba las lágrimas que corrían por sus mejillas y su barba.

—Perdóname, reverendísimo padre —dijo—, es más fuerte que yo.

El monaguillo apareció con los tres vasos de vino sobre una bandeja de madera.

—El vino es una bebida sagrada, hijos míos —dijo el obispo levantando su vaso—. Bendecido por un sacerdote, se convierte en la sangre de Cristo. Bebamos a tu salud, Francisco. Sigue la voluntad de Dios, hijo mío. No te pido una respuesta inmediata. Reflexiona sobre lo que hemos dicho, reflexiona con serenidad y ven a comunicarme tu decisión. La pobreza es cosa buena, como por lo demás lo es la riqueza, pero hasta cierto limite. Moderación en todo, hijo mío. La bondad misma, la piedad y el desprecio hacia los bienes de este mundo deben ser mesurados. Todo lo que sobrepasa la regla es una trampa del diablo. ¡Cuidado! ¡Puedes irte, ahora!

Francisco quiso inclinarse para besar de nuevo la mano del obispo, pero no lo hizo.

Una voz se alzaba en él y decía: «¡No te vayas, no tengas miedo de él, responde ahora mismo!».

—Reverendísimo padre —dijo—, una voz se eleva en mí y me impide partir.

—¿Qué voz, hijo mío? ¿Será acaso la de Satanás? ¿Qué dice?

—Dice que el diablo se alegra de ver que los hombres temen la pobreza. Dice además que el despojamiento total es el único camino que lleva a Dios..

El obispo golpeó con el puño sobre el Evangelio.

—El diablo se alegra sobre todo de ver que te opones a mí, Francisco —dijo con irritación—. No digas una sola palabra más. Vete y que Dios tenga piedad de ti, que tienda su mano sobre ti, porque estás enfermo.

Francisco se arrodilló y besó la mano del obispo. Después salimos del obispado.

No cambiamos una sola palabra durante el camino de regreso. Nos acercábamos a la Porciúncula, cuando Francisco, deteniéndose en un cruce de caminos, me dijo:

—Las palabras del obispo han sido duras. Necesito quedarme a solas y reflexionar, hermano León. ¡Continúa tú el camino! Yo haré el recorrido por el arroyo hasta llegar al caserío del bosque.

—Hay malas personas allá, Francisco —dije—. Tengo miedo. Te maltratarán.

—Por eso voy allí, corderillo de Dios —dijo Francisco—. Ya no puedo soportar esta vida fácil...

Regresé solo a la Porciúncula. Ya no tenía ganas de ir a mendigar, porque las palabras del obispo me habían parecido duras también a mi. pero, Dios me perdone, justas.

Es cierto, el que no trabaja no debe comer —me decía—.*Debemos ponernos a trabajar, debemos ganar nuestro pan con el sudor de nuestra frente, como el Señor lo manda.*

Preocupado, me senté en el umbral de la Porciúncula esperando la caída de la noche, el regreso de los hermanos y el de Francisco. Mi corazón estaba inquieto. *No he debido dejarle ir solo a esa aldea poblada de brutos que reniegan de Cristo y no tienen el menor escrúpulo en maltratarle* —me decía.

Lleno de remordimientos, me levanté. El sol no se había puesto aún. Seguí el borde del arroyo corriendo, llegué al bosque y penetré en el caserío. Las calles estaban desiertas, pero se oían ladridos de perros y una gran algazara hecha de risas y gritos. Me precipité hacia el lugar de donde provenía el ruido, y vi a un grupo de hombres, mujeres y niños que habían acorralado a Francisco contra el reborde de un pozo y le arrojaban piedras. Él permanecía en pie, los brazos cruzados, la cabeza bañada en sangre.

De cuando en cuando abría los brazos murmurando:

—Gracias, hijos míos, Dios os guarde...

Cuando me precipitaba para socorrerle, se oyó un rugido detrás de Francisco y todos se volvieron Un coloso, abriéndose paso entre la multitud, se acercó a Francisco y le levantó en sus brazos como a un niño:

—¿Adónde quieres que te lleve, mi pobre Francisco? —dijo inclinándose sobre él.

—¿Quién eres tú?

—Me llaman Maseo y soy arriero. Todo el inundo me conoce. ¿Adónde quieres que te lleve?

—A la Porciúncula —respondió Francisco—. También yo soy arriero, hermano Maseo. Recojo a las personas en la tierra y las conduzco al Cielo.

Maseo caminaba a grandes pasos, teniendo a Francisco en sus brazos. Cuando llegamos a la Porciúncula, el sol ya se había puesto. Maseo dejó a Francisco en el suelo, y los dos permanecieron en el umbral. Bernardo rezaba en un rincón. Juan de Capella y Ángel volvían de la aldea. Uno a uno entraban los hermanos, descalzos, hambrientos, pero con el rostro resplandeciente de felicidad. La sombra descendía lentamente sobre nosotros con la serenidad y la dulzura de la noche... Los pájaros cantaban para saludar a la luz que se retiraba, la estrella vespertina titilaba en el cielo. Mudo, Egidio miraba.

Yo lavaba las heridas de Francisco. El hermano Gennadio disponía ramillas entre dos piedras para encender fuego. El señor Pedro Rufino, en la Iglesia, adornaba la imagen de Santa Maria de los Ángeles con hojas de laurel que había recogido en las orillas del arroyo.

—Esta noche festejamos unas bodas —dijo súbitamente Francisco.

Todo el mundo se volvió, asombrado. Capella se sobresaltó, alegre la expresión, con el sombrero de terciopelo verde en la mano, pues estaba sacudiéndole el polvo.

—He encontrado a una viuda en la calle —dijo Francisco sonriendo—. Hace años que vagabundea, descalza, andrajosa, famélica, y nadie abre su puerta para darle limosna. La recibiremos entre nosotros, hermanos míos.

—¡Por el amor del Cielo, hermano Francisco!, ¿hablas seriamente? ¿De qué viuda se trata?

—Se trata de la viuda de Cristo. ¿Por qué abrís los ojos? La viuda de Cristo... la Pobreza. Por el amor de su primer marido, voy a desposaría.

Se levantó y se observó a si mismo...

—Llevo mi traje de novio —dijo—. No tengo necesidad de cambiarme. Mi hábito roto, mi cinturón de cuerda, mis pies fangosos, mi vientre hundido.., nada me falta... Entremos.

Francisco inició la marcha y nosotros le seguimos.

—¿Dónde está el padre Silvestre? —dijo Francisco buscando al hermano con los ojos—. Que venga ya a bendecir las bodas.

—¿Y dónde está la novia? —pregunté, a mi vez.

—¿No la ves, hermano León? Es porque tienes los ojos abiertos... Ciérralos y la verás.

Se arrodilló ante el altar y volvió la cabeza a la derecha.

—Hermana Pobreza —dijo con voz conmovida—, hermana Pobreza, querida y venerada compañera de nuestro Cristo, valiente camarada de lucha que le ha sido fiel durante toda su vida, hasta el pie de Su cruz y hasta la tumba, te tomo por esposa. ¡Dame la mano, noble señora!

Todos estábamos de rodillas y mirábamos con sorpresa al extraño novio que tendía la mano a su prometida invisible.

Entonces cerré los ojos y distinguí a la derecha de Francisco a una mujer de rostro pálido y triste, vestida de harapos negros, pero majestuosa como una reina que guarda el luto de su rey. El padre Silvestre tenía un cirio encendido y cantaba los versículos triunfales del matrimonio. Cuando abrí los ojos, vi que los rostros de los hermanos resplandecían, mientras que

llamas sagradas brotaban de sus miradas. Nos levantamos e hicimos cantando una ronda endiablada en torno de Francisco y la desposada invisible. El hermano Bernardo llevaba el compás golpeando las manos. Entonces Maseo, enardecido, tomó de su pecho la flauta con que tocaba por las noches cuando viajaba solo, se arrodilló delante de Francisco y se puso a tocar alegres melodías pastoriles.

La humilde capilla resonaba como una choza donde se celebraba el casamiento de un pastor. Santa Maria de los Ángeles, asombrada, miraba cómo se desarrollaba esta extraña ceremonia y sonreía a su hijo, como diciéndole: «Tus amigos se han enloquecido por exceso de amor, hijo mio. Mirales: se embriagan sin vino, se casan sin desposada, se sacian con su hambre y se enriquecen con su pobreza. Van demasiado lejos, más allá de las fronteras del hombre. Poco falta para que se vuelvan ángeles. Y ese que está en el medio, ¿lo ves?, ése es nuestro amigo Francisco, el juglar bienamado de Dios».

Cuando salimos de la iglesia, el cielo se había llenado de estrellas. Francisco se hundió en la oscuridad, porque sentía la necesidad de estar solo. Nos tendimos en el suelo, para escuchar la noche. Callábamos. Las extrañas bodas pasaban y volvían a pasar por el espíritu de todos. Al principio, algunos hermanos estuvieron tentados de reírse, pero poco a poco la risa se volvía sollozo en nosotros, y el sollozo, felicidad.

Así es como se debe llorar y reír en el Paraíso —pensaba yo.

Por un instante, nuestras almas se habían liberado de nuestro espíritu y de nuestra carne, ya no tenían necesidad de verdad palpable. Se habían transformado en gaviotas y, posadas sobre el océano de Dios, se balanceaban al compás de Su misericordia.

Francisco no reapareció esa noche. Ni al día siguiente. Estábamos inquietos, pero no hablábamos. La noche caía. Sentados frente a la Porciúncula, habíamos dispuesto en tierra las provisiones mendigadas por cada uno de nosotros durante esa jornada.

Me llevé un trozo de pan a los labios, pero sentía un nudo en la garganta. Me levanté:

—Voy a buscarle —dije, y me marché.

Tomé el camino de Asís, hacia el monte Subasio, porque sabia dónde encontrar a Francisco. Sin duda se había refugiado en alguna de esas grutas en que le gustaba rezar. Una nueva angustia atormentaba su corazón y había querido estar a solas con Dios para pedirle socorro.

Llegado a destino, escudriñé en algunas grutas: no se encontraba en ellas. Pero de pronto, oí llantos tranquilos, quejosos, como los de un niño. Me acerqué al punto del que venían los lamentos y distinguí, en la sombra, un pálido rostro y dos manos que se agitaban. Contuve la respiración y escuché. Francisco hablaba a alguien, no estaba solo. «¡Quiero lo que Tú quieres!», exclamaba, «¡pero no puedo!».

Después hubo un silencio. Oí sus sollozos y el ruido de las manos que golpeaban su pecho. El tono de su voz se elevó nuevamente.

—¿Cómo podré salvar a los demás yo, un condenado? ¡Señor, Tú conoces mejor que nadie el infierno, las tinieblas y el fango que reinan en mis entrañas!

Un nuevo silencio. Francisco parecía escuchar la respuesta. Debí retirarme. «Ellos» se creían a solas, y mi curiosidad era deshonesta, pero ya he dicho que soy un patán.

En vez de partir, me tendí boca abajo y agucé el oído. La voz de Francisco se oyó angustiada...

—¿Me perdonas mis pecados? Respóndeme, Señor. ¿Me perdonas mis pecados? En caso contrario, ¿cómo puedo continuar mi ruta? No tengo ninguna fe en este barro que tiene por nombre Francisco.

Durante un largo rato no volví a oír nada. Ni voz, ni sollozo. De pronto Francisco lanzó un grito desgarrador:

—¿Cuándo dirás: basta ya? ¿Cuándo? ¿Cuándo?

El día empezaba a nacer. Una luz pálida, reptante, lamía las rocas de la gruta. Francisco se levantó, dio un paso, tropezó y se golpeó la cabeza contra la piedra. Vi cómo la sangre manaba y corrí hacia él:

—¡No tengas miedo! —le dije—. ¡Soy yo, el hermano León!

Levantó los ojos, me miró largamente sin verme. Al fin me reconoció.

—He luchado —dijo muy quedo—, he luchado mucho, hermano León, y estoy cansado.

Dejamos la gruta. Le tenía del brazo para impedir que cayera. La luz del día bajaba desde lo alto de la montaña. El mundo despertaba. Francisco se detuvo:

—¿Adónde vamos? —dijo—. ¿Adónde me conduces? Estoy bien aquí... Estoy cansado, muy cansado, hermano León.

Miró la cima de la montaña. La luz fluía a lo largo de la pendiente, despertando las piedras, las zarzas, la tierra... Una perdiz pasó ante nosotros aleteando con violencia. La estrella matutina bailaba y reía en oriente...

—Estamos bien aquí —repitió Francisco—. La noche ha cesado, loado sea el Señor.

Suspiró, se acuclilló sobre una piedra, y tendió sus manos al sol para calentarlas.

Después levantó la cabeza, y haciendo señas de que me sentara, miró a su alrededor como si temiera que alguien pudiera oírnos.

—Hermano León —dijo en voz baja—, el más resplandeciente de todos los rostros de la Esperanza es el de Dios. El más resplandeciente de todos los rostros de la Desesperación es, también, el de Dios. Ya ves, pues, cómo nuestra alma vacila entre dos abismos.

Yo no decía nada. ¿Qué podía responder? Sentía que Francisco venia desde muy lejos y que traía un importante mensaje.

—¿Tienes sandalias de hierro? —me preguntó poco después—. Porque son ésas las que debes llevar, mi fiel compañero. ¡Tenemos un largo, un arduo camino ante nosotros!

—Tengo mis pies —respondí—. Son más resistentes que el hierro y me llevarán a donde quieras.

Francisco sonrió:

—No te jactes demasiado; vengo desde muy lejos, he visto y oído cosas terribles. Escúchame: si el miedo se vendiera en la feria, hermano León, deberíamos comprarlo, aunque tuviéramos que vender todo lo que poseemos para comprarlo.

—No entiendo —murmure.

—Tanto mejor —dijo Francisco, y volvió a callar.

La montaña ya estaba inundada de luz. Ante nosotros, una retama recién florida embalsamaba el aire. Una nubecilla rosa bogaba tranquilamente en el cielo, diluyéndose poco a poco bajo el sol. Un pájaro, tocado con un bonete rojo, fue a posarse ante nosotros, sobre una piedra. Agitó la cola, volvió la cabeza a todos lados con inquietud y nos miró. Después, envalentonado por nuestra presencia, como si nos conociera, irguió el cuello y cantó. Miraba el cielo, el sol, y su pechera se hinchaba. Todo se había desvanecido a nuestro alrededor. No había sino la tierra, un pájaro que cantaba y Dios.

Con los ojos cerrados, Francisco escuchaba. Una profunda emoción y un arrobo inefable inundaban su rostro. El labio inferior le temblaba. De repente el pájaro calló y voló. Francisco abrió los ojos:

—Perdóname, Dios mío —murmuró—. Había olvidado por un instante...

Se levantó lleno de confusión.

—¡Partamos, hermano León!

Reiniciamos la marcha.

—Tu corazón puede estar tranquilo y resuelto —dijo—, pero si oyes cantar un pajarillo, estás perdido.

Hicimos un rodeo para evitar Asís. En la Porciúncula ya no había nadie. Los hermanos habían partido y no regresarían hasta el crepúsculo.

—Hermano León —me dijo Francisco—, trae la pluma y escribe lo que he de decirte.

Fui a buscar lo ordenado y me senté frente a él.

—Escribe: «¡Estoy harto! Estoy harto de caminar bajo los árboles en flor. Estoy harto de ser lamido por las fieras, de ver los ríos abrirse ante mi para dejarme pasar, de atravesar las llamas sin quemarme. Si me quedo, me pudriré sin duda alguna, de pereza, de bienestar... Abre la puerta. ¡Quiero partir! Adán, Adán, criatura de arcilla, no seas insolente. No soy ni ángel ni mono, soy hombre. Ser Hombre es combatir, trabajar, rebelarse... Siento que fuera están las fieras que destrozan, los ríos que ahogan, las llamas que queman. ¡Quiero salir y luchar! ¡Abre la puerta, quiero salir!».

Francisco se secó el sudor de la frente y miró a su alrededor, temiendo que alguien le hubiera oído.

—¿Has escrito?

—Si, hermano Francisco. Pero perdóname, no entiendo qué quieres decir.

—Poco importa. Toma otra hoja de papel y sigue escribiendo. El obispo tiene razón, nosotros también debemos ganarnos el pan con el sudor de la frente. Debemos trabajar, tal es la voluntad de Dios. Pero hemos desposado a la Pobreza, reverendo padre, y no te enfades si no la abandonamos. Escribe: «Todos los hermanos que tienen un oficio deberán ejercerlo; bastará que ese oficio no tenga nada de deshonroso ni opuesto a la salvación de sus almas. Los hermanos deberán recibir, a cambio de su trabajo, lo que les es indispensable para vivir, pero nunca dinero. Pues para ellos el dinero no debe tener más importancia que las piedras y los desechos... Si su oficio no basta para alimentarlos, que no se avergüencen de ir a llamar a las puertas para mendigar. Porque la caridad es una obligación legítima hacia los pobres. Y el propio Cristo no tuvo vergüenza de ser pobre, extranjero, de vivir de limosnas. Cuidémonos, hermanos, de no perder nuestra parte del Cielo por cosas tan caducas e insignificantes como los bienes de la tierra. Debéis ser humildes y buenos, debéis regocijaros cuando os encontráis entre las personas humildes y desdeñadas, entre los pobres, los enfermos, los leprosos y los mendigos». Escribe, hermano León: «Nuestros grandes compañeros de ruta son: la Pobreza, la Obediencia, la Castidad y, ante todo, el Amor. El que camina ante nosotros día y noche y sobre el cual tenemos los ojos fijos sin cesar, es Cristo. Si Él tiene hambre, nosotros tenemos hambre. Si Él sufre, nosotros sufrimos. Si Le crucifican, dejémonos crucificar con Él, y si resucita, tengamos la esperanza cierta de resucitar nosotros también algún día con El...».

Cuando se llenó el papel, Francisco tomó la pluma y escribió al pie su nombre en letras groseras: Francisco, el pobrecillo de Dios.

—Ésta es la regla de nuestra orden —dijo—. Ahora, escribe al comienzo del papel:

«Al Santo Padre, el papa Inocencio».

—¿Se lo enviaremos al Papa, hermano Francisco? —pregunté asombrado.

—No. Se lo llevaremos nosotros mismos, tú y yo. Tus pies son de hierro, ¿no es cierto? Los míos también lo son. Iremos, pues, a pie hasta la Ciudad Santa, como pobres peregrinos, y entregaremos al Papa lo que acabas de escribir. Si lo aprueba, pondrá su sello al pie de la hoja. Si no, Dios pondrá el suyo. Me lo ha prometido.

—¿Cuándo partimos?

—Esta noche.

—¿Ya?

—¿Cuántas veces repetiré, hermano León, que Dios no puede esperar?

Mientras conversábamos, los hermanos volvían uno a uno y se echaban en el suelo, agotados.

—Perdemos el tiempo, perdemos nuestra alma llamando de puerta en puerta todo el día en vez de permanecer de rodillas, rezando —dijo dulcemente Bernardo a su vecino—. ¿Cuánto tiempo durará esto, hermano Pedro, cuánto tiempo?

—Mientras tengamos boca, hermano Bernardo. Ten paciencia.

Francisco se levantó y se dispuso a hablar. Miró largamente a los hermanos, uno tras otro. Sus ojos estaban llenos de inquietud, de tristeza, porque sabia qué astuta es la Tentación, qué candoroso es el corazón humano, qué dulce y todopoderosa es la carne.

—Mis hermanos —dijo—, he recibido un mensaje de Dios y debo partir por algún tiempo. Nos hemos vuelto numerosos, formamos una verdadera orden, debemos ahora establecer una regla de vida. Parto para arrojarme a los pies de la sombra de Cristo sobre la tierra para pedirle su bendición. No os desoléis. No quedaréis solos. Noche y día estaré entre vosotros, invisible; el invisible ve mejor, oye mejor, lee mejor los pensamientos del hombre. ¡Cuidado! No os olvidéis lo que hemos aprendido en nuestras santas veladas: Obediencia, Castidad, Pobreza y, sobre todo, Amor. Y como último mandamiento, os digo esto, amigos: no mendiguéis, en adelante... Que cada uno de vosotros comience a trabajar. Serviréis en el hospital, cortaréis leña en el bosque, os haréis mozos de cordel, trenzaréis cestos de mimbre, fabricaréis sandalias, segaréis, vendimiaréis, según la voluntad de Dios. Pero no olvidéis que os habéis casado con la Pobreza: ¡que nadie le sea infiel! Gastad cada día todo el fruto de vuestro esfuerzo, no guardéis nada, pues toda propiedad es cosa del diablo. Obediencia, Pobreza, Castidad, Amor, hijos míos. Y quienes tengan el don de hablar a las gentes, hagan la señal de la cruz y pónganse en marcha. Id de dos en dos, el uno para consolar al otro. Deteneos allí donde encontréis hombres y proclamadles el Amor, el Amor perfecto, a los enemigos y a los amigos, a los ricos y a los pobres, a los malvados y a los buenos, porque todos son hijos de Dios, porque todos son nuestros hermanos. El padre Silvestre me reemplazará mientras yo esté ausente. Obedecedle. Es sacerdote de Dios, celebra la misa ante el altar y transforma el vino y el pan en sangre y cuerpo de Cristo. De todos nosotros, es el que se encuentra más cerca de Dios. Padre Silvestre, te confío a los hermanos, vela por ellos. Si una oveja cae enferma, la culpa es en parte del pastor. ¡Cuídala entonces!

Abrió los brazos y abrazó a los hermanos, uno por uno.

—Hasta luego, mis hermanos. Me llevo al hermano León, esta otra oveja de Dios. Hay claro de luna esta noche, el camino que lleva a Roma está blanco de luz. Haz la señal de la cruz, hermano León, y partamos.

Egidio, Maseo y Bernardo se echaron a llorar, los demás besaron la mano de Francisco silenciosamente. Rufino se acercó y murmuró algo al oído de Francisco, pero éste sacudió la cabeza.

—No, no, hermano Rufino —dijo—. Ni bastón ni sandalias, ni pan. Dios será nuestro bastón, nuestras sandalias y nuestro pan. Adiós, hijos míos.

Dio unos pasos y se volvió. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Vosotros sois mi padre, mi madre y mis hermanos —dijo, conmovido—. Satanás se adelanta y Dios llama a sus fieles. Escuchad su voz y responded: «¡Vamos, Señor, vamos!». Sed valientes, pues, hermanos míos. El Bien y el Mal luchan. El Bien vencerá. El miedo no existe, hermanos, ni el hambre ni la sed, ni la enfermedad ni la muerte. Sólo Dios existe.

Me tomó del brazo.

—Vamos —dijo, impaciente por partir.

¡Cuántos años pasaron desde esa noche! Sentado en mi celda, cierro los ojos y pienso: cuántas lunas, cuántos veranos y otoños, cuántas lágrimas. Francisco debe estar ahora a los pies de Dios. Debe inclinarse para mirar la tierra y buscar con los ojos la Porciúncula. Pero no la encontrará. Una inmensa iglesia se eleva por encima de ella y la aplasta, con sus torres, sus campanarios, sus estatuas, sus arañas y todas sus riquezas. Los hermanos ya no caminan descalzos, llevan sandalias y hábitos abrigados.

Algunos, perdónales, Dios mío, usan una cuerda de seda en torno a la cintura.

Un día, mientras caminábamos, Francisco se detuvo de repente, atemorizado. Creyó oír campanas y vio alzarse en la luz una inmensa iglesia de tres pisos. Lanzó un grito, se persignó y la visión se desvaneció en el claro de luna.

—¡Gracias, Señor, no era cierto!

¡Ay, padre Francisco, era cierto! Pero ¿cómo poner freno a la ostentación y la presunción de los hombres? ¿Cómo la pureza puede caminar sobre la tierra sin mancharse los pies de barro?

El viaje duró muchos días y muchas noches. Si no hubiéramos cantado durante el camino, si no hubiéramos hablado de Dios, si no hubiéramos sentido a Cristo que caminaba delante de nosotros, volviéndose de cuando en cuando para sonreírnos, creo que no habríamos podido soportar tanta fatiga, tanta hambre, tanto frío.

Hambrientos, entrábamos en las aldeas y llamábamos a las puertas para pedir limosna. Algunos nos daban un bocado de pan. Otros nos ponían una piedra o una rata muerta en el hueco de la mano y reían. Y nosotros nos marchábamos, bendiciendo a quienes nos habían expulsado.

Era la primavera. Los árboles empezaban a florecer, nacían las primeras uvas y las primeras hojas tiernas de las higueras se abrían.

—Así será el Juicio Final —me dijo Francisco—. Los muertos saldrán a la luz como gérmenes.

Una noche llegamos a una villa. Los muchachos y las mozas —era su fiesta— se preparaban a quemar el viejo Invierno, como era la costumbre. Vimos un muñeco en medio de la plaza, frente a la iglesia, hecho de ramas y de paja, con una larga barba de algodón. Los muchachos y las jóvenes, con antorchas encendidas, danzaban a su alrededor cantando coplas obscenas. Eran jóvenes; una sangre ardiente corría por sus venas y además el vino que habían bebido, el deseo, la primavera, hinchaban sus pechos. Las parejas de casados y los viejos, de pie en torno a ellos, miraban riéndose.

Francisco se había apoyado contra un árbol y contemplaba. Imaginé que se enfadaría y me tomaría de la mano para partir, pero al contrario, abrió unos grandes ojos ávidos.

—La raza humana es imperecedera, hermano León. Mira a estos jóvenes, cómo brillan sus rostros, cómo resplandecen sus ojos, cómo se miran unos a otros para decir: «No temas nada, si nos quedáramos solos en

la tierra, pronto la llenaríamos de niños y niñas». También ellos siguen sus caminos para llegar a Dios. El nuestro está hecho de pobreza y castidad, el de ellos está hecho de buena carne y de abrazos.

Mientras Francisco hablaba, el primer bailarín brincó y hundió su antorcha encendida en el vientre del Invierno. El muñeco de paja se prendió, una llama subió hacia el cielo, bajó y pronto no hubo sino cenizas. Los jóvenes lanzaron un grito salvaje, arrojaron sus antorchas y empezaron a perseguirse, exasperados y gimiendo, en la oscuridad. No se oyeron más que gritos y jadeos.

Francisco me tomó de la mano y atravesamos la plaza hacia la iglesia. Cuando nos acurrucamos bajo la puerta para pasar allí la noche, me dijo:

—Esta ha sido una buena jornada, hermano León; acabamos de ver otro aspecto del hombre.., en su lucha inevitable.

Salimos de la ciudad muy de madrugada.

—¡Qué libertad! —me dijo alegremente Francisco—. Somos los hombres más libres del mundo, porque somos los más pobres. Ya ves, hermano León, cómo la pobreza, la sencillez y la libertad son una sola cosa.

Volvimos a cantar para olvidar el cansancio y el hambre. Pero de día en día el corazón de Francisco se llenaba de amargura, porque en cada aldea y en cada ciudad el diablo nos había precedido. Los habitantes reñían, se golpeaban, desertaban de la Iglesia.

—El alma humana se ha rebelado y ya no teme a Dios. Satanás está en los de los caminos y cambia de rostro para tentar a los hombres —me decía Francisco Según las circunstancias, se transforma en monje, en un mozo gallardo o en mujer.

Ese día, cerca ya de Roma, nos tendimos bajo un ciprés para recobrar el aliento. Teníamos los pies ensangrentados, el polvo nos llegaba hasta las rodillas y la piel reseca y agietada.

Desde la mañana hablábamos de los sufrimientos de Cristo, y a fuerza de llorar teníamos los ojos hinchados y enrojecidos.

Debía de ser el mediodía. Cerrábamos los ojos con la esperanza de que el sueño tuviera piedad de nosotros, cuando un monje apareció tras de los árboles, gordo y jovial, calzado con sandalias rojas, cubierto con un ancho sombrero del mismo color, rasurado y perfumado.

Se acercó con distinción, extendió un pañuelo de seda sobre una piedra y se sentó.

—Hermanos —dijo—, si he de juzgar por vuestros hábitos desgarrados y vuestros pies desnudos, debéis formar parte de alguna orden nueva, muy severa, y sin duda acudís a Roma para rezar.

—Somos hermanos muy pobres —respondió Francisco—, pecadores, iletrados, la hez de la humanidad, y vamos a arrojarnos a los pies del Papa para pedirle que nos conceda un privilegio.

—¿Qué privilegio?

—El privilegio de la pobreza absoluta. No queremos poseer nada, nada, nada...

El monje se echó a reír:

—Huelo vuestra presunción a través de los agujeros de vuestros hábitos. El que no pide nada, pide todo. Nada y todo es una misma cosa. Lo sabéis bien, astutos... Pero os hacéis los desdichados para apoderaros de todo, sin que nadie se os resista y sin que nadie lo advierta, ni siquiera Dios.

Francisco se irguió, asustado:

—¿Todo? —dijo, con los labios temblorosos.

—Todo. Y tú ya lo tienes todo, hipócrita. Tú eres el más rico de toda la tierra.

—¿Yo?

—¡Tú! Porque tienes la esperanza puesta en Dios. Pero te desafío a llegar a ser tan pobre que ni siquiera conserves la esperanza de ver a Dios un día. Ésa es la perfecta pobreza y la suprema santidad. ¿Eres capaz?

—¿Quién eres tú? ¡Vade retro, Satanás! —gritó Francisco trazando una cruz en el aire.

De pronto el monje se desvaneció al sol y sólo oímos una risa burlona que se alejaba en los cipreses hasta perderse. El aire olía a azufre y a pólvora.

Francisco dio un salto:

—En marcha —dijo—. La sombra del ciprés me parece nefasta. ¿Has visto, hermano León? ¿Has oído?

—He visto y he oído.

Reanudamos el camino, trastornados. Francisco callaba. Caminaba con paso rápido, casi corriendo... Hacia la noche, se volvió hacia mí y yo vi su rostro súbitamente enflaquecido.

—¿Crees que el condenado tiene razón? —murmuró—. Si renuncio a mi esperanza en Dios, estoy perdido...

—Son argucias del diablo, trampas del maligno. No te dejes atrapar, hermano Francisco —le dije, procurando consolarle.

Pero Francisco sacudía la cabeza, desesperado.

—A menudo las palabras del maligno son las palabras de Dios, hermano León, porque sucede que Dios le envía para comunicarnos Su voluntad. ¿Cómo saberlo?

Calló. Después agregó:

—Tiene razón —gimió—. Tiene perfecta razón. Nuestra pobreza es riquísima, porque en el fondo de su cofre oculta el Paraíso. La verdadera pobreza debe tener su cofre completamente, indudablemente vacío, sin Paraíso ni Inmortalidad. ¡Vacío, completamente vacío!

Reflexionó un instante y suspiró. Quería agregar algo, pero las palabras se ahogaban en su boca. Al fin habló:

—Dios mío —murmuró—, dame la fuerza de renunciar un día a la esperanza de verte. Quién sabe, acaso sólo ésa es la Pobreza perfecta.

Los sollozos ahogaron su voz. Tropezó, le retuve.

—Hermano Francisco, no hables así. Lo que dices sobrepasa la fuerza humana.

—Sí, sobrepasa la fuerza humana. Pero es eso lo que Dios exige del hombre. ¿No lo has comprendido todavía?

No lo había comprendido y no lo comprenderé nunca. ¿El hombre no tiene sus limites? ¿No es el propio Dios quien los ha fijado? Entonces, ¿por qué nos pide que los sobrepasemos? Si no nos ha dado alas, ¿por qué nos obliga a volar?

Descubrimos un pino de follaje espeso cuyas largas ramas formaban un refugio.

Entregado el día entero al ardor del sol, su resina corría a lo largo del tronco embalsamando el ambiente. Nos tendimos bajo esa verde techumbre para pasar a su abrigo la noche. Nos quedaban todavía algunas costras de pan, pero no teníamos valor para comer siquiera un solo bocado.

Yo no tenía sueño, pero cerré los ojos porque me apenaba ver la cara de Francisco.

Nunca había leído en ella tanta angustia. Aunque se mordía los labios para contenerse, un rugido de fiera herida le subía del pecho. Aparecieron las estrellas, las voces nocturnas de la tierra se elevaron, sentí que la dulzura de la noche me penetraba lentamente y, compasiva, me envolvía las entrañas. Una estrella se deslizó en el cielo.

—¿Has visto, hermano León? —dijo Francisco—. Una lágrima acaba de rodar por la mejilla de Dios. ¿Tú también lloras, Señor? ¿Sufres como yo, Padre mío?

Calló y se apoyó contra el tronco del pino, extenuado. Yo, más sereno, me deslicé lentamente en el sueño. Pero de pronto la voz de Francisco se elevó, ronca, como ahogada, irreconocible:

—¡Te lo suplico, hermano León, no me abandones! ¡No te duermas! ¡Un terrible pensamiento me invade y no quiero quedar a solas con él!

Abrí los ojos. La voz de Francisco me había asustado.

—¿Qué pensamiento? ¿Será de nuevo el maligno? Habla, para aliviarte.

Francisco se me acercó y me puso la mano sobre la rodilla.

—El hombre se aferra a una hoja de hierba. Los ángeles y los demonios tiran de él, que tiene hambre, tiene sed, el sudor lo inunda, la sangre mana, llora y maldice, pero no quiere dejar su hoja de hierba, no quiere dejar la tierra. ¡Una hoja de hierba y el cielo, eso es todo!

Calló. Sentí que su cuerpo temblaba.

—No eres tú el que habla, Francisco —exclamé, estremeciéndome— es el maligno.

—No, hermano León, no es el maligno, ni Dios, ni yo mismo. Es una bestia herida la que habla en mi.

—Yo quise hablar, pero Francisco me cerró la boca con un ademán.

—¡No hables! —murmuró—. ¡Duerme!

A la mañana siguiente, cuando desperté, el sol ya se había alzado. Francisco no estaba a mi lado. Fui de pino en pino, llamándole, cuando de

pronto, levantando los ojos, le vi trepado en una rama alta, observando dos golondrinas que construían sus nidos: volaban y llevaban en su pico ya una brizna de paja, ya una crin caballo encontrada en el camino, ya un pedazo de barro, y reanudaban el trabajo.

—¡Hermano Francisco! —grité—, ¡baja! El sol está alto, hay que partir.

—Estoy bien aquí —respondió. no necesito ir a ninguna parte. Roma está aquí, el Papa también y aquí me será concedido el derecho de predicar.

No dije nada. A veces temblaba ante la idea de que mi maestro pudiera perder la razón. Me senté al pie del pino y aguardé. La voz de Francisco repitió:

—No necesito ir a ninguna parte.

Después:

—Las golondrinas me han dado el derecho de predicar, ¡podemos prescindir del Papa!

No respondí, y seguí aguardando. Así permanecimos mucho tiempo. Después, la voz de Francisco se alzó nuevamente, calma y tierna esta vez:

—¿Por qué no hablas?

—Espero que la llama de Dios se apacigüe en ti, hermano Francisco — dije.

Su risa se enredo en las ramas. Una risa alegre, fresca, infantil...

—¡Siempre puedes esperar! Mientras tenga carne y huesos, esta llama no se extingue. Y después devorará el alma. Sólo entonces se extinguirá. ¡Puedes armarte de paciencia, hermano León!

Apartó las ramas y descendió. Su rostro, tranquilo, resplandecía.

—Me parece que empiezo a comprender el lenguaje de las golondrinas —dijo—. ¿Lo comprendes tú? También ellas hablan de Dios.

—¿Quiénes?

—¡Las golondrinas!

Yo iba a reírme, pero pensé en seguida que nosotros, los hombres comunes, no tenemos oído y ojos sino para lo exterior. Cuando los pájaros cantan, nosotros sólo oímos la melodía, mientras que Francisco distingue también las palabras...

Nos arrodillamos bajo el pino e hicimos nuestras plegarias. Después tomamos el camino de Roma.

El corazón me brincaba en el pecho como un cabrito recién nacido. Hacia años que deseaba visitar la Ciudad Santa para prosternarme ante las tumbas de los apóstoles y ver el rostro sagrado del representante de Dios sobre la tierra. Dicen que nadie puede mirarlo sin protegerse los ojos. Mientras nos acercábamos el gemido poderoso de la Ciudad Santa se elevaba, semejante a una vaca parida o una fiera hambrienta. De cuando en cuando se oían voces humanas, resonaban trompetas, sonaban campanas. Señores con armaduras y nobles damas a caballo se dirigían a la ciudad. El polvo volaba, caliente, compacto. Olores animales y humanos flotaban en el aire.

—Hermano León —me dijo Francisco—, vamos a entrar en la morada del apóstol San Pedro. ¡Atención! Todo lo que verás y oirás tiene un sentido secreto. ¿Has observado a las nobles damas que pasaban ante nosotros en sus caballos negros y blancos? Como esas nobles damas se pasean, así se pasean los pecados y las virtudes.

—¿También los pecados? ¿Aquí? ¿En la casa del apóstol Pedro?

Francisco se echó a reír.

—¡Qué puro eres y cómo me gustas, hermano León! ¿Dónde pueden encontrarse los pecados, sino en la Ciudad Santa? Aquí es donde Satanás reúne a sus huestes. Haz la señal de la cruz y franquea la puerta. Hemos llegado.

Entramos en una calle ancha. El tumulto de la gran ciudad, los gritos, los ladridos, los relinchos, eran ensordecedores. Los buhoneros se desgañitaban, los prelados se paseaban en ricas literas, precedidos de sus hombres, que les despejaban el camino.

Mujeres llenas de afeites dejaban a su paso una estela de perfume, almizcle o jazmín...

Estos son los pecados —me dije, bajando los ojos.

De súbito, en el extremo de la calle, una extraña procesión nos hizo dar un grito de sorpresa. Cinco o seis caballeros vestidos de negro avanzaban soplando en largas trompetas de cobre. De cuando en cuando se detenían. Entonces un pregonero, montado en un camello, vociferaba:

—¡Eh, cristianos! ¡Pasa el Santo Sepulcro! ¡Miradlo y avergonzaos! ¿Cuánto tiempo dejaréis que el infiel siga hollándolo y violándolo? ¡En el nombre de Cristo, hermanos, armaos, unios y acudid a liberar el Santo Sepulcro!.

Detrás, sobre un carro arrastrado lentamente por cuatro bueyes negros, había un Santo Sepulcro adornado de telas multicolores. Sobre él, un caballo de madera montado por un muñeco que representaba a un sarraceno. El muñeco blandía un estandarte verde adornado de la media luna y el caballo, enhiesta la cola, dejaba caer inmundicias sobre el Santo Sepulcro. Un grupo de plañideras, vestidas de negro y con las cabelleras sueltas, se lamentaban golpeándose el pecho.

—Nos queda mucho por hacer —me dijo Francisco enjugándose las lágrimas—. La vida es corta... ¿Llegaremos a hacerlo todo? ¿Qué piensas tú?

—Sabes bien que hay algo de bueno en la vida terrestre, Francisco —le respondí—. ¿Por qué desear abandonarla?

Francisco callaba, pensativo. Me alegré de haberle hecho reflexionar. Yo gustaba realmente de la vida, esa hojuela de hierba, y no quería abandonarla.

Caía la noche. Agotados, buscábamos un rincón para dormir en las calles estrechas. Un viejecillo de barba puntiaguda, que nos seguía desde hacía un momento, nos dirigió la palabra:

—Perdonadme —dijo—, pero debéis ser extranjeros y pobres, como yo. Y como yo, no tenéis un techo bajo el cual cobijaros. ¡Venid!

—Es Dios el que te envía —dijo Francisco—. Llévanos.

Atravesamos callejas sucias donde reinaba la miseria. Había niños que se revolcaban en el arroyo, mujeres que lavaban o cocinaban en medio de la calle, hombres que jugaban en cuclillas a los dados…

El anciano caminaba con paso rápido y le seguíamos en silencio. Francisco se inclinó y me murmuró al oído:

—¿Quién es este hombre?… ¿Cristo, acaso, que se ha apiadado de nosotros?

—¿Y por qué no el diablo? —respondí—. Seamos prudentes.

Llegamos a una posada casi en ruinas, que se componía de un gran patio con un pozo en el medio y, alrededor, una serie de cuartos desmantelados, sin puertas, oscuros como cavernas. El anciano se detuvo, miró a su alrededor, nos hizo entrar en uno de los cuartos y encendió la lámpara.

—Aquí podréis dormir seguros —dijo—. Esta ciudad es peligrosa de noche, hermanos. Dios se ha apiadado de vosotros.

—¿Quién eres tú, hermano? —preguntó Francisco mirándolo con atención.

—Allí hay dos bancos y un cántaro de agua —continuó el viejecillo sin responder.

Iré a buscaros pan y aceitunas y después podremos conversar. Sois pobres y parecéis temer a Dios, como yo. Tenemos, pues, mucho que decirnos. Ya regreso… —agregó, antes de desaparecer en la oscuridad del patio.

Miré a Francisco:

—Este hombre no me gusta —le dije—. Su bondad hacia nosotros oculta alguna intención secreta.

—Tiene los ojos límpidos —me observó Francisco—. Hay que confiar en el hombre, hermano León…

El viejecillo apareció con pan, aceitunas y dos granadas.

—Hermanos —exclamó—, en mi aldea decimos: «Pocos bienes, pero mucho amor». ¡Sed, pues, bienvenidos!

Cuando hubimos comido y agradecido a Dios, previendo las preguntas de nuestro huésped, Francisco se puso a hablar:

—Somos dos pobres monjes y tenemos muchos hermanos; vivimos glorificando a Dios y mendigando. Deseamos no poseer nada y hemos venido a la Ciudad Santa para pedir al representante de Dios sobre la tierra que nos acuerde el privilegio de la Pobreza absoluta. Ahora, lo sabes todo. ¡A ti te corresponde hablar!

El anciano tosió, se cogió la barba con la mano y calló un rato. Después empezó así:

—Os habéis confiado en mí, yo me confiaré en vosotros. Dios es testigo de que diré toda la verdad. Soy provenzal. Debéis haber oído hablar de esos cristianos verdaderos llamados los cátaros[i]. Soy uno de ellos. Si vosotros amáis la Pobreza, también nosotros la amamos. Pero sobre todo, amamos la

Castidad, la Pureza, la Limpieza, y ése es el motivo por el cual nos llaman cátaros. Odiamos la Materia, el Placer, la Mujer. No nos sentamos nunca donde está sentada una mujer y nunca comemos el pan amasado por una mujer. No nos casamos ni comemos carne, ya que la carne nace de un encuentro entre macho y hembra. No bebemos vino, no derramamos sangre, no vamos a la guerra. Renegamos del mundo, porque es infame, mentiroso, perverso... ¿Es, acaso, la obra de Dios? ¡No, es la obra del Diablo! Dios creó sólo el mundo espiritual. El mundo material donde el alma naufraga es la obra del diablo... Huyamos de este mundo y, gracias al Ángel Redentor, la Muerte, liberémonos.

El anciano hablaba, una luz marcaba el contorno de su rostro y el aire vibraba alrededor de su cabeza. Con la cara oculta entre las manos, Francisco escuchaba.

—¿Qué es la Muerte? —continuó el viejecillo, entusiasmándose—. ¡Un arcángel portero! ¡La Muerte abre las puertas y entramos en la Inmortalidad!

Francisco levantó la cabeza. El rostro se le ensombreció un instante, como si el ala de la Muerte le hubiera rozado.

—Anciano —dijo—, perdóname, pero me parece que desdeñas demasiado el mundo. Es una lid, y nosotros hemos venido para luchar, para trasmutar la carne en espíritu. Cuando hayamos cumplido esa misión, sólo entonces podremos desdeñarlo y llamar a la Muerte. Pero no antes. Por ahora, debemos rogar a Dios que nos permita vivir largo tiempo para anular la carne.

—Sólo la Muerte puede aniquilarla —respondió el viejo.

—¿Cuál sería, entonces, el mérito del hombre? —dijo Francisco.

Se levantó, descolgó la lámpara y la acercó al rostro arrugado.

—¿Quién eres? —preguntó con angustia—. Tus palabras son seductoras, hablas como el diablo.

Y volviéndose hacia mi:

—¡Levántate, hermano León, partamos!

¿Adónde podíamos ir? Yo tenía sueño. No me moví.

—¿No crees que seria peligroso partir? —le dije—. Quedémonos. ¿Por qué temes? Los caminos que llevan a Dios son varios y numerosos. Déjale, pues, hablar del que ha elegido.

En el umbral, Francisco miraba la noche. El rumor de la ciudad se había calmado, las estrellas temblaban suspendidas sobre nosotros. Una lechuza se quejó dulcemente entre los escombros.

Francisco volvió a sentarse:

—Si —murmuró—, los caminos que llevan a Dios son numerosos...

Y calló. El anciano, a su vez, se levantó:

—Habéis oído mis palabras —dijo—. Aunque no lo deseéis, caminarán en vosotros, lentas pero seguras, hacia vuestro corazón. He dicho mi pensamiento, he lanzado mi semilla. ¡El resto pertenece a Dios!

Y desapareció en la noche. Solos, apagamos la lámpara sin hablar. Cuando cerraba mis ojos para dormir, la voz de Francisco se elevó, serena y triste:

—Hermano León, tengo confianza en tu corazón. Háblame.

—Aquí, en este mundo, la vida es dulce —respondí—; no escuches la voz de la Tentación. Por mi parte, querría ligar mi cuerpo a una tortuga para atravesar la vida lo más lentamente posible, porque la quiero. Perdóname, Dios mío, tu Paraíso es dulce, sin duda... pero yo he conocido el perfume del almendro en la primavera...

—¡Vade retro, Satanás!... —dijo Francisco cambiando de lugar—. Esta noche mi alma oscila entre dos tentaciones. ¡Duerme!

Yo no pedía otra cosa. Me hundí en el sueño, apenas con el tiempo de cerrar los ojos. A la mañana siguiente encontré a Francisco arrodillado, en éxtasis, en el umbral, escuchando el mundo que despertaba.

Cuando pienso en la Ciudad Santa, aún hoy, después de tantos años, siento vértigo.

Vuelvo a ver a Francisco en la antecámara del Papa, sentado en un escabel. Esperamos un día, dos días... desde la mañana hasta la noche, hambrientos, descalzos, agotados.

Obispos, cardenales ricamente vestidos y nobles damas entraban y salían.., mientras que Francisco, en su humilde banco, esperaba y murmuraba rezos.

—¡En verdad, Cristo debe ser más fácil de ver que el Papa! —dije al tercer día, en mi exasperación.

—Está muy lejos y muy alto el rostro del Papa —me respondió Francisco—. Hace tres días que llegamos. Mañana le veremos, sin duda. He tenido un sueño. ¡Paciencia, hermano León!

En efecto, al cuarto día el portero nos llamó. Francisco se persignó y vaciló un instante. Vi flaquear sus rodillas.

—Valor, hermano Francisco —le dije en voz baja—. Es Cristo quien te envía, no lo olvides. No tiembles.

—No tiemblo —murmuró franqueando el umbral resueltamente.

Una larga sala estrecha y resplandeciente de oro. En las paredes. cuadros que representaban la pasión de Cristo; a derecha e izquierda, estatuas de los doce apóstoles.

Al fondo, sobre un trono elevado, un imponente anciano, la cabeza apoyada en su mano, los ojos cerrados, la frente cavilosa.

No nos oyó, sin duda, porque permaneció inmóvil cuando entramos. Me detuve a algunos pasos de la puerta. Francisco siguió avanzando. Temblaba. Se acercó al trono se arrodilló y apoyó la frente contra el suelo. Reinaba un gran silencio. Se oía la respiración del anciano, profunda y angustiada. ¿Dormía, rezaba, o nos observaba con sus ojos semicerrados? Me pareció más bien que fingía dormir, como una fiera en acecho, y que estaba a punto de arrojarse sobre nosotros.

—Santo Padre... —dijo Francisco con voz muy baja y suplicante—, Santo Padre...

El Papa alzó lentamente la cabeza, miró hacia el suelo y le vio. Su nariz se estremeció:

—¡Qué hedor! —exclamó, agitando las cejas—. ¿Qué son esos harapos, esa miseria? ¿Quién eres?

Siempre con el rostro contra el suelo, Francisco respondió:

—Un humilde servidor de Dios nacido en Asís, Santo Padre.

—¿De qué pocilga sales? ¿Crees que ése es el olor del Paraíso? ¿No te has lavado ni vestido para mostrarte a mí? ¿Qué quieres?

Durante sus noches de insomnio, Francisco había preparado lo que diría al Papa.

Cuidadosamente elaborado en su espíritu, su discurso comprendía una introducción, un desarrollo y un fin. El Papa no debía tomarlo por un simple. Pero en presencia de la sombra de Dios, perdió la cabeza. Abrió la boca dos o tres veces, pero ningún sonido partió de ella. Sólo se oyó una especie de balido. El Papa frunció el ceño.

—¿No puedes hablar? ¡Habla, di qué quieres!

—He venido a arrojarme a tus pies, Santo Padre, y a pedirte una gracia...

—¿Qué gracia?

—Un privilegio...

—¿Un privilegio? ¿Tú? ¿Cuál?

—¡El privilegio de la perfecta Pobreza, Santo Padre!

—¡Eres bastante exigente!

—Somos varios hermanos que queremos desposar a la Pobreza. Te pedimos que bendigas nuestras bodas, Santo Padre, y nos des el derecho a predicar.

—¿De predicar qué?...

—La perfecta Pobreza, la perfecta Obediencia, el perfecto Amor.

—Esas virtudes las predicamos nosotros mismos. No necesitamos de vosotros. ¡Vamos, retírate!

Francisco se irguió bruscamente:

—Santo Padre, perdóname, pero debo quedarme —dijo con voz súbitamente firme—. Dios me ha ordenado que venga a verte y he venido. Suplico a tu Santidad que me escuches. Somos pobres, harapientos, ignorantes. En la calle, cuando pasamos, nos arrojan piedras y verduras podridas. Las gentes salen de sus casas y los artesanos de sus talleres para gritarnos... Así empieza, alabado sea el Señor, el camino que hemos elegido. ¿No ocurre lo mismo con toda gran Esperanza sobre la tierra? Creemos en la Pobreza, en la Ignorancia; tenemos fe en nuestros corazones ardientes de esperanza.

»Cuando partí para acudir a ti. Santo Padre, todo lo que quería decirte para inducirte a aprobar nuestra Regla estaba bien grabado en mi mente. Pero ahora lo he olvidado todo. Te miro, y detrás de ti veo el crucifijo; detrás

del crucifijo veo la Resurrección de Cristo, y detrás de la Resurrección de Cristo, la Resurrección del mundo. ¡Qué alegría habrá entonces, Santo Padre! ¡Cómo no confundirse! He aquí que me he confundido y no sé ya cómo empezar mi humilde discurso, cómo seguirlo y cómo terminarlo.

»Pero ¿qué importa? Todo está contenido en un suspiro, en un paso de danza, en un grito sin esperanza, o lleno de esperanza... Ah, si me lo permitieras... te diría cantando lo que tengo que pedirte.

Desde el rincón donde me encontraba escuchaba yo a Francisco temblando y miraba sus pies, que se movían con impaciencia. Esbozaba un paso a la derecha, después otro a la izquierda, como los buenos bailarines que empiezan muy suavemente, casi en secreto, antes de lanzarse en el torbellino del baile. El espíritu de Dios le trastornaba la mente, sin duda. Pronto batiría palmas y se pondría a bailar...

Como lo esperaba, Francisco levantó los brazos y exclamó:

—Santo Padre, me han dado ganas, aunque te disguste, de lanzar un gran grito y de ponerme a bailar. ¡El viento de Dios sopla a mi alrededor y me arrastra como una hoja muerta!

Me acerqué en silencio:

—Francisco. hermano mío, estás frente al Papa... ¡Debes mostrar más respeto!

—Me encuentro ante Dios —respondió en voz alta—. ¿Cómo quieres que llegue hasta Él, sino bailando y cantando? ¡Déjame!

Inclinó la cabeza, separó los brazos, adelantó un pie, después otro, dobló las rodillas, tomó impulso y saltó. Así, con los brazos abiertos, parecía un Cristo danzante.

Me arrojé a los pies del Papa.

—Santo Padre, perdónale. Está ebrio de Dios y ya no sabe dónde está. Siempre baila cuando reza.

El Papa bajó de su trono precipitadamente, reteniendo su cólera. Tomó a Francisco del hombro y gritó:

—Basta! Dios no es vino para embriagarse. Y para bailar hay tabernas...

Francisco se detuvo jadeante. Se apoyó contra la pared y mirando a su alrededor, se calmó.

—¡Vete! —ordenó el Papa, tomando la campanilla que le servia para llamar al portero.

Pero Francisco. por fin recobrado, se acercó de nuevo.

—Ten paciencia, Santo Padre. Quiero partir, pero no debo. Tengo que hablarte. Ayer. por la noche, tuve un sueño...

—¿Un sueño? Tengo grandes preocupaciones, monje, llevo el mundo sobre los hombros, no tengo tiempo de escuchar sueños.

—Me prosterno ante tu Santidad. ese sueño es acaso un mensaje del cielo. La noche es la enviada de Dios. Dígnate escucharme.

—La noche es la gran mensajera de Dios... Es cierto. ¡Habla! —dijo el Papa, sentándose en su trono con aire preocupado.

—Yo estaba sobre una roca escarpada, Santo Padre, mirando la iglesia de Letrán, que es la madre de todas las iglesias de la cristiandad. Y mientras la miraba, vi de pronto que vacilaba. Su cúspide se inclinó y sus paredes se hendieron de arriba abajo.

Entonces oí una voz que decía: «¡Ayuda. Francisco!...»

El Papa empuñó los brazos de su trono, se inclinó hacia adelante como para tomar impulso antes de precipitarse sobre Francisco. Su voz sonó ronca, jadeante:

—¿Y después? ¿Después? ¡No te detengas!

—Eso es todo, Santo Padre, no vi nada más. Desperté y mi sueño acabó.

De un salto el Papa bajó de su trono. Se inclinó y asió a Francisco por la nuca.

—No ocultes tu cara, quiero verla —ordeno.

—Tengo vergüenza. Santo Padre, no soy más que un gusano de tierra...

—Quítate la capucha y levanta la cabeza —volvió a ordenar el Papa.

Un rayo de sol entró por la ventana y se posó sobre el rostro de Francisco, iluminando sus mejillas marchitas, su boca amarga y sus grandes ojos henchidos de lágrimas.

El Papa lanzó un grito:

—¿Conque eres tú? ¡No! ¡No puedo admitirlo! ¿Cuándo has tenido ese sueño?

—Hoy, al alba...

—También yo —rugió el Papa—, también yo he tenido ese sueño, al alba...

Se dirigió hacia la ventana y la abrió, porque se ahogaba. El rumor de la ciudad entró en la sala. Cerró la ventana. Después se dirigió a Francisco:

—¿Has visto alguna vez a Dios? —le gritó furioso y desdeñoso.

—Perdóname, Santo Padre. Sí, lo he visto ayer, por la mañana.

—¿Te ha hablado?

—Hemos estado juntos toda la noche, pero no hemos hablado. De cuando en cuando, yo decía apenas: «¡Padre!», y Él me respondía: «¡Hijo mio!» Eso ha sido todo...

Inclinado sobre Francisco, el Papa escrutaba su rostro con inquietud.

—Los deseos del Altísimo son insondables... —dijo—. ¡Insondables! Hoy, al alba, después de dejarte, monje, tu sueño ha venido hasta mi... También yo he visto vacilar a la Iglesia. Pero también he visto otra cosa. Un monje harapiento, de fea cara...

Su respiración se hizo dificultosa y tuvo que callar.

—¡No! —rugió poco después—. ¡Es una vergüenza! ¡Conque el Papa ya no basta! Pero ¿no soy el guardián de las llaves del cielo y de la tierra? Señor, ¿por qué eres tan injusto conmigo? ¿No expulsé a los cátaros hasta reimplantar la fe en Provenza? ¿No exterminé la ciudad de Constantino, ese avispero maldito? ¿No transporté hasta tu corte sus fabulosas riquezas: oro, dalmáticas, iconos, manuscritos, esclavos?... ¿No clavé la cruz sobre todas

las fortalezas de Italia? ¿No hago lo posible para que la cristiandad se levante y libere el Santo Sepulcro? Entonces, ¿por qué no me has llamado a mí en vez de enviar a un monje andrajoso y repulsivo para sostener las paredes agrietadas de la Iglesia?

Por segunda vez el Papa asió a Francisco por la nuca, lo arrastró hasta la ventana, a la luz, le volvió la cabeza y dijo, inclinándose sobre él, anheloso:

—¿Serás tú, acaso? ¡El monje de mi sueño tiene tu cara! ¿Eres tú el que salvará a la Iglesia? ¡No puedo admitirlo, Señor! ¡Soy Tu sombra sobre la tierra, no me hagas esta afrenta!

Sacudió brutalmente la cabeza de Francisco y señalando la puerta ordenó:

—¡Vete!

—Santo Padre —dijo Francisco—, una voz me ordena permanecer.

—¿Es la voz de Satanás, rebelde?

—Es la voz de Cristo, Santo Padre, la reconozco. Me ordena: ¡No partas! Abre tu corazón a mi representante sobre la tierra. Su misericordia es infinita, tendrá piedad de ti.

El Papa bajó los ojos y, lentamente, fue a sentarse en su trono. Sobre su cabeza, pintados en el alto dosel, brillaban dos llaves inmensas, una de oro y otra de plata.

—Habla —dijo con voz más suave—, todavía no puedo juzgar. ¿Qué quieres? Te escucho.

—No sé qué decir, Santo Padre. No sé por dónde empezar y cómo abrirte mi corazón. Soy el juglar de Dios, salto, bailo y canto para llevar la sonrisa a los labios del Señor, siquiera por un instante. No sé nada más, no soy capaz de otra cosa. Dame permiso, Santo Padre, para bailar y cantar en las ciudades y las aldeas. Dame el derecho de vestir harapos y andar descalzo y de no tener qué comer.

—¿Por qué es tan intenso tu deseo de predicar?

—Siento que hemos llegado al borde del abismo. Dame el permiso de gritar: «¡Caemos en el abismo!» No te pido otra cosa.

—¿Crees que podrás salvar a la Iglesia con ese grito, monje?

—¡Gran Dios! ¿Quién soy yo para salvar a la Iglesia? ¿No están el papa, los cardenales, los obispos? ¿No está Cristo para protegerla? Yo, bien lo sabes, sólo pido una cosa: Gritar «¡Caemos en el abismo!»

Francisco sacó de su hábito el manuscrito de la Regla que me había dictado antes de partir hacia Roma. Se arrastró hasta el pie del trono:

—Santo Padre, éste es el manuscrito de la Regla que nos gobernará a mis hermanos y a mi. Lo dejo al pie de tu trono. Dígnate poner en él tu venerable sello.

El Papa clavó su mirada sobre Francisco.

—Francisco que vienes de Asís —dijo lentamente, gravemente, como exorcizando—, distingo llamas alrededor de tu rostro. ¿Vienen del Infierno o del Paraíso? No tengo fe en los iluminados que piden lo imposible: el Amor

perfecto, la Castidad perfecta, la Pobreza perfecta. ¿Por qué tratas de superar al hombre? ¿Cómo te atreves a pretender llegar adonde sólo Cristo puede estar, en absoluta soledad? ¡Es una gran insolencia! Desconfía, Francisco de Asís, porque la presunción es el verdadero rostro de Satanás. ¿Quién puede afirmar que no es él quien te impulsa a superar a los demás y a predicar lo imposible?

Francisco bajó la cabeza humildemente.

—Santo Padre, dame permiso de hablar con parábolas.

—Esa también es insolencia! —rugió el Papa—. Así es como hablaba Cristo.

—Perdóname. Santo Padre, no puedo hacer otra cosa. A pesar de mí mismo, mi pensamiento, y no solo mi pensamiento, sino la esperanza más alta, la más profunda desesperanza, se convierten en cuento de hadas cuando permanecen largo tiempo en mí. Si abres mi corazón, Santo Padre, no encontrarás en él sino bailes y cuentos de hadas. Nada más.

Francisco cruzó los brazos y calló. El Papa le miraba en silencio. Después, como el Papa callaba, Francisco levantó la cabeza:

—¿Puedo hablarte, Santo Padre?

—Te escucho.

—Cuando en el corazón del invierno el almendro se cubrió de flores, todos los demás árboles se pusieron a gritar: «¡Qué fatuidad, qué presunción! ¡Quizá se imagina que podrá adelantar la primavera!». Y el almendro se avergonzó. «Perdonadme, hermanos», dijo, «os juro que no lo he querido. De pronto he sentido como una cálida brisa de primavera en mi corazón y...»

Esta vez el Papa ya no pudo retenerse. Saltó y gritó:

—¡Basta ya! Tu orgullo y tu humildad no tienen limites. Dios y Satanás luchan por ti, y tú lo sabes...

—Lo sé, Santo Padre, y por eso he venido a pedirte que me salves. ¡Tiéndeme la mano! ¿No estás al frente de la cristiandad? ¿No soy un alma en peligro? ¡Ayúdame!

—Debo hablar a Dios antes de tomar una decisión. ¡Vete!

Francisco se prosternó. Después salió sin volver la espalda al Papa, y yo le seguí.

Caminábamos como borrachos, con paso inseguro. Las calles ondulaban, las casas Oscilaban, los campanarios inclinaban la cabeza, el aire se llenaba de alas blancas.

Avanzábamos los brazos tendidos, como nadadores que se abren paso en el mar. A veces nos parecía oír que alguien gritaba nuestro nombre; entonces nos volvíamos, pero no había nadie. Ante nosotros pasaban damas, cubiertas de velos como fragatas empujadas por un fogoso aquilón. Detrás de nosotros, gruñía un océano humano. Enormes racimos de uva negra colgaban de las ventanas. La vieja iglesia de Letrán era una vid milenaria cuyos sarmientos enlazaban las puertas, las ventanas, los balcones, envolvían la ciudad entera y se perdían en el cielo, pesados de frutos.

Llegamos al río, bajamos hasta la orilla y nos bañamos la cara para refrescarnos. Nuestro espíritu se serenó, al mismo tiempo que el mundo y los racimos se desvanecieron. Francisco me miró con sorpresa, como viéndome por primera vez.

—¿Quién eres? —me preguntó, inquieto.

Pero la luz volvió a él en seguida y se arrojó a mis brazos.

—Perdóname, hermano León, lo veo todo por primera vez. ¿Qué rumor es ése? ¿Es el rumor de la ciudad de Roma? ¿Dónde están, pues, los apóstoles? ¿Dónde está Cristo? ¡Vayámonos de aquí! ¿Lo has oído? —agregó, mirando a su alrededor y bajando la voz—. ¡Con qué seguridad, con qué serenidad hablaba! El que le sigue no correrá el riesgo de perderse, pero nunca podrá librarse del barro humano. Y nuestro fin, hermano León, ¿no es librarnos de él?

—Pero ¿podemos lograrlo? —me atreví a preguntar, lamentándolo en el instante mismo.

—¿Qué dices? —preguntó Francisco.

—Nada... No soy yo quien ha hablado. Es el diablo que ha hablado por mi boca.

Francisco sonrió con amargura.

—¿Cuándo dejará de hablar por tu boca el diablo?

—Sólo cuando muera, porque morirá conmigo.

—Ten fe en el alma humana, hermano León, y sobre todo no escuches a los prudentes, porque el alma humana puede lo imposible.

Caminaba de prisa al borde del agua, y sus pies se hundían en el fango del río.

De pronto se detuvo y me esperó.

—Aguza tus oídos —me dijo poniendo una pesada mano sobre mi hombro—, graba en tu mente lo que he de decirte: el cuerpo del hombre es el arco, Dios es el arquero y el alma es la flecha. ¿Has comprendido?

—He comprendido sin comprender, hermano Francisco. ¿Qué quieres decir? Reduce tu pensamiento a la medida de mi mente.

—Esto es lo que quiero decirte, hermano León: hay tres clases de plegarias. La primera: Dios mío, tiéndeme, si no me pudriré. La segunda: Dios mío, no me tiendas demasiado, porque me romperé. La tercera: Dios mío, tiéndeme cuanto puedas, aunque me rompa. Y ésta es nuestra plegaria, hermano León: Tiéndeme cuanto puedas, aunque me rompa. Hay tres clases de plegarias, y hay otras tantas de hombres. No olvides nunca esto y no tiembles. Te lo he dicho ya muchas veces y te lo repetiré: siempre tienes tiempo de partir, de liberarte; aún puedes huir del peligro de romperte.

Me incliné, tomé la mano de Francisco y la besé:

—¡Tiéndeme cuanto puedas, hermano Francisco, aunque me rompa!

Caminamos largo rato sin hablar; ponía los pies sobre las huellas de Francisco y me sentía dichoso. Me sentía dichoso, en efecto, y sin embargo temblaba, porque me encontraba indigno de seguir a ese hombre peligroso que suplicaba a Dios que lo tendiera al máximo, hasta romperlo. Lo

imitaba... ¿podía conducirme de otro modo? Pero mientras Francisco se ofrecía al Señor en la alegría, yo no podía sino temblar. Me decía que partiera, pero no podía hacerlo, porque era dulce el pan de los ángeles que me alimentaba. Recuerdo una noche en que los hermanos se quejaban a causa del hambre. «Tenéis hambre», había dicho Francisco, «porque no veis el pan de los ángeles ante vosotros. Sin embargo, si pudierais verlo, cortaríais un trozo y os saciaríais por la eternidad».

De pronto, detrás de nosotros, se oyó una voz:

—Hermano Francisco, hermano Francisco!

Un monje corría hacia nosotros, sin aliento.

—Padre Silvestre! —exclamó Francisco para tenderle los brazos—. ¿Qué haces aquí? ¿Por que has abandonado a nuestras ovejas?

Jadeante, el viejo sacerdote se echó a llorar y habló al mismo tiempo:

—Traigo malas noticias, hermano Francisco... Mientras tú estabas junto a nosotros, el Demonio acechaba nuestro redil, pero no se atrevía a saltar el cerco, porque olía tu aliento y temblaba de miedo. Pero ahora que nos has dejado...

—¿Ha entrado?

—Sí, ha entrado, hermano Francisco... Y todas las noches, después de inclinarse al oído de Sabattino, de Ángel, de Rufino, se arrojaba sobre los demás hermanos, aprovechando que sus almas estaban sin guardián, durante el sueño, para hablarles de camas muelles, de buena carne y de mujeres... Por la mañana, los hermanos despertaban de humor maligno y provocaban a sus camaradas sin ningún motivo, lo cual ocasionaba riñas. A veces se iban a las manos. Yo intervenía: «Permaneced unidos, hermanos, no riñáis. ¿Qué dirá Francisco? Está entre nosotros, lo sabéis, nos ve y nos oye». Hablaba en vano, porque no me escuchaban. «Tenemos hambre», gritaba Sabattino. «Osos en ayunas no pueden bailar. Díselo a Francisco, queremos comer, tenemos hambre». El Demonio les había hundido las garras en el vientre y los arrastraba al Infierno.

—¿También a Bernardo y a Pedro? —preguntó Francisco, angustiado.

—Ellos siguen rezando, solos, uno junto a otro...

—¿Y Elías?

—Ese cambiará tu Regla, hermano Francisco. La encuentra severa e inhumana. Dice que la pobreza es demasiado pesada de soportar, y dice además que no está en la naturaleza del hombre llegar al Amor perfecto ni a la Castidad perfecta. Va y viene, había conversa consigo mismo en voz baja. Por la noche dicta la nueva Regla a su secretario, el hermano Antonio. Quiere construir iglesias, monasterios, universidades. Proyecta enviar misioneros hasta el otro extremo del mundo. Quiere convertir a la tierra entera. «Todos los hombres», dice «deberán presentarse ante Dios cubiertos con la capucha».

Francisco suspiró:

—¿Qué más tienes que contarme, hermano Silvestre? No me ocultes nada, habla.

Capella también se ha rebelado a su manera. Encuentra tu Regla demasiado suave, y quiere venir a Roma para pedir al Papa permiso para fundar una nueva orden. Quiere que sólo comamos carne una vez al año, durante la Pascua, y que el alimento ordinario se componga de cantos y de agua, con un poco de sal los domingos. Prohíbe que hablemos, salvo a Dios, porque la conversación es un lujo. Ha arrojado su sombrero y lo ha pisoteado con rabia, gritando: «No. Ni sombrero ni capucha, debemos andar sin sombrero, en invierno y verano».

—Sigue, sigue —dijo Francisco—. ¡Golpea! Estas heridas son las más dolorosas.

—Llegan sin cesar nuevos hermanos. La mayoría son instruidos e inteligentes. Leen, escriben en espesos pergaminos, dicen discursos en la iglesia... llevan túnicas agujereadas y sandalias de piel. Se burlan de nosotros... Tus antiguos hermanos no pueden defenderse. Son débiles, hermano Francisco. Y además, nos haces falta tú. Solos no podemos resistir. Poco a poco. la hermandad se dispersa. Dos de los hermanos más jóvenes han pasado una noche fuera. Al día siguiente, cuando les pregunté de dónde venían tan fatigados, no quisieron responder. Pero se desprendía de ellos un olor extraño, tan áspero que el hermano Bernardo se desvaneció.

Francisco se apoyó sobre mi para no caer.

—Me armé de paciencia —siguió el padre Silvestre—. Pensaba: «El hermano Francisco no tardará en volver... El sabrá expulsar al Demonio y reimponer el orden en nuestra comunidad». Pero entonces ocurrió algo terrible. Era la noche del viernes santo. Estábamos todos reunidos. No habíamos encontrado nada para comer, ya que los cristianos parecían hartos de darnos limosnas. Hablaba a los hermanos de los sufrimientos de Cristo, agradeciendo a Dios que nos permitiera pasar ese día en el ayuno perfecto y la contemplación. «Un vientre lleno entorpece la plegaria», les decía; «transforma en plomo el rezo y no puede subir al cielo. Y además el diablo se regocija cuando ve que el hombre tiene miedo del hambre». Y de pronto, mientras hablaba, un gran chivo negro, de cuernos retorcidos, apareció en el umbral. Sus ojos verdes brillaban en la sombra y brotaban llamas de su barba puntiaguda. En seguida, cinco o seis hermanos lanzan un grito alegre y saltan hacia la puerta. Uno de ellos saca un gran puñal, otros desatan sus cintos de cuerda y se precipitan hacia el chivo para atraparlo. El animal baila unos segundos, erguido sobre las patas traseras, y de un brinco desaparece en el bosque. Los hermanos se precipitan para seguirlo. Corro tras ellos, gritando: «¡Esperad, hermanos, os engañáis, no es un chivo, es el Tentador! ¡Cometéis un gran pecado!». Pero no me escuchan y siguen su carrera, como si el hambre los hubiera enloquecido. Pronto el hermano que llevaba el puñal atrapa al chivo y le asesta una puñalada pero sólo apuñala el vacío. El animal huye siempre, volviendo la cabeza de cuando en cuando, mirándoles con ojos resplandecientes en la oscuridad. «¡Es el Tentador!», les grité. «¿No veis las llamas? Por Cristo, os conjuro, esperad...»

»Algunos hermanos, atemorizados, se detienen. De pronto, el chivo se detiene también, como temiendo que los hermanos vuelvan sobre sus pasos. El hermano del puñal se precipita sobre él, lucha un largo rato y hunde al

fin su arma en el vientre del animal, que se desploma con un balido alegre. Los demás hermanos acuden, y al poco rato, el chivo despedazado desaparece en sus bocas en trozos sanguinolentos... Después se ponen a bailar alrededor de la cabeza cortada, como borrachos, mientras de sus labios mana sangre y fuego. Un pesado olor a azufre se expande en el aire. Yo me golpeaba el pecho llorando.

»Y de pronto, oh Señor todopoderoso, veo que la cabeza de chivo se mueve, se eleva en el espacio... el cuerpo va a unirse a la garganta cortada... Las cuatro patas se afirman en el suelo, se oye un balido alerta y burlón... y el chivo, vivo como nunca, da un brinco y se pierde en la noche. Despreocupados, los hermanos seguían comiendo y bailando. El demonio los había poseído y no habían visto nada. No quise volver a la Porciúncula, quise venir directamente aquí, hermano Francisco, para arrojarme a tus pies y gritarte: ¡nuestra hermandad está en peligro, regresa!

—Es dura la tarea del pastor, muy dura —murmuró Francisco mirando el agua del río, que corría tranquilamente hacia el mar—. Mía es la culpa. Nuevas preocupaciones han venido a asaltarme durante esta peregrinación, mi alma se distrajo un instante, dejó de inclinarse sobre ellos, se quedaron solos... ¡Mía es la culpa! Acudiré, hermano Silvestre. Reúnelos, haz que tengan paciencia, ya iré... ¡Hasta pronto!

El padre Silvestre se inclinó y besó la mano de Francisco.

—Hasta pronto —dijo, y se dirigió hacia el norte.

Francisco se volvió hacia mi:

Mía es la culpa —repitió suspirando—. Yo soy quien deseó una mujer, buen alimento y una cama muelle. Yo soy quien comió la carne de chivo. Yo, yo.

Le tomé por la cintura y lo arrastré más lejos. Nos dejamos caer bajo un olmo, al borde del agua. Francisco cerró los ojos, agotado. No dejaba de pensar en los hermanos, porque suspiraba a cada instante. Al fin abrió los ojos:

—Los sueños —dijo—son pájaros nocturnos de Dios. Nos traen mensajes. Así, antes de partir hacia la Ciudad Eterna, tuve este sueño: una gallina negra, flaca, tenía alas tan cortas que a pesar de sus esfuerzos no podía proteger a toda su pollada. Llovía y varios pollitos se mojaban. Debía comprender ese mensaje —suspiró Francisco—, y no partir...

Mientras hablaba, un extraño monje de hábito blanco se detuvo ante nosotros. Llevaba un cinto de cuero, groseras sandalias de cuero de cerdo y una capucha negra cubría su cabeza rasurada. Su rostro era rudo, hosco, y sus ojos, dos carbones encendidos.

Al ver a Francisco se detuvo, sorprendido, al principio confuso, después alegre, y por fin le abrió los brazos.

—Hermano mío, ¿quién eres?

—¿Por qué me miras con tanta insistencia? —preguntó Francisco—. ¿Me conoces de alguna parte?

—Sí, te he visto anoche en mi sueño. Cristo se me apareció, irritado, con la mano alzada, dispuesto a aplastar al mundo. De pronto la Virgen

gritó: «¡Hijo mio, piedad! Estos son dos de tus servidores fieles, ten paciencia, hombres como éstos salvarán al mundo». Uno de ellos era yo mismo, indigno de mi y el otro... el otro creo que eras tú, hermano mío. Tu rostro, tu presencia, el hábito que llevas, tu capucha, son los que vi en sueños. ¿Quién eres, dime? Dios nos ha reunido.

—Me llamo Francisco de Asís. Me llaman también el pobrecillo de Dios, el juglar de Dios —respondió Francisco haciendo lugar al desconocido a su lado—. ¿Y tú, quién eres?

—Soy español y vengo del otro extremo del mundo, para pedir al Papa permiso de fundar una orden destinada a combatir a los herejes y los infieles. Me llamo Domingo.

—También yo he venido a pedir al Papa el permiso de fundar una orden y predicar.

—¿Y qué quieres predicar, hermano Francisco?

—La Pobreza perfecta y el Amor perfecto.

—¿Y los herejes, los pecadores. los impíos? ¿No los harás perecer en la hoguera, en la plaza de cada aldea?

Francisco se estremeció:

—No. No es matando a los pecadores como he de suprimir el pecado. No quiero declarar la guerra a los malvados ni a los infieles. Solo quiero predicar el Amor, nada más que el Amor. Quiero predicar la concordia y fraternizar con todos los hombres. Es el camino que he elegido; no te disgustes. hermano Domingo.

—La naturaleza del hombre es malvada —exclamó el hermano blanco con cólera—. Malvada, astuta, demoníaca... La dulzura de nada sirve. Hay que emplear la violencia, y si el cuerpo es un obstáculo para la liberación del alma, suprimámoslo. Yo, en España, encenderé hogueras y las almas subirán al Paraíso, abandonando en la tierra las cenizas de los cuerpos que las retenían prisioneras. Ceniza y nada... Ceniza y nada. ¡La guerra!

—¡El Amor!

—¡La violencia!

—¡La misericordia!

—La vida no es un paseo donde vamos de dos en dos susurrando canciones de amor, hermano Francisco. ¡La vida es fatiga, lucha, violencia! Levántate con el sol y si quieres beber. cava un pozo; si quieres suprimir el mal, ataca a los malvados. Si quieres entrar en el Paraíso, toma un hacha el día de tu muerte, porque el Paraíso no tiene llave ni portero, y hay que derribar la puerta que le da acceso. No me mires con ese aire aterrorizado, pobre monje. ¿Acaso no está escrito en los Profetas: «El Reino de los Cielos pertenece a los violentos»?

Francisco suspiró.

—Ignoraba —dijo—que la violencia fuera también cosa de Dios. Has enriquecido mi espíritu, pero mi corazón se rebela y grita: Amor, Amor. Sin embargo, hermano mío, quién sabe... acaso nos encontremos un día en ese áspero camino que lleva al Cielo.

—¡Dios lo quiera! Sólo temo que seas una oveja perdida entre los lobos. Te devorarán antes de que llegues a la cima de la montaña. Te diré abiertamente mi pensamiento, no me lo reproches: tú conoces el amor, pero eso no basta. Debes aprender el odio, porque también el odio está al servicio de Dios, y en la época en que vivimos el mundo ha caído tan bajo que el odio es más eficaz que el amor.

—Sólo odio al diablo, hermano Domingo —dijo Francisco.

Pero se sobresaltó, asustado por las duras palabras que acababa de pronunciar.

—No, ni siquiera odio al diablo. A menudo imploro a Dios que perdone a nuestro hermano extraviado.

—¿A quién?

—¡Al diablo!

El hermano Domingo se echó a reír:

—Corderillo de Dios, si pudiera elegir, me convertiría en el león de Dios. Un cordero y un león no armonizan... Te dejo, pues. ¡Adiós!

Se levantó para marcharse.

—Adiós, hermano Domingo. Pero antes de irte, sabe que los corderos y los leones, el amor y el odio, la luz y las tinieblas, como el bien y el mal, marchan juntos en el camino del cielo. Sólo que lo ignoran. El odio lo ignora, desde luego; pero el amor lo sabe, y ya que has de partir, hermano, te revelaré el secreto maravilloso: un día todos se encontrarán en la cumbre donde Dios está sentado con los brazos abiertos. ¡Quiera su Gracia que también nosotros nos encontremos y que no me devores!

Y Francisco, a su vez, se echó a reír agitando la mano para saludar al fogoso monje.

Miramos el hábito blanco de Domingo que se hinchaba de viento y desaparecía en el recodo del arroyo. Entonces Francisco se volvió hacia mi y se abrió en su rostro una sonrisa ancha hasta las orejas.

—El hermano Domingo quiere comernos —dijo—. No sabe que el día del Juicio ha llegado y en él cordero y león son un ser único.

Inclinado sobre el pergamino en que escribo, la pluma en mi vieja oreja, descanso un instante, con los ojos cerrados, y vuelvo a ver los días y las noches pasadas en la Ciudad Santa. Recuerdo las iglesias. los obispos que celebraban la misa, los cantos de los niños que subían hacia Dios y el sol ardiente, clavado en el cielo. Recuerdo la violenta tempestad que, un día, refrescó la tierra reseca y también nuestros corazones. Francisco y yo nos habíamos refugiado bajo el pórtico de la iglesia de los Apóstoles. Francisco miraba caer la lluvia, con los ojos muy abiertos, las ventanas de su nariz estremecidas por el olor de la tierra mojada: lágrimas de felicidad corrían tranquilamente por sus mejillas.

—El cielo y la tierra se unen, hermano —me dijo—. El alma humana se une a Dios. ¿No sientes que las palabras del Evangelio se hinchan como semillas y germinan en la tierra de tus entrañas? Siento que las mías se cubren de nuevos brotes... y mi espíritu se llena de amapolas...

Y cuando, después de tantos días de angustia, nos fue devuelto el texto de la Regla del cual pendían, sobre una cinta de seda, el sello del Papa adornado con las llaves del Infierno y el Paraíso, recuerdo que nos pusimos a bailar como locos en la plaza que está frente a la catedral de Letrán. Francisco se ponía los dedos en la boca, como un pastor, y silbaba para reunir los rebaños invisibles.

¡Qué alegría la nuestra! ¡Esa facultad que el corazón humano posee de crear a partir de nada es admirable! «Cristo tenía razón cuando dijo que el Reino de los Cielos está en nosotros», decía yo a Francisco. «El hambre no existe, ni la sed ni el dolor; sólo existe el corazón humano y él es el que crea, de nada, el hambre, el agua y la alegría. El es el que crea el Paraíso.»

Mientras bailábamos, una dama noble y joven se acercó a nosotros.

—¿Qué ha ocurrido, monjes? —dijo riendo—. ¿Quién os ha hecho beber tanto?

—Dios, Dios, el de los toneles innumerables —respondió Francisco batiendo palmas—¡Ven a beber también tú!

—¿De dónde venís?

—De ninguna parte, noble dama.

—¿Adónde vais?

—A Dios. Entre la nada de donde venimos y Dios, bailamos y lloramos.

La joven dama dejó de reír. Se ocultó con la mano derecha el pecho casi desnudo y suspiró:

—¿Para esto hemos venido al mundo?

—Para esto, noble dama. Para bailar, llorar y subir hasta Dios.

—Me llamo Joaquina, soy la mujer del noble Graciano Frangipani. He sido demasiado feliz en la vida y me avergüenzo de ello... He tenido demasiada suerte y tengo miedo... Pero no puedo hablaros aquí, delante de todo el mundo. ¿Queréis venir a mi casa?

Se adelantó y la seguimos.

¡Quién habría podido decimos que esa dama encantadora seria después la hermana Joaquina, la más querida y fiel compañera de Francisco! ¡Quién habría podido decirnos que un exceso de felicidad puede llevar a un alma honesta a la contrición y a las lágrimas!

—Me avergüenzo —dijo Joaquina cuando entramos en su morada—, me avergüenzo de poseer tanto mientras que innumerables mujeres no tienen nada. ¡Qué injusticia! Rogad a Dios que me envíe una gran prueba. Si fuera libre, partiría descalza por la calle e iría a mendigar de puerta en puerta. Pero tengo marido e hijos...

Francisco la miraba con admiración...

—Tu alma es valiente, noble dama, y tu espíritu viril. Permíteme llamarte hermano Joaquina y no hermana Joaquina. ¡Paciencia! Llegará el día en que, liberada, podrás quitarte los zapatos y mendigar de puerta en puerta. Dios es grande, comprende a las mujeres y se apiadará de ti. ¡Hasta el próximo encuentro!

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Dentro de mi, hermana Joaquina, una voz murmura: ¡en la hora terrible de mi muerte!

Levantó la mano y la bendijo.

—¿Por qué hablas de la muerte? —le dije en cuanto salimos—. Todavía no hemos terminado nuestra tarea sobre la tierra.

Francisco sacudió la cabeza.

—Cuando bailamos en la plaza, en el momento en que nuestra alegría llegaba a su punto culminante, el ángel negro se me apareció: «Paciencia», le dije. «Espera un poco todavía, hermano de las tinieblas.» Entonces se echó a reír y se inmovilizó en el espacio... Sábelo, pues, hermano León: moriré a mi hora. Ni antes ni después.

Tomamos la dirección del norte, sacudiendo de nuestros pies el polvo de Roma y apresurándonos como caballos hacia la caballeriza. De cuando en cuando nos deteníamos para beber en una fuente. Después descansábamos sobre una piedra, mudos, la mirada vuelta hacia Asís. Cuanto más nos acercábamos, más callaba Francisco y más se ensombrecía su rostro, que sólo se iluminaba ante un niño encontrado en el camino, al ver una flor de los campos o un pájaro que cantaba en una rama.

—Mientras haya flores, niños y pájaros en la tierra —me dijo un día—, nada temas, todo irá bien.

Caminábamos siempre. Cubiertos de heridas, nuestros pies sangraban y ya no tenían fuerza para sostener nuestro cuerpo. Y teníamos hambre, y las noches eran frías...

Ah, un plato de cordero asado —pensaba yo, lamiéndome los labios—, *una bota de vino y una cama blanda. Con qué fuerza glorificaría a Dios si los tuviera*. Sacudía la cabeza para arrojar la tentación, pero era en vano. El plato de cordero, la bota de vino y la cama volvían a mi mente para seducirme.

Francisco adivinó qué pensamientos me turbaban. Puso tiernamente la mano sobre mi espalda.

—Querido hermano León, no sé por qué acabo de recordar a un gran ermitaño que un día me hizo un relato inolvidable. ¿Quieres oírlo?

—Te escucho, hermano Francisco —dije bajando los ojos, por temor de que viera en ellos el plato de cordero, la bota de vino y la cama.

—Un día, un paseante que había oído suspirar al famoso ermitaño, le preguntó: «¿Qué deseas, Santo de Dios, para suspirar así?» «Un vaso de agua fresca, hijo mio», respondió el asceta. «Es fácil, sólo tienes que dejar fuera tu cántaro toda la noche y tendrás agua fresca». «Ya he tratado una vez, hijo mio, pero esa noche tuve un sueño: me encontraba ante las puertas del Paraíso. Llamo: ¿Quién es?, dice una voz desde el interior. Soy yo. Pahomios de Tebaida. ¡Vete!, grita la voz. El Paraíso no es para los que dejan fuera durante la noche su cántaro para poder beber agua fresca».

Caí a los pies de Francisco.

—Perdóname, hermano Francisco, todavía no he logrado vencer la carne. Siento hambre, fatiga, frío. Te sigo por todas partes. pero a veces mi espíritu se revuelve y toma otro camino. Estoy en los umbrales del Paraíso, pero sus puertas siguen cerradas.

—No pierdas la confianza, hijo mío —respondió acariciándome la cabeza—. Cálmate, y si el diablo te ha asido, nada temas, las puertas se abrirán y los dos entraréis en el Paraíso.

—¿El diablo entrará también? ¿Cómo lo sabes, hermano Francisco?

—Mi corazón se abre a todos y a todos da buena acogida, hermano León. Pienso que el Paraíso se le parece.

Llegamos a una aldea encaramada en la cima de una roca puntiaguda. Pobres casas comidas por la lluvia, el sol y los años se amontonaban en su base. En lo alto, flanqueada de torres guarnecidas de banderolas, se erguía la fortaleza en que vivía el señor con sus halcones. Francisco se compadeció de mi:

—Descansaremos aquí tres días —dijo—. Veo un convento entre los olivos. Dios te ha oído, hermano León.

Entramos en la aldea. Los trabajadores habían terminado su labor, el sol estaba a punto de ponerse. Nos sentamos en el jardín de una iglesia ruinosa que rodeaba una cortina de cipreses. Flores rojas, en el cerco, embalsamaban el aire. En el centro, un plátano cubierto de hojas jóvenes, y al pie del árbol, una fuente que manaba. Francisco miraba a su alrededor y respiraba a pleno pulmón.

—Así debe ser el Paraíso, hermano León —dijo—. No hay que pedir más. Es bastante para el alma humana, y aun demasiado.

Un piar de pájaros le hizo levantar la cabeza. Eran gorriones que volaban hacia el plátano donde estaban sus nidos; algunos se posaron en las ramas del árbol, otros se dispersaron en el patio y se pusieron a piar alegremente.

Francisco se acercó suavemente a la fuente donde se habían reunido algunos pájaros y tendió la mano para desearles la bienvenida.

—Silencio, hermano León, no te muevas —dijo—, podrías asustarlos. No tengo semillas para darles, pero los alimentaré con la palabra de Dios para que también ellos entren en el Paraíso.

Se volvió hacia los pájaros, se inclinó, con los brazos muy abiertos, y empezó a predicar:

—Mis queridos hermanos pájaros, Dios, padre de los pájaros y de los hombres, os quiere mucho, y vosotros lo sabéis. Para agradecérselo levantáis al cielo la cabeza a cada sorbo de agua, cuando bebéis. Cuando el sol va a golpearos en el pecho, por la mañana, saltáis de rama en rama para alabar a Dios, llena la garganta de canciones. Dios envía el sol, los árboles verdes y la alegría. Después voláis muy alto, hacia el cielo, para acercaros a Él y para que os oiga. Cuando empolláis los huevos que llenan vuestros nidos, Dios se transforma en pájaro macho para aliviar vuestra fatiga, pequeñas hembras...

Algunas palomas que pasaban en ese momento oyeron la dulce voz de Francisco, bajaron y se reunieron a sus pies. Una de ellas fue a posarse en su espalda, arrullando.

Francisco se inclinaba cada vez más, agitaba las mangas de su hábito como alas y su voz cantaba, se convertía casi en un gorjeo. Parecía que procuraba transformarse en pájaro.

—Mis hermanos gorriones, mis hermanas palomas, pensad en los dones que os ha concedido Dios. Os ha dado alas para surcar el aire, os ha dado plumas para manteneros cálidos en invierno y ha sembrado toda clase de alimentos sobre la tierra y los árboles para que no tengáis hambre. Y además, ha llenado vuestra garganta de canciones...

Llegaron golondrinas y se alinearon sobre el cerco o en el techado de la iglesia. Con las alas plegadas, tendían el cuello y escuchaban. Francisco las saludó:

—Buenos días, hermanas golondrinas, que cada año nos traéis la primavera en vuestras alas afiladas. Hace frío, llueve, el sol carece aún de fuerza, pero sentís vuestro corazón lleno de calor y de verano. Os posáis sobre los tejados de las casas cubiertas de nieve, o volando de una rama a otra, aguijoneáis al invierno con vuestros picos agudos hasta que huye. Y cuando llegue el Juicio Final seréis vosotras las que precederéis a todo el mundo de los seres alados, aun a los ángeles de las trompetas, para anunciar la Resurrección. Entonces los muertos os oirán y saltarán entre las matas de manzanilla para saludar a la eterna primavera.

Las golondrinas batían alegremente las alas, las palomas arrullaban, los gorriones se acercaron y se pusieron a picotear tiernamente el hábito de Francisco. Y él, alzando la mano sobre sus cabezas, hizo la señal de la cruz, y los bendijo a todos. Después hizo un profundo saludo general a su alrededor.

—La noche cae, hermanos pájaros. Está oscuro, idos a dormir. Y si Dios os ha concedido la gracia de soñar, que podáis ver a Nuestra Señora de los Pájaros volar sobre vuestros nidos, durante vuestro sueño, como una inmensa golondrina.

Un caballero que pasaba, viendo a Francisco que dirigía ese discurso a los pájaros se detuvo y se echó a reír a carcajadas. Era un hombre de edad mediana, noble de porte pero de elegancia llamativa, con una gran nariz aguileña y labios sensuales. Llevaba una corona de laurel en la cabeza, y una cadena de oro de la cual pendía un monito de trapo, a guisa de amuleto, le ceñía la cintura. De los hombros colgaba un laúd.

Un grupo de jóvenes y muchachas, coronados de hiedra, le seguía. Se detuvieron y ellos también se echaron a reír. El rostro del caballero resplandecía; los últimos rayos del sol, que caían sobre su cabeza, inflamaban su pelo rubio. Me incliné sobre el cerco e hice señas a un muchacho que allí se hallaba.

—¿Quién es ese noble caballero? —le pregunté—. ¡Parece un rey!

—Es el «rey de los versos», Guillermo Divini. ¿No has oído hablar de él? Llega de Roma, donde le han consagrado en el Capitolio.

—¿Qué canta?

—El amor, monje, el amor. ¿Has oído hablar del amor?

Las palomas habían partido, seguidas por las golondrinas, pero el caballero permanecía allí, inmóvil, escuchando. De pronto se dirigió a su ruidosa escolta.

—¡Silencio! —les gritó, furioso.

Francisco había deseado las buenas noches a los pájaros y se disponía a partir cuando el caballero, saltando de su cabalgadura, fue a arrodillarse ante él:

—Santo Padre —exclamó, besando sus pies ensangrentados—, estaba ciego y veo... estaba muerto y resucito. Tómame, llévame contigo lejos de los hombres, salva mi alma... Me he pasado la vida cantando al vino y las mujeres, estoy harto. Tómame contigo para cantar a Dios. Soy Guillermo Divini, consagrado por los hombres «rey de los versos». ¡Insensatos!...

Dijo, se arrancó la corona y la hizo pedazos, desparramando las hojas de laurel por el suelo.

—Ahora me siento en paz —dijo—. Me desembarazaré también de mis ropas llamativas y de esta cadena de oro. Dame un hábito gris, Santo Padre, y cíñeme el talle con una cuerda...

Francisco se inclinó, le alzó y le besó la frente.

—Levántate, hermano Pacífico. Así te bautizo, porque a partir de hoy eres admitido en la paz de Dios. Beso tu frente todavía llena de canciones. Hasta ahora has cantado al mundo; en adelante cantarás a Aquel que lo creó. Conserva tu laúd, que también él se ponga al servicio de Dios. Y cuando llegue la última hora, Pacifico, entrarás en el Paraíso con ese laúd a tu espalda. Y los ángeles se reunirán a tu alrededor y te pedirán que les enseñes nuevos cantos.

Los muchachos y las jóvenes acudieron y recogieron las hojas de laurel. Se preguntaban si el célebre trovador acababa de inventar un nuevo juego, o si no había enloquecido súbitamente.

Pero el hermano Pacifico se volvió hacia ellos y les saludó:

—Adiós, compañeros de mi antigua vida. ¡Retiraos! Guillermo Divini ha muerto, id a enterrarle. Y poned en su ataúd este monito —dijo, arrojándoles la cadena de oro de donde colgaba el amuleto.

—¡Adiós!... —dijo una vez más—. ¡Hasta nunca!...

Los jóvenes se dispersaron, asombrados, y nosotros permanecimos solos. Abriendo la marcha, Francisco nos guió hasta el convento del bosque de olivos. Mientras caminaba, el hermano Pacífico cantaba.

—Mi corazón es un ruiseñor, hermano Francisco. Ha venido a escucharte con los demás pájaros y desde entonces canta una nueva canción. con el pico dirigido hacia el cielo...

Francisco reía.

—Yo traigo al mundo la nueva locura y tú, hermano Pacífico, traes una nueva canción.

Descansamos tres días en el convento. Al principio los monjes nos habían acogido con el ceño fruncido. Francisco reía, Pacifico tocaba el laúd y yo le acompañaba con mi voz ronca.

—¡Qué es esto! ¡Dónde estamos! —exclamó el superior—. ¡Éste es un convento, es la casa de Dios!

—¿Cómo, padre mío? —respondió Francisco—. ¿Pretendes que entremos llorando en la casa de Dios? Basta de lágrimas, dice Dios, no me gustan los suspiros y estoy harto de expresiones contritas. Tengo sed de risas en la tierra. Toca tu laúd, hermano Pacífico. cántanos alguna cosa, que la alegría florezca en el rostro del Señor.

Después, poco a poco, los monjes se habituaron a nosotros. Por la noche, Francisco los reunía en el patio y les hablaba del Amor, de la Pobreza y del Paraíso.

—¿Cómo veis el Paraíso? —les decía—. ¿Como un gran palacio con una escalera de mármol, con oro y con alas? ¡No! Yo lo he visto en sueños, una noche. Era una choza minúscula rodeada de vegetación. En medio, en la más humilde de todas las chozas, junto al pozo, el alma humana, semejante a la Virgen María. amamantaba a Dios…

Y mientras Francisco hablaba, la noche descendía suavemente sobre nosotros, el aire se poblaba de alas azules, y los monjes. dichosos, cerraban los ojos creyéndose en el Paraíso.

Tres días después partimos hacia el norte y una noche la ciudadela y las torres de nuestra bienamada Asís surgieron a lo lejos. Gracias a las canciones del hermano Pacifico, el camino nos había parecido más corto.

—Te saludo, ciudad bienamada —dijo Francisco. bendiciendo su ciudad con la señal de la cruz—. Señor. ayúdame a afrontar a los hermanos con calma.

El sol estaba ya oculto cuando llegamos a la Porciúncula. Francisco caminaba delante; Pacífico y yo, agotados, lo seguíamos sin ruido, porque Francisco quería sorprender a los hermanos para ver qué hacían y oír de qué hablaban. Pero a medida que nos acercábamos nos llegaban risas y gritos. La chimenea humeaba, un olor a carne asada nos aguijoneó la nariz. Francisco se detuvo:

—¡Los hermanos hacen tumulto! ¡Comen carne asada! —murmuró.

Pasaba un viejo mendigo. Como había husmeado desde lejos el olor del asado, se apresuraba, con la esperanza de que le dieran la limosna de algún bocado.

—Anciano —le dijo Francisco—, ¿quieres hacerme un favor? Préstame tu sombrero, tu alforja y tu bastón. Sólo el tiempo necesario para ir a saludar a los hermanos. Hazme ese favor y Dios te recompensará.

—¿Tú eres ese Francisco que llaman de Asís? —preguntó el mendigo.

—El mismo, hermano.

—Tómalos…

Francisco se puso el sombrero, tomó las alforjas y, apoyándose en el bastón, fue a llamar a la puerta de la Porciúncula.

—Por el amor de Cristo —gimió cambiando la voz—, por el amor de Cristo, hermanos, tened piedad de un anciano enfermo que se muere de hambre...

—Entra! —le respondieron—. Siéntate junto a la chimenea y come.

Bajando la cabeza para disimular su rostro, Francisco fue a sentarse junto a la chimenea, con la espalda vuelta hacia los hermanos. Un novicio le llevó un plato de sopa y una rebanada de pan. Entonces se inclinó, tomó un puñado de cenizas del hogar, lo arrojó en la sopa y se puso a comer. En seguida los hermanos le reconocieron, pero ninguno se atrevió a denunciarlo. Estaban profundamente avergonzados de haber sido sorprendidos por Francisco mientras comían carne y se divertían. Inclinados sobre sus platos, no podían ya tragar nada y esperaban. La tempestad no tardaría en estallar, lo sentían.

Después de comer un poco, Francisco dejó su cuchara.

—Perdonadme, hermanos —dijo—. Cuando os vi instalados frente a esos alimentos abundantes, no pude creer en mis ojos. ¿Esos hermanos son los mismos que mendigan de puerta en puerta y que todo el mundo considera como santos?, me dije. En ese caso, entro en su orden para llevar una buena vida. ¡Por el amor de Cristo. decidme si sois los mismos humildes hermanos de Francisco, el pobrecillo de Asís!

Los hermanos no pudieron contenerse. Algunos estallaron en sollozos, otros, llenos de temor, salieron de la choza o se arrojaron a los pies de Francisco, pidiéndole perdón. El no les tendió los brazos como solía hacerlo, sino que los mantuvo cruzados sobre el pecho. Elías se acercó. Al revés de los demás, no lloraba ni pedía perdón.

—Hermano Francisco —dijo—, ¿no reconoces a tus hermanos? Han ocurrido nuevas durante tu ausencia. Dales tu bendición.

Francisco permanecía silencioso, con la cabeza baja. A su alrededor, sus compañeros le miraban con angustia.

—Hermano Francisco —siguió Elías—, ¿has visto al Papa? ¿Ha puesto su sello al pie de nuestra Regla?

Francisco se puso la mano al pecho.

—El sello del Papa está en ella, con sus dos llaves, hermano Elías. No tengas tanta prisa. Si Dios lo quiere, mañana os hablaré de ello. Ahora, vayamos a la iglesia y roguémosle que también Él quiera aprobar nuestra Regla.

Al día siguiente los hermanos se reunieron al borde del bosque. Elías se paseaba o se acercaba a sus camaradas y les hablaba en voz baja. Era tan alto que nos superaba a todos. A su lado, Francisco desaparecía, se volvía aún más pequeño y humilde. Perdóname, Dios mío, pero ese hombre nunca me gustó. Su mirada estaba llena de orgullo y de avidez, su alma se encontraba incómoda en la Porciúncula, y el amor y la pobreza no podían bastarle. Quería dominar el mundo, por las buenas o las malas, y entrar a caballo en el reino del Cielo. Debía caminar junto al áspero Domingo, el misionero español, y no junto al pobrecillo de Asís. ¿Por qué nos lo había enviado Dios? ¿Cuál sería su secreto designio?

Cierto día tuve el atrevimiento de comentarle a Francisco:

—El hermano Elías no me gusta. Cada hermandad tiene su Judas. ¡Acúseme Dios de mentiroso si Elías no es nuestro Judas!

—Judas es un servidor de Dios, como los demás —me respondió Francisco—. y si Dios lo ha señalado para traicionar, cumple su deber traicionando.

Reflexionó un rato y. bajando la voz, agregó:

—¿Recuerdas el lobo de Gubio que entraba en los establos y degollaba a los corderos? Un día fui al bosque para exhortarlo, en nombre de Dios, a que cesara su carnicería. Lo llamé, acudió, y ¿sabes qué me respondió?: «Francisco, no trastornes el Orden del universo. El cordero se nutre de hierba, el lobo de cordero...» «¿Por qué?» «No seas tan curioso. Obedece la voluntad del Altísimo y déjame entrar libremente en los establos cuando el hambre me atenace. También yo rezo, como tu santa persona: Padre nuestro, que reinas en la selva y me has ordenado comer carne, hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo. El cordero nuestro de cada día dánoslo hoy, santificado sea tu nombre. Tú eres grande, Señor, oh Tú, que hiciste tan sabrosa la carne de cordero. Haz que resucite al día siguiente de mi muerte y devuelve la vida a todos los corderos que he devorado para que pueda devorarlos otra vez».

»Eso es lo que me respondió el lobo. Entonces bajé la cabeza y me marché. No hay que preguntar el porqué de las cosas, hermano León: eso es mostrarse impertinente hacia Dios.

Pero yo no tenía el temple de Francisco, que lo aceptaba y lo perdonaba todo. Ese día, viendo a Elías Bobarone hablar a los hermanos en secreto, temblé de cólera y de miedo. Cuando nos reunimos todos, Francisco se puso de pie y cruzando los brazos sobre el pecho. según su costumbre, empezó a hablar. Su voz era calma. baja y triste.

De cuando en cuando tendía la mano a los hermanos como si mendigara. Con palabras simples, contó su llegada a la Ciudad Santa, su audiencia con el Papa, lo que le dijo el Santo Padre y por fin cómo se había arrodillado para dejar el manuscrito a sus pies.

Tres días después, el Papa, sin duda por orden de Dios, había puesto su sello.

—¡Aquí está!

Francisco sacó de su hábito el pergamino santificado y lo leyó lentamente, sílaba por sílaba. Los hermanos, arrodillados, escuchaban. Cuando terminó, Francisco levantó las manos y rezo:

—¡Santa Dama Pobreza, tú eres nuestra única riqueza! ¡No nos abandones! Haz que siempre tengamos hambre. siempre frío, y que permanezcamos sin abrigo. Santa Dama Castidad. purifica nuestro espíritu y nuestro corazón. purifica el aire que respiramos! Ayúdanos a vencer la Tentación que acecha la Porciúncula y nuestro corazón como una leona. ¡Amor, amor, hijo bienamado de Dios, elevo hacia ti mis manos y te suplico que me escuches: ensancha nuestros corazones para que puedan amar a todos los seres humanos, los buenos y los malos: a todos los animales, los domésticos y los salvajes: a todos los árboles. los fecundos y los estériles; a

todas las piedras, las de los ríos y las de los océanos. Pues todos somos hermanos y seguimos el mismo camino, el que lleva a la morada de nuestro Padre.

Francisco calló, porque el hermano Elías se había levantado de un salto. Su cuerpo poderoso humeaba, el sudor le corría por las sienes.

—Hermano Francisco —dijo Bobarone con voz de trueno—, ahora corresponde hablar a los hermanos. Somos todos iguales ante Dios y cada uno tiene derecho a examinar su pensamiento. Hermanos míos, habéis oído el texto de la Regla. Que cada uno se alce y diga sin ambages si la aprueba o no.

Hubo un silencio. Algunos tenían objeciones que hacer, pero enmudecían por respeto a Francisco; otros no tenían nada que decir, porque no habían comprendido claramente lo que acababan de oír. También yo callaba; estaba de acuerdo, pero no encontraba las palabras para decirlo.

Al cabo de un instante, el padre Silvestre se levantó, suspirando.

—Hermanos, soy el mayor de vosotros —dijo—, y por eso me permito hablar en primer término. Hermanos, el mundo está podrido y su fin está cerca, dispersémonos por los cuatro rincones de la tierra y proclamemos: «¡Este es el fin del mundo!» para que los hombres, aterrorizados, hagan penitencia. Esto es, en mi opinión, lo que debemos hacer, pero conducíos como Dios os aconseje.

Sabattino se levantó a su vez:

—El mundo no está podrido —aulló—, son los señores los que apestan. ¡Es por la cabeza por donde empieza a podrirse el pescado! Levantemos al pueblo y ataquémosles, incendiemos sus castillos, quememos sus ropas de seda, acabemos con las plumas que llevan en la cabeza. Esa es la verdadera cruzada. Su destrucción es el único medio de liberar el Santo Sepulcro. ¿Qué Santo Sepulcro? El desdichado pueblo que se siente crucificado todos los días. La resurrección del pueblo, eso es lo que llamo yo la Resurrección de Cristo.

—¡El pueblo tiene hambre! —exclamó Gennadio. excitado—. No tiene fuerzas para estar en pie. Que coma primero, para readquirir fuerzas. Ni siquiera se da cuenta de que abusan de él; abridle los ojos. Dejemos un poco de lado el Reino de los Cielos, hermano Francisco. y ocupémonos del reino de la tierra. Por allí debemos empezar. Esa es mi opinión. ¡Deberíamos tener un secretario para anotar lo que dice cada uno!

Entonces se levantó el hermano Bernardo, y sus ojos azules estaban llenos de lágrimas.

—Hermanos, dejemos este mundo —dijo—. ¿Cómo podríamos nosotros, pobres monjes, atacar a los señores todopoderosos? ¡Partamos! Huyamos al desierto y consagrémonos a la plegaria. La plegaria es soberana, hermanos. Se lanza desde la cima de la montaña donde está arrodillado el que reza, se difunde por la ciudad y conmueve a los corazones impíos. Sube hasta los pies de Dios y le narra el dolor del ser humano. No es con bienes corporales ni con armas como salvaremos al mundo, hermanos, sino con la plegaria.

Entonces me levanté a mi vez para hablar. Pero después de tartamudear algunas palabras, me confundí y me deshice en llanto,

ocultando la cara entre las manos. Algunos hermanos se echaron a reír: entonces Francisco me abrazó y me hizo sentar a su derecha.

—¡Nadie ha hablado con tanta habilidad y desenvoltura como tú! Yo te bendigo, hermano León.

Después se levantó, abrió los ojos y dijo:

—¡Amor, hermanos míos. Amor! Ni guerra ni violencia. La plegaria misma no basta, hermano Bernardo, se necesitan acciones. Sin duda es dura y peligrosa la tarea de vivir entre los hombres, pero es necesaria. Es más fácil retirarse al desierto para rezar en él, pero la plegaria es lenta para producir sus efectos. Mientras que la acción, aunque más difícil, es más rápida y segura. Allí donde existen seres humanos medran el dolor, la enfermedad y el pecado. Y nuestro lugar está entre ellos, hermanos, junto a los leprosos, los pecadores, los famélicos... Un gusano horrible y sucio duerme en las entrañas de cada ser humano, aun en el ermitaño más casto... Inclinaos, murmurad a ese gusano: «¡Te quiero!», y en seguida le nacerán alas y se convertirá en mariposa... Me prosterno ante el poder infinito del Amor. ¡Ven, abraza a nuestros hermanos, ven y cumple tu milagro!

Mientras Francisco hablaba, el hermano Elías, visiblemente irritado, se agitaba sobre la piedra en que estaba sentado, haciendo señas con la cabeza a sus compañeros. De súbito. sin poder contenerse, se puso de pie.

—;El Amor no basta, hermanos, no le escuchéis! ¡Es necesaria la guerra! Nuestra orden debe ser una orden guerrera, y los hermanos deben ser combatientes intrépidos, que lleven con una mano la cruz y con la otra un hacha. El Evangelio dice que todo árbol que no produce buen fruto debe ser cortado y arrojado al fuego. Para vencer a los poderosos de la tierra tenemos que hacernos más fuertes, en lugar de buscar la pobreza perfecta. ¿Por qué tanta presunción, hermano Francisco? El propio Cristo dio a sus apóstoles la libertad de poseer sandalias, un bastón y unas alforjas. El que llevaba la bolsa procuraba llenarla para mantener a la comunidad. ¿Y tú te atreves a corregir a Cristo? La riqueza es una espada todopoderosa, no nos quedemos desarmados en este mundo infame y batallador. Nuestro jefe no debe ser un cordero, sino un león; en vez de un hisopo, debemos llevar un látigo. ¿Habrás olvidado acaso, hermano Francisco, que Cristo expulsó a los mercaderes del templo a latigazos? Lo digo y lo repito, hermanos: ¡necesitamos guerra!

Entre los nuevos hermanos, algunos saltaron y lanzando gritos triunfales levantaron a Elías en sus brazos.

—Tú eres el león! —gritaron—, ¡marcha a nuestro frente, guíanos!

Pálido, agotado, Francisco se levantó apoyándose en mi hombro:

—Paz, hermanos míos, paz... ¿Cómo podremos pacificar el mundo si no tenemos paz en nuestro corazón? La guerra engendra la guerra y la guerra hace correr la sangre humana... ¡Paz, paz! Elías, no olvides que Cristo era un cordero y que asumía los pecados del mundo.

—Cristo era un león —respondió Elías—. ¡Él mismo lo dice: «He venido a traer no la paz, sino la espada!»

Les hermanos, confundidos, se alzaron rápidamente y se dividieron en dos grupos. El más pequeño lloraba en torno a Francisco. Los demás se habían reunido alrededor de Elías. Entonces intervino el padre Silvestre:

—Hermanos —dijo—, Satanás ha venido a dividirnos. ¡Veo brillar sus ojos verdes en la sombra!

Francisco apartó a los hermanos que le rodeaban y se acercó a Elías.

—Hermano Elías —dijo—, y vosotros todos, escuchad. Nuestra comunidad pasa por un momento difícil. Dejad tranquilamente que caminen en vosotros las opiniones contrarias que habéis oído durante esta reunión. El tiempo, ese fiel consejero de Dios, nos mostrará el camino mejor. Sin embargo, no olvidéis vuestro deber. El Santo Padre nos ha dado el privilegio de predicar. Ante nosotros se abren todos los caminos de la tierra; compartámoslos fraternalmente. Poneos en marcha ahora, porque la Porciúncula es pequeña y nos irrita vivir rozándonos, chocándonos unos contra otros a cada instante. Todo eso atrae al diablo. Salid al aire libre, de dos en dos para alentaros y consolaros mutuamente. Cada vez que encontréis un grupo de hombres deteneos y sembrad la simiente inmortal de la palabra divina. En cuanto a mí. con ayuda de Cristo, iré al país de los árabes. Trataré de encontrar un navío para atravesar el mar y acudir a las regiones alejadas de los infieles. Allí, innumerables hombres no han oído nunca pronunciar el nombre de Cristo. Si Dios lo quiere, iré a llevárselo. Adelante, hermanos, dispersémonos por los cuatro rincones del mundo. Y cuando regresemos a la Porciúncula, la cuna que nos vio nacer, nos contaremos lo que hemos visto y sufrido durante nuestra primera misión. ¡Hermanos, hijos míos, os doy mi bendición! Dispersaos por el campo de Dios, labradlo, sembrad en él la Pobreza, el Amor y la Paz. Apuntalad el mundo que amenaza derrumbarse y fortaleced vuestras almas. Elevad vuestros corazones por encima de la cólera, de la ambición y de los celos. No digáis siempre ¡yo! Someted a esa fiera terrible e insaciable al amor de Dios; el yo no entra en el Paraíso.

»Antes de separarnos, quiero deciros una parábola que conservéis bien grabada en vuestros espíritus, hijos míos: «Había una vez un ermitaño que. durante toda su vida, había procurado llegar a la perfección. Después de distribuir sus bienes entre los pobres, se había retirado al desierto para consagrarse a la plegaria. Llegó el día de su muerte. Subió al cielo y llamó a la puerta del Paraíso. "¿Quién es?", dijo una voz en el interior. "¡Yo!". respondió el ermitaño. "No hay lugar para dos aquí". respondió la voz, "vete". Entonces el ermitaño descendió a la tierra y reanudó la lucha: pobreza, ayuno, plegarias, lágrimas... Cuando murió por segunda vez, llamó de nuevo a las puertas del Paraíso. "¿Quién es?", dijo la misma voz. "¡Yo!" "No hay lugar para dos aquí". respondió de nuevo la voz. Desesperado, el ermitaño bajó a la tierra y reanudó la lucha con más intensidad para ganar por fin la salvación de su alma. A los cien años, murió por tercera vez. Llamó a las puertas del Paraíso. "¿Quién es?", dijo la voz. "¡Tú. Señor, tú!" respondió el ermitaño. Entonces las puertas del Paraíso se abrieron de inmediato. Y el ermitaño entró en él».

VIII

Era el verano. El sol ardía sobre un mar deslumbrante. A lo lejos, a la izquierda del navío, flotaban las islas griegas. A bordo, guerreros con armaduras, entre los cuales había jóvenes, hombres maduros y ancianos de barba blanca. Como muchos otros, partían para liberar el Santo Sepulcro. Los cruzados sitiaban Damieta desde hacía meses, pero el sultán Melek-el-Kamel era a la vez un valiente y un rey hábil que defendía con coraje la ciudad.

Una violenta tempestad estalló cerca del cabo Malea. El mar se levantó con sus innumerables gargantas dispuestas a devorarnos. Pálidos, los guerreros miraban ávidamente hacia la tierra, suspirando. ¡Ah, si hubieran podido saltar, sujetarse de una rama, si hubieran podido encontrar su perdido valor! Las mujeres que viajaban con ellos lanzaban gritos. Francisco iba de una a otra hablándoles de Dios para consolarlas. Caída la noche, un cielo de plomo se abatió sobre el mar y el navío se puso a bailar chirriando, como si fuera a romperse. Francisco se arrodilló en la proa, entre los montones de velas, y empezó a implorar a Dios.

Me acerqué. No me vio ni me oyó. El cuello tendido hacia el mar, procuraba exorcizarlo en estos términos:

—Oh mar, hijo de Dios, ten piedad de tus hermanos, los hombres... Su fin es loable, van a liberar el Santo Sepulcro. No son mercaderes ni corsarios ,¿no ves la cruz roja sobre su pecho? Son cruzados, soldados de Dios, hay que apiadarse de ellos... Acuérdate de Cristo, que un día te dijo: «¡Cálmate!». En Su Nombre sagrado, yo, su humilde servidor, te suplico que te calmes.

Yo me había tendido sobre los montones de velas y escuchaba los rugidos del mar mezclados con los lamentos de los pasajeros. A mi lado, Francisco imploraba con dulzura a las olas irritadas. Por primera vez comprendía el mérito del hombre que se pone a rezar, al borde de la desesperación, cuando el mundo se derrumba. Estaba seguro de que el mar escucharía a Francisco, y de que Dios y la Muerte también lo escucharían.

Entonces, lo juro por el alma que he de entregar a Dios, se produjo el milagro. Digo «milagro», pero fue la cosa más sencilla, la más natural del mundo: el mar se calmó.

Al principio sus rugidos se hicieron más leves, pero su cólera no estaba del todo apaciguada, se resistía a someterse. Después, poco a poco, el mar se dejó calmar y hacia la medianoche cesó de golpear con rabia los flancos del navío para tenderse a su alrededor, humilde y tranquilo. Los incrédulos pueden negarse a admitir que el alma es capaz de hablar al mar y de ordenarle que se sosiegue. Yo conozco el secreto, porque Francisco me enseñó: en verdad, el alma es más fuerte que el mar, más fuerte que la Muerte.

Me arrastré hasta Francisco y besé sus pies ensangrentados. Pero no lo supo, porque su alma estaba consagrada a vigilar las olas negras para impedirles que se rebelaran de nuevo.

Nació el día. Todo brillaba y reía: el cielo, el mar y los hombres del navío. Francisco, siempre acurrucado en la proa. amarilla la tez, exhausto, se había dormido. porque después de esa noche de buen trabajo había consentido en que el sueño se apoderara de él. Los días y las noches pasaron. La luna, que habíamos dejado fija como una hoz en el momento de salir de Ancona, alcanzó su plenitud. Todas las miradas, fijas en el sur. escrutaban el mar en busca de la tierra condenada de los musulmanes. Poco a poco el agua se hacía verde.

—El mar y el Nilo se encuentran —nos explicó el capitán—, eso indica que nos acercamos.

Era cierto. Al día siguiente. distinguimos claramente en la lejanía tierras bajas, arenosas, que enrojecían bajo los primeros rayos del sol.

Arrojamos el ancla en una bahía solitaria. Francisco se arrodilló y trazó sobre la arena la señal de la cruz. Los soldados partieron en seguida para reunirse con el ejército de Cristo. Estábamos solos, en la playa desierta. A lo lejos se erguían torres y minaretes. Francisco me miró con compasión:

—Hermano León, corderillo de Dios, estamos en la boca del león. ¿Tienes miedo?

—Tengo miedo —respondí—. pero finjo no tenerlo y estoy dispuesto a seguirte donde fuere.

Francisco rió:

—¿Hasta el Paraíso?

—¡Hasta el Paraíso!

—Y bien, en marcha, hermano León —dijo señalando los lejanos minaretes—. Ese es el camino del Paraíso.

El sol ya estaba alto en el cielo y la arena ardiente nos quemaba los pies. Nos pusimos a cantar para olvidar nuestros sufrimientos. De cuando en cuando, Francisco se detenía y me apretaba el brazo.

—Tengo hambre —dije, incapaz de resistir.

—Paciencia, hijo mío. Mira, los minaretes aumentan de tamaño; nos acercamos... Y tranquilízate: cuando el sultán nos vea, ordenará que pongan los platos en el horno...

Mientras hablábamos, oímos gritos salvajes y dos negros se interpusieron ante nosotros llevando las espadas desenvainadas.

—¡Soldan, Soldan! —gritaba Francisco, señalando los minaretes.

Después de golpearnos, los negros nos llevaron ante el sultán y nos arrojaron a sus pies. Ya era de noche. El soberano conocía nuestra lengua. Al vernos, se echó a reír.

—¿Quiénes sois, monjes? —preguntó empujándonos con el pie—. ¿Por qué habéis venido a meteros en la boca del león? ¿Qué queréis?

Era un hermoso hombre, de barba negra y rizada, nariz fina y ligeramente aquilina, ojos de un negro profundo. Llevaba un ancho turbante verde, adornado con una media luna de coral. De pie, a su lado, estaba el verdugo, un negro gigantesco armado de un yatagán.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —volvió a preguntar—. ¡Vamos, poneos en pie!

Nos levantamos. Francisco se persignó.

—Somos cristianos —dijo— y Cristo, que tiene piedad de ti, ilustre sultán, nos ha enviado para salvar tu alma.

—¡Para salvar mi alma! —exclamó el sultán, conteniendo apenas su risa—. Decidme cómo, monjes.

—Mediante la Pobreza perfecta, el Amor perfecto y la Castidad perfecta, noble sultán.

El sultán abrió los ojos.

—¿Estás loco? —gritó—. ¿Qué historias son ésas? Entonces, por lo que dices, debo abandonar mis riquezas, mis palacios y mis mujeres. para convertirme en un andrajoso como tú, para mendigar de puerta en puerta... ¿Sin volver a tocar a una mujer? Pero entonces, ¿para qué nos dio el Señor esta llave que abre su vientre? ¿Quieres que me vuelva eunuco?

—La mujer es... —empezó Francisco.

Pero el sultán levantó la mano, estremeciéndose de cólera.

—¡Cállate, no digas mal de la mujer o te haré cortar la lengua! ¡Piensa en tu madre, en tu hermana, si la tienes, y más aún, ya que eres cristiano, piensa en Maria, la madre de Cristo!

Francisco bajó la cabeza sin responder.

—¿Quieres explicarme qué significa eso de Amor perfecto? —dijo el sultán haciendo señas al verdugo para que se acercara.

—Significa amar a nuestros enemigos, señor sultán.

—Amar a nuestros enemigos!

El sultán se echó a reír una vez más. Después, dirigiéndose al verdugo, dijo:

—Envaina tu yatagán, son locos, los pobres. no los matemos...

Se volvió hacia Francisco y su voz se hizo más tierna, como si hablara a un enfermo:

—¿Cómo es vuestro Paraíso, cristianos? —preguntó—. Veamos si me conviene.

—Está lleno de ángeles y sobre todo está Dios.

—¿Qué se come allá? ¿Qué se bebe? ¿A quién se abraza?

—No blasfemes; en el Paraíso no se come y no se bebe. Sólo hay espíritus.

El sultán volvió a reírse.

—¿Espíritus? Viento, en suma. Prefiero mil veces nuestro Paraíso, donde hay montañas de pilaf, ríos de miel y de leche y hermosas muchachas que vuelven a ser vírgenes después de cada abrazo. No soy loco, monje, para elegir vuestro Paraíso. ¡Déjame en paz!

Francisco se enfadó. Olvidando dónde se encontraba y que el sultán, con un ademán, podía hacerle cortar la cabeza, se puso a predicar sin temor, hablando de los sufrimientos de Cristo, de la Resurrección, del Juicio Final y

hasta del Infierno, donde, durante siglos, arderán los infieles. La palabra de Dios le exaltaba a tal punto que se puso a batir palmas y a bailar. Reía, silbaba, cantaba y no dudo que en ese instante llegó a perder la razón. El sultán también reía y le alentaba con sus aplausos.

—Te doy mi bendición, monje —dijo el sultán—. No me he reído así en mucho tiempo... Ahora quédate quieto, tengo algo que decirte. Mi profeta amaba los perfumes, las mujeres y las flores. Había en su cinto un espejuelo y un peine para peinarse. Y además le gustaban particularmente los atavíos hermosos. El vuestro, según dicen, descalzo, sucio, con el pelo desordenado, y su única túnica estaba hecha mil remiendos. Hasta se dice que cada uno de esos remiendos estaba hecho con limosna de un pobre. ¿Es cierto?

—¡Es cierto! ¡Tomó sobre sí el dolor de los pobres de toda la tierra! — exclamó Francisco, transportado.

El sultán se acarició la barba, tomó un espejillo de su cinto y se alisó el bigote. Después tomó un largo shibuk con boquilla de ámbar y un mancebo fue a encendérselo. Después de aspirar unas cuantas bocanadas, cerró los ojos con tranquila beatitud. Francisco se volvió hacia mí y me dijo calladamente:

—Este es un buen momento para morir. ¿Estás dispuesto? Oigo que las puertas del Paraíso se abren.

—¿Por qué morir, hermano Francisco? —le dije—. Espera un poco..

El sultán abrió los ojos.

—Mahoma no era solamente un profeta —dijo—, sino también un hombre. Quería todo lo que un hombre puede querer y odiaba todo lo que un hombre puede odiar. Por eso le venero y procuro parecerme a él... Vuestro profeta era de piedra y de espíritu. No me conviene...

Se dirigió mi:

—¿Y tú, monje, no dices nada? ¡Di algo, quiero oír tu voz!

—¡Tengo hambre! —grité.

El sultán se echó a reír. Golpeó las manos y aparecieron los dos negros que nos habían llevado.

—Dadles de comer —dijo—. Sacad un plato del horno. Y después. dejadles partir, que se reúnan con sus correligionarios. Son locos, los desdichados, y les debemos respeto.

La ciudad, sitiada por el ejército de Oriente, apestaba. En las calles yacían cadáveres de hombres y de caballos reventados. Los derviches bailaban la danza del sable frente a las mezquitas, y la sangre, que manaba de sus cabezas talladas por los golpes, manchaba sus albornoces blancos. En los cafés, hermosos jóvenes cantaban melodías lánguidas y melancólicas acompañándose de un instrumento oblongo: el tamburah. Pasaban mujeres. envueltas en sus haiks de la cabeza a los pies, y por un instante el aire pestilente se perfumaba de almizcle.

Detrás de los negros que nos conducían, atravesamos rápidamente las callejas tapándonos las narices y así salimos de la ciudad. Pronto nuestros guías nos señalaron con el dedo un punto alejado. detrás de una duna poco

elevada: «¡Los cristianos!», gruñeron, mientras sus anchos dientes blancos brillaban al sol. Después de darnos unos cuantos golpes en la espalda se marcharon corriendo.

Seguimos solos. Francisco miraba el suelo, preocupado, sin despegar los labios.

Yo abría los ojos sobre el mundo que de pronto me parecía tan vasto; pensaba en Asís, a millares de leguas, y en esas innumerables almas que vivían en el pecado y nunca habían oído el nombre de Cristo. ¿Cómo podríamos predicar a todos la palabra de Dios?

La vida es corta y el mundo inmenso...

Sobre la playa volaban extraños pájaros rojos con el vientre blanco; detrás de nosotros, el rumor de la ciudad musulmana; al frente, más allá de la duna, el sonido de las trompetas y los relinchos de los caballos. Nos acercábamos al ejército cristiano, que desde hacía meses sitiaba la ciudad.

De pronto, Francisco se detuvo.

—Hermano León —me dijo—. cuando regresemos a nuestra patria, si es que regresamos, pediré a cada pobre que me de la limosna de un pedazo de tela. El sultán tiene razón.

—De buena nos hemos escapado, hermano Francisco.

—Si, pero hemos perdido la oportunidad de entrar en el Paraíso —me respondió.

Habíamos llegado a la cima de la duna. Multicolor, bullicioso, el campamento de los cruzados se extendía a nuestros pies.

No quiero recordar esa época. Mi espíritu está aún lleno de un fragor que me aturde.

Cuando llegamos a la llanura donde los cruzados habían alzado sus tiendas, el pobre Francisco tuvo que taparse los oídos para no oír las canciones obscenas y las palabrotas que salían de todos lados. ¡Eran ésos los soldados de Cristo. esos hombres que hablaban de pillajes, asesinatos y violaciones, que nunca pronunciaban Su nombre? No sé ya cuántas semanas vivimos junto a ellos. Francisco se trepaba a una piedra y predicaba; hablaba del Santo Sepulcro, de la misericordia de Dios, y los cruzados pasaban sin volver siquiera la cabeza, mientras que otros se detenían para reírse de él o para arrojarle un puñado de arena.

La batalla se reanudó. Los cristianos consiguieron escalar las murallas y apoderarse de la ciudad. Todo fue entonces pillaje y asesinatos. Francisco lloraba, corría aquí y allá, conjurando a los soldados de Cristo para que tuvieran piedad de sus victimas, pero ellos le empujaban para hundir las puertas de las casas.

¿Cómo olvidar los lamentos de las mujeres y los gritos de los hombres a quienes degollaban? La sangre corría a mares; a cada instante tropezábamos con cabezas cortadas.

Hacía un calor sofocante, el humo que subía de las casas incendiadas y de las hogueras velaba el rostro del sol. El estandarte de Cristo flotaba sobre el techado del palacio. El sultán había logrado huir en un caballo rápido.

abandonando a sus mujeres y todos sus bienes. Francisco se arrodilló ante el umbral del palacio y suplicó a Dios que volviera el rostro para no ver qué hacían sus soldados en la tierra. «Dios mío», gritaba, «la guerra transforma al hombre en fiera sanguinaria. Pierde el rostro que Tú le diste, se convierte en bobo, en puerco infecto... ¡Ten piedad de él, Señor, y devuélvele su verdadero rostro, el Tuyo!».

Se había reunido a los ancianos y a los enfermos en una mezquita. Francisco iba a consolarles y hacerles compañía. La enfermedad había vuelto ciegos a la mayoría de ellos. De sus ojos manaban sangre y pus. Francisco se inclinaba y ponía sus manos en sus párpados. suplicando a Dios que los curara: «Son seres humanos», murmuraba. «Son Tus hijos, ten piedad de ellos». Después soplaba sobre sus llagas. Pronunciando palabras de amor y de consuelo. Un día contrajo la enfermedad. Sus ojos se inflamaron, su vista se hizo confusa y como no podía caminar solo, yo le guiaba asido de la mano.

—¡Te lo había previsto, te dije que no te acercaras demasiado! —me permití observar un día.

—Eres infinitamente sensato, hermano León —me respondió—. Todo lo que dices es más sensato de lo necesario. ¿Nunca te decidirás a «saltar»? ¿Siempre caminarás?

—¿A saltar qué?

—A saltar sobre tu propia cabeza, en el vacío...

No, no he podido "saltar" hasta ahora y nunca podré hacerlo. El único «salto» que pude dar consistió en seguir a Francisco. No soy capaz de más... No dejo de alegrarme de haber dado ese salto y, sin embargo, a cada instante, lo lamento. ¡Ay, no tengo la pasta de un santo!...

—El mundo es demasiado grande, hermano León —me dijo otro día—. Detrás de los sarracenos están los negros; detrás de los negros, las razas salvajes que comen carne humana; más allá todavía, un mar sin fin sobre el cual se puede caminar, porque está hecho de hielo. ¿Cómo lograremos llevar a todos la nueva de que Cristo bajó a la tierra?

—No te atormentes, ya vendrá el momento...

—Sin duda —dijo Francisco—. Pero nosotros ya no estaremos aquí.

—Estarás en lo alto, en el Cielo, hermano Francisco, y mirarás... Trabajarás cabalgando en el Tiempo.

Francisco suspiró:

—Había una vez —dijo—un ermitaño que murió, subió al cielo y se acurrucó en los brazos de Dios. Había encontrado la beatitud perfecta. Pero un día, inclinándose sobre la tierra, divisó una hoja verde. «Señor, señor, déjame bajar, permíteme sentir otra vez el placer de tocarla». ¿Has comprendido, hermano León?

No respondí. Tenía miedo. ¡Ah, qué grande es, en verdad, la atracción de la hoja verde!

El verano pasó.

—Hermano Francisco —dije un día—, ha llegado el otoño. ¿Cuándo partimos? Tengo prisa por volver a la Porciúncula. Aquí todo es extraño. ¡Quién sabe si Dios es el mismo! ¡Vayámonos!

—Hijo mío —me respondió—, cuando dos caminos se abren ante ti, ¿sabes cual elegir para ir hacia Dios?

—¿Cuál?

—El más difícil, el más arduo. Aquí la vida es más dura. Quedémonos.

Caminaba todo el día predicando la palabra de Dios, pero nadie prestaba atención a sus prédicas. Los cruzados sólo tenían una idea: el pillaje.

—Y Cristo, hermanos, ¿no pensáis en Él? —gritaba desesperado—. ¡Es para liberar su tumba, Su Santo Sepulcro, para lo que habéis venido desde el otro extremo del mundo!

Pero Francisco se había convertido en la irrisión de esos hombres. Le tiraban del hábito, le arrojaban piedras, le recibían a carcajadas, cuando aparecía en la calle agitando su campana... Y él se alegraba de su ruina. Reía con ellos y se ponía a bailar en medio de la calle, predicando.

—¡Soy el juglar de Dios y de los hombres, venid a reíros, hermanos!

Un día estábamos acostados bajo una puerta cubierta. Era el mediodía. El sol quemaba. La fatiga nos había adormecido. De pronto, en mi sueño, oigo gritar a Francisco.

Abro los ojos y no puedo sino gritar de horror. Una mujer pública completamente desnuda, que dos soldados de Cristo habían llevado para divertirse, se había tendido a los pies de Francisco. Le tendía los brazos, invitándole: «Ven», decía con voz incitante. «Yo soy el Paraíso, ven».

Francisco se ocultó el rostro en las manos para no verla, pero de pronto sintió piedad.

—Hermana —le dijo—, hermana prostituida, ¿por qué no quieres salvar tu alma? ¡No tienes piedad de ella? Y tu cuerpo, que entregas a los hombres desde hace tantos ¿no tienes piedad de él? Déjame poner mis manos sobre tu cabeza y suplicar a Dios que te perdone.

La mujer se echó a reír.

—Si quieres, monje, pon tus manos sobre mi cabeza y haz tus exorcismos. Pide Dios que baje a cumplir su milagro.

Francisco puso las palmas sobre su negra cabellera suelta y levantó los ojos al cielo.

—Jesús, Tú que bajaste a la tierra para ayudar a los pobres, los pecadores y las prostitutas, apiádate de esta mujer. El fondo de su corazón es bueno, pero ha tomado mal camino. ¡Tiéndele la mano y llévala por el camino de la salvación!

La mujer había cerrado los ojos. Su rostro se dulcificaba poco a poco. Sin duda, la santidad de Francisco que penetraba en su espíritu y su corazón. De pronto estalló en sollozos. Entonces, Francisco retiró sus manos y trazó sobre su cabeza la señal de la cruz.

—No llores, hermana, Dios es bueno —le dijo—. Perdona. Recuerda lo que dijo a una prostituta cuando estaba en esta tierra: «Sé perdonada, porque has querido mucho».

Los soldados, que se habían apartado sin cesar de burlarse, empezaron a hostigar a la mujer. Pero ésta, con un rápido ademán, recogió su túnica, cubrió su cuerpo desnudo y se arrojó a los pies de Francisco.

—¡Perdóname! —exclamó—. ¡Y no me abandones! ¿No tienes un convento, algún lugar adonde pueda ir para hacer penitencia?

—La tierra entera es un convento, hermana; puedes vivir castamente sin dejar el mundo. Ve. enciérrate en tu casa y nada temas: Dios está contigo.

Llegó el invierno. El ejército de Cristo plegó sus tiendas y se puso en marcha hacia Jerusalén. Ligeras nubes aparecieron en el cielo. Bandadas de cuervos seguían a las tropas de los cruzados. Corríamos detrás de los soldados. Yo llevaba a Francisco de la mano, pues sus ojos ya no eran sino dos fisuras inflamadas. A la mañana del tercer día cayó en la arena, extenuado.

—Hermano León —dijo—, no puedo más. Querría ir hasta el extremo, pero no tengo fuerzas. ¡Mira!

Y me mostró los pies, donde corría la sangre y un humor amarillento. Suspiró:

—¡Y como si esto no bastara, nuevos demonios han entrado en mi!

No me atrevía a dirigirle preguntas, adivinando de qué demonios se trataba. A nuestro alrededor, solo un desierto inmenso. El ejército había desaparecido en el horizonte. A nuestra derecha las nubes amontonadas empañaban el resplandor del sol. A la izquierda, muy lejos, el mar centelleaba. Alcé a Francisco, desvanecido, y le llevé sobre mis hombros. Así, penando y tropezando, me dirigí hacia la ribera.

A mediodía llegué hasta ella. Un navío, adornado con una cruz negra en la popa, las velas tendidas en la serenidad del aire. Dos pescadores extendían sus redes a lo largo de la playa, donde se alineaban algunas chozas hechas de ladrillos y de paja o de estiércol. Dejé a Francisco sobre la arena y le eché agua salada. Sus Párpados se estremecieron.

—¡El mar! —murmuró con voz conmovida—. ¡El mar!

—Si, hermano Francisco, el mar. Regresamos.

No dijo nada ni opuso resistencia. Lo dejé, corrí al navío y me arrojé a los pies del capitán.

—Vuelves a tu tierra —le dije, rodeando sus rodillas con mis brazos—. ¡Llévanos! No tenemos con qué pagarte, pero Dios te lo pagará...

—¿Cuando me lo pagará?

—En el otro mundo, el verdadero...

—¡Cuando las gallinas tengan dientes! —dijo el capitán riendo—. Dios es mal pagador, me debe ya bastante, y todavía no le vi abrir su bolsa.

—Llévanos —volví a implorarle—. Dos caminos se abren ante ti: el del Infierno y el del Paraíso. Reflexiona bien y escoge.

El capitán se tironeó nerviosamente la barba.

—Escucha, monje. Hace tres noches que estoy aquí, inactivo, esperando un viento favorable que no llega. Tú y tu compañero, que estáis en buenos términos con Dios, podríais acaso rogarle que sople e infle nuestras velas? Si lo conseguís, os llevaré. Ve a buscar a tu amigo y empezad vuestras plegarias!

Corrí hacia Francisco. Él sabría implorar a Dios y hacerse oír. Le bastaba quererlo.

—Hermano Francisco, hay un barco de nuestras tierras amarrado en la orilla. El capitán dice que nos llevará si rogamos a Dios que le envíe buen viento.

—No creo más que en los milagros del corazón —me respondió—. No me pidas nada, no puedo...

—Llámale, te oirá —insistí.

Francisco se irguió. Ese moribundo se levantó de un salto y me tomó de la nuca:

—No me hagas perder la paciencia, hermano León, no me incites a gritar a Dios: «¡Dame, dame, dame!» a cada instante. ¿Crees que el Señor no tiene otra cosa que hacer sino darnos pan, ropas, viento? Nos ha arrojado aquí, en este desierto, y aunque suframos inútilmente, ésa es Su Voluntad. Ha desplegado ante mis ojos una gran ala negra y no tengo derecho a la luz, pero ésa es Su Voluntad. No envía el buen viento a ese navío que ha arrastrado hasta la orilla, pero ésa es Su Voluntad. ¿Pretendes acaso que le exijamos explicaciones? ¿O que lo incitemos a cambiar sus designios? Cállate, hermano León, junta las manos y ven a rezar. Y que el Altísimo nos envíe lo que le plazca: hambre, peste o viento favorable...

Me asombró oír a Francisco hablar con tanta irritación. Me incliné, le besé la mano y no dije una sola palabra más. Entonces comprendió que me había herido y lo lamentó:

—Perdóname —dijo—. Los nuevos demonios me han envenenado el corazón y la lengua.

Siguió hablando, pero ya no recuerdo lo que dijo. Yo miraba el mar llorando. Mientras lo miraba, se estremecía y se iba poniendo poco a poco en movimiento. Sus crestas fueron redondeándose ligeramente, y después se alzó una brisa tibia proveniente del sur. De pronto, en el momento mismo en que Francisco dejó de hablar, el viento hinchó las velas del navío, las torció, las hizo gemir... Entonces se oyó la voz del capitán:

—¡Eh, monjes!

Me incliné, tomé a Francisco por las axilas...

—Hermano Francisco, se ha levantado el viento, el capitán nos llama, ¡vayamos!

—Cuando le pedimos, no da —murmuró Francisco—. Cuando no le pedimos, da... ¡Sea como fuere, santificado sea Su Nombre! ¡En marcha!

Cuando nos sentamos por fin en la popa, mirando alejarse la tierra de los árabes, Francisco puso la mano sobre mi rodilla:

—Hermano León —dijo—, no debemos pedir nada a Dios en nuestras plegarias. Nada. A medida que pasa el tiempo comprendo que el Señor no quiere a los señores ni a los pedigüeños. Hemos gemido demasiado, hemos pedido demasiado. Hoy, por primera vez, oigo una voz que me dice en mi corazón: «¡Hay que tomar otro camino!» ¿Cuál? No lo sé todavía.

El mar olía bien, el navío bogaba a todo trapo. Qué hermoso era el camino del regreso. Los días y las noches pasaban como relámpagos negros y blancos. Sentado en la popa, sobre los cordajes, yo hablaba a solas. Francisco tenía razón, nuestras penas han sido inútiles, habíamos llorado y predicado en vano: el sultán no se había convertido y los guerreros cristianos pillaban y degollaban sin vergüenza, olvidando la causa por la que habían dejado su tierra y el lugar santo adonde se dirigían. ¿Era ésa la voluntad de Dios?, pero, ¿por qué? ¿Por qué?

Me lo preguntaba desesperadamente, sin encontrar respuesta, y no me atrevía a preguntárselo a Francisco, acuclillado a mi lado, porque recordaba una noche que nos habíamos detenido para escuchar el canto de un ruiseñor, al claro de luna. «Dios, que canta en la garganta del ruiseñor», me había dicho Francisco en voz baja. En ese instante, el pájaro, rodando entre las ramas del árbol, había caído a nuestros pies con el pico lleno de sangre. «¿Por qué?», había exclamado yo. Francisco había fruncido el ceño. «¿Y por qué esa manía descarada de preguntar siempre? ¿Pretendes acaso que Dios dé sus razones? ¡Cierra tu boca, insolente!»

Por eso callé en el navío, mientras en mi espíritu rebelde se agolpaban las mismas preguntas. Una mañana, cuando por fin aparecieron las costas de nuestro país, Francisco se acercó a mí conmovido.

—Hermano León, he tenido un sueño, un mal sueño. Quiera Dios no realizarlo.

—Todos los sueños no vienen de Dios, nada temas —le respondí.

—Yo era una gallina... —siguió—. Yo he soñado que era una gallina.., y había reunido a mis pollitos bajo mis alas. De pronto veo a un gavilán en el cielo. Asustado, me levanto, dejando a mi prole sin abrigo. Entonces el pájaro se precipita y se lleva a mis hijos.

Callé, pero un estremecimiento me heló el corazón. *Elías, es Elías ese gavilán* —me dije.

Francisco suspiró:

—No he debido marcharme —murmuró—, no he debido abandonar a mis hijos y dejarles sin protección. ¿Quién puede ser el gavilán?

—Dentro de pocos días estaremos en la Porciúncula, hermano Francisco. Entonces sabremos.

Las costas de nuestra tierra natal se acercaban. Acodados en la proa, las mirábamos con amor. Aparecieron las casas, los olivares, las higueras, las viñas... Era el comienzo de la primavera. Los campos verdeaban, la tierra olía maravillosamente.

—No veo bien —dijo Francisco—, pero siento a mi patria acurrucada en mis brazos como una hija reencontrada.

Al bajar del navío besamos la tierra. ¡Qué dicha volver a la tierra natal cuando es primavera y los árboles están en flor! Yo llevaba a Francisco de la mano para que no cayera y los dos caminábamos sumidos en nuestras reflexiones. De cuando en cuando Francisco se paraba, levantaba la mano y hacía la señal de la cruz en dirección al norte, donde se encontraba la Porciúncula. Como para bendecirla o expulsar de ella al demonio...

Una noche en que dormíamos en una granja, me despertó. El día empezaba a nacer.

—Hermano León —exclamó, sin aliento—, he vuelto a soñar... No, no he soñado, tenía los ojos abiertos, y he visto la Porciúncula detrás de los árboles. Tres demonios, con alas de murciélagos, garras, cuernos y colas en tirabuzón se habían arrojado sobre nuestra iglesita, sobre nuestras celdas, y las envolvían. Entonces grité: «¡Por el amor de Cristo, espíritus impuros, desapareced!». Hice la señal de la cruz en el aire, y se desvanecieron.

—Tu sueño es de buen augurio, bendito sea, hermano Francisco —le dije para tranquilizarle—. ¡Dios ha vencido!

Lleno de alegría, Francisco se levantó de un salto y se puso a bailar. Pero de pronto se detuvo, aterrado. Como aniquilado por una visión horrible, cayó agitado por estremecimientos...

—Hermano Francisco, ¿qué ocurre?

Temblando, me tomó la mano:

—Ten piedad de mí. Ayúdame a salir del infierno. Ven, partamos, vayamos a una alta montaña nevada y recemos. Antes de volver a los hermanos debo ver a Dios y purificarme...

—¡Pero nos helaremos! El invierno no ha terminado y en la montaña debe haber nieve hasta la altura de un hombre...

Francisco sacudió la cabeza:

—Si no tienes fe, hermano León, te helarás, sin duda. Pero si tienes fe, sudarás y tus cabellos humearán. Persígnate, el día ha nacido. ¡Partamos!

Empezamos la ascensión. A medida que subíamos, el aire se hacía más frío. Yo tiritaba. Apareció la nieve. Nuestros pies descalzos se hundían en su blancura helada, primero hasta los tobillos, después hasta las pantorrillas. Por la noche llegamos a la cumbre.

—¿Tienes frío? —me preguntó Francisco.

Mis labios estaban azules y rígidos; no podía hablar. Francisco me acarició la espalda con ternura:

—Piensa en Dios, pobre hermano León. Piensa en Dios y te calentarás.

Yo pensaba en Dios, no hacia otra cosa, pero no tenía por ello más calor. Al contrario... Y además tenía sueño, tenía hambre... *¡Ah, qué ganas tengo de acostarme sobre la nieve y de dormirme para siempre!* —pensaba—. *¡Estoy harto! No tengo vocación de héroe ni de santo... Haraganear, llamar a las puertas, hacer un alto en las tabernas, llegar, en fin, tranquilamente a Dios... ¡eso es lo que hubiera necesitado!*

Arrodillado sobre la nieve, Francisco rezaba. La noche cayó y el cielo se llenó de estrellas. Nunca las había visto yo tan grandes, tan centelleantes, tan cercanas. Oí a Francisco que decía:

—¿Dónde estás, hermano León? No te veo.

—Estoy aquí, cerca de ti...

—He oído decir que los ascetas de las montañas cavan pozos en la nieve y que se meten desnudos en ellos. Al cabo de un instante, según parece, el sudor corre por su cuerpo.

—Hazlo, si te place —dije, irritado—. Yo no soy un asceta.

Se desvistió, rodó por la nieve, entonó un himno. Después se envolvió en su hábito, se acostó y posó la cabeza sobre una almohada de hielo para dormir.

—Una multitud de demonios me atormenta. He rodado por la nieve para asustarlos —me dijo.

Pues yo estoy aquí por nada —iba a responderle, cuando Francisco abrió los ojos y se puso a temblar. Después extendió los brazos ante sí como para protegerse, se levantó de un salto y retrocedió dos pasos.

—¡Ahí está! ¡Ha vuelto! —gritó.

Miré. No había nadie.

—¿Qué ves? —le grité.

—Al mendigo, al mendigo de la capucha, con sus manos y sus pies agujereados. Tiene en la frente una llaga en forma de cruz y la sangre corre. ¡Ahí está!

Le abracé y le hablé en voz baja, para calmarle.

—¡Ahí está, ahí está! —volvió a gritar—. Me mira con desprecio, sacude la cabeza...

Sus ojos desorbitados miraban fijamente la nieve desierta. De pronto se estremeció de pies a cabeza:

—¡Ayuda! —gritó, castañeteando los dientes.

Le tomé en mis brazos para impedir que cayera.

—Llama a Dios, hermano Francisco, dile que le ahuyente.

Pero Francisco sacudió la cabeza:

—¿Y si fuera un enviado de Dios? —murmuró.

Se inclinó, recogió un puñado de nieve con intención de arrojárselo al extraño, pero renunció a su intento en seguida. Avanzó un paso y gritó:

—¡Hermano! ¡Habla! ¿Quién eres? ¿Quién te envía? ¿Por qué sacudes la cabeza?

Calló, como para escuchar.

—¡Déjame! —prosiguió—, ¡vete! Lucho con los demonios, ¿no tengo derecho? No soy un arcángel, soy un hombre y hay en mi una multitud de demonios. ¡Dios me asista, no te necesito, vete! ¿Para qué me muestras tus manos agujereadas? ¡Vete, te digo!

Lanzó frente a él la bola de nieve que tenía en la mano.

—No soy un ángel, no quiero ser un ángel —repitió.

Y estalló en una risa enloquecida:

—¡La ha recibido en plena cara! ¡Y se ha marchado!

Entonces se desplomó, arrastrándome. Siguió un largo silencio durante el cual se frotó las sienes con nieve.

—Querría pedirte algo —me dijo al fin—, pero te ruego que no tengas miedo. No soy yo quien hablará. Lo harán los demonios.

—Te escucho —dije. Los dientes me castañeteaban.

—¿Por qué creó Dios a la mujer? ¿Por qué tomó una costilla del hombre para crearla? ¿Y por qué el hombre, a lo largo de su vida, trata de unirse con la costilla que Dios le tomó? A fe mía, no sé si es Dios o son los demonios quienes hablan por mi boca. ¿Qué crees tú? El matrimonio, los hijos, ¿son de veras misterios sagrados?

Sus palabras me asustaron. Mientras hablaba, veía el sudor que corría por su frente. ¿Quién hubiera pensado que demonios de esa clase atormentarían alguna vez su carne?

—No te quedes mudo —continuó con angustia—, habla. ¿Habremos tomado un mal camino contrario a la voluntad de Dios? Es Él quien dijo: «Creced y multiplicaos, llenad la tierra».

—Hermano Francisco —respondí—, es el demonio de la carne, el demonio de pechos opulentos el que en este instante habla por tu boca.

Entonces lanzó un grito desgarrador, desató la cuerda que le servía de cinto y empezó a azotarse con rabia. Eso duró toda la noche.

Al alba se levantó. Desnudo, azul la carne de frío y por los golpes, empezó a alinear unos montoncitos de nieve.

—¿Qué haces, hermano Francisco? —grité, temiendo que hubiera perdido la razón.

—Lo verás dentro de un instante —me respondió, tratando de dar un aspecto humano a los siete montones de nieve que había formado. ¡Ya lo verás; ten un poco de paciencia!

En efecto, al cabo de un momento distinguí siete estatuas de nieve: una mujer de senos enormes, a su derecha; dos muchachos, a su izquierda; dos jovencitas, un hombre y una mujer tras ella.

Francisco se echó a reír.

—Mira, Francisco, mira, hijo de Bernardone, mira a tu mujer y a tus hijos y tras ellos mira a tu criado y a tu fámula... Toda la familia ha salido a pasearse y tú eres el Marido, el Padre, el Amo. ¡Tú caminas delante!

Pero su risa se cortó bruscamente y su rostro adquirió una expresión terrible. Era el instante en que el sol, apareciendo tras las montañas, las inunda de luz. A lo lejos, inmaterial, hecha de bruma matinal y de sueño, Asís nos llamaba.

Francisco levantó los brazos al cielo:

—¡Señor, Señor! —gritó con voz desgarradora—, ordena al sol que lance sus rayos sobre mi familia y la derrita para que me sienta libre de ella...

Se arrojó sobre la nieve y lloró. Me acerqué a él, le puse el hábito, recogí la cuerda manchada de sangre y se la anudé en torno a la cintura.

—Ven, ven, vayamos a la Porciúncula. Los hermanos encenderán fuego y nos calentaremos. Aquí corremos el riesgo de morir de frío. Ya lo ves, no estamos dispuestos para comparecer ante Dios.

Francisco tropezaba, su mano temblaba en la mía. El sol, cada vez más ardiente nos calentaba caritativamente. Parecía el ojo de Dios que nos miraba compasivo. Mientras lo contemplaba, me distraje un instante y dejé deslizar mi mano de la de Francisco. Dio dos o tres pasos, tropezó con una piedra y cayó. Corrí a levantarle. La cabeza le sangraba. Los pedazos de piedra habían abierto en su frente una herida profunda, en forma de cruz.

—¿Qué tienes, hermano Francisco, por qué tiemblas?

—¿Qué señal es ésta, en mi frente?

—Una cruz.

Movió la boca como intentando hablar, pero calló.

Tomé su mano y reanudamos silenciosamente la marcha.

¿Dónde podríamos encontrar fuerzas para bajar la montaña, atravesar la llanura,sin desfallecer, agotados como estábamos, de hambre, de frío, de tristeza? Asís se erguía contra el cielo, ahora harto real, hecha de piedra y cal. Distinguíamos claramente la ciudadela, sus torres, sus iglesias. Cada vez más cerca, la ciudad querida nos daba valor para avanzar por nuestro camino.

Francisco no podía verla, sus ojos supuraban sin cesar y le dolían.

—Está cerca... —le dije—. Ahora se ven sus torres, distintamente... Ahí está la cúpula de San Rufino...

Escuchándome, Francisco readquiría fuerzas.

—Tengo miedo, tengo miedo —repetía sin cesar—. Recuerda mi sueño... ¿Cómo encontraremos a los hermanos? ¿Cuántas almas se habrá llevado el gavilán? ¡Me apresuro para llegar más rápido y, sin embargo, deseo no llegar nunca!

El sol estaba a punto de desaparecer cuando llegamos a la Porciúncula. El corazón nos latía con violencia, como si fuera nuestra madre la que nos aguardara después de años de ausencia... Nos acercamos sin ruido, apartando suavemente las ramas. La puerta estaba abierta; el patio, desierto. No se oía nada... Nos inquietamos. ¿Dónde estaban los hermanos? Era casi de noche, ya debían estar de regreso. En el interior, la lámpara estaba encendida y el hermano Maseo, en cuclillas ante la chimenea, soplaba el fuego. Las ramas, demasiado húmedas, humeaban. Sofocado, Francisco empezó a toser. Maseo levantó la cabeza, le vio y se arrojó en sus brazos.

—¡Hermano Francisco, bienvenido seas! —exclamó, besándole las rodillas, y los hombros—. Nos dijeron que habían muerto, allá, en el país de los árabes. Los hermanos ya no se entendían, no querían vivir juntos y se dispersaron... Elías se fue con la mayoría, todos los nuevos; recorren con él las aldeas para reunir oro y construir con él, según dicen, una iglesia. Bernardo y Pedro se retiraron a la selva a rezar y el padre Silvestre predica en las chozas de los alrededores con los antiguos hermanos. A veces

regresan aquí, y después parten de nuevo... Me he quedado solo. Vivo aquí, enciendo el fuego y te espero... ¡Sé mil veces bienvenido, hermano Francisco!

Francisco se sentó ante la chimenea, silencioso. Miraba cómo el fuego devoraba la leña, y tendía sus palmas al calor, y de cuando en cuando murmuraba quedamente:

¡¡Hermana llama... hermana llama...». Después callaba de nuevo.

—No dices nada, hermano Francisco —dijo Maseo, que tenía sed de oír una voz hermana—. ¿Quieres que vaya a buscar a los hermanos? No puedo permanecer más tiempo inactivo. Ordena.

—¿Qué decir, hermano Maseo? —respondió Francisco—. Espero aquí, junto al fuego. Una voz en mí me dice que espere.

Hice calentar agua y lavé los pies de mi compañero. Después, con un paño limpio, empapado en agua tibia, le limpié los párpados que la legaña impedía abrir.

Callábamos. La presencia de Francisco junto a nosotros, en nuestra casa, nos tranquilizaba. Maseo y yo sentíamos el corazón lleno de profunda serenidad. Fuera, un viento violento se había levantado. Los árboles, azotados, gemían. Muy lejos ladraban los perros. Maseo había puesto la marmita sobre el fuego y nos preparaba la comida. Durante nuestra ausencia había vivido de la venta de cestos trenzados con los juncos y los mimbres que cortaba al borde del río. Así se ganaba el sustento trabajando. Francisco, con las manos siempre ante el fuego, como en oración, se sumergía —podíamos verlo por su expresión— en una indecible dulzura. Había olvidado el mundo real y por un instante me pareció ver que se elevaba sobre el suelo. Había oído decir que cuando los santos piensan en Dios su cuerpo puede vencer la gravedad y permanecer suspendido en el aire. Después le vi descender a la tierra y posarse tranquilamente, con la espalda curvada, ante la chimenea.

La noche avanzaba, ninguno de nosotros hablaba, nos sentíamos felices.

De pronto alguien llamó a la puerta.

—Debe ser uno de los hermanos —dijo Maseo—. Abriré.

Se levantó. Su cuerpo inmenso casi tocaba el techo de cañas. Abrió la puerta y exclamó:

—¡Oh, qué quieres! Ninguna mujer puede venir aquí. Este lugar es sagrado...

Sorprendido, me levanté a mi vez. Una mujer, cubierta de la cabeza a los pies, permanecía en el umbral. No distinguía más que sus ojos.

—Déjame entrar. Es absolutamente necesario que vea al hermano Francisco —dijo.

El sonido de esa voz, que yo había reconocido, conmovió a Francisco. Hundió su rostro entre las manos, como queriendo ocultarlo.

—Hermano —le dije en voz baja—, es Clara.

—No quiero verla —gimió, espantado, tomándome del brazo—¡Ten piedad de mí! ¡No quiero verla! ¡Hermana llama! —murmuró en seguida,

volviéndose hacia el fuego—. ¡Está hecha de nieve, transfórmala en agua! Transfórmala en agua para que se vaya y se vierta en el océano de Dios…

Pero la joven ya había entrado. Se arrodilló a los pies de Francisco y descubrió su rostro. El mantenía el suyo oculto entre las manos.

—Padre Francisco —dijo la joven con voz infinitamente dulce y quejosa—, padre Francisco, ten piedad. Levanta los ojos y mírame.

—Si eres de verdad la noble Clara, hija del conde Scifi, si quieres a Dios y Si Le temes, retírate.

Bajó las manos y su rostro apareció enflaquecido, socavado por el sufrimiento, manchado de la sangre que le manaba de los ojos.

—Si no te repugna, mira. Estoy ciego y, alabado sea el Señor, no puedo verte.

—¡No! ¡No levantaré mis ojos hacia ti —dijo la joven, apoyando la frente en los pies de Francisco—, y no quiero que me mires. Sólo escúchame…

Francisco hizo la señal de la cruz.

—En nombre del Crucificado, te escucho.

—Padre Francisco —empezó la joven, y su voz era profunda y resuelta— , ¿recuerdas el día en que te encontré, harapiento, en una calleja de Asís? Desde entonces mi alma no puede vivir en mi cuerpo. Ansía escapar de él. Me he derretido como la cera.

Si me vieras, padre Francisco, tendrías miedo. Pero si vieras mi alma, te sentirías dichoso. Porque mi alma camina descalza; su túnica es gris como la tuya, con una capucha y una cuerda. No siento ya ninguna alegría viviendo con mis padres y mis amigos, entre los hombres. El mundo se ha vuelto demasiado estrecho, quiero partir… Córtame los cabellos, padre Francisco, y arrójalos al fuego. Envuélveme en un hábito, anuda la cuerda en torno a mi cintura. Quiero irme al desierto y subirme a lo alto de una roca, como los vencejos. Lejos, muy lejos de la tierra…

Trinaba como un pájaro. Maseo y yo llorábamos, con los ojos bajos. ¡Con qué ardor el alma humana puede aspirar a Dios! Francisco escuchaba a Clara y su rostro era de piedra. La joven, a sus pies, los cabellos llenos de cenizas de la chimenea, se detenía de cuando en cuando y esperaba que Francisco hablara. Pero Francisco permanecía mudo y su rostro se endurecía cada vez más.

—Francisco, hermano Francisco —gritó la muchacha—, no te apartes de mí, no te irrites contra mi. ¿No llamas a las almas cantando y bailando en la calle? ¿No les gritas: «Acudid, soy el camino que lleva a Dios»? Y bien, he oído tu voz, he abandonado a mi familia, mi casa, mi fortuna, he renunciado a mi juventud, a mi belleza, a la esperanza de ser madre un día, y he acudido. Tuya es la culpa. Lo quieras o no, has de escucharme. Hoy me he despedido del mundo. Después de ponerme mis vestidos más ricos, de peinar mi pelo rubio, de adornarme con mis aros y mis brazaletes de oro, fui a la iglesia. Quería que el mundo viera mi belleza por última vez y, por última vez, quería ver su fealdad. Después fui a casa de mis amigas. Mis risas y la alegría que iluminaba mi rostro las sorprendieron: «¿Qué te ocurre, Clara, para que estés tan contenta?», me preguntaban. «¿Te casas?» Y yo les respondía: «Si, me caso y mi prometido es más hermoso que el sol y más

poderoso que el rey». «¿Y cuándo son las bodas?» «Esta noche», respondí riendo, «esta noche...» Volví a casa y me despedí de mi padre, de mi madre, de mis hermanas... Les miré largamente, en silencio. Ya oía los lamentos que estallarían cuando advirtieran mi huida y cuando me buscasen en vano. Porque... ¿cómo podrían descubrirme en los brazos de Dios? Al caer la noche, salí de la casa sin ruido y me puse en marcha. Volando atravesé el bosque y pasé frente a San Damiano. Aquí estoy en tu santa morada, padre Francisco. Me has llamado y he acudido.

—¿Yo? ¿Yo te he llamado?

—Tú, padre Francisco. Ayer, en la noche, mientras dormía... Sabes bien que si el cuerpo reposa durante el sueño, el alma vela. Te he oído llamarme por mi nombre. Te habías detenido bajo mi ventana, como antaño, y me llamabas: «¡ven, ven!». Entonces he acudido...

Francisco lanzó un gemido. Se levantó, pero se calmó en seguida. Buscó a su alrededor, encontró una rama y la arrojó al fuego. Después, ocultando otra vez el rostro entre sus manos, permaneció largo rato en silencio.

La joven esperaba en vano que hablara. Al fin, irritada, irguió el busto y se sentó sobre sus talones, con los puños apretados.

—Padre Francisco —dijo—, he hablado largamente, he vaciado mi corazón a tus pies. ¿Por qué no me respondes? ¡Tienes el deber de hacerlo!

No se oía nada, sino el ruido de la puerta que el viento furioso sacudía.

Francisco nos buscó a Maseo y a mí a través de sus párpados semicerrados:

—Hermano León, hermano Maseo, ¡venid junto a mí! —dijo con voz inquieta, como si corriera un grave peligro.

Tomó un puñado de cenizas y se frotó con rabia el pelo y el rostro. Sus ojos se llenaron de polvo.

—¿No tienes piedad de ella, Francisco? Deja de atormentarla —dije.

—¡No! —respondió.

Era la primera vez que distinguía tanta dureza y amargura en su voz. Su mano dejó mi espalda.

—¡No! —repitió—. ¡No, no, no!

La joven se sobresaltó, frunció el ceño y su rostro se endureció. La raza orgullosa de su padre despertaba súbitamente en ella, herida.

—No te imploro —dijo—. Escúchame, tan sólo. Proclamas en las ciudades y las aldeas que has de salvar el mundo. Tienes, entonces, el deber de ayudarme. Si te niegas, mi alma colgará de tu cuello y naufragarás con ella en el Infierno. Levántate, hermano Francisco, dame la túnica gris que te pido, córtame la cabellera y arrójala al fuego, como un haz de ramas. Después, alza la mano sobre mi cabeza rasurada y bendícela, llamándome hermana Clara.

Francisco se levantó y se dirigió hacia la puerta como si quisiera huir. Maseo y yo nos aprestamos a cortarle la salida. Francisco temblaba violentamente. Lo mismo le ocurría cada vez que debía tomar una gran decisión, contra su voluntad. Pero volvió vacilando sobre sus pasos y se

apoyó contra la chimenea. El reflejo de las llamas incendiaba su rostro. Su voz se elevó, desgarradora y socarrona:

—Tú, la joven condesa, la hija del poderoso Favorito Scifi, ¿puedes caminar descalza?

—Sí, puedo —respondió la joven con voz firme.

—¿Puedes resistir el hambre? ¿Puedes llamar a las puertas para pedir limosna?

—Puedo.

—¿Puedes lavar a los leprosos y besarles la boca?

—Puedo.

—¿Puedes, hermosa como eres, resignarte a volverte horrible y aceptar que los niños de la calle te persigan llamándote bruja y gibosa? ¿Y puedes, en vez de sufrir, alegrarte por haberte convertido en bruja gibosa por el amor de Cristo?

—Puedo, puedo —repitió la joven levantando la mano como para prestar juramento.

—¡No, no puedes!

—¡Puedo! La hija del conde Scifi puede prescindir de su bienestar y aceptar la pobreza y las burlas. Lo que otros pueden, también ella lo hará.

—Las mujeres no me inspiran confianza —siguió Francisco—. La serpiente de Eva les lame las orejas y los labios desde hace siglos. No me induzcas en tentación. Pronto otras mujeres te rodearán, subirán al techo de tu convento para mirar a los hermanos y los hermanos subirán al techo del suyo para miraros... No, levántate y vuelve al seno de tu familia, no queremos mujeres aquí.

—La mujer es una criatura de Dios. Tiene un alma, como los hombres, y desea salvarla.

—Para vosotras, el camino que lleva a Dios es diferente. ¡Debéis casaros, traer hijos al mundo y hacer que florezca vuestra virtud, no en la soledad, sino en el corazón del mundo!

—No se pueden poner límites a la virtud. La virtud debe florecer y dar frutos en cualquier parte. Ama la soledad más que toda cosa.

—La inteligencia, en las mujeres, es la Insolencia. ¿Quién te ha enseñado a encontrar respuesta a todo?

—¡Mi corazón!

Francisco se apartó de la pared en que se apoyaba y se puso a recorrer el cuarto con paso inseguro. Corrí a tomarle la mano.

—¡Déjame, no me toques! —gritó.

Y bruscamente, de un salto, se encontró frente a la chimenea. Tomó un puñado de cenizas, lo puso pesadamente sobre la cabeza de la joven, le frotó el pelo, el rostro, la nuca y le llenó con él la boca. Sus labios se agitaban, murmuraban algo, pero ninguno de nosotros pudimos distinguir una sola palabra. Era sucesivamente un gruñido, un gemido, un balido, un aullido de lobo... Pero poco a poco su voz volvió a ser la de un hombre, y en el silencio estremecedor se oyeron dos palabras, dos palabras tan sólo:

—¡Hermana Clara!

El fuego se reanimó en la chimenea, iluminando los rostros de Francisco y de Clara, llenos de ceniza.

La lámpara crepitó, su luz se aminoró. Pero nadie se levantó para echarle aceite.

Estábamos todos como petrificados. Entonces, en la sala oscura donde bailaban los reflejos del fuego, la voz de Francisco se alzó nuevamente, serena, perfectamente humana y de una dulzura infinita:

—¡Hermana Clara, bienvenida seas!

De boca en boca, la noticia del regreso de Francisco se difundió rápidamente por Asís y las aldeas vecinas. Se decía que había hecho prodigios en el país de los árabes.

El sultán se había convertido al cristianismo y había entregado Damieta a los soldados de Cristo. Los hermanos dispersados, al saber que Francisco había vuelto, roídos por el remordimiento, se pusieron en marcha para volver al redil. Francisco los recibió con los brazos abiertos. La Porciúncula se llenó. Hubo que cortar ramas y construir nuevas chozas. Bernardo y Pedro llegaron con los ojos semicerrados, todavía sumidos en la plegaria; Juan de Capebla apareció mudo, descubierto... El hermano Pacifico llevaba su laúd en bandolera. Elías, por fin, llegó seguido de sus fieles. Imponente, las cejas como matorrales, la tez rasurada, llevaba un gran libro en la mano.

—Hermano Francisco —dijo—, Dios te ama infinitamente. Te ha dejado la vida para que puedas llegar a la cumbre. Pero me parece que tus pies tienen que recorrer todavía no pocos caminos...

—La cumbre del hombre, hermano Elías, es Dios. Sábelo. Y sólo podemos alcanzar esa cumbre al morir.

—Te pido perdón, pero en mi opinión sólo podemos alcanzar la cumbre cuando estamos vivos —respondió Elías.

Un grave conflicto se anunciaba. Los hermanos callaban, esperando su estallido.

Durante tres días, Francisco interrogó a los hermanos para saber qué camino había tomado cada uno durante su ausencia. Algunos habían ido a Bolonia para predicar, pero interrogados por sabios teólogos, se habían sentido humillados al no saber responder y por despecho habían fundado en esa ciudad orgullosa una escuela en que los jóvenes hermanos iban a estudiar las Santas Escrituras, O sea que ya no predicaban, ni rezaban, y trabajaban menos aún. Se pasaban los días y las noches meditando sobre libros enormes.

Francisco escuchaba con el corazón lleno de tristeza e indignación.

—Nos extraviamos —decía—. El campo en el que hemos sembrado el trigo se cubre de impúdicas amapolas y de ortigas. ¿Quiénes son estos eruditos, estos bobos que se han metido en nuestro redil? No necesito cultura ni sabiduría. El espíritu es la trampa de Satanás, mientras que el corazón es la cuna de Dios. ¿Qué será de nosotros, hermano León? ¿Adónde vamos?

Al día siguiente advirtió a un novicio que no conocía. Era un hombre joven, pálido, con las mejillas hundidas y ojos enormes. Inclinado sobre un libro, leía ávidamente y se veía claramente que nada existía para él, ni Dios, ni los hombres.

Francisco se acercó y le tocó el hombro.

—¿Cómo te llamas?

—Antonio.

—¿De dónde vienes?

—De Portugal.

—¿Quién te ha dado permiso para poseer un libro?

—El hermano Elías —contestó el novicio, apretando el libro contra su pecho.

Pero Francisco extendió la mano y tomó el libro.

—¡Pues yo te niego ese permiso! —exclamó, encolerizado.

Y lanzó el libro al fuego. Después, viendo que el novicio miraba las llamas con lágrimas en los ojos, sintió piedad por él.

—Escucha, hijo mío —le dijo—. Cuando yo era niño, todos los años, para las Pascuas, asistía a la resurrección de Cristo. Alrededor de Su tumba, los cristianos lloraban golpeando la tierra desesperadamente. Y mientras llorábamos, de repente, la lápida estallaba. Cristo salía de la tierra con su estandarte blanco en la mano y subía al cielo sonriéndonos. Un año, un gran teólogo de la universidad de Bolonia subió al púlpito de la iglesia y se puso a comentar largamente la resurrección. Su interminable sermón nos había dado vértigo. Y bien, ese año fue el único, te lo aseguro, en que la lápida no se rompió y no vimos la resurrección.

El novicio se animó:

—Por mi parte, hermano Francisco, si no me explico cómo y por qué Cristo resucitó, no veo la resurrección. Sólo confío en el espíritu humano.

Francisco se encolerizó:

—¡Eso os perderá! ¡Y nunca veréis la resurrección! ¡Tratar de saber cómo y por qué! ¡Maldita sea la razón humana!

El hermano Egidio escuchaba. Lo que decía Francisco le gustaba y se ponía la mano ante la boca para sofocar su risa. Cuando tomé el brazo de Francisco para guiarle. se nos acercó:

—Dios habla por tu boca, hermano Francisco —dijo—. Te escucho y en mi tus palabras se transforman en seguida en actos. Un domingo. mientras no estabas aquí, ese mismo novicio me preguntó si podía ir a Asís para decir un sermón en San Rufino. «Te lo permito con placer», le dije, viendo el montón de hojas manuscritas que llevaba bajo el brazo, «pero con una condición: has de subir al púlpito y has de gritar en él: ¡beee, beee!, como un cordero». Creyendo que me burlaba de él, el novicio enrojeció de cólera y ocultó rápidamente en su pecho su esbozo de sermón: «Hermano Egidio», me dijo, «no soy un cordero, sino un hombre. No balo, hablo. Dios concedió al hombre el gran privilegio de la palabra».

—¿Y qué le respondiste? —preguntó Francisco viendo que Egidio vacilaba.

—Para confesarte la verdad, hermano Francisco, no supe qué decirle. Me puse a toser y aprovechando que Gennadio entraba cargado de leña, me escapé con el pretexto de ayudarle.

—¡Hay una respuesta mejor! —dijo Francisco riendo—. Ya lo verás. Ven, hermano León.

—¿Dónde vamos, hermano Francisco? —pregunté, temiendo que me hiciera trepar de nuevo a la cima de alguna montaña cubierta de nieve.

—A casa de la nodriza de Satanás —contestó—. A Bolonia.

Y poco después agregó:

—Entra agua en nuestra embarcación, y temo que naufrague. ¡Bolonia, Bolonia!... Eres tú la que devorarás a la Porciúncula.

No caminábamos, corríamos. Los manzanos y los perales estaban en flor. Las primeras amapolas brillaban en los campos. Pequeñas margaritas amarillas cubrían la tierra. Un viento tibio, favorable a los retoños, soplaba animando mi corazón. Sin saber por qué, en esos días primaverales pensaba en Clara. Me alegraba que Francisco, abogando por ella ante el obispo, hubiera obtenido para ella la iglesia de San Damiano como retiro. Una mañana llegamos a Bolonia. Era una ciudad majestuosa. Las calles estaban llenas de gente y había banderas rojas frente a las tabernas. En el mercado se acumulaban las legumbres y los frutos, a la espera de compradores. En sus caballos, cuyas cabezas estaban adornadas de plumas multicolores, hermosas mujeres se paseaban lentamente.

Tomamos una calle estrecha que nos llevó a una plaza llena de árboles. Francisco se detuvo, y después de buscar a su alrededor, se dirigió hacia una casa y llamó a la puerta. Era la Escuela de Teología, que había fundado Elías con ayuda de algunos de los hermanos nuevos. Entramos en una vasta sala amueblada con una larga mesa ante la cual leían cinco o seis hermanos. Las paredes estaban cubiertas de mapas y de estantes, cargados de libros.

—¡Eh, apóstatas! —tronó Francisco—. ¿Qué hacéis? ¿Qué son esos instrumentos diablo? ¿No tenéis vergüenza?

Los hermanos se sobresaltaron. Francisco iba de uno a otro, cerraba los libros y gritaba:

—¡Cuidado, hermanos apóstatas! Olvidáis lo que dijo Cristo: «Bienaventurados los pobres de espíritu». Dios me ordenó ser simple e ignorante. Me tomó de la mano y me dijo: «Ven, te llevaré al Cielo por el sendero más corto. Por tu parte, coge a tus hermanos y guíalos». He cumplido la orden, pero os habéis escapado de mis manos, prefiriendo tomar el camino que lleva a Satanás. ¡Levantaos! Tomad los libros de sus estantes y amontonadlos en medio del patio. Tú, hermano León, corre a buscar fuego. Y vosotros salid de aquí y regresad prestamente a vuestra madre, la Porciúncula. En nombre de la Santa Obediencia, ¡marchaos de aquí!

Amontonó los libros, los mapas y los viejos manuscritos en medio del patio. Yo había encontrado una tea encendida.

—¡Dame nuestra hermana llama! —dijo Francisco.

Después se inclinó, encendió el montón y se persignó:

—¡En nombre de Cristo. en nombre de la Santa Humildad y de la Santa Pobreza!

Preguntó:

—¿Cuántos sois aquí?

—Siete.

—Sólo veo a seis. ¿Dónde está el séptimo?

—En su celda. Está enfermo.

—¡Traedle sobre vuestros hombros y partid con él!

Cuando todo se hizo según sus órdenes, cuando los seis hermanos se pusieron en marcha con el séptimo a cuestas, cuando no quedó en medio del patio sino un montón de ceniza, Francisco tomó un puñado de ella y. mostrándomela en sus manos abiertas, se dirigió a mi:

—Mira, hermano León, y lee: ¿qué dice este libro?

—Que la ciencia no es sino ceniza —respondí—. Ceniza y nada... Como dijo el extraño monje vestido de blanco que encontramos en Roma.

—¿Eso es todo? ¿No ves nada más? ¡Mira! Aquí, al pie de la segunda página...

Fingí leer: «Dios se inclinó, divisó la tierra y lanzó un grito. Llama, llama, hija mía, la tierra toda está podrida, su hedor sube hasta lo alto del cielo. ¡Baja. pues, y redúcela a cenizas!»

—No, no —dijo Francisco. asustado—. No dice que debe reducirse a cenizas. Dice: «Baja y purifícala».

Francisco tenía prisa por volver a la Porciúnct¡la. Estaba nervioso, taciturno y parecía a punto de lomar una gran decisión. Al día siguiente, por la mañana, me despertó en la gruta donde habíamos pasado la noche. Le vi como trastornado...

—¡Hermano León, he tenido un sueño, un sueño horrible! ¡Levántate rápido!

—¿Qué sueño?

—El pastor ya no es el mismo. Las ovejas bajan a la llanura, hacia ricas praderas... Están gordas...

—No comprendo...

—Las ovejas bajan a la llanura, pero nosotros no queremos engordar. Nos quedaremos en la montaña y comeremos piedras.

—Perdóname, hermano Francisco, sigo sin comprender.

—Bailaremos, golpearemos las manos y Dios se distraerá mirándonos. ¿Estás de acuerdo, hermano León?

Al atardecer llegamos a la Porciúncula. Todos los hermanos, reunidos, escuchaban a Elías, que hablaba. Reteniendo el aliento, nos disimulamos tras los árboles para escuchar sus palabras.

—Hermanos —decía—, os lo he dicho ya varias veces, nuestra orden ya no es una niña. Ha crecido y sus ropas viejas no le quedan bien. Necesita ropas de persona mayor. La perfecta Pobreza era buena antes, cuando, poco numerosos, los primeros hermanos abrían el camino. Caminaban descalzos, se saciaban con un pedazo de pan, se refugiaban en una choza. Pero ahora, alabado sea el Señor, nos hemos convertido en un ejército. La perfecta Pobreza es un obstáculo en nuestro camino. Debemos construir iglesias, conventos, enviar misioneros hasta el otro extremo de la tierra, alimentar, vestir y cobijar a millares de hermanos. ¿Cómo realizar eso practicando la perfecta Pobreza?

Tomé la mano de Francisco. Temblaba.

—¿Oyes? —susurró—. ¡Quieren ahuyentar a la noble Pobreza de su morada!

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Estaba a punto de intervenir, pero le contuve.

—¡Calla, hermano Francisco, calla para que podamos oírlo todo! ¡Paciencia!

La voz de Elías se hacia cada vez más poderosa:

—El Amor perfecto es también un obstáculo. Los primeros hermanos cantaban y bailaban en la calle, los chiquillos les perseguían a pedradas, les daban golpes, y ellos besaban la mano que los hería. A eso llamaban Amor perfecto. Se puede golpear a un niño, pero no a un ejército. El Amor perfecto. según nosotros, no depende de un pañuelo para enjugar las lágrimas, sino de una espada para gobernar a los justos y castigar a los culpables: es un Amor armado. Vivimos entre los lobos, ¡no seamos pues corderos, hermanos, sino leones. ¿Cristo no es un león?

»La perfecta Simplicidad no nos conviene tampoco. El espíritu es un gran don que Dios ha otorgado al hombre y que nos distingue de los animales. Es deber nuestro, pues, velar por el enriquecimiento de nuestro espíritu. Para ello fundaremos escuelas donde los hermanos puedan instruirse. Dejaremos de ser la irrisión del mundo. El corazón es un gran don de Dios, pero es mudo o ¡más bien no se digna hablar, mientras que el espíritu está armado con una espada que se llama el Verbo y que es el hijo de Dios. Somos los soldados de Dios, y no sus juglares. Y nuestra arma más eficaz, la más segura, debe ser el Verbo. Rindamos homenaje al hermano Francisco, que alimentó nuestra orden cuando estaba en su cuna, pero ahora ha terminado su misión. Nuestra Orden ha crecido y después de expresar su reconocimiento a su padre, debe abandonarlo para seguir adelante.

Mientras Elías hablaba, Francisco temblaba de indignación, dispuesto a saltar. Pero yo le retenía fuertemente por el brazo.

—¡Paciencia! —le repetía—. Déjale terminar, veamos adónde llega...

—El sueño.., el sueño... —murmuraba Francisco—. Que Dios nos ayude...

Los hermanos se pusieron a aplaudir lanzando gritos de aprobación. Francisco no pudo contenerse. De un salto estuvo en el umbral. Al verle, los hermanos quedaron petrificados. Se alejaron de Elías, al que acababan de

abrazar, dejándole solo en medio de la sala. Elías llevaba un cayado más alto que él mismo. Francisco se acercó:

—Hermano Elías —dijo con voz temblorosa—, ¿dónde encontraste ese cayado?

Elías fingió no comprender.

—Hermano Francisco —dijo—, decía a los hermanos…

—Si, lo he oído. Pero te hablo del cayado. ¿Dónde lo encontraste?

—No lo sé. Ocurrió como en un sueño. Esta mañana dormía, con la cabeza apoyada sobre una piedra, cuando un monje que nunca vi, pero que se te parecía asombrosamente, hermano Francisco, se acercó, hundió este bastón en la tierra, cerca de mí, y desapareció… ¿Eras tú, acaso?

—¡Era yo, y maldita sea mi mano! Era yo, hermano Elías. Dormía como tú… ¡Pero no, no era yo! ¡Era otro, y bendita sea su mano!

Elías miraba a Francisco, que deliraba, y sonreía con compasión. Varios hermanos trataban de contener su risa.

—Ya no sabe lo que dice —murmuró alguien detrás de mí.

—Cállate —dijo otro—. Ten piedad de él, pobre…

Bernardo, Pedro y el padre Silvestre se acercaron a Francisco. Los antiguos hermanos permanecieron inmóviles. Tras ellos, los novicios callaban, confusos. Francisco recorrió su grupo y los bendijo con la mano alzada. Su rostro estaba muy pálido y lleno de tristeza. Se mordía los labios para no llorar. Cuando por fin terminó de bendecirlos pidió que le llevaran un escabel para sentarse, porque estaba fatigado y quería decir unas palabras. Maseo corrió a buscárselo.

Francisco se sentó, ocultó el rostro en sus manos y permaneció así un largo rato.

Las venas de sus sienes se hincharon. Hice señas a Gennadio para que le llevara un poco de agua. Francisco bebió dos tragos y suspiró:

—Hermana agua, bendita seas —dijo.

Después reunió sus fuerzas, se levantó, abrió los brazos y habló con voz entrecortada, que apenas oíamos:

—Hermanos, hermanos… Dios me confió un puñado de semillas y salí para sembrarlas. Después levanté las manos y Le supliqué que enviara la lluvia. Y envió la lluvia.

»Entonces Le supliqué que enviara el sol para que crecieran las semillas, y envió el sol, y las semillas crecieron. El campo se puso verde. Me incliné para ver qué clase de semillas me había confiado Dios y vi que entre las espigas de trigo se abrían vanidosas amapolas. «Es la voluntad de Dios», pensé. «Las amapolas son hermosas: rojas, con una cruz negra en el corazón. Y la belleza es un alimento para los hombres, como el trigo: benditas sean las amapolas». Mis hermanos, espigas de trigo y amapolas, esta noche tengo algo grave que deciros. Escuchad. Creo que el hermano Elías tiene razón, mi tarea ha terminado. He sembrado, que otros vengan a regar, a segar, a cosechar. Yo no he nacido para las siegas ni para las cosechas. He nacido para labrar la tierra, sembrar y desaparecer.

»No quería partir, os lo juro. Os amo, hermanos, sufro mucho al tener que abandonar vuestra hermandad, pero esta noche Dios ha venido a hablarme durante mi sueño. No Lo vi, pero oí Su voz: «Francisco, has hecho lo que has podido, ya no puedes hacer más. Ve a la Porciúncula y verás en ella a un hermano con un cayado más alto que él mismo».

La voz de Francisco se extinguió. Todos esperaban, boquiabiertos. Elías dio un paso hacia Francisco, pero éste le detuvo con una mirada severa.

—Juro que nunca pensé en este hombre —dijo Francisco—. Perdóname, Dios mío, pero le creo peligroso. Sus virtudes son opuestas a las que fueron base de nuestra orden y la consolidaron: la Pobreza perfecta. el Amor perfecto, la Sencillez perfecta son desconocidas para él. Nació conquistador y esas virtudes no le sientan. Más bien había pensado en el hermano Bernardo, el solitario, o en el señor Pedro. o en el padre Silvestre. Ellos habrían guiado el rebaño de Cristo a las praderas que le convienen: a las tierras áridas, las santas piedras, la zarza que arde y no se consume. Ellos eran mis elegidos... Pero Dios ha preferido a otro. ¡Hágase Su Voluntad! No te acerques, general Elías, te llamaré cuando mi pesar se apacigüe y pueda posar sobre tu cabeza manos que no tiemblen y no ardan de indignación, manos frescas como el amor.

Cruzó los brazos, alzó el rostro y sus manos empezaron a supurar de nuevo. Tenía el bigote y la barba llenos de sangre. Sufría, pero se mordía los labios para contener su intenso dolor.

—Señor —murmuró—, no comprendo, pero no quiero preguntar. ¿Quién soy para preguntarte? No me opongo a Tu voluntad. ¿Quién soy para oponerme? ¡Tu voluntad es un abismo! No puedo bajar al fondo de ese abismo para examinarlo. Tú ves millares de años delante de Ti y puedes juzgar. Lo que el pequeño espíritu del hombre toma hoy por una injusticia, quizá, al cabo de millares de años, sea la salvación del mundo. Y si hoy lo que nosotros llamamos injusticia no existiera, la Justicia no florecería acaso nunca sobre la tierra.

A medida que Francisco hablaba, su rostro se iluminaba como si hiciera ese razonamiento por primera vez y su corazón se calmara. Sonrió, y volviéndose hacia Elías le hizo señas de que se acercara. Este último obedeció, apretando fuertemente el cayado con su puño.

—Hermano Elías —dijo Francisco con voz dulce—, inclínate, he de bendecirte. Mira, mis manos son frescas, no tiemblan...

Puso las dos manos sobre la cabeza de Elías.

—Hermano Elías, Dios es insondable —dijo, y su voz era grave—. Distribuye a su antojo la oportunidad. Su medida no es la nuestra y Su pensamiento es tal que si el espíritu del hombre se acerca a Él, queda en seguida reducido a cenizas. ¡Dame el cayado!

Elías vaciló un instante. Apretó fuertemente el bastón y lo retuvo contra su cuerpo.

Pero Francisco tendió la mano y dijo con autoridad:

—Dame el cayado.

Elías, bajando la cabeza, se lo entregó.

—Hermano Elías —continuó Francisco con la misma voz calmada y profunda—. Dios me ha ordenado, y obedezco. Señor, si he interpretado mal Tu voz, manifiéstate. El cielo está puro, lanza en él el trueno, da un golpe en la puerta. córtame la mano antes de que la pose sobre su cabeza.

Calló y esperó. Nada. Entonces, Francisco sacudió vivamente la mano y exclamó:

—Hermano Elías. te confío a mis ovejas. Condúcelas a donde Dios te ordene. Gobiérnalas como Dios te aconseje. Ya no es a mí a quien darás cuenta, sino a El. Yo sólo puedo una cosa: darte mi bendición Y te bendigo. Toma tu cayado, ponte a la cabeza del rebaño y marcha...

Brotaron lágrimas de sus ojos, que se mezclaron a la sangre que le corría por las mejillas. Miró a los hermanos a su alrededor, uno tras otro, como si los viera por primera vez.

—Perdón, hermanos, lloro —dijo, enjugándose el rostro con la manga de su hábito—. No sabia que la separación fuera tan amarga. Pero no estéis tristes, porque no os dejo del todo: siempre estaré cerca de vosotros, mudo e invisible. Y vosotros, los inseparables... Tú, santa y noble dama Pobreza, esposa mía, que caminas descalza, harapienta, hambrienta... Tú, santo y noble Amor, que vas sin espada y sin pañuelo para secarte las lágrimas... Y tú, santa y noble dama Sencillez, que respondes siempre sonriendo: «¡No sé!...» Os ruego que no abandonéis a mis hermanos, ayudadles a resistir. Como perros vigilantes, recorred el rebaño sin cesar y velad para que ninguno de ellos se aparte del camino.

Calló, pero todavía tenía algo que decir, porque volvió a mirarnos sonriendo:

—Si debiéramos elegir un pájaro que sirva de emblema a nuestra Orden, ¿cuál elegiríais, hermanos? No el águila, hermano Elías, no el pavo real, hermano Capelba. Tampoco el ruiseñor, hermano Pacífico, ni la paloma salvaje, hermano Bernardo. Tampoco el becafigo, hermano León... Pero si la alondra.

Y sin dejar de sonreír, se puso a cantar alabanzas de la alondra:

—Nuestra hermana la alondra lleva una capucha como nosotros, sus alas son del mismo color que nuestro hábito: el de la tierra. Vuela de rama en rama, baja al borde del camino para buscar en él un grano de trigo. Todas las mañanas, mientras canta, sube muy alto en el cielo, ebria de luz, y se pierde en él. Después de acercarse a Dios, vuelve al suelo como una minúscula mota de tierra: así es como nuestra hermana la alondra dice su oración.

Elías alzó la mano para indicar que deseaba hablar.

—Hermano Francisco —dijo—, el sembrador recoge ya en el momento en que siembra, porque se felicita en su imaginación por la cosecha futura. Tú eres dichoso, porque has terminado perfectamente la misión que Dios te había confiado: has sembrado y ahora, tranquilo y con pleno derecho, dejas el cayado en otras manos. Y cuando comparezcas ante Dios, tus brazos estarán llenos de espigas. Hermano Francisco, te juro que haré del sendero que trazaste para unos pocos un amplio camino por donde circularán millares de hermanos. Las virtudes que fueron las bases de nuestra orden

serán difundidas, para que un día puedan gozar de ellas no unos pocos, sino millares. Y de la humilde Porciúncula haré la fortaleza y el palacio de Dios. Te lo Juro.

Dijo, y ordenó que llevaran dos escabeles ante la chimenea. Hizo sentar a Francisco en uno, se sentó él mismo en el otro, y uno por uno, primero los hermanos, después los novicios, los miembros de la hermandad desfilaron ante ellos besándoles las manos.

Francisco parecía tranquilo y triste. Elías resplandecía, triunfante. En sus labios, en sus ojos, en su mentón enérgico, se leía la fuerza...

IX

A la mañana siguiente, Francisco se inclinó y besó el umbral de la Porciúncula.

Después buscó mi mano y cuando la encontró me dijo:

—Partamos, partamos, mi pobre hermano León. Nos expulsan.

A lo largo del camino tropezaba sin cesar y yo le asía muy fuertemente de la mano, por temor de que diera contra un árbol. Llegamos a la choza de ramas que había construido en otro tiempo con sus propias manos, en el bosque. Se sentó en el suelo, miró a su alrededor y lanzó un grito desesperado:

—Hermano León, ya no veo nada! ¡El mundo se ha oscurecido! ¿O es que me he quedado del todo ciego?

—Voy a buscar al padre Silvestre —le dije—. Conoce muchos remedios y he oído decir que cura también la enfermedad de los ojos.

—No, hermano León, déjame. Me siento bien en la oscuridad. No veo el mundo, pero veo mejor a Aquel que lo hizo.

Calló. Los dolores eran cada vez más insoportables. Para olvidarlos un poco trató de pensar en otra cosa.

—Ven a mi lado, hermano León, no puedo hablar alto. Dime, ¿qué es de la hermana Clara? Hace mucho tiempo que no pienso en ella. Pero Dios, sin duda, la ha tenido presente. Dime, ¿qué es de ella?

—Ha hecho lo que le ordenaste, hermano Francisco; se retiró a San Damiano. Las damas de Asís lo han sabido y van a pedirle consejo y a rezar con ella. Algunas no han querido volver a sus casas. La vida del convento les ha parecido maravillosa. Su hermana Inés ha sido la primera en reunirse con ella. Se ha cortado el pelo y se ha puesto el hábito gris. Después, otras jóvenes se les unieron, y dos o tres mujeres casadas. Clara es como una gota de miel y todas las abejas acuden hacia ella. Distribuyen sus bienes entre los pobres, huyen de la pompa del mundo y van a buscar la paz de Dios en San Damiano.

—Que el Padre Celestial las asista; sólo Él puede dominar a esa fiera terrible, la mujer...

—No temas. Clara procura seguir tus huellas. Visita a los leprosos, los lava, los alimenta. Y como tú, arroja ceniza en su escudilla... Se pasa las noches rezando. Su cuerpo ya ha envejecido, tiene las mejillas marchitas y los ojos enrojecidos por las lágrimas. Sólo el padre Silvestre va de cuando en cuando a saber nuevas del convento. Y si alguna de las hermanas desea comulgar, la confiesa.

Vacilé un instante, y después me resolví a continuar:

—Hermano Francisco, con tu permiso, te diré una cosa: en San Damiano se lleva una vida más santa que en la Porciúncula. La hermana Clara lleva con firmeza las riendas, mientras que tú, los abandonaste...

—No, no he sido yo, sino Dios. No he hecho más que obedecer la voluntad de Dios.

Sacudí la cabeza:

—Sabes muy bien que Satanás puede adquirir la voz de Dios para hacer caer al hombre en la trampa.

—Cállate, me afliges terriblemente —dijo Francisco sobresaltándose—. Si no hubiera sido la voz de Dios, estaría perdido...

Los ojos empezaron a supurarle y los terribles sufrimientos recomenzaron. Tuve lástima de él, me acerqué y le tendí mis brazos.

—Hermano Francisco, perdóname. Si, era la voz de Dios, no llores.

No me respondió. Con las manos sobre los ojos, gritaba de dolor.

Por la noche no durmió un solo instante. Estuvo casi siempre fuera de la choza, para no despertarme con los gemidos que le arrancaban sus padecimientos. ¿Cómo habría podido dormir yo mismo? Mi corazón se estremecía al oírle. Al alba fui en busca del padre Silvestre.

—Vuelve a su lado —me dijo el viejo sacerdote—. Enciende fuego, ya voy... ¡Que Dios nos asista!

Encontré a Francisco sentado ante la choza, con la cabeza entre las manos, como era su costumbre. Entré en la choza de puntillas y encendí fuego. Después fui a sentarme a su lado, esperando al padre Silvestre. Francisco suspiraba de cuando en cuando, como soñando. Sus rodillas temblaban e inclinaba la cabeza, hasta tocar casi el suelo.

Se oyeron los pasos del padre Silvestre en el bosque. Francisco despertó sobresaltado, extendió una mano y me encontró a su lado.

—¿Eres tú, hermano León?

—Soy yo, cálmate. ¿Por qué tiemblas?

—Hermano León, arrodíllate. Llama a nuestra hermana la Muerte, ya no puedo más.

No había terminado su frase cuando entró el padre Silvestre con una larga varilla de hierro.

—¿Quién es? —preguntó Francisco, inquieto.

—Soy yo, el padre Silvestre. Con la ayuda de Dios, vengo a curarte los ojos para que cesen tus dolores y puedas volver a rezar.

—Sabe que el dolor es plegaria. Sí, el dolor también es plegaria... —suspiró Francisco, tendiéndose en tierra.

El padre Silvestre se persignó, hundió el hierro en el fuego y esperó que enrojeciera. Después lo tomó y se acercó a Francisco. Este distinguió sobre él la sombra del sacerdote y el hierro ardiente. Tendió los brazos.

—Hermano hierro —dijo con tono suplicante—, no me hagas sufrir demasiado. Estoy hecho de carne y no de metal, como tú. No resisto demasiado el dolor.

—Pide a Dios que te dé valor —dijo el sacerdote—; aprieta los dientes para que no huya tu alma. Te dolerá...

Y antes de que Francisco tuviera tiempo de llamar a Dios, el viejo sacerdote le aplicó el hierro al rojo en las sienes. Francisco lanzó un grito desgarrador y se desvaneció. Le arrojé agua, le transportamos al interior y lo tendimos en su jergón. Cuando volvió en si, se retorció de dolor implorando a nuestra hermana la Muerte.

El padre Silvestre se había arrodillado junto al enfermo y rezaba. Yo lloraba, postrado ante su yacija.

Cuando Francisco, algo más sereno, levantó el rostro, no pude sino estremecerme: sus sienes eran dos llagas profundas y sus ojos dos fuentes de sangre. Buscó mi brazo y se aferró a él desesperadamente.

—Hermano León —murmuró, jadeante—, hermano León, dime que Dios es infinitamente misericordioso, si no mi razón terminará sucumbiendo... Dímelo para darme valor... ¡No puedo más!

—Piensa en Cristo y en su cruz —le respondí—, piensa en sus manos y en sus pies clavados, piensa en la sangre que manaba de su costado.

Francisco sacudió la cabeza:

—Sí, pienso en ello, pero Él era un Dios, mientras que yo... no soy sino tierra...

Se sentó en el jergón, se tomó la cabeza entre las manos y ya no dijo nada en todo el día. Acudí entonces a la Porciúncula para pedir a los hermanos la limosna de un pedazo de pan. Era una tarde tempestuosa. El sol, semejante a una bola incandescente, rodaba entre los árboles incendiándolos. Las piedras mismas parecían quemarse y a lo lejos, muy alto, en las llamas, se erguía la ciudadela de Asís. Yo corría. Un miedo extraño se había apoderado súbitamente de mí ante ese sol y esos árboles en llamas...

Me parecía que el mundo entero ardía y yo corría temiendo verme reducido a cenizas.

Cuando llegué ante la Porciúncula, me tranquilicé.

Al ver la dulce cuna de nuestra hermandad, huérfana ahora, pensé en las horas tan tiernas que habíamos pasado en ella, en nuestros rezos, en nuestras conversaciones y en las comidas compuestas tan sólo de un pedazo de pan seco que, sin embargo, calmaba nuestra hambre. Francisco brillaba en medio de nosotros como un suave sol.

Me detuve un instante para tomar aliento y oí los gritos de los hermanos que se divertían en el interior. Uno de ellos imitaba la voz de Francisco y los demás reían a carcajadas. Cuando entré, se callaron. Los

antiguos hermanos estaban ausentes. Los nuevos comían, sentados en el suelo.

—¡Qué se ha hecho del «pobrecito»? —preguntó un novicio—. ¿Ya no baila? ¿Ya no canta sus canciones?

—Se oían sus gritos hasta aquí esta mañana —dijo otro—. Parece que el padre Silvestre le ha arrancado los ojos.

No respondí. La ira me ahogaba y llenaba de hiel. Si hubiera abierto la boca, habría proferido injurias y blasfemias. Por eso, temiendo a Dios, enmudecí. Tomé el pedazo de pan que me arrojaron y volví a la choza.

La enfermedad de Francisco nos impidió partir. El padre Silvestre iba a verle todos los días. Una mañana le llevó un mensaje de San Damiano.

—Hermano Francisco, la hermana Clara te besa la mano y te invita a ir a su convento. Aún no has acudido a bendecir a sus hermanas, aún no les has dicho unas palabras de consuelo. Son mujeres y aunque estén bajo la protección de Dios, las mujeres necesitan ser consoladas. «Ruégale que venga a San Damiano, para que al verlo y oírle nos sintamos consoladas», dijo la hermana Clara.

—¿Qué opinas, padre Silvestre? ¿Debo ir?

—Si, hermano Francisco, debes ir.

—Te hablaré mediante una parábola, padre Silvestre. Escucha también tú, hermano León. Un día, en un convento, el padre superior despidió a un monje porque había tocado la mano de una mujer. «Pero es una devota, padre mío, y su mano es pura», dijo el monje. «También la lluvia es pura, y la tierra lo es asimismo. Sin embargo, cuando se mezclan, ¿no se convierten en fango? Lo mismo ocurre con las manos del hombre y de la mujer…»

—Lo que dices es muy duro para la mujer, Francisco.

—Más lo es para el hombre —dije yo, recordando con amargura los millares de muchachas encontradas en mi vida y cuya mano deseé tocar.

—Piensa en la Virgen Maria —dijo el padre Silvestre.

—Nadie tocó nunca la mano de la Virgen María —dijo Francisco persignándose varias veces—, ni siquiera José, Piensa más bien en Eva.

—¿Qué respuesta debo dar a la hermana Clara? —preguntó el padre Silvestre.

—Dile que cuando el camino que lleva de la Porciúncula a San Damiano se cubra de flores, iré a verla.

—¿Eso quiere decir nunca?

—Siempre y nunca son palabras que sólo pueden pronunciar los labios del Señor. Mientras hablamos, quizá el Señor ha cubierto el camino de flores blancas. ¡Ve y mira, hermano León!

En su espíritu, el camino ya estaba cubierto de flores. Corrí. Cuando llegué al cruce, no pude retener un grito. Hasta donde podían alcanzar mis ojos, los cercos, las praderas, la tierra, estaban cubiertos de flores blancas. Me arrojé al suelo y alabé al Invisible. Después arranqué un puñado de

flores y regresé a la choza corriendo. Entré en ella sin aliento, dichoso y fatigado.

—¡Hermano Francisco, el camino está lleno de flores blancas! ¡Toma, te he traído un puñado!

El padre Silvestre cayó a los pies de Francisco y los besó.

—Perdóname, hermano Francisco. si me mostré incrédulo…

Francisco tomó las flores, las aplicó sobre sus párpados sangrantes y sobre sus llagas.

—Señor —murmuró—, Señor…

Y besó las flores llorando. Después, volviéndose hacia nosotros, dijo:

—¿Por qué os sorprendéis? Todo es milagro: el agua que bebemos, la tierra por donde caminamos, el sol, la luna, la noche que reaparece cada vez con sus estrellas… Mirad una humilde hoja de árbol a la luz. ¿No es también un milagro? ¡De un lado esta representada la resurrección, del otro la crucifixión!

El padre Silvestre besó la mano de Francisco.

—Hermano —le dijo—, esperabas una señal de Dios. Ya la tienes. El camino está cubierto de flores. ¿Quieres que saya a anunciar a la hermana Clara tu visita?

—Ve a decirle que iré. No quería, no, díselo, pero Dios me lo ha ordenado. Y dale estas flores celestiales. Han tocado la tierra y están llenas de sangre.

El padre Silvestre partió, yo encendí el fuego, hice calentar el agua, lavé el rostro de Francisco, sus pies, sus manos, y le peiné el pelo con mis dedos. Con los brazos abiertos, se dejaba cuidar como un niño. Después le tomé por las dos manos y le puse en pie. Pero las piernas dificilmente podían sostenerle.

—¿Cómo iremos a San Damiano? —dije, desesperado—. Las rodillas te flaquean…

—No mires mis rodillas —me respondió—. Mira más bien mi alma, que no claudica. ¡Adelante!

Se mordió los labios, reunió sus pocas fuerzas y salimos de la choza. Al salir se detuvo:

—El alma humana, hermano León, cuántas veces deberé repetírtelo, es un destello de Dios: es todopoderosa. Pero ignorándolo, nos ahogamos en nuestra carne y nuestros huesos. ¡Ah, si pudiéramos dejarla en libertad!

Y poco después:

—¿Crees que no puedo tenerme en pie? ¿Que mi alma es incapaz de sostener mi cuerpo? Y bien, ya veras.

Y se puso a caminar con paso firme.

Cuando llegamos al camino, las flores habían desaparecido como escarcha fundida al sol.

—Es el segundo gran milagro —dijo Francisco, persignándose—. Las flores han bajado del cielo, han transmitido su mensaje y han vuelto junto a Dios. No querían ser holladas por pies de hombres.

Calló y siguió el borde del camino que llevaba a Sari Damiano. La hermana Clara, con dos de sus compañeras, se adelantó a recibir a Francisco. Viéndole de lejos, se detuvo, juntó las manos, bajó los ojos y esperó. Y cuando oyó el ruido de sus pasos, alzó la cabeza y enrojeció.

—Dios te proteja, hermana Clara. Dios os proteja. hermanas —dijo Francisco, bendiciéndolas.

—Bienvenido seas, hermano Francisco —dijo Clara—. Hace millares de años que te esperamos…

Se prosternó hasta el suelo y le besó los pies.

—No os quejéis —dijo Francisco—. Os enviaba regularmente mensajes mediante el padre Silvestre.

La hermana Clara volvió a prosternarse y pidió permiso para hablar.

—Los mensajes no nos bastan, padre Francisco. Las palabras que vienen de lejos se dispersan en el viento. Somos mujeres y si no vemos mover los labios consoladores, y si no sentirnos sobre nuestras cabezas las manos que nos bendicen, no podernos tranquilizarnos. Si no vienes aquí a hablarnos y reconfortarnos, estamos perdidas.

Los dos caminaban delante y los demás les seguíamos. Cuando Francisco llegó al umbral del convento se detuvo, transportado. ¡Qué hermoso era ese patio pequeño! Olía tan bien…

—¿Qué flores son las que habéis plantado aquí, hermana Clara? —preguntó—, no distingo bien…

—Azucenas y rosas, hermano Francisco. Y en otoño habrá violetas.

Francisco extendió la mano y bendijo esos lugares.

—Hermano patio —dijo—, hermanas flores, me siento feliz de visitaros. Quiera Dios que entréis en el Paraíso al mismo tiempo que la hermana Clara, cuando venga el Señor el día del Juicio.

Dentro, las paredes estaban blanqueadas con cal. En una imagen, la santa Virgen tenía a su Hijo en sus brazos y sonreía. Las hermanas se arrodillaron y

pies de Francisco mientras él las bendecía una por una. Envueltas en sus mantos blancos, parecían palomas.

Hicieron sentar a Francisco en un escabel. La hermana Clara se arrodilló a sus pies; sus compañeras permanecieron de pie, tras ella, con las manos juntas. Durante un largo rato nadie habló. Todos los ojos estaban fijos en el visitante. Un silencio maravilloso reinaba, hecho de paz y de confianza. Una multitud de ángeles, lo sabíamos, había descendido a San Damiano y esperaba, invisible, que Francisco empezara a hablar. Pero él no tenía prisa. Se leía en su rostro que estaba en el colmo de la felicidad.

—¡Qué bien olía el aire con esas flores de la pobreza! —me dijo después—. Hace mucho tiempo que no había gozado de las ropas recién lavadas, del perfume de la menta y el laurel que sale de los cofres cuando los abren…

—Padre Francisco —dijo por fin la hermana Clara bajando el pliegue de su hábito—, ten piedad de nosotras, dinos algo, habla…

Entonces él abrió los brazos, sacudió la cabeza como si despertara y dijo:

—Hermanas mías, estoy contento de veros. No puedo deciros más. Cuando vivía en el mundo solía cantar a los amigos a quienes invitaba:

Mí gozo es indecible
porque os he invitado;
la pradera se ha puesto
su manto de flores...

La misma canción me viene hoy a los labios..

Estaba conmovido. No le había visto tan feliz desde hacía mucho tiempo. Esa atmósfera de pureza, de limpieza y de ardor era la que prefería.

—Escuchad, hermanas —continuó—; el recuerdo de cierto gusano de tierra me vuelve a la memoria. Perdonadme, de él quiero hablaros. No es un cuento, es una historia verdadera. Una vez un gusano que se había pasado la vida arrastrándose sobre la tierra, llegó en su última vejez a las puertas del Paraíso. Llamó. «Los gusanos no entran fácilmente aquí», le dijo una voz desde dentro. «Tienes demasiada prisa, me parece». «¿Qué hacer, Señor? ¡Ordena!», respondió el gusano arrodillándose como una pelota, tal era su miedo. «¡Sigue sufriendo, lucha, transfórmate en mariposa!» Y el gusano, hermanas, volvió a la tierra para luchar y sufrir y transformarse en mariposa.

—¿Quién es ese gusano, padre Francisco? —imploró Clara—. Somos mujeres simples, ilumínanos.

—Yo, tú, hermana Clara, todas las hermanas que me escuchan, todos los seres humanos que se arrastran sobre la tierra... Angustia, sufrimiento, castidad, pobreza, amor, lágrimas, hambre y desnudez, Dios mío... Cuánto debe hacer el hombre antes de convertirse en mariposa. Sin contar con las trampas que el diablo le tiende para perderlo.

»Encontraréis a Satanás en todas partes: en el corazón de la rosa cuyo perfume os atrae, oculto bajo la piedra que habéis recogido, sentado en las ramas del almendro en flor... En todas partes acecha: en el agua que bebemos, en el pan que comemos, en la yacija donde nos tendemos para dormir. Está en todas partes. hermanas mías, en todas partes... y espera. Espera que nuestra alma se canse y que deje de ser una guardiana vigilante para apoderarse de nosotros y arrastrarnos al Infierno. Pienso en vosotras, hermanas mías, más que en los hombres, y tengo piedad de vosotras. Porque sois mujeres y no os endurecéis fácilmente. El mundo no deja de tentaros con las flores, los hijos, los hombres, los vestidos de seda, las joyas, las plumas multicolores. ¡Dios, cuántas trampas! ¿Y cuántas mujeres son capaces de evitarías?

»Vosotras rezáis mañana y noche. hermanas mías, por todas las mujeres que se pintan, se adornan y ríen sobre la tierra. Allá, en el Cielo, la Virgen María reza por ellas con vosotras. ¿No oís, en la noche, sobre

vuestras cabezas, un silencio divino y en ese silencio, como un roce de flores, de labios invisibles que rezan e imploran?

»Tened cuidado, hermanas, no digáis: "¡Estamos al abrigo en este convento, nos hemos escapado del mundo, caminamos en el cielo!". Este razonamiento es una trampa de Satanás. Escuchad lo que voy a deciros: todos nosotros somos un solo ser, lo juro. Cuando una mujer se pinta los labios en los confines del mundo, hermanas, vuestros propios labios se cubren de impúdica pintura. ¿Qué es el Paraíso, sino la dicha perfecta? ¿Pero cómo podemos ser perfectamente dichosos cuando inclinándonos a la ventana del Paraíso vemos a nuestros hermanos y hermanas sufriendo en el Infierno? ¿Cómo puede existir el Paraíso mientras haya Infierno? Por eso os lo digo, y grabadlo bien en vuestras mentes, hermanas: la salvación para todos o la condenación para todos.

»Cuando un ser humano perece en el otro extremo de la tierra, perecéis con él. Si se salva, os salváis vosotras también.

Escuchaba a Francisco lleno de asombro. Era la primera vez que le oía expresarse acerca del mundo con tal generosidad. Su corazón se había abierto en esa atmósfera femenina. En presencia de las hermanas, su compasión había adquirido alas y cubría la tierra entera.

Todas las monjas se habían arrodillado y, acercándose poco a poco, habían rodeado a Francisco. Sus rostros resplandecían como bajo los rayos del sol.

Francisco sintió su cálido aliento. Siguió hablando:

—Os adivino a mi alrededor, hermanas, y mi corazón se alegra; él querría que todos malos y buenos, franquearan su umbral; querría también que el dolor fuera expulsado de este mundo y del otro. Un pensamiento impío me sube a los labios. Permíteme, Señor, revelarlo a mis hermanas. Están llenas de amor y de compasión, comprenderán: en este instante, perdóname, Dios mío, tengo piedad del propio Satanás. No existe criatura más desdichada, porque habiendo estado junto a Dios se apartó de Él. Porque habiendo renegado de Él, yerra, inconsolable, por la eternidad. Inconsolable, porque Dios no le ha quitado la memoria y recuerda la dulzura del Paraíso. Hay que rezar por Satanás, a fin de que el Altísimo le perdone y le permita volver a ocupar su lugar entre los arcángeles. Satanás es una fiera, fea y sanguinaria, pero un beso sobre los labios puede devolverle la forma y el alma de arcángel. ¿No es en eso donde reside el Amor perfecto, hermanas mías? ¿No besamos a los leprosos? Que el Amor perfecto, el Amor, que es el patrimonio de la mujer, bese a Satanás y ese demonio reencontrará su rostro luminoso...

Los sollozos ahogaron la voz de Francisco. Se ocultó el rostro entre las manos.

Las mujeres también se echaron a llorar. Y sus lamentaciones retumbaron en todo el convento. Entonces Francisco levantó la cabeza, conmovido.

—Hermanas, perdonadme. No quería haceros llorar, no he venido para hablaros del Infierno, sino tan sólo del Paraíso. Habladme también vosotras del Paraíso, para que nos consolemos. La vida es pesada y si nuestra

hermana la Muerte no viniera un día para abrirnos la puerta, qué intolerable calabozo sería la tierra. Qué intolerable prisión sería nuestro cuerpo. Ahora, qué alegría, qué suprema esperanza; no esperanza, pero sí certeza, porque el alma humana, coronada de flores, avanza a través de rocas y de precipicios gritando: «Oh señor, mi bienamado esposo...»

Una hermana se desvaneció. Abrieron la ventana que daba al patio y el aire se llenó del perfume de las azucenas y las rosas. Entonces, Clara, de manera atrevida, se acercó y rozó la rodilla de Francisco.

—Padre —dijo en voz baja—, cuando te miro, me parece que Adán nunca pecó...

Durante largo rato nadie habló y en el silencio dulcísimo las hermanas creían siempre oír a Francisco hablar del destino de la mujer, del amor y del beso que devolvería a Satanás su forma y su alma de arcángel. Por primera vez en su vida sentían que ser mujer es una gracia infinita de Dios y al mismo tiempo una pesada responsabilidad.

De pronto, en el silencio sagrado, se oyeron golpes violentos en la puerta del convento, que cedió en seguida, dando paso a los hermanos de la Porciúncula, jadeantes y perturbados.

Clara se levantó de un salto.

—¿Qué os ocurre, hermanos? ¿Por qué habéis forzado nuestra puerta?

Y Gennadio dijo, enjugándose la frente bañada en sudor:

—Perdónanos, hermana Clara, pero desde lejos vimos que San Damiano ardía. Grandes llamas se erguían hacia el cielo...

Entonces Clara sonrió:

—El convento no arde, hermanos. No hay llamas. Es el padre Francisco que habla.

El sol estaba a punto de ocultarse. Francisco se levantó y saludó a Clara y a sus hermanas, bendiciéndolas.

—Nos has hecho un gran bien, padre Francisco; has consolado el corazón inconsolable de la mujer —dijo Clara—. ¿Qué podemos hacer por ti?

—En verdad, hermana, tengo una gracia que pedirte.

—Ordena, padre Francisco —dijeron las hermanas a un tiempo.

—Id y pedid por mí a todos los pobres la limosna de un pedazo de tela. Cosedlos todos y hacedme un hábito.

Clara le besó la mano.

—¿Por qué no me pides la vida, padre Francisco? Te la daría de buen grado. El domingo próximo, si Dios quiere, el padre Silvestre te llevará el hábito que deseas.

Francisco encabezó nuestro grupo andando con paso firme. Le seguimos hablando del milagro con entusiasmo. Desde la puerta del convento, Clara y sus hermanas nos miraban partir enjugándose las lágrimas.

A la mañana siguiente, desde el amanecer, Francisco se acurrucó ante la puerta de la choza y permaneció mudo todo el día. El tiempo era apacible, soplaba una brisa tibia. De cuando en cuando, pasaba un hermano para

buscar agua, cortar leña o recoger hierbas; o bien un mirlo volaba después de silbar dos o tres veces. Francisco apenas veía, pero aguzaba el oído y escuchaba el rumor del mundo. Parecía sumergido en un éxtasis tan profundo que no me atrevía siquiera a acercarme.

Al anochecer, la llama que ardía en él aminoró. Entonces fui a sentarme a su lado.

Tendió la mano y me tocó.

—¡Qué prodigio, hermano León! Desde el día en que fui privado de luz, qué suave rumor es el que oigo... Qué dulce es el roce de las flores, qué agradable el zumbido del aire...

Calló y poco después:

—A partir del día en que la luz me fue prohibida, he empezado a ver lo invisible. Mis ojos interiores se abrieron y desde esa mañana veo cada vez más lejos. Al principio, desde este umbral en que estoy sentado, vi distintamente a la Porciúncula, en que los hermanos reñían, mientras el padre Silvestre lloraba aparte, con la cabeza entre las manos. Después vi a Asís, sus torres, sus campanarios, sus casas, sus calles, los umbrales en que bordan las mozas, y también a mi madre, arrodillada ante la ventana, el rostro bañado en lágrimas... Después, el campo de mi visión siguió ensanchándose: vi Roma, las cables amplias, los señores perfumados, las muchachas pintadas, el Papa reflexionando sobre la suerte de la cristiandad, su respetable cabeza apoyada en su mano; y en la orilla izquierda del río divisé al terrible monje vestido de blanco, que encendía antorchas en su imaginación para quemar a los herejes y los paganos... Más lejos todavía, vi el mar, sus islas blancas, el país de los árabes, donde el sultán aún corre en su caballo para escapar de la cruz que lo persigue... Por fin vi una gran claridad, estrellas inmensas y los siete pisos del cielo poblados de santos, de arcángeles, de querubines y de serafines. Y después ya no vi nada. Estaba ciego. Sin duda, me había acercado a Dios más de lo lícito.

Yo callaba, feliz de comprobar que su alma, viajando por la tierra y el cielo, le hacia olvidar sus sufrimientos. Todo el día sus llagas abiertas habían sangrado. La sangre le chorreaba por la barba, caía a sus pies e impregnaba la tierra. Pero Francisco, desapegado de su cuerpo, no sentía el dolor. Después de un largo silencio dijo:

—Hermano León, el cuerpo del hombre es el arca del testamento y Dios lo habita.

Cayó la noche. Los árboles cantaban, llenos de pájaros. Las primeras voces de la noche se elevaron. Dos murciélagos volaban alrededor de nosotros. Poco bastó para que uno de ellos fuera a enredarse en el pelo de Francisco.

—¿Qué es? —me preguntó, sacudiendo la cabeza—. He sentido que un ala me rozaba el pelo.

—Es un murciélago... ¡Maldito sea!

—No hay que desdeñar a nadie, hermano León. Por lo demás, cada ser viviente tiene su historia, y cuando la conocemos, trátese de un hombre, de una fiera o de un pájaro, no podemos sino amarlo. ¿Conoces la historia del murciélago?

—No, cuéntamela, hermano Francisco.

—Escucha, entonces. Al principio, el murciélago era un simple ratón que vivía en los cimientos de una iglesia. Una noche salió de su agujero, trepó al altar y comió un pedazo de pan bendito. En seguida le brotaron alas en la espalda y se convirtió en nuestro hermano murciélago.

El murciélago volvió a pasar ante nosotros, persiguiendo a los mosquitos.

—Perdóname, hermano —le dije—, no sabía que tus alas estaban hechas de pan bendito.

Francisco, con la mano detrás de la oreja, escuchaba ahora el ruido del río que corría más lejos.

—Escucha el río, cómo canta en la hondonada; corre, lleno de prisa por arrojarse al mar. Como él. nuestra alma corre, llena de prisa por arrojarse en el Cielo. ¿Cuándo llegará hasta él, Dios mío? ¿Cuándo?

—No te apresures, hermano Francisco. no te apresures. Necesitamos de ti en la tierra. Piensa en la alegría intensa que has dado ayer a las hermanas de San Damiano.

Francisco suspiró:

—¡Qué he dicho ayer en el convento de la hermana Clara! —murmuró confuso—. Dios mío, perdóname, estaba ebrio.

—¿Por qué compadeces a Satanás, hermano Francisco? ¿Por qué has pedido a Dios que lo perdone?

—¡No, no! —exclamó Francisco con voz desgarradora—. Pregunta por qué me he sentido trastornado cuando me encontraba en medio de esas mujeres. Señor, ¿por qué ha de ser siempre la carne la más fuerte? Es inútil fustigaría, privarla de alimento y de sueño, arrastrarla por la nieve, reducirla a un odre de tierra, no sólo no se rinde, sino que por el contrario encuentra nuevas fuerzas y se rebela...

Francisco, impulsado por sus palabras, se levantó:

—De pie, hermano León, y en nombre de la Santa Obediencia, te ordeno que repitas exactamente lo que te diré, sin cambiar una sola palabra. ¿Estás dispuesto?

—Hermano Francisco, he jurado no desobedecer nunca tus órdenes.

—Empiezo, pues. Yo diré: «Ay, Francisco, has cometido tantos pecados en tu vida, que mereces ir a lo más hondo del Infierno». Y tú responderás: «En verdad, has cometido tantos pecados en tu vida, Francisco. que mereces ir a lo más hondo del Infierno». ¿Estás dispuesto?

—Lo estoy.

—Di, entonces.

—Bienaventurado Francisco, has hecho tanto bien en tu existencia que mereces ir, a sentarte en la cumbre del Paraíso.

Francisco me miró, sorprendido.

—¿Por qué no me obedeces? Has oído lo que he dicho. Entonces, ¿por qué no repites mis palabras? En nombre de la Santa Obediencia, te ordeno que repitas las palabras que me vas a oir.

—Muy bien, hermano Francisco. Empieza, te obedeceré.

—Yo diré: «Mísero Francisco. ¿tienes el impudor de pedir a Dios que te perdone después de todos los pecados que has cometido en tu vida? ¡No, no, maldito! ¡El Señor te precipitará en el Infierno!». Y ahora, hermano León, oye lo que vas a responderme. Escucha bien. Dirás: «Si, sí, maldito Francisco. el Señor te precipitará en el Infierno».

Diie:

—No, no, bienaventurado Francisco. la misericordia del Señor es mucho más grande que tus pecados. Todo te será perdonado y entrarás en el Paraíso.

Francisco se enfadó. Me tomó del hombro y me sacudió con fuerza.

—¡Cómo te atreves a oponerte a mi voluntad! Me respondes cada vez lo contrario de lo que te he ordenado. Por última vez, en nombre de la Santa Obediencia, te ordeno que me obedezcas.

—Muy bien, repetiré todo lo que digas, exactamente... Te lo juro, exactamente, sin cambiar una sola palabra...

Francisco se golpeó el pecho y salieron lágrimas de sus ojos. Mientras lloraba, decía:

—¡Miserable Francisco, maldito seas, no hay salvación para ti, serás arrojado al Infierno, sin misericordia!

—¡Hermano Francisco! —grité yo, echándome también a llorar—. Santo y gran mártir, Dios es infinitamente misericordioso y en el umbral dorado del Paraíso te esperan la santa Pobreza, el santo Amor y la santa Pureza. Esta última tiene una corona de espinas en la mano.

Francisco se desplomó a mis pies. Aterrado, me dejé caer junto a él.

—Hermano Francisco, ¿por qué me abrazas las rodillas?

—¿Por qué me atormentas? —respondió, con el rostro bañado en lágrimas—. ¿Por qué me resistes?

—Hermano Francisco, te beso las manos, perdóname, no es mi culpa. Cada vez que abro la boca para repetir lo que me has ordenado que diga, no puedo hacerlo, te lo juro, y mi lengua me traiciona. Hay en mí una voz mucho más fuerte que la tuya, hermano, y todo lo que me dice, lo repito. ¡Debe ser la voz de Dios!

—Debe ser la voz de Satanás —replicó Francisco—. Quiere adormecer mi alma y aprovecharse de su sueño para apoderarse de ella. ¡Pero lo impediré!

Se levantó, desató su cinto de cuerda y me lo arrojó.

—Hermano León, toma esta cuerda y azótame, ¿me oyes? Azótame hasta que la sangre salte.

Y se desvistió. Vi su pobre torso desnudo y mi corazón se estremeció. ¿Qué iba a azotar? No tenía más que huesos envueltos en una piel azul de golpes y llagas cicatrizadas.

—¿No tienes piedad de mí? —grité—. ¿Cómo podré levantar la mano sobre ti?

Entonces Francisco no pudo contenerse y se encolerizó:

—Hermano León, te lo prevengo: si no haces lo que te ordeno, nos separaremos. ¡Sí, por el cielo que está sobre nosotros, nos separaremos!

Y me presentó su espalda.

Tuve miedo. Parecía resuelto a cumplir sus amenazas. Me desvestí también yo hasta la cintura.

—Hermano Francisco, un latigazo para ti y dos para mí. Te lo suplico, ¡no me niegues esa gracia!

Calló, ofreció su espalda y empecé a flagelarlo. Al principio golpeaba a Francisco ligeramente, pero él se enfadaba: «¡Más fuerte, más fuerte!», gritaba. «¿Tienes piedad de esta carne libertina?» Entonces empecé a golpear más fuerte, un golpe para Francisco y dos para mí, y a medida que golpeaba, sin advertirlo casi iba creciendo mi furor.

Una extraña embriaguez se apoderó de mí. Sufría y cuanto más intenso era el dolor, más gozaba mi ser. Lanzaba gritos terribles y triunfantes, como si después de atrapar a un animal dañino lo hubiera azotado sin piedad. La cuerda estaba roja de nuestra sangre. Pero no podía detenerme, y azotaba inexorablemente.

—¡Basta! —dijo Francisco, completamente calmo.

Fingí no oírle y seguí azotándome la parte superior del cuerpo con furia, sin poder calmarme. El dolor me hacía saltar y girar sobre mí mismo, como en un baile. Era como si pagara todas las faltas de mi vida y gozara con ello... *¿Recuerdas a la mujer que perseguiste en los cañaverales? ¿Recuerdas el pan que robaste en una panadería? Toma mentiroso, cobarde, vagabundo, borracho, perdido!*

—¡Basta! —repitió Francisco con autoridad. arrancándome de las manos la cuerda ensangrentada—. Basta, hermano León. Debemos conservar un poco de fuerzas para comenzar de nuevo mañana por la mañana...

Me desplomé, extenuado.

—Hermano Francisco —dije—, he sentido placer.

—No has sentido placer —me respondió—. has sentido dolor, que es lo mismo...

Entramos en la choza. Encendí el fuego y me acurruqué cerca de la chimenea. El sueño se apoderó de mí en seguida y soñé que alimentaba a un cerdo.

Un día el hermano Bernardo y el hermano Pedro fueron a visitarnos. Besaron la mano de Francisco y se sentaron en cuclillas, uno a su derecha, otro a su izquierda.

Yo había encendido la chimenea porque hacía frío. Los tres callaban, fijas sus miradas en el fuego. De cuando en cuando, Francisco extendía las manos y tocaba a sus amigos, como para asegurarse de que estaban junto a él. Después retomaba la actitud de la plegaria y su rostro resplandecía de felicidad. Parecían tres viejos guerreros que, después de muchos años de separación, vuelven a encontrarse una noche de invierno, delante de un buen fuego. Yo hubiera preferido oír lo que se decían, pero ninguno de ellos

abría la boca. Sin embargo, sentía vibrar el aire en torno a sus labios, como si hablaran.

Así, sin duda, deben hablar los ángeles en el cielo. No puedo decir cuántas horas pasaron en el silencio. Me parecía que el tiempo se había detenido. Una hora, un siglo tenían la misma duración. Imagino la Eternidad así, inmóvil y silenciosa.

El fuego se extinguió. El sol subió en el cielo. Bernardo y Pedro se levantaron, besaron las rodillas, la mano, los hombros de Francisco. Entonces éste se echó a llorar y su emoción se comunicó a los dos hermanos. Los tres se abrazaron y permanecieron largamente enlazados. Después se separaron sin pronunciar una sola palabra y los dos hermanos desaparecieron tras los árboles del bosque.

Cuando los dos nos quedarnos solos. me senté junto a Francisco.

—¿Por qué no habéis hablado, hermano Francisco? —pregunté, incapaz de contener mi lengua—. No os veíais desde hace mucho tiempo. ¿No teníais nada que deciros?

—¡Cómo! —dijo, sorprendido—. No hemos hecho otra cosa que hablar todo el tiempo. Nos lo hemos dicho todo...

—No he oído nada.

Francisco sonrió:

¿Con qué oídos escuchabas, hermano León? ¿Con los de arcilla, esos que se enrollan a la izquierda y derecha de tu rostro? Pero debiste escuchar con los otros, los de dentro...

Me acarició el hombro.

—Si, tenemos orejas, ojos y una lengua interior. No están hechos de arcilla, sino de llama. ¡Con ellos debes escuchar, ver y hablar!

Era domingo. Muy temprano en la mañana, el padre Silvestre llevó el hábito que las hermanas habían confeccionado para Francisco. con pedazos pequeños de telas que habían debido mendigar entre los pobres. Cada uno había dado su regalo al esposo de la dama Pobreza. Francisco tomó el hábito en sus brazos, besó los remiendos uno por uno y bendijo a su santa esposa.

—Rico es aquel que no desea riqueza —dijo—. Pobre es el rico que desea adquirir más riquezas. Alabado sea el Señor. Soy el rey más afortunado de la tierra, hermano León... y este hábito es un manto de rey...

—Es el regalo de bodas que te envía la Pobreza, tu esposa —dije.

Se puso la túnica y. dichoso, se admiró. Había remiendos de todos los colores: negros, azules, verdes. El aire hinchaba el hábito de Francisco, que parecía un pájaro extraño, adornado con millares de plumas prestadas por sus hermanos alados de toda la tierra.

—Hermano León —dijo—, hace mucho tiempo que no he visto a los hermanos y los echo de menos. Quizás estén todavía en la iglesia. Vamos a escuchar misa con ellos.

Sus ojos mejoraban desde hacía unos días y las piernas le sostenían con más fuerza.

Caminaba delante, apartando las ramas para pasar, y yo le seguía. contento. *Francisco es como un niño* —pensaba— *y por eso le quiero. ¡Va a visitar a sus hermanos para mostrarles el nuevo hábito*!

El tiempo estaba lluvioso. Una gruesa gota tibia cayó sobre mis labios. Francisco levantó la cabeza, miró las nubes y tendió la mano, como si mendigara al cielo.

—Qué feliz soy. hermano León! —dijo—. Es como si llevara sobre mis hombros a todos los pobres de la tierra. Pero, ¿adonde vamos? ¿Adónde me conducen mis pasos? ¡Quiera Dios que vayamos al Cielo! ¡En verdad, la pobreza nos sienta como una cinta roja en los cabellos de una muchacha!

Se oía la voz poderosa de Elías tras los árboles. Estaba dirigiendo un discurso a los hermanos. Francisco se detuvo, vacilando.

—El oficio ha de haber terminado —dijo suavemente—. El hermano Elías explica el Evangelio.

—Debe explicar las palabras de Cristo como él las entiende —dije yo con animosidad.

No quería a ese hermano, perdóname, Señor, y en secreto le llamaba Judas.

Francisco me miró severamente.

—La tierra tiene siete pisos —me dijo—, el Cielo tiene otros siete y toda la inmensidad no puede contener a Dios. Pero el corazón del hombre encierra a Dios entero. Entonces, ten cuidado, no hieras el corazón del hombre, porque podrías herir a Dios.

La Porciúncula, llena de hermanos, zumbaba como una colmena. Elías hablaba, de pie sobre un escabel, con su largo cayado en la mano. Nunca he visto un hombre tan voluntarioso, tan autoritario como ese Elías, salvo, quizá, el Señor Bernardone, el padre de Francisco. La fuerza brotaba de todo su cuerpo.

Francisco entró. Algunos le miraron sin reaccionar, otros se echaron a reír al ver su nuevo hábito. Aunque lo vio, Elías no abandonó su lugar para ir a recibirle. Francisco atravesó la sala rozando las paredes y fue a situarse en un rincón para escuchar.

Elías hablaba de la nueva Regla que en adelante debían seguir los hermanos. Había trabajado en ella sin descanso los días precedentes, porque la antigua le parecía demasiado candorosa, demasiado pura.

—Los tiempos han cambiado —gritaba—. Y con ellos han cambiado el cielo y la tierra. Las antiguas verdades se han convertido en mentiras. Las antiguas virtudes, esas lenguas que envolvían y protegían a la orden durante su niñez, la ahogan ahora. Hay que librarla de ellas, para que pueda respirar tranquilamente. Son las nuevas verdades y las nuevas virtudes las que os trae la nueva Regla.

Elías levantó su cayado y echó una rápida mirada hacia Francisco.

—Que se retire el que no apruebe —agregó—. La disciplina es una de nuestras virtudes: la más inviolable. No hay lugar para dos opiniones diferentes en nuestra orden. Somos los soldados de un ejército regular. Y esta Regla es nuestro general.

Dijo, y desenrolló un largo pergamino cubierto de caracteres negros y rojos.

—Os he explicado los nuevos mandamientos y lo que han de significar para nosotros en el futuro: Pobreza, Amor, Pureza, Obediencia. Levantad las manos y gritad: «¡Aprobado!».

Todos los hermanos levantaron las manos gritando: «¡Aprobado!». Sólo Francisco y yo permanecimos con los brazos cruzados. La voz tonante de Elías continuo:

—Dichoso el hermano, dichosa la hermandad que evoluciona al ritmo del mundo. ¡Desdichado —y lanzó otra mirada hacia el rincón en que se acurrucaba Francisco— el que permanece atrás!

Se volvió al fin con aire triunfante hacia el humilde hermano que escuchaba, silencioso, acurrucado en un rincón:

—Hermano Francisco —dijo—, bienvenido seas. ¿Por qué sacudes la cabeza? ¿Tienes que hacer alguna objeción?

—Mis hermanos, hijos míos, hermano Elías —dijo Francisco—, sólo tengo que decir una cosa: hay hoy tantos hombres que buscan ávidamente la riqueza, el poder, la ciencia, que llego a pensar: bienaventurados, en verdad, los modestos, los ignorantes...

Elías sonrió:

—Hermano Francisco —dijo—, perdóname, tengo que agregar esto: el deber de un hombre vivo es evolucionar con su tiempo.

—¡El deber de un hombre libre es ir al encuentro de su tiempo! —replicó Francisco—. Dios me tomó de la mano y me dijo: «Francisco, hombre ignorante, sin malicia y sin sandalias, te confío a esta oveja, ponte a la cabeza del rebaño, toma este sendero Y me encontrarás». Ese sendero se llama Humildad, hermano.

—Ya que hablas por parábolas, Francisco, haré lo mismo. Dios me tomó de la mano también a mí. Me mostró un camino ancho y me dijo: «¡Toma este camino y me encontrarás!». Ese camino se llama Combate.

Francisco sacudió la cabeza, desaprobando:

—Temo que vayas a apartar de su verdadero camino a las ovejas de Cristo —dijo con voz fuerte y desesperada—. El camino de que hablas no se llama Combate, hermano Elías, pero si Bienestar. No hay caminos anchos que lleven a Dios: únicamente las sendas estrechas llevan al Paraíso. El camino ancho de que hablas es el de Satanás. Ahora comprendo por qué Dios me ha enviado a vuestra reunión. Para gritaros a todos: ¡Deteneos! ¡Volved atrás, hermanos, y tomad el antiguo sendero, el estrecho!.

—El sol no se vuelve atrás —gritó el hermano Elías—. ni el río. Siguen el impulso de Dios. No le escuchéis. hermanos. Te respetarnos, hermano Francisco. pero te besamos las manos y seguimos adelante. ¡Adiós!

—Adiós! —exclamaron todos los hermanos—. ¡Adiós!

Francisco se enjugó las lágrimas con la manga de su hábito.

—¿Tienes otra cosa que decir? —preguntó Elías.

—Nada, nada... —respondió Francisco.

Estalló en sollozos y se desplomó en el suelo, lentamente. sin ruido. Traté de levantarle.

—Déjame —murmuró—. ¿No lo ves? ¡Todo se ha cumplido!

Algunos hermanos se reunieron compasivos a su alrededor: Sabattino, Gennadio, Rufino. Los demás hermanos antiguos habían partido con el padre Silvestre para no escuchar al hermano Elías. Todos los fieles a la antigua Regla desaparecían. Elías se acercó y desenrolló el pergamino bajo los ojos de Francisco. Tras él estaba el joven novicio Antonio, con una pluma y una escribanía en la mano. Elías se inclinó.

—Hermano Francisco —dijo—, ésta es la nueva Regla. Pon tu sello, no te niegues. Algunos hermanos se han rebelado y han abandonado la hermandad El desorden se introduce entre nosotros, pon tu sello para restablecer la unión en la Porciúncula.

La voz de Francisco se alzó débil, desesperada:

—Los muertos no tienen sello, hermano Elías. ¡Adiós! —dijo. apartando el pergamino de sus ojos.

Alcé a Francisco, le enlacé el talle y mos dirigirnos al camino. No tenía fuerzas para caminar. A pesar de mi ayuda, tropezaba y caía. Por fin le tomé en mis brazos. No pesaba más que un lío de encajes. Cuando llegamos a la choza. comprobé que se había desvanecido. Le acosté en el jergón y eché agua sobre su rostro. Largo rato después volvió en si. Me miró con tristeza infinita, después volvió a cerrar los ojos. Creo que se desmayó de nuevo.

Durante cuatro días y cuatro noches no abrió la boca. ni para comer ni para hablar.

Se extinguía. El quinto día, al despertar, tuve miedo: sus mejillas, sus sienes, sus labios estaban tan consumidos que su rostro parecía el de un muerto. Cada una de sus manos no era más que cinco huesecillos.

—¡Francisco, Francisco! —grité, la boca en su oreja—. ¡Hermano Francisco!

Pero no parecía oír.

—¡Mi querido Francisco! —repetí—. ¡Padre mío!

Ni un movimiento. Le tomé en mis brazos. Su hábito era un saco vacío y sus piernas dos pedazos de madera. Le dejé y corrí a la Porciúncula.

—¡El hermano Francisco se muere! —grité—. ¡Por el amor de Dios, venid!

Elías, que estaba escribiendo, levantó la cabeza.

—¡Se muere! —exclamó.

—Hace cuatro días que ni siquiera ha querido tomar pan ni agua. Esta mañana ni siquiera tiene fuerzas para respirar. ¡Ven, salvémosle!

—¡Cómo podremos salvarlo nosotros! —dijo Elías posando su pluma—. Si Dios ha resuelto llamarle a su lado, no debemos oponernos a Su voluntad. Por lo demás, no podríamos.

—¡Puedes! —grité, desesperado—. Se deja morir porque la nueva Regla que tú quieres imponer se aparta del camino que él ha trazado. Desde que lo

ha sabido el corazón le sangra. Hermano Elías, te afirmo delante de todos que tendrás su muerte sobre tu conciencia.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Elías con nerviosismo—. ¡Habla!

—Toma tu Regla y ve a destrozarla ante él. Es lo que desea para volver a la vida. Porque lo proclamo delante de todos los hermanos: ¡si no lo haces, nuestro padre Francisco morirá y tú serás su asesino!

Cinco o seis hermanos se reunieron en torno y miraron a Elías con insistencia.

Habían tomado mi partido y eso me alentó:

—Bien —dijo Elías tomando su pergamino—. ¡Deja de gritar!

Se puso las sandalias y tomó su cayado.

—¡Vamos! —dijo de mal grado.

Después, volviéndose hacia los hermanos, agregó:

—Que nadie se acerque a la mesa donde escribo. Antonio, tú vigilarás.

El joven novicio se acercó.

—Hermano Elías —dijo en voz baja—, ¿qué vas a hacer? ¿Destrozarás nuestra Regla?

Elías lo miró afectuosamente y sonrió:

—No temas, hijo mío. Sé lo que hago.

Cuando llegamos a la choza y nos inclinamos sobre la yacija de Francisco, el temor se apoderó de nosotros. ¿Era un cuerpo humano ese puñado de huesos coronados por un cráneo? Los ojos hundidos en las órbitas, no quedaban sobre el rostro más que las cejas, la barba y el bigote manchado de sangre.

Me hice de valor y me incliné a su oído:

—¡Hermano Francisco, hermano Francisco! ¡Elías ha venido! ¿Me oyes? ¡Ha venido a destrozar su Regla! ¡Abre los ojos y mira!

Se movió, quejándose suavemente, pero sin abrir los ojos. Entonces Elías se inclinó a su vez.

—Hermano Francisco, soy yo, Elías. ¿Me oyes? ¡Voy a destrozar la nueva Regla para aliviar tu corazón!

Francisco abrió los ojos lentamente, con esfuerzo. Miró a Elías sin hablar y esperó. Elías tomó el pergamino, lo desenrolló y lo rompió en pedazos pequeños. Las mejillas y los labios de Francisco se enrojecieron apenas.

—¡Hermano León! —dijo—. Arroja los pedazos al fuego.

Después se volvió hacia Elías.

—Dame la mano, hermano.

Tomó la mano que Elías le tendía, la retuvo un instante en la suya y después se echó a llorar:

—Hermano León —dijo más tarde—, si hay leche dame a beber un poco.

Lentamente, penosamente, Francisco volvía a la vida. Empezaba a comer, decía algunas palabras y se arrastraba hasta el umbral de la choza para calentarse al sol.

Cuando llovía, se acurrucaba junto al fuego y aguzaba el oído, feliz, como si escuchara la lluvia por primera vez, como si penetrando su ser completamente seco, el agua del cielo le devolviera el vigor.

—El alma humana y la tierra no son sino una misma cosa —me dijo un día—. Están las dos sedientas y esperan que el cielo se entreabra para saciar su sed.

Una mañana, Egidio, uno de nuestros hermanos preferidos, volvió de una lejana misión. Francisco se arrojó en sus brazos y le cubrió de besos. Le quería mucho porque «el hermano Egidio mira al Cielo sin cesar», decía. El viajero se sentó en el suelo y nos contó lo que había soportado durante sus peregrinaciones.

—A menudo —nos dijo—me gritaban porque me tomaban por un loco. Otras veces, creyendo encontrárselas con un santo, se prosternaban ante mi. «No soy un santo ni un loco», les explicaba yo. «Soy un pecador a quien el padre Francisco conduce por el camino de la salvación». Entraba en las aldeas con una cesta de higos o de nueces o de frutos silvestres. «El que me dé una bofetada tendrá un higo», decía. «El que me dé dos bofetadas, tendrá dos higos». Entonces los campesinos corrían, me llovían los golpes y vaciaban la cesta. Después volvía a llenarla para ir a otra aldea.

—Ten mi bendición, hermano Egidio! —dijo Francisco—. ¡Me gustas!

—He visto al sabio Buenaventura, hermano Francisco. El camino que él ha escogido es diferente del nuestro. Cree que la instrucción ayuda a encontrar la salvación. Fui a verle y le pregunté: «Padre mío, ¿pueden los ignorantes encontrar la salvación como las personas instruidas?». «Sin duda, hijo mio». «Y los pecadores, ¿son capaces de amar a Dios como los letrados?» ¿Qué crees que me respondió, hermano Francisco? Dijo: «Una vieja inculta puede amar a Dios mucho más que un sabio teólogo». Cuando oí esa respuesta, me precipité en la calle aullando como un pregonero: «¡Escuchad todos lo que ha dicho el sabio Buenaventura: una vieja inculta puede amar a Dios más que un sabio teólogo!».

—Ten mi bendición, hermano Egidio —repitió Francisco con una sonrisa de satisfacción—. Si pudiéramos abrir tu corazón encontraríamos en él el texto de la verdadera Regla, escrito con grandes letras rojas.

Así, de cuando en cuando, sus antiguos compañeros iban a verle y el amor que le testimoniaban le alimentaba mucho más que el pan y la leche.

Otra vez se acercó el hermano Maseo. Llevaba una brazada de espigas maduras que pensaba tostar para Francisco.

—¿Dónde encontraste esas espigas, querido hermano Maseo? —preguntó Francisco, inquieto—. Sé que por hacer una buena acción eres capaz de dar un mal paso. Supongo que habrás cortado el trigo de algún campo…

Maseo se echó a reír:

—No seas tan desconfiado. hermano Francisco. No, no las he robado. Encontré en mi camino a una mujercita cargada con un haz de trigo.

«¿Adónde vas, monje?», me pregunta. «¿Eres de los de olió?» «¿Qué olió, buena mujer?» «Los hermanos de Francisco, el pobrecito». «Así es, pero ¿cómo lo has adivinado?» «Por tu hábito agujereado, por tus pies descalzos, por tu alegría... Ríes como si te hicieran cosquillas». «Es que Dios me hace cosquillas, y por eso río». «Yo no tengo tiempo, tengo un marido, hijos, y no puedo caminar sobre las piedras sin zapatos. No cuentes, pues. conmigo. Sólo te pediré una cosa». Arranca de su haz un puñado de espigas y me lo da, agregando: «Toma, sé que tiene hambre. Soy tan pobre como él, pero llévale estas espigas, será el homenaje de mi pobreza...»

Fiancisco apretó las espigas en sus brazos.

—Es el pan de los ángeles, hermano Maseo —dijo—. Es el pan de la castidad. Quiera Dios que esta mujercita entre en el Paraíso con una corona de espigas maduras.

Maseo tostó las espigas sobre el fuego y las frotó para recoger los granos.

—Hermano Francisco, tengo otra cosa que decirte, pero no te ofusques. ¿Puedo hablar libremente?

—¡Habla!

—Creo que he cometido una locura. ¿No te enfadarás?

—La locura, hermano Maseo, es la sal que impide que se pudra la sensatez. ¿No recuerdas que yo recorría las calles de Asís gritando «Acudid a oír la nueva locura»? Habla, pues, sin temor.

—Por donde yo paso, hermano Francisco. tu nombre está en todos los labios. Muchos quieren venir hasta aquí para besarte la mano. «Yo he visto una vez a ese famoso Francisco: no es sabio, no lleva espada ni desciende de familia noble», me dijo una vez cierto conde lleno de presuncion. «Además es bajo, enfermizo, de cara fea y cubierta de pelo. ¿Para qué desearán tanto verle las gentes? No comprendo».

—¿Y qué le respondiste? —dijo Francisco, riendo.

—Es allí donde empieza mi locura... «¿Por qué desean tanto verle. Porque se desprende de él un olor como de las fieras de la selva. Un extraño olor que aturde».«¿Qué olor?», me pregunta el conde. «¿El olor de la santidad.. » le respondo. ¿Hice bien, hermano Francisco?

—¡No, no! —exclamó Francisco—. ¡Nunca digas eso! ¿Quieres precipitarme en el Infierno?

—¿Qué debo responder, entonces? No dejan de preguntarme...

—Di: «¿Quieres saber por qué todo el inundo quiere verlo? Es porque nunca ha visto nadie cara más ingrata, hombre más cargado de pecados ni más indigno. Y Dios le ha elegido para eso: para enfrentar a la belleza, a la sabiduría y a la nobleza».

Maseo se rascó la cabeza y me echó una mirada furtiva, como preguntándome: «¿Hay que decir eso. de veras?»

—Di todo lo que se te ocurra, hermano Masco —le dije yo—. Y además, deja en paz tu cabeza, no la rasques tanto.

—¡Una palabra más, hermano Francisco, antes de irme! —dijo Maseo—. Es cierto... Siento el olor que se desprende de ti. Se parece a almizcle, al

benjuí, no lo sé... Adivino tu presencia a una legua de distancia. Es gracias a ese olor como he podido encontrar esta choza.

Nos preparamos, por fin, para abandonar la Porciúncula. Francisco tenía prisa por volver a refugiarse en alguna gruta y poder llamar a Dios libremente. Estaba cansado de luchar contra los hombres.

—Yo estoy hecho para vivir solitario como las fieras —decía—. Por lo demás, para eso me ordenó Dios predicar entre los hombres. Sin embargo, Señor, sabes bien que soy incapaz de hablar y sólo puedo cantar y llorar.

Unos días antes de nuestra partida aparecieron ante la puerta de la choza el padre Silvestre y cinco de nuestros hermanos, de entre los más antiguos y los más fieles: Bernardo, Pedro. Sabattino, Rufino y Pacifico. Francisco tenía un racimo en la mano y lo observaba con emoción. Era un viejo campesino que iba a Asís con su asno el que se lo había dado.

—¡Qué prodigio, hermano León! —me decía—. Los hombres ¿son ciegos e insensibles para no ver los milagros cotidianos? Qué gran misterio es el racimo! Lo comemos y nos sentimos refrescados; lo apretamos y se convierte en vino; bebemos el vino y perdemos la razón. Entonces, unas veces vemos cómo Dios se engrandece y queremos abrazar a todos los hombres, o bien nos enfurecemos y nos ponemos a matarlos.

Fue en ese instante cuando llegó el padre Silvestre con los cinco hermanos. Todos se arrodillaron y besaron la mano de Francisco.

—Hermano Francisco —dijo el padre Silvestre—, hemos venido para que nos des tu bendición. Vamos a predicar la palabra de Cristo como nos enseñaste.

¿Y adónde vais, hermanos?

—Adonde el Señor nos lleve. ¿No es la tierra entera el campo de Dios?

Francisco levantó la mano sobre sus cabezas:

—Id, hermanos, os bendigo. Predicad con palabras si podéis. Pero predicad sobre todo con vuestra vida y vuestras obras. ¿Qué hay por encima de la palabra? La acción. ¿Y por encima de la acción? El silencio. Subid hasta el último escalón de la escalera que lleva a Dios. Predicad primero con palabras, después con actos y entrad por fin en el silencio sagrado que rodea al Señor.

Calló, miró a los hermanos, uno por uno, largamente y con amor, como si partieran la guerra y no estuviera seguro de volver a verles.

—Es duro el corazón de los hombres, duro como la piedra —suspiró—. Pero Dios os acompaña, no temáis. Y cada vez que os persigan, decid: «Hemos venido a esta tierra para sufrir, morir y vencer». Por lo demás, no debéis temer a nadie, pues el que se ha unido a Dios adquiere tres grandes privilegios: la omnipotencia sin poder, la embriaguez sin vino y la vida sin fin.

Los hermanos le miraron, inmóviles.

—Hermanos míos —continuó Francisco—, también yo parto. Voy a predicar la salvación a las piedras, a las flores del campo y al tomillo de la montaña. El día del Juicio Final está cerca. Apresurémonos, para que la

tierra entera, con sus hombres, sus pájaros y todos sus animales, sus plantas y sus rocas esté dispuesta a subir al cielo cuando llegue ese día. ¿Creéis, hermanos, que el Paraíso es otra cosa que esta tierra purificada y virtuosa?

—Quiera Dios —dijo Bernardo—que nuestra orden siga siempre el camino recto, el tuyo, hermano Francisco.

El señor Pedro se arrodilló y tocó la túnica de Francisco.

—Hay algo que me atormenta, hermano, y no querría separarme de ti sin preguntar te la respuesta. ¿Hasta cuándo nuestra orden seguirá el camino recto?

—Mientras los hermanos caminen descalzos —respondió Francisco sin agregar otra palabra.

Nosotros permanecimos callados.

—El sol se ha elevado en el cielo —dijo por fin el padre Silvestre—. Tienes razón, debemos darnos prisa. ¡Hasta pronto!

—¡Que mi bendición os acompañe! —respondió Francisco trazando en el aire, sobre sus cabezas, la señal de la cruz.

X

Después de bendecir a sus hermanos, Francisco se inclinó, besó el umbral de la choza, paseó la mirada sobre la naturaleza y se despidió de sus hermanas, las modestas hierbas que crecían en la Porciúncula: el tomillo, la ajedrea, las zarzas.

—¡Partamos! —dijo.

—¿Adónde vamos, hermano Francisco? —pregunté.

—¿Qué necesidad tenemos de saberlo? —respondió—. El Señor lo ha resuelto ya por nosotros. ¿Conoces esas grandes flores amarillas que se llaman girasoles porque miran al sol, volviendo sin cesar su rostro dócil en dirección del astro? Hagamos como ellas, hermano León, miremos a Dios constantemente. Él nos mostrará el camino.

El verano llegaba a su fin. La tierra parecía cansada, pero floreciente como una mujer que acaba de parir. Habían segado los campos. habían vendimiado. Entre las hojas de los naranjos brillaban frutos todavía pequeños y de un verde oscuro. Las golondrinas esperaban que las grullas fueran a cargarlas sobre sus alas para partir. El aire estaba ligeramente brumoso, llovía en la montaña; campos y bosques olían a tierra mojada.

Francisco respiraba profundamente. No le había visto con expresión tan serena desde hacía largo tiempo. Subimos a un cerro y nos sentamos con la espalda apoyada contra la pared agrietada de una vieja torre. Yo miraba la llanura, a nuestros pies. ¡Qué paz, qué dulzura! Después de cumplir con su deber, la tierra descansaba, satisfecha.

—Hermano León —dijo Francisco—, pienso en una maravillosa imagen que vi un día en Ravena: El Sueño de la Virgen. Los cruzados la habían llevado desde Oriente. Maravillados por la belleza y la riqueza de Constantinopla, olvidaron que habían partido para liberar el Santo Sepulcro, habiéndose puesto a degollar. quemar y saquear. Y ese icono formaba parte de su botín. ¡Qué maravilla! La Madre de Dios, tendida en su cama, envuelta en un manto violeta, abierto el rostro en una amplia sonrisa. Sus viejas manos, cruzadas sobre el pecho, estaban maltratadas por las faenas de la casa, sus mejillas estaban marchitas y sus pies heridos a fuerza de caminar descalzos sobre las piedras de los caminos. Pero en sus labios se dibujaba una sonrisa que, proveniente de una misteriosa alegría, se difundía por su mentón, sus párpados. sus sienes... Había cumplido su deber y estaba satisfecha. ¿No había dado a luz al Salvador del mundo? Y bien, hermano León, esta llanura fértil que descansa se parece a El Sueño de la Virgen.

Caminamos durante muchos días y muchas semanas. ¿Adónde íbamos? Adonde Dios nos llevaba, porque Francisco se negaba a escoger el momento y los lugares.

—Qué bueno es no poseer voluntad, olvidarse de uno mismo, de nuestro propio nombre, y abandonarse con plena confianza ab soplo de Dios —decía—. Eso es la libertad. Si te preguntan cuál es el hombre más libre, hermano León, responde: el que se ha hecho esclavo de Dios. Porque toda otra libertad es servidumbre.

Un día nos detuvimos en una aldea. Francisco agitó su campana y todos los campesinos, hombres y mujeres, se reunieron en torno a él. No ignoraban quién era ese hombre descalzo, andrajoso, cuyo amor por la dama Pobreza había obrado milagros. Eran pobres y, acaso sin saberlo, eran adeptos de Francisco.

—¿Para qué predicar, hermanos? —empezó mi compañero—. ¿Para qué mostraros el sendero que lleva al Paraíso? Ya lo seguís, porque sois humildes, pobres, iletrados y trabajadores como Dios quiere que lo seáis.

Pero debió detenerse, porque en los techados de las casas y las ruinas de una torre, a su alrededor y hasta sus propios pies, se había reunido una multitud de golondrinas que, dispuestas a partir en viaje, revoloteaban aquí y allá piando tan fuerte que no dejaban oír su voz. Era inútil que Francisco la alzara, no lograba cubrir sus gritos.

—Hermanos —siguió Francisco—, la vida en la tierra es un sueño engañoso. La verdadera vida, la vida eterna, nos espera allá, en el Cielo. No miréis hacia la tierra con los ojos bajos, hijos míos. Levantadlos bien alto, abrid la jaula en que vuestra alma lucha y sangra. ¡Volad!

Francisco gritaba y se enronquecía, pero las golondrinas no callaban y cada vez había más. Entonces Francisco se dirigió a los pájaros con voz infinitamente dulce y suplicante.

—Hermanitas golondrinas, os lo ruego, dejadme hablar... Encantadoras mensajeras de Dios, que traéis la primavera a la tierra, plegad las alas un instante, alineaos tranquilamente en los techados y escuchad. Hablamos de Dios, que creó las golondrinas y a los hombres, hablamos de nuestro Padre

común. Si Lo queréis, amables golondrinas, si me queréis a mi, que soy vuestro hermano, callad. Veo que os preparáis a partir hacia África. ¡Que Dios os asista! Pero antes de poneros en camino, es bueno que escuchéis Su palabra.

Entonces los pájaros plegaron las alas y se posaron a los pies y en los hombros de Francisco, fijando sus ojuelos redondos en el pregonero de Dios. De cuando en cuando se permitían batir las alas, porque su alegría era tan grande que no podían dominar su deseo de volar en el cielo. Al ver ese milagro, los campesinos, hombres y mujeres, se arrojaron a los pies de Francisco.

—Llévanos contigo —gritaron las mujeres—. No queremos permanecer en nuestras casas, junto a nuestros esposos. Queremos ganar el Reino del Cielo. Queremos vestirnos con el hábito gris, caminar descalzas, seguirte hasta la muerte.

Los hombres besaban los pies de Francisco y se golpeaban el pecho gritando:

—Ya no nos interesan nuestras mujeres, ni nuestros campos... Queremos ganar el Reino del Cielo también nosotros. ¡Llévanos contigo, hermano Francisco!

Francisco sintió miedo. ¿Qué haría con esas pobres gentes? ¿Adónde las conduciría y cómo las alimentaría? Súbitamente, pensó qué sería del mundo si todos los seres humanos se volvieran monjes y monjas.

—Esperad, hermanos, no es eso lo que quería deciros. No existe un solo camino que lleve al Cielo. Hay el del monje, sin mujer, sin pan y sin fuego. Pero también hay el del buen cristiano que se casa, tiene hijos y asegura la perennidad del género humano. No seria justo dejar la tierra sin cultivo y a la mujer sin hijos. Dios se opone a ello. Para vosotros, que vivís en el inundo, el Señor ha creado el abrazo honesto, el pan, el fuego y la dulce conversación. Os juro que. viviendo así, podéis llegar a la puerta del Paraíso.

Algunos campesinos se encolerizaron.

—Empiezas por encender el fuego en nuestros corazones y después procuras apagarlo. ¡O era justo lo que nos dijiste al principio, y para encontrar la salvación debemos apartarnos del mundo, o era falso, y entonces sigue tu camino y déjanos tranquilos!

Las mujeres estaban aún más indignadas:

—No es honrado lo que haces, monje. Lo quieras o no, te seguiremos porque nos has resuelto a ello. ¿Por qué no han de entrar las mujeres en el Paraíso? ¡La Virgen María entró en él!

Francisco, desesperado, procuraba calmarlas:

—Aguardad... he de volver. Empezad por distribuir entre los pobres lo poco que teneis, vivid castamente, no maldigáis, no os encolericéis; tres veces por día. arrodillaros todas juntas y rezad. Hace falta una larga preparación, hijas mías. Preparaos y yo volveré.

¡Volveré! —repitió saliendo de la aldea con paso apretado.

Unas diez mujeres nos perseguían gritándonos injurias:

—¡Impostores! ¡Mentirosos! ¡Parásitos!

Y hasta empezaron a arrojarnos piedras, pero ya estábamos fuera de la aldea.

—Creo que nos hemos equivocado —me atreví a decir cuando nos detuvimos para tomar aliento—. No hay que decir más de lo que se puede soportar. Lo demás es tentación.

Francisco no respondió. Sentado en una piedra, debería reflexionar, porque estaba preocupado y veía cómo se hinchaban las venas de su frente y sus sienes. Me senté junto a él. En la aldea nos habían dado algunas costras de pan. aceitunas y dos racimos de uvas. Yo tenía hambre.

—Hermano Francisco —dije—, persígnate y comamos. ¿No tienes hambre?

Pero, absorto en sus pensamientos, no me oyó.

—Desdichada la aldea donde no hay sino santos —dijo más tarde—. Desdichada la aldea donde no hay santos...

Me había puesto a comer solo, pensando en lo que acababa de ver y de oír. Sin duda me encontraba bajo el dominio del Maligno, porque empecé a monologar:

—Ya que tú mismo dices, hermano Francisco. que no podemos llegar a Dios siguiendo un único, ¿por qué torturante inútilmente? El hombre casado, padre de familia, posee una casita, campos y come a su gusto, ¿puede alcanzar a Dios? Dices que si. ¡Casémonos. Entonces!, fundemos un hogar y vivamos razonablemente! Si se puede elegir, vale más llegar hasta Ël en una edad respetable, bien conservados y en buen estado. ¿Cómo te presentarás ante Dios al día siguiente de tu muerte, hermano Francisco, ¿en el estado en que te encuentras? ¿Has olvidado lo que dijo el Papa?: «¡Qué insistencia! ¿De qué corral sales?». El Señor te dirá lo mismo.

Mientras monologaba, tragaba grandes bocados. Después de devorar un racimo, cogí algunas uvas del otro. Por Dios, juro que si Francisco no hubiera estado allí, habría vuelto inmediatamente a la aldea y habría tomado mujer. Ya había elegido a una muchacha... Eso no me habría impedido temer a Dios y arrodillarme para rezar tres veces y aun treinta por día. Pero me habría dirigido a Él tranquilamente, sin esfuerzo, teniendo a mi mujer y a mis hijos de la mano. Francisco se agitó. Levanté los ojos y le miré, estremeciéndome de miedo, como si hubiera cometido algún pecado.

—Tienes razón, hermano León. Es penosa la vida del monje, y no todo el mundo puede soportarla. Por lo demás, es mejor que así sea, pues si todos quisieran hacerse monjes, ¿en qué se convertiría la tierra? Oye lo que Dios me ha aconsejado hace instantes, mientras estaba sentado en esta piedra. Paralelamente a nuestra orden, quizá demasiado severa, deberíamos instituir otra más suave, más soportable, donde podrían entrar los otros buenos cristianos que viven en el mundo. Dentro de esa orden, los hermanos tendrían derecho a casarse, de hacer que prosperen sus bienes, de comer y beber con mesura, sin caminar descalzos ni llevar hábito. Pero deberían vivir virtuosamente, reconciliarse con sus enemigos, hacer caridad y alzar los ojos al Cielo a cada instante. ¿Qué dices, hermano León?

Iba a responderle: «¿Por qué no entramos nosotros en esa orden, hermano Francisco?», pero tuve vergüenza.

—No estaría mal —murmuré, con un nudo en la garganta.

¿Qué podía hacer yo? Había entrado en la ronda, tenía que bailar... Antes de encontrar a Francisco yo procuraba llegar hasta Dios, pero sin privarme de buenos platos.

Después de unirme a él, buscar a Dios ya no era una preocupación para mi. Sólo tenía que caminar sobre las huellas de mi guía, sabiendo que conocía el camino, pero la necesidad de alimento, de vino y de bienestar, y también la necesidad de mujer, lo confieso con gran vergüenza, me torturaban.

—¿En qué piensas? —me preguntó Francisco.

—En Dios.

—¿Recuerdas, hermano León, cuando corrías por el mundo en busca de Dios? No lo encontrabas porque estaba en tu corazón. Eras como el que busca por doquier, día y noche, el anillo de oro que lleva en el dedo.

Una noche llegamos a la célebre fortaleza de Montefeltro. Pendones multicolores flotaban en la punta de la torre, ricos tapices rojos adornaban las ventanas y la puerta principal estaba florida de mirtos y laurel.

Gentiles hombres y hermosas damas frecuentaban el puente levadizo al son de las trompetas, precedidos de pajes graciosos que se apresuraban alrededor de ellos para ayudarles a bajar de sus cabalgaduras. Más lejos, en el camino que llevaba a la llanura, se veían llegar otras damas suntuosamente vestidas y señores que llevaba ricas armaduras. Criados y siervas, de libreas relucientes y abigarradas, circulaban con bandejas de plata cargadas de bebidas y manjares.

—Así debe ser el Paraíso —dije, deslumbrado por tanta riqueza y belleza.

—Mucho más modesto—me respondió Francisco—. Deben celebrar una fiesta —prosiguió—. ¿Vamos? ¿Qué dices, hermano León?

No pedía otra cosa.

—¡Vayamos!

Francisco avanzó por el puente levadizo con calma y seguridad, como si hubiera estado invitado.

—¡Pero no estamos invitados, hermano Francisco! ¡Nos expulsarán!

—Nada temas, corderillo de Dios. ¿No has comprendido que esta fiesta se da en nuestro honor? ¿Para permitirnos entrar en la fortaleza y hacer en ella una buena pesca?

—¿Una buena pesca?

—¿Olvidas, hermano, que somos pescadores? Sólo que en vez de pescar peces, pescamos almas. Quién sabe si no hay aquí una que se debate en su prisión de seda y no pide otra cosa que la liberación... Quizás a causa de ella y para atraernos el castellano ha organizado esta fiesta. Y como ves, entramos.

Dijo, y franqueó el umbral de la pesada puerta de abundantes cerrojos.

El vasto patio estaba lleno de caballos. En las cocinas, llameaban los hogares. Cuartos de carne hervían en grandes marmitas y otros se asaban, ensartados en largos espetones, y su humo embalsamaba el aire. Mis narices palpitaban; no quería ir más lejos.

Un cocinero pasó a nuestro lado.

—¿En honor de quién se organiza esta fiesta, hermano? —interrogué.

—El hijo del amo será consagrado caballero —me respondió—. Ahora están en la capilla, donde el obispo bendice las nuevas armas…

Me observó de arriba abajo, vio mis pies descalzos, mi hábito hecho jirones y no pareció satisfecho.

—Hablemos poco, pero bien —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Estás invitado?

—¡Claro que sí! ¿Qué supones?

—¿Quién te ha invitado?

—¡Dios!

El cocinero se echó a reír.

—Quieres bromear, ¡pobre viejo! Di más bien que tienes hambre, que has venido a comer. ¡Deja a Dios en paz! —dijo, marchándose.

Mientras tanto, Francisco admiraba las armas del barón Montefeltro en el dintel de la puerta: un león erguido sobre las patas traseras, sosteniendo un corazón en que estaban grabadas estas palabras: «A nadie temo».

Francisco me señaló el escudo:

—Parece que el señor no teme a nadie. Ni siquiera a Dios, tal vez... El corazón del hombre está henchido de orgullo, hermano León, y no debemos fiarnos de lo que dice. Perdónale. Si tuviéramos armaduras, ¿qué representarían nuestros escudos?

—Un carnero que devora a un león —respondí riendo.

—No, corderillo de Dios. Ahora tienes hambre y estás dispuesto a devorar al león, pero llegará un día en que los corderos y los leones serán amigos; no te ofusques, pues. Yo veo más bien sobre nuestras armaduras un pajarillo humilde que sube al cielo cantando.

Recordé entonces el discurso de Francisco a los hermanos de la Porciúncula.

—Te refieres a la alondra —dije—, el pájaro que lleva una capucha…

—Has adivinado exactamente, hermano León. Pero oigo cantar en la capilla del Castillo. Vayamos a rezar.

Entramos en la iglesia iluminada. ¡Qué hermosa era! Gentiles hombres y caballeros se apretujaban en ella, los unos con sus armas y sus espuelas centelleantes, los otros cubiertos de hierro, dispuestos a saludar al novicio. Las damas estaban tocadas con bonetes bordados de pedrerías, y de ellos pendían velos preciosos y multicolores. ¡Cuántas plumas, collares de perlas, brazaletes de oro y perfumes, Dios mío! Todos los perfumes de Arabia flotaban en el aire. *Ah, Francisco puede contradecirme, pero así es cómo imagino el Paraíso con sus santos y sus santas. Dios otorgara sin duda adornos parecidos a sus bienaventurados, y quizá más hermosos todavía.*

¿No son los caballeros del Cielo? ¿El Cielo no es la mesa redonda en torno a la cual se reúnen todos los héroes? ¿Y Cristo no es el rey Arturo?

En verdad, yo había empezado a divagar. Disimulando tras una columna, miraba con los ojos desorbitados... Y de pronto, ¿qué veo? Francisco hiende la multitud de los señores dirigiéndose hacia el coro, donde el obispo estaba bendiciendo a un niño pálido y rubio, el nuevo caballero.

Esperó hasta el fin de la ceremonia, y después, arrodillándose ante el prelado, dijo:

—Monseñor, por el amor de Cristo, dame permiso para hablar.

Algunos asistentes le habían reconocido y murmuraban entre si: «¡Es Francisco de Asís, el nuevo asceta!».

El obispo le miró con desdén.

—¿Qué vas a decir? —le preguntó.

El viejo castellano avanzó:

—Monseñor, dígnate permitir que hable. Es Francisco de Asís.

El obispo levantó los brazos:

—Sé breve —dijo—. Las mesas están servidas.

—¡También están servidas las mesas del Cielo! —dijo Francisco, retomando las palabras del obispo para empezar su prédica—. Si, las mesas están servidas, hermanos, y el día del Juicio Final está cerca. Nos queda poco tiempo, pero aún podemos salvar nuestras almas, podemos subir al Cielo y sentarnos a la mesa eterna de Dios. No es con ricas armas, espuelas doradas, vestidos de fiesta, risas y bienestar como podemos subir al Cielo. La vía que lleva a Dios es ardua, hermanos míos. No es sino lucha, sudor y sangre.

Los gentiles hombres, las nobles damas, estaban visiblemente irritados. El obispo agitaba nerviosamente su cruz de marfil. Francisco comprendió y dulcificó su voz.

—Perdóname —dijo—, me dirijo a caballeros y debo hablar su lengua. Os diré lo que pensaba, y dignaos escucharme. ¡Cuántas hazañas debe cumplir el caballero que quiere conquistar el corazón de su dama! ¡Cuántas fuerzas visibles e invisibles —mares, fieras, demonios, hombres— debe vencer para que su hermosa le abra los brazos! Parte a la cruzada, o franquea un torrente furioso, lanzándose a caballo sobre un puente tan estrecho que apenas puede pasarlo un hombre a pie. O bien sube en mitad de la noche a una torre ruinosa para expulsar a los fantasmas a estocadas... Nunca retrocede. Si abrimos el corazón del señor castellano, encontraremos en él estas palabras grabadas: «A nadie temo». ¿Por qué? Porque no deja de pensar en el abrazo perfumado que desea... Todo esto lo sabéis mejor que yo, señores y nobles damas. Pero ignoráis, o al menos pretendéis ignorar esto: existe otra Dama, no terrena, pero si celestial, y otra caballería, y otro combate. ¿Qué Dama? La Eternidad. ¿Qué combate? El que hace renunciar a los bienes temporales para abrazar los bienes eternos que son la Pobreza, la Pureza, la Plegaria y el Amor perfecto. Si para ganar un cuerpo efímero se desafían el peligro, el miedo y la muerte, ¿qué hazañas deberán cumplirse para ganar a la Dama Eternidad?

Los señores empezaron a manifestar su descontento con respecto a ese insolente andrajoso. Francisco lo advirtió y bajando de las gradas del coro, se detuvo entre los gentiles hombres.

—No os enfadéis, nobles señores —dijo—. Caballero yo mismo, me dirijo a caballeros. Si sois gentileshombres. yo no soy el servidor de nadie, sino de Dios, y el hábito remendado que llevo es mi armadura. También lucho, tengo hambre, tengo frío, sufro y me flagelo, pero es por la belleza de mi Dama mil veces más hermosa que las vuestras. En nombre de esa Dama os hablo y os conjuro a que emprendáis el combate; aún tenéis tiempo. Mi joven y noble caballero, mi niño rubio, escucha lo que Dios te ordena por mi boca: el señor de este castillo, tu padre, te encomienda «no temer a nadie». Tú, hijo mío, debes completar así ese lema y grabarlo en tu corazón: «A nadie temo, salvo a Dios». ¡Quizá para traerte este mensaje me ha enviado el Altísimo hoy a esta fortaleza, en el momento en que te consagraban caballero!

Francisco calló, besó la mano del obispo y salimos. La noche había caído y las estrellas brillaban en el cielo. El patio estaba lleno de caballos y criados. Los señores y las damas salieron de la iglesia en silencio para acudir a la gran sala donde se habían dispuesto las mesas. Los servidores iban y venían entre las cocinas y la sala, llevando los platos de carne y los vinos. Cada vez que se abría la puerta de la sala, se oía un gran rumor, risas e instrumentos de música... Francisco se instaló en el suelo, en un rincón del patio, la espalda contra la pared. Cerró los ojos. Yo, atenazado por el hambre, me deslicé en las cocinas y mendigué un poco de pan, de carne y un jarro de vino que llevé corriendo.

—Hermano Francisco —dije alegremente—, levántate, comeremos.

—Come tú solo —me respondió—, alimenta a tu borrico.

Bebí un buen trago de vino y me sentí alegre:

—Mi borrico también necesita alimento —dije a Francisco—. ¿Sabes qué ocurrió al campesino que quería habituar a su asno a no comer? En el momento en que el animal empezaba a acostumbrarse, reventó.

Francisco sonrió:

—Otro trago de vino, y tu borrico empezará a rebuznar. No te ocupes, pues, del borrico de los demás.

Y cerró los ojos.

Mientras comía, agradeciendo a Dios por haber hecho la carne tan sabrosa, un joven señor, acercándose, se inclinó y reconoció a Francisco.

—¿Duerme? —preguntó.

—No —respondí—, nunca duerme. Llámale por su nombre.

—¡Padre Francisco! —dijo el joven señor—. ¡Padre Francisco!

Francisco abrió los ojos, le vio y sonrió.

—Buen día —dijo—. ¿Por qué has abandonado el festín y las hermosas damas para venir aquí, mi joven señor? Sin duda alguna, es Dios quien te envía.

—Padre Francisco, las palabras que has pronunciado en la iglesia han penetrado en mi corazón. Siempre he estado atento a lo que se decía en la iglesia, pero nunca pude oír nada. Esta noche, por primera vez, he oído y he

venido a pedirte una gracia. Soy el conde Robando de Cattani, dueño de la fortaleza de Chiusi, en Casentino.

—¿De qué gracia se trata, hijo mío? —dijo Francisco—. Haré cuanto pueda por la salvación de tu alma.

—Poseo en Toscana una montaña llamada Alverna. Está aislada, desierta y tranqui la. Sólo viven en ella halcones y perdices salvajes. Te la regalo, padre Francisco, para la salvación de mi alma.

—¡Es exactamente lo que deseaba! —exclamó Francisco batiendo palmas alegremente—. No hay duda, es por esa montaña por lo que he dejado la Porciúncula. Ahora lo comprendo. Desde su cumbre inhabitada mi alma pecadora subirá hasta los pies del Padre Eterno. En nombre de Cristo, acepto tu don, hijo mío, y te lo agradezco.

—Ruega por mi alma —dijo el conde besando la mano de Francisco—. Y ahora, con tu permiso, he de volver al lugar de la fiesta.

—Te bendigo, hijo mío. Diviértete hasta el momento en que sonará la trompeta del Juicio Final.

—¡Entonces tengo tiempo! —exclamó el conde riendo, y se marchó con paso rápido, pues tenía prisa por volver entre sus amigos.

Francisco advirtió que yo seguía comiendo.

—Alimenta bien a tu borrico, hermano León, porque debemos escalar una ruda montaña. Siempre me preguntas a dónde vamos. Y bien, esta vez vamos a Alverna compañero. Siento que Dios nos espera allí.

—¿Hacia el frío, la nieve, la lluvia? —dije, asustado—. ¿Por qué no nos espera en la llanura?

—Dios se encuentra siempre en el frío, la lluvia y la nieve, hermano León; no te quejes. Son los ricos señores y las damiselas hermosas quienes permanecen en la llanura, y también tu borrico, pero el verdadero hermano León asciende a la montaña.

No respondí. «Ah, si fuera posible que nuestro borrico pastara en ricas praderas mientras nuestra alma sube la montaña, ligera, sin preocuparse del hambre ni del frío…»

Nos permitieron dormir en una caballeriza. El aire olía a estiércol y a sudor animal.

Francisco tendió la mano y bendijo a los caballos.

—Dormiremos juntos esta noche. hermanos caballos. No relinchéis, no deis coces, os lo pido. Estamos cansados. dejadnos reposar. Buenas noches.

Estábamos tan cansados que nos dormimos en seguida, acostados en la paja. En mi sueño oía de cuando en cuando las canciones, las guitarras y las risas de la fiesta.

Era como si el cielo se abriera sobre mi cabeza y los ángeles descendieran; pero volvía a dormirme en seguida y los espíritus celestiales desaparecían.

A la mañana siguiente Francisco despertó de buen humor.

—¿Te has puesto las sandalias de hierro? —me preguntó—. Tenemos que hacer una ascensión difícil…

—Sin duda —le respondí—. ¡Aquí están! —y le mostré mis pies desnudos y cubiertos de llagas.

Pero cuando nos pusimos en camino hacia Alverna, murmuré persignándome:

—¡Que Dios tenga piedad de nosotros!

Sumido en sus reflexiones, Francisco callaba. No había un soplo de viento y detrás de nosotros los pendones de la fortaleza colgaban como velos desde sus astas. El cielo estaba encapotado. Un sol opaco subía a nuestra derecha, tras las nubes. Su turbia claridad se filtró entre las hojas de los árboles donde brillaban gotas de lluvia. Todavía se oían, en el aire húmedo, los gallos del castillo.

—Cambiará el tiempo. hermano Francisco —dije—. Tendremos lluvia...

Pero el hermano Francisco tenía la mente en otra parte, recapacitando.

—Hermano León —me dijo—, el circulo está a punto de cerrarse, el fin se acerca, alabado sea el Señor. Al principio había pedido a Dios permiso para vivir solo, en el desierto. Me lo concedió. Pero en seguida me tomó de la nuca y me arrojó entre los hombres. «Renuncia a la soledad, es demasiado cómoda. ¡Ve de aldea en aldea y predica! Elige compañeros, funda una orden y parte para liberar el Santo Sepulcro, que no es sino el corazón del hombre». Renuncié a la soledad suspirando, elegí a mis hermanos y partimos. Ah, qué santa pobreza, qué amor, qué concordia, qué castidad... ¿Recuerdas, hermano León? ¿Recuerdas cómo nos echábamos a llorar de felicidad? Los árboles, los pájaros, las piedras y los hombres nacían de las manos de Dios, bajo nuestros ojos... Cristo estaba entre nosotros, invisible, pero sentíamos Sus manos posadas sobre nuestras cabezas y Su hálito sagrado en el aire. No podíamos verle sino de noche, cuando nuestro cuerpo reposaba y nuestra alma abría los ojos. Pero después...

La voz de Francisco tembló y gruesas lágrimas asomaron al borde de sus párpados.

—Después, hermano Francisco —dije—, los lobos entraron en el redil...

—Y me expulsaron... —siguió Francisco suspirando—, ¡me expulsaron, hermano León! El circulo se cierra, te lo digo. vuelvo a la soledad. Trepo a esa montaña desierta para poder aullar como una fiera, solo. Hay todavía demasiados demonios en mi y mucha carne en torno a mi alma. Ahí, que Dios me dé el tiempo de aniquilar mi carne, para que mi alma se libere... ¡Si, hermano León, para que mi alma se libere!

Agitó impetuosamente los brazos hacia el cielo y por un instante me pareció que le habían nacido alas. Temiendo que volara y me dejara solo, le tomé de la manga de su hábito. Pasó un campesino. Arrastraba por una cuerda un asnillo montado por una mujer que, descubierto el seno, amamantaba a su hijo. Francisco se detuvo y la miró, con ojos desorbitados.

—Danos tu bendición, padre —dijo el campesino poniéndose la mano sobre el pecho—. Son mi mujer y mi hijo. Bendícenos.

—¡Que Dios os proteja! —respondió Francisco—. Buen viaje. José...

El campesino se echó a reír, pero como estaba apurado. siguió su camino.

—¿José? —pregunté—. ¿Cómo sabes su nombre?

—¿No has comprendido, corderillo de Dios? Eran José y María que amamantaba a Jesús. Huían a Egipto... ¡Cuántas veces he de repetirte, hermano León —prosiguió después de un silencio—, que debes mirar con tus ojos interiores! Tus ojos de arcilla anuncian: «Un campesino con su mujer y su hijo». Pero los otros, los ojos de tu alma, no pueden ignorar el prodigio. Es José, es la Virgen María sentada en su aso, es Cristo que mama la leche de su madre. Pasan y vuelven a pasar ante nosotros, eternamente...

Suspiré. Tengo la piel gruesa, el corazón hundido en demasiada carne. Ay, ¿cuándo podré adivinar también yo el otro mundo, el eterno, detrás de este bajo mundo?

Las primeras gotas resonaron sobre las pocas hojas de las higueras. La noche caía.

Una iglesita blanca brillaba, aislada sobre una roca.

—Dios nos quiere —dije—. Nos ha enviado una capilla donde pasar la noche.

Entramos en la iglesita. La luz del mundo exterior iluminaba las paredes; vimos que estaban cubiertas de arriba abajo de frescos que representaban las tentaciones de San Antonio. Aquí el santo ermitaño luchaba contra una manada de demonios. Uno de ellos le arrastraba por la barba, y los demás le tiraban de la capucha, del cinto, de los pies... Más lejos, dos diablos asaban un cordero. El ermitaño miraba, pálido, desfalleciente de hambre. En otra pared se veía una mujer desnuda de cabellera rubia y ojos lánguidos que oprimía sus senos opulentos sobre las rodillas de san Antonio. Éste la miraba ávidamente, mientras que una cinta roja salía de su boca y en ella podían leerse en letras negras estas palabras: «¡Señor, Señor, ayúdame!».

Estas imágenes me perturbaron. El violento deseo de tender la mano y tocar el cuerpo maldito de la mujer me invadió. Apenas había levantado la mano cuando Francisco se volvió hacia mi y me miró con sorpresa. Entonces, con gran esfuerzo, detuve mi ademán, el brazo anquilosado y doliente... Francisco tomó un cirio del gran candelero, lo encendió en la lamparilla suspendida ante la imagen de Cristo y dio la vuelta a la iglesia, mirando una por una las escenas de la tentación. No decía nada, pero le temblaba la mano. Me acerqué y miré con él, a la luz temblorosa de la llama. En cierto momento le oí susurrar:

—Dios mío, ¿por qué has hecho tan hermosa la Tentación? ¿No tienes piedad del alma humana? Yo, un gusano de tierra, me apiado de ella.

Me senté sobre las losas y tomé el pan y la carne que quedaban de mi comida del castillo. Francisco se arrodilló ante mi y sopló el cirio.

—Más vale no ver nada —dijo.

Le temblaba la mano y la bujía todavía encendida se cayó sobre él. El hábito se le incendió. Corrí a socorrerle, pero me detuvo:

—¡No, no, no lo apagues!

Pero yo, que no sé ver el mundo invisible, asustado por el fuego que empezaba a lamer su carne, arrojé mi hábito sobre Francisco y sofoqué las llamas.

—No has debido hacerlo, no has debido matar a nuestra hermana Llama —se quejó Francisco—. ¡No has debido!... ¿Qué quería? ¡Alimentarse, devorar mi carne! ¡Y también yo lo quería, hermano León!

No tomó alimento; se tendió y cerró los ojos. Por mi parte, comí con buen apetito, me acosté a su lado y me dormí en seguida.

Hacia la medianoche, oí que Francisco gritaba. Me desperté y le vi a la luz de la lamparilla gesticulando como si luchara contra enemigos invisibles.

—¡Hermano Francisco! —le llamé.

No me oyó. Debía ser una pesadilla. Me incliné sobre él y toqué la frente: estaba bañada en sudor. Le tomé por los brazos y lo sacudí. Por fin abrió los ojos.

—No tengas miedo, hermano Francisco —dije, acariciando sus manos, que temblaban—; era un sueño.

Se sentó, trató de hablar, pero no lo consiguió.

—Cálmate, hermano Francisco, pronto será de día. La luz disipará las pesadillas de la noche.

—¡No! No eran pesadillas, hermano León. Creo que todas esas pinturas están vivas. No bien cerré los ojos, las personas representadas en ellas salieron de las paredes, y surgieron los demonios que hay en mí, y todos juntos me asaltaron. ¡Dios mío, era atroz!

Jadeaba y le castañeteaban los dientes; se enjugó los ojos, que le supuraban. Fuera, el viento silbaba entre los pinos. De cuando en cuando entraban relámpagos por la ventana del coro y fustigaban su rostro lívido y ensangrentado. Entonces, con un rápido ademán, se cubría la cara con un brazo. Recuerdo que un día me había dicho que los relámpagos son las miradas de Dios. Pienso, así, que se avergonzaba esa noche de mostrarse a Nuestro Señor, humeando aún después del paso de los demonios.

Silenciosos, esperamos la llegada del día. Yo empezaba a tener miedo. Consideraba ahora la iglesia como un lugar habitado por presencias invisibles y peligrosas, y cuando los relámpagos iluminaban las paredes pintadas me tapaba la cabeza con la manga de mi túnica para no verlas. ¿Ofuscaría mi espíritu la compañía de Francisco, o bien mis ojos interiores se abrían por fin, descubriéndome lo invisible?

Poco a poco Francisco fue calmándose. Posó la mano sobre mi, como queriendo consolarme.

—No te inquietes, hermano León —dijo—. También el miedo puede ayudarnos a encontrar la salvación. Es una sensación bendita, una amiga del hombre, a pesar de las apariencias.

Los truenos eran cada vez más cercanos. Bruscamente, estalló la tormenta. Oíamos cómo golpeaba la lluvia alegremente el techo de la iglesita. *Tanto mejor* —pensé—, *así Francisco se quedará acostado y readquirirá sus fuerzas*. Los primeros resplandores de un día débil y sucio revelaron en las

paredes largas y pálidas caras de ascetas barbudos, rodeados de bocas burlonas, de cuernos y colas. Pero había luz y ya no tenía miedo.

Se oyó cantar un pájaro. La tierra despertaba en los charcos de agua. Con los ojos cerrados, serenamente, Francisco oía caer el agua del cielo.

—Hermano León, ¿no sientes, como la tierra, una gran serenidad cuando se abren las cascadas del cielo? ¡Por qué no seré una bola de tierra que se derrite bajo la lluvia! Pero el alma humana no es de arcilla; retiene el cuerpo con firmeza y no deja que se diluya.

—¿Por qué lo retiene con tanta fuerza? —pregunté—. ¿No valdría más dejar que se pierda? Así el alma se liberaría…

Francisco sacudió la cabeza.

—Sin duda porque no tiene otro borrico que la transporte. Así alimenta y sacia a su montura hasta el fin del viaje. Entonces, alegremente, de un puntapié, despide al borrico a la tierra para que vuelva a ser barro.

Otros dos pájaros fueron a cantar junto al primero.

—En marcha —dijo Francisco—, la lluvia ha cesado. ¡Que Dios nos asista!

Trató de levantarse, pero sus rodillas se doblaron y cayó.

—Tu borrico está fatigado, hermano Francisco. Deja que repose un poco. si no será incapaz de llevarte más lejos.

—No hay que dejar que haga todos sus caprichos. Si le hubiera escuchado, aún estaría en la casa del señor Bernardone y cantaría serenatas bajo las ventanas. ¡Vamos, ayúdame a levantarlo!

Le tomé bajo el brazo y lo puse en pie. Entonces dio unos pasos hacia la puerta, tropezando.

Fuera todo estaba empapado, las piedras brillaban, la tierra se había convertido en barro y el cielo negro pesaba sobre ella. Los pinos, azotados por la tempestad, exhalaban un olor a miel.

—Lloverá de nuevo —dije.

—Que llueva. El alma no está cerca de permitir que se derrita su envoltura. No tengas miedo, pues, y avanza —dijo Francisco.

Nos hundimos en el fango hasta los tobillos. En poco tiempo, nuestros pies se habían vuelto de plomo y ya no podíamos levantarlos. Caminamos así cerca de dos horas, hasta que de súbito Francisco cayó desvanecido, el rostro hundido en un charco. Lo levanté y cargándolo sobre mis hombros eché a correr, furioso a la vez contra su obstinación y mi propia estupidez, que me había llevado a emprender cosas de que era incapaz.

La lluvia había empezado a caer de nuevo. Corrí así durante una media hora, hasta el momento en que, alabado sea Dios, vi unas casas tras los pinos, y eso me dio el valor necesario para continuar. Pronto llegué ante una de las casas, cubierto de barro, exhausto. La puerta estaba abierta y entré. Salió un viejo campesino y tras él una vieja arrugada, su mujer.

—¡Eh, buenas gentes! —exclamé—. Mi compañero se ha desmayado. Por el amor de Dios, permitidme que le acueste un momento en vuestra casa.

El campesino frunció el ceño, no le gustaban las complicaciones, pero la vieja se apiadó de nosotros. Me ayudó a transportar a Francisco a la cama, llevó vinagre, le bañó con él las sienes y le puso el frasco bajo la nariz. Francisco abrió los ojos.

—Que la paz sea en vuestra casa, hermanos —dijo a los dos viejos inclinados sobre él.

Nuestro huésped me apretó el brazo.

—¿Quién es usted, monje? Ya le he visto en alguna parte.

—Es el padre Francisco de Asís.

—¿El santo?

—El mismo.

El campesino se acercó a Francisco y le tomó la mano:

—Si eres verdaderamente Francisco de Asís, por tu bien te lo digo, sé tan bueno y honrado como dicen que eres, porque muchos son los que creen en tu bondad y en tu honradez, y la salvación de sus almas está en tus manos.

Corrieron lágrimas por las mejillas de Francisco.

—Hermano mio —murmuró—, no olvidaré nunca lo que acabas de decirme. Procuraré ser bueno y honrado para no faltar a las almas que tienen fe en mi. Bendito seas tú, que me aconsejaste.

Dijo, y quiso besar la mano del campesino, pero éste se adelantó y besó el fango que manchaba los pies de Francisco.

La piedad del campesino me alentó.

—Hermano —le dije—, debemos hacer un largo camino todavía. Vamos al monte Alverna y mi camarada no puede caminar. Por el amor de Cristo, préstame tu asno.

—¡Con alegría, con alegría! Aunque no tuviera asno, llevaría al padre Francisco cargado en mi propia espalda para la salvación de mi alma. He pecado mucho en mi vida, y es tiempo de redimirme.

—Mujer —prosiguió después—, mientras tanto mata una gallina y da caldo al enfermo para que recobre sus fuerzas. No te preocupes, monje. Te acompañaré.

La gallina me enloquece. Cuando, después de beber el caldo caliente y oloroso, paladeé un buen pedazo de la blanca carne de la gallina, mi deleite fue tal que no podría describirlo... Perdóname, mi Dios, pero de sólo pensar en ello la saliva me corre por las comisuras de los labios. ¡Ah, si Francisco hubiera dicho verdad cuando contaba que las gallinas también entran en el Paraíso! ¡Todos los domingos mataríamos una para glorificar al Señor!

Levantamos a Francisco y le instalamos sobre el asno.

—El Alverna ¿está lejos de aquí? —pregunté a nuestro guía.

—¡Por el diablo! ¿Qué vais a hacer a esa montaña desierta? ¡No me gustaría estar en vuestro lugar! El famoso jefe de bandidos al que llaman el Lobo tiene allí su guarida, según cuentan. ¿No tenéis miedo?

—¿Por qué habríamos de tenerlo, hermano? No poseemos nada, somos de la Orden de la Santa Pobreza.

—Ah, desdichados, habéis elegido la mala orden... ¡No habéis terminado de tener hambre! Yo pertenezco a la Orden de la Santa Opulencia —agregó, riendo.

—¡Si, hermano, pero quizás así, descalzos, hambrientos, entraremos un día en el Reino del Cielo!

—Tal vez, monje, no digo que no, pero quizá yo entre como vosotros, si recibo a tiempo la extremaunción. Con ese «quizá» nos consolamos durante toda nuestra vida. ¿No seria más provechoso comer, beber y amar para no correr el riesgo de perder la vida terrena y también la eterna? ¿Por qué me miras? Yo no habré perdido más que una si no entro en el Paraíso, pero tu santidad habrá perdido las dos... ¿Acaso no tengo razón?

Como no encontré nada que responder, me puse a carraspear. *¡Cuántas veces había hecho yo el mismo razonamiento! ¡Pero qué podías hacer tú, pobre hermano León! Francisco caminaba delante, y tú le seguías!*

Adelantamos camino. Al caer la noche nos refugiamos en una gruta. Nuestro guía recogió una brazada de hierbas silvestres para alimentar a su asno. Después abrió las alforjas y distribuyó los restos de la gallina. Luego bebió de una bota y me la tendió.

El vino silbaba como una perdiz en mi garganta.

—Yo pertenezco a la Orden de la Opulencia, no os disgustéis, hermanos —dijo, y echando atrás la cabeza yació la bota en su boca. En seguida posó la cabeza sobre una piedra, hizo rápidamente la señal de la cruz y se durmió.

A la mañana siguiente hacía un tiempo espléndido. El cielo estaba puro, los árboles y las piedras brillaban. El sol apareció, con sus largos cabellos rubios. Subimos a Francisco al asno y partimos. Atravesamos una aldea cuyo nombre ya no recuerdo. Francisco quiso detenerse para predicar, pero el campesino tenía prisa por volver a su casa.

—Si te pones a predicar para señalar la buena senda a los campesinos —dijo—, el monte Alverna no nos verá antes del año próximo. Y con tu permiso, tengo prisa, por volver a la aldea. No soy como vosotros, tengo trabajo; trato de encaminar a la tierra por la buena senda, para obtener de ella el pan para comer.., y el vino para beber: ¡beber y glorificar a Dios en la alegría!

—Un instante, apenas... no diré más que dos palabras, dos palabras, no más... —suplicó Francisco.

—Las palabras de Dios no tienen fin y no trates de engañarme. Hablas, hablas, te embriagas... ¡Abres el Evangelio y no hay manera de detenerte!

Azotó a su asno, que se encabritó. tropezó, estuvo a punto de derribar su carga.

Después me miró, sonriendo bajo sus bigotes grises:

—¿No he dicho bien? ¿Qué te parece a ti? A ese paso... y hablo a uno para salvarlo... y hablo a otro para salvarlo.., acabaréis por no ver el momento de salvaros a vosotros mismos. Tengo una vecina en la aldea: se llama Carolina. ¡Pobre! ¡Es enorme! Y tiene un montón de hijos. Un día, ¿sabes qué me dijo? Inclínate, te lo diré al oído para que no oiga el santo.

Ese campesino gordo y sano me gustaba.

—¿Qué te dijo? Habla bajo.

—Me dijo: «Padre Marino» —ahora advierto que no te había dicho mi nombre—, «padre Marino, para satisfacer a unos, para no enojar a otros.., casi no he encontrado tiempo para tener hijos con mi marido».

Se echó a reír.

—¡Lo mismo os pasa a vosotros, desdichados! —terminó.

Así, charlando, pasaba el tiempo. Gracias a Dios, no llovía, los pinos embalsamaban el aire, el sol estaba refrescante y en las alforjas del viejo había algunos restos que liquidamos sin tardar.

—Se acabó la buena vida —dijo sacudiendo las alforjas vacías—. Se acabó, monje...

Pero a propósito, ¿cómo te llamas?

—Hermano León.

—¡Se acabó, si, la buena vida, pobre León! Pronto os abandonaré al pie de la montaña y entraréis de nuevo en la Orden de la Pobreza. ¿Cómo la has llamado? ¿Santa Pobreza?

—Si, Santa Pobreza.

—¡No lo repitas! ¡Siento que la carne se me pone de gallina!...

El sol empezaba a bajar. En el recodo del camino surgió una montaña.

—Es el Alverna —dijo el viejo Marino con el brazo tendido—. ¡Que os sirva de mucho!

Francisco se persignó y bendijo la montaña.

—Estoy contento de verte, hermana Alverna —dijo—. Saludo tus piedras, las fieras que hay en ti, los pájaros y los ángeles que vuelan sobre ti...

Yo no hablaba, observando con miedo esa montaña salvaje, rocosa e inhóspita. Aquí y allá, grupos de pinos, algunas encinas diseminadas. Dos gavilanes volaron de una roca y planearon en circulo sobre nosotros.

—Es una suerte que no seamos gallinas —dijo el viejo—. ¡Nos habrían devorado en seguida, y adiós al Reino de los Cielos!

A lo lejos corría un campesino. El viejo Marino silbó, el otro se detuvo y los dos hombres hablaron largamente, en voz baja, en mitad del camino. Después nuestro guía se nos reunió, preocupado.

—Aquí me detengo. Imposible ir más lejos.

—¿Qué te ocurre, padre Marino? Es precisamente aquí donde te necesitamos para subir la cuesta. ¿Qué te ha dicho tu amigo?

—Parece que el jefe de los bandidos, el llamado Lobo, ha salido de su guarida y yerra por los alrededores. El hambre debe atormentarle.

Hizo bajar a Francisco de su cabalgadura y lo sentó en una piedra, a la sombra de un pino.

—Adiós, santo de Dios —le dijo—. Tú no posees ni bienes ni hijos, nada tienes que temer de los bandidos. ¡Pero conmigo no ocurre lo mismo!

Me guiñó un ojo:

—¿Y tú? —susurró en mi oído, señalándome con el índice el camino de regreso.

Yo eché una mirada a Francisco.

—No, padre Marino, no abandonaré mi puesto. Vuelve, si quieres, y que Dios te guarde.

Se encogió de hombros, montó su asno de un brinco y se alejó.

Me senté junto a Francisco. No hacia frío; sin embargo, yo me estremecía. Y mientras estaba allí, inmóvil, oí gorjeos y un roce de alas. Levanté los ojos, ¿y qué vi?

Alrededor de nosotros, pájaros de toda clase: gorriones, alondras, mirlos, pinzones y hasta una perdiz cantaban como para desearnos la bienvenida. Sin temor alguno, se acercaron a nosotros y se alinearon a los pies de Francisco.

—Hermanos pájaros —murmuró Francisco con emoción—, si, si, es vuestro hermano que vuelve a la soledad. Por fin viviremos juntos en esta montaña sagrada. Si necesitáis algo, dirigíos a mí y mediaré ante Dios Nuestro Señor en favor vuestro.

La perdiz sentada a sus pies escuchaba y le miraba tiernamente, inclinada la cabeza, como un ser humano.

Los gritos de otros dos campesinos que pasaban corriendo nos arrancaron del arrobo en que nos había sumergido ese milagro.

—¿Qué hacéis aquí, desdichados? ¡El Lobo baja!

—¿Desde dónde?

—¡Por aquí!

Helado de pavor, di un salto.

—Partamos, hermano Francisco, partamos rápido!

—Quédate aquí. hombre de poca fe. Por mi parte, iré a buscar al Lobo. Nada temas. Dios es todopoderoso y acaso convierta al Lobo en cordero.

Se levantó y se dirigió hacia el lado que nos había indicado el campesino. Me tapé la cabeza con mi manga y esperé. Dios es todopoderoso, lo sé, pero ¿cuántas veces ha dejado a los fieles a merced de las fieras o de los paganos? Lo mejor era huir…

Un pastor que pasaba me ofreció una copa de leche y mi corazón se fortaleció. Me avergoncé de haber dejado que Francisco afrontara solo el peligro y resolví unirme a él. Pero renuncié inmediatamente, sin poder resignarme a dejar ese lugar donde estaba seguro.

Agucé el oído para escuchar si Francisco me llamaba, pero a mi alrededor reinaban el silencio, la dulzura y la calma. La noche empezó a subir desde la llanura y trepó por los flancos del Alverna. Los olivares y los viñedos estaban ya en la sombra. Paso a paso el mundo desaparecía.

De pronto, detrás de las rocas, sobre mi cabeza, resonó un canto salvaje. A medida que se acercaba, distinguí claramente dos voces, una ronca y tremenda, otra débil y dulce: la voz de Francisco y la del Lobo.

Debieron encontrarse y simpatizar, y ahora regresan juntos al redil de Dios —pensé.

Y en efecto, en la penumbra vi a Francisco y a un hombre de aspecto temible cuyo rostro estaba invadido por los bigotes, la barba y los largos cabellos. Caminaban tomados del brazo.

—Este es el famoso Lobo —dijo Francisco, riendo—. Pero no es Lobo, es un cordero...

—Un cordero, si quieres, pero un cordero que come lobos, hermano... —gruñó el bandido—. No debo perder la fama...

—Sí, para empezar, pero cuando estés más cerca de Dios no comerás ni siquiera lobos...

Francisco calló. Había visto sobre el pecho peludo del bandido un amuleto de plata en que se leían algunas palabras. Pero sus ojos enfermos no podían leer.

—¿Qué es eso, hermano? ¿Qué dice allí?

El bandido enrojeció, confuso. Con un ademán brutal se arrancó el amuleto.

—¡Viejos pecados, no leas!

—No, no, quiero leer. Todos tus pecados están perdonados. El Lobo ha muerto, ¡viva el cordero!

Dijo, y se acercó el amuleto a los ojos. «Enemigo de Dios y de los hombres», leyó.

Entonces el Lobo tomó el amuleto de las manos de Francisco, lo aplastó entre sus dedos y lo arrojó.

—¡No —exclamó—, amigo de Dios y de los hombres! Me procuraré otro amuleto y grabaré en él: «Amigo de Dios y de los hombres». Ahora, hasta pronto, tomad posesión de la montaña que el conde os ha dado. Mañana por la mañana vendré temprano a construiros dos chozas de ramas y barro. Después bajaré a montar guardia. ¡Y ay del que quiera pasar sin mi permiso! O más bien, esperad. prefiero acompañaros. La montaña no tiene sendero y podéis perderos.

Alzó a Francisco como a un niño en sus brazos robustos.

—Partamos, no necesitas asno, padre Francisco.

Una hora después llegamos a una meseta, en medio de la cual se alzaba una frondosa encina.

—Hermano Cordero —dijo Francisco—, te ruego que construyas mi choza bajo esa encina. Y la del hermano León más lejos. para que no le vea ni me vea. Si grito, no deberá oírme, porque debo permanecer absolutamente solo.

—Como quieras, padre Francisco. Mañana os traeré pan y aceitunas... en fin, lo que pueda encontrar para no dejaros morir de hambre. Nunca he oído hablar de un muerto que pudiera rezar. Os traeré, pues, regularmente algo de comer y eso os evitará hacer demasiado pronto el Gran Viaje. Robaré a los ricos para alimentar a los pobres. ¿No es justo? ¿Por qué sacudes la cabeza, padre Francisco? Es el diablo, y no Dios, quien distribuyó los bienes aquí, en la tierra, tan injusto es el reparto... Impondré un poco de orden.

Besó la mano de Francisco y desapareció en la noche.

XI

Recuerdo los días pasados en el Alverna con alegría inefable mezclada de terror. ¿Días, meses o años? El tiempo planeaba sobre nosotros Como un gavilán, agitando sus alas tan rápido que nos parecía inmóvil. Las lunas crecían y amenguaban, a veces parecidas a hoces; a veces redondas como discos de plata. La nieve se fundía y las aguas del Alverna corrían por las pendientes como las plegarias de Francisco, fecundando la llanura, o bien se amontonaba, cubriendo silenciosamente nuestras dos chozas, rosada a la aurora, azulada al amanecer, inmaculada al mediodía. Todas las mañanas Francisco salía para desparramar ante su choza las migajas de pan que el hermano Cordero —Dios le bendiga— no dejaba de llevarnos. Y los pájaros, en bulliciosa compañia, rodeaban su choza desde el alba, invitándole con sus trinos a salir. Hasta un gavilán que, atrevidamente, volaba en circulo, chillaba con todas sus fuerzas, para llamarle.

Hacía un frío terrible. Nuestros hábitos ya estaban acribillados de agujeros, el aire se metía por ellos y nos congelábamos. En verdad, ¿cómo se puede soportar semejante martirio sin morir? ¿Tenía razón Francisco cuando decía que el que piensa en Dios se calienta en invierno y se refresca en verano?

Sin duda, pensé en Dios muy a menudo allá, en esa montaña inhumana, pero también soñé con frecuencia con un fuego sobre el cual hirviera la sopa, y con un vaso de vino caliente con una buena cucharada de pimienta, y con una mesa y un cochinillo asado humeando sobre ella. ¿Qué importaba entonces si más allá de la puerta la nieve era más alta que un hombre? La puerta tiene el cerrojo corrido; ni la nieve, ni el frío, ni el hambre pueden entrar. Por lo demás, eso no impide que. una vez saciado, eleve uno las manos hacia el techo y agradezca a Dios que creó el fuego, el cochinillo y la puerta cerrada.

En cuanto a Francisco, no corría peligro de morir de frío o de hambre; día y noche tenía calor, porque Dios ardía en su corazón como una llama inextinguible y el hábito de los ángeles se alzaba siempre frente a él, blanco, oloroso y abrigado. A veces, sin embargo, salía inquieto de mi choza para tratar de verle. Las mañanas, las tardes y las noches las pasaba rezando en una caverna vecina. ¡Qué prodigio!... Su porte y su paso no eran los mismos que a la ida y al regreso. Cuando partía, era bajo, jiboso, tropezaba en la nieve, caía, se levantaba... Pero cuando volvía a su choza después de la plegaria, ¡qué estatura! Era un gigante el que salía de la gruta y andaba gallardo por la nieve, mientras el aire ardía sobre él.

Viéndole, y que Dios me perdone, me sentí envidioso. ¿De qué estaba hecho ese hombre, de puro acero o de puro espíritu? Nunca tenía hambre ni frío, nunca decía: «Basta ya». Yo tiritaba día y noche, estaba hambriento y no tenía ganas ni fuerzas para rezar, ni el impudor necesario.., porque si

hubiera levantado los ojos y las manos hacia el Cielo, mi espíritu habría permanecido en la tierra y mis palabras sólo habrían sido pompas irisadas.

No había rezado desde hacia cuatro días, cuando una mañana el hermano Cordero que fue a llevarnos su limosna habitual de pan, aceitunas y queso de cabra, me preguntó:

—¿Quieres que te encienda fuego?

—No, hermano —respondí, suspirando—; el hermano Francisco prohíbe el fuego.

—¿Por qué?

—Porque hace frío.

—¡Pero mi pobre viejo!, ¡es precisamente cuando hace frío cuando se necesita el fuego!

—¡Muy justo, y es por ese motivo por lo que nosotros no queremos fuego!

—Pero entonces, ¿con qué os calentáis?

—Con Dios.

El Lobo se encogió de hombros.

—¡Invertid el orden de las cosas, si os place! Por mi parte, vuelvo a mi gruta, donde hay un fuego de gruesas ramas y la comida está cocinándose. He matado ayer dos perdices y las hago hervir con arroz. ¿Quieres venir a calentarte los pobres huesos, hermano León?

Tragué saliva:

—¡Ah, seria una dicha, hermano, una dicha! Pero tengo miedo del hermano Francisco.

—No lo sabrá.

—Si, pero mi deber es decírselo.

—Bueno, ¿y qué te hará?

—Nada. Suspirará, y me sentiré muy triste.

—Como quieras, hermano León, pero no pierdas de vista las perdices, el arroz caliente, el vino a discreción y el fuego. No tienes más que repetirte sin cesar: perdiz,

arroz caliente, vino a discreción, fuego... y acaso vayas a mi gruta.

—¿No tienes temor de Dios, hermano? —le pregunté.

—Yo, que no tengo miedo de los hombres, no he de temer a Dios.

Y se marchó mientras la montaña entera resonaba con su risa. Me quedé solo. La soledad nunca me pareció tan insoportable. Perdices, arroz caliente, vino a discreción, fuego... Me levanté, fui hasta la puerta y me detuve: *¿No tienes vergüenza, mísero León?* —pensé. *Si Francisco lo supiera, ¿cómo podrías perdonarte el haberle causado una pena? Quédate en tu choza, el pan seco es bueno, el frío es bueno... Los demás hombres tienen el derecho a comer a su antojo y de calentarse, pero tú no. En cambio, tienes otros derechos, mucho más preciosos*—¿Cuáles?— *¿Cómo puedes preguntarlo? Con el ejemplo de tu vida señalas el camino de la salvación!* —¿Y si muero?— ¡*Mejor aún! Es mediante la muerte como señalarás el camino de la salvación. Te has puesto la túnica de los ángeles: el hábito. Has dejado*

de ser un hombre sin ser todavía un ángel. Estás entre los dos, o más bien te acercas paulatinamente al estado de ángel con cada una de tus buenas acciones —pero soy siempre un hombre, más aún, cada vez lo soy más. Permíteme una vez, una sola vez.., y después me convertiré en un ángel, un ángel de verdad, ¡te lo juro!—. *Haz lo que quieras, eres libre, dirígete libremente hacia el Infierno. Yo no he de impedírtelo. ¡Buen viaje!*»

Sentía vértigos, iba a desplomarme en el fondo de la choza, dispuesto a llorar, cuando la cólera se apoderó repentinamente de mí. *¡Un ángel, un ángel! Es fácil ser un ángel cuando no se tiene estómago. ¡Te desafío a ser ángel y a no tragar saliva cuando te ponen dos perdices humeantes bajo la nariz! En esas quiero verte, amigo. ¡En cuanto a mi, soy un hombre, el Lobo me invita a su mesa y acepto la invitación!*

Me lancé afuera. Ya no nevaba, las nubes se dispersaban. Entre sus desgarrones brillaba un cielo verde... Los anchos zapatones del Lobo habían dejado su huella en la nieve, de modo que sólo tuve que seguirlas. No caminaba, volaba. Dos o tres veces caí, tal era mi prisa. Tenía la barba llena de nieve. Llegué sin aliento ante la gruta del neófito. Me incliné. El fuego ardía, las perdices asadas despedían su aroma. El Lobo, arrodillado, removía el arroz.

Se volvió y se echó a reír.

—Bienvenido seas, monje —dijo—, entra. La comida está lista, ¡aflójate el cinto!

Entré y me senté cerca del fuego. ¡Qué dicha, Señor Dios! Nunca había experimentado tal gratitud hacia el Altísimo, tanto amor hacia Él, tanta necesidad de rezar y de llamarle Padre. En verdad. ¿quién es el verdadero Padre? ¿El que arroja a sus hijos a la calle, sin pan y sin ropas para cubrirse, o el que les enciende el fuego y les da de comer?

Después de lavarnos las manos en la nieve y de extender una piel de cordero frente al hogar, cortamos gruesas rebanadas de pan y nos instalamos frente a la marmita el bandido arrepentido y el león de Dios. El Lobo tomó una perdiz con su mano, yo la otra, y durante un buen rato no se oyó en la gruta sino el movimiento de nuestras mandíbulas y el ruido de las botas de vino.

¡Oh felicidad, oh Paraíso! Que Dios me perdone, pero así imagino el Reino del Cielo. El Sultán de Damieta tenía razón.

El día empezaba a declinar. La ancha cara de mi querido bandido rutilaba a la luz de las llamas. De cuando en cuando, que Dios me perdone, veía dos largos cuernos a cada lado de su frente, porque no había bebido poco vino...

Una idea me cruzó por la mente y me estremecí: *¿Será el diablo que ha tomado la forma del Lobo para tentarme? ¿Habré caído en sus redes?.*

Habíamos devorado las dos perdices, vaciado la bota de vino, arrojado otras ramas al fuego... Yo estaba en el séptimo cielo. Me puse a cantar: «¡Cristo ha resucitado!». El Lobo llevaba el compás con las manos y hacía vibrar la gruta entera con los gritos que lanzaba de cuando en cuando, con su voz ruda y poderosa.

—¡Hermano, hermano! —gritaba, desbordante de amor, y me abrazaba—. Te diré una cosa, pero no te enfades: me parece que la perdiz es un vinculo más fuerte que el Evangelio entre los hombres. Ya ves, acabo de beber un trago de vino y todo se ha iluminado, he visto: ¡tú eres mi hermano!

Y me abrazaba, y me besaba...

—Quisiera, hermano Lobo, que pudieras darte cuenta sin beber de que todos los hombres son tus hermanos. Porque cuando estás sobrio, ¿qué ocurre? Todos los hombres vuelven a convertirse en tus enemigos, y se acaba la fraternidad.

—¡Lo mejor es estar borrachos todo el tiempo! —exclamó el Lobo bebiendo una vez más.

—¡Quizás, hermano Corde-lobo! Ah, si pudiera, fundaría una orden en que cada hermano, según la Regla, debería beber una gran botella de vino por las mañanas, antes de ir a predicar. ¡Cómo abrasarían a las gentes, cómo afrontarían el peligro, cómo bailarían y cantarían alabando a Dios! Su camino sería simple y agradable. La embriaguez del vino les llevaría a la embriaguez de Dios y así irían al Paraíso.

—¡Alístame en tu orden, padre León! —dijo el Lobo riendo, y en su entusiasmo, me dio un puñetazo en la espalda—. ¿Qué te parecería si fuéramos en busca de Francisco con una vara de salchicha y una botella de vino para hablar de la nueva Regla?

Sentí miedo. Me volví hacia la entrada de la gruta. Me pareció ver pasar la sombra de Francisco y oír un profundo suspiro. Me levanté.

—Debo partir, hermano. ¿Si Francisco fuera a mi choza y no me encontrara?

—Le dirás que rezabas, hermano León. Y es cierto... Según la nueva Regla, ¿qué eran las perdices, el arroz, el fuego y el vino, sino una plegaria? Di la verdad, ¿te has sentido alguna vez más cerca de Dios que esta noche? ¡Eso es la plegaria! ¿Por qué perder tiempo explicando a este hombre que la plegaria es otra cosa? Por lo demás, en verdad, yo mismo no sé qué es.

El Lobo me acompañó un trecho. Estaba de excelente humor y no paraba de hablar.

—Un día, cuando yo era un bandido —lo soy todavía, pero no se lo repitas a Francisco, que es un santo y le apenaría—, un sacerdote quiso confesarme. «¿Tú rezas?», me preguntó. «Desde luego», le respondí, «rezo a mi manera». «¿O sea?» «Robando». «¿Y no te arrepientes, miserable?» «Sólo tengo treinta y cinco años, me queda tiempo; cuando sea un viejo desecho, incapaz de mantenerse sobre las piernas, me arrepentiré. Cada cosa a su tiempo, anciano: si eres joven, roba; si eres viejo, arrepiéntete». El sacerdote se encolerizó: «No te enfades», le dije «yo estoy más cerca de Dios que tu santidad, ¿no lo has advertido?». «¿Tú?» «Si, yo, el bandido, el ladrón, crucificado a la derecha de Cristo». Porque todo reside en eso, hermano León, no lo olvides: encontrar en el último minuto, el que precede a la muerte, el medio de situarse a la derecha de Cristo, y no a su izquierda. Sobre todo nunca a su izquierda... ¡seria la perdición!

Yo sentía prisa por alejarme de ese hombre. Un demonio se alegraba en mí a cada una de sus palabras. Dios, el diablo, el bienestar y el hermano

Francisco formaban en mi espíritu una mezcla terrible y aspiraba a la soledad para imponer el orden en ella.

—Adiós, hermano. ¡Que Dios te perdone el mal que me has hecho!

Me apretó la mano hasta casi rompérmela.

—¡Ve a escribir la nueva Regla —me gritó—, por tu bien te lo digo!

Mientras caminaba yo monologaba y gesticulaba. Ya era de noche cuando llegué a la choza. ¡Dios mío, qué frío, qué soledad! Había salido del Paraíso y me encontraba en el Infierno. Me arrebujé en mi hábito y me acosté. El viento silbaba en los árboles, se oían a lo lejos los aullidos de los lobos. No podía dormir, y mi corazón no era lo bastante puro para que pudiera rezar. Al fin, un poco antes del alba, mis ojos se llenaron de sombra y me vi en la Tebaida, donde los grandes ermitaños del desierto habían construido sus chozas. Yo era uno de ellos y me llamaba Arsenio. Y mientras rezaba, arrodillado, pensando en mi padre, el ermitaño centenario que se había retirado a varias leguas de allí, un monje vino hasta mi corriendo: «Hermano Arsenio, apresúrate, tu padre se muere y te llama. "¡Que venga rápido, quiero darle mi bendición!"» Me levanté de un salto y eché a correr. El sol estaba ardiente. A lo lejos pasaba una caravana de camellos y se oía la canción dolorosa y monótona del camellero. Al fin, hacia el mediodía, llegué junto a mi padre. Le vi tendido en la arena, rodeado de cinco o seis monjes que le desvestían y le lavaban salmodiando. «Acaba de entregar su alma a Dios», dijo uno de ellos. «No ha dejado de llamarte, pero llegas demasiado tarde», dijo otro. Y mientras hablaban, el muerto se movió como si hubiera oído sus palabras. Aterrorizados, todos huyeron. «Hijo mio», murmuró mi padre, «inclinate. ¿Alguien nos oye?». Sus ojos estaban llenos de temor; tenía el pelo, la barba, las orejas llenas de tierra. «Nadie, padre mío. Estamos solos». «Inclínate, tengo que confiarte un secreto terrible. Inclinate más». Me incliné. Acercó su boca a mi oreja y su voz se oyó débil, evanescente, como viniendo desde muy lejos, del fondo de un viejo pozo: «¡Arsenio, hijo mío, estamos perdidos! ¡No hay Paraíso ni Infierno!». «¿Qué hay, entonces, la nada?» «Ni siquiera la nada». «¿Qué, entonces?» «¡Nada!» Se aferró a mi cuello y poco faltó para que me estrangulara. Después volvió a caer sobre la arena.

Lancé un grito desgarrador y desperté, tomándome la cabeza con las dos manos para que no reventara. Aún sentía los labios del ermitaño en mi oreja y sus palabras resonaban todavía en mi ser todo: «¡Estamos perdidos!». Entonces...

—¡Hermano Francisco! ¡Socorro! —grité entonces.

Me arrastré hasta la puerta de la choza. El día, que había despuntado, caminaba vacilante sobre la nieve, se desvanecía a veces, caía y volvía a levantarse como un ser humano, transportando la luz en una linterna para iluminar el mundo. El corazón se me encogió y me desplomé sobre la nieve tiritando. Después golpeé mi cabeza contra las rocas; la sangre me corrió por la cara. No sufría, al contrario, eso me apaciguaba.

Alguna señal me será dada, y comprenderé —pensaba—. *Una señal de Dios: pájaro, trueno, voz... ¿Quién sabe? La lengua del Señor es rica, sin duda responderá a mi dolor.*

No había visto a Francisco desde hacia mucho tiempo. Tomé, pues, el camino de su choza. Mis pies descalzos se hundían en la nieve y hacia esfuerzos para no maldecir.

—¿Es ésta una vida? —exclamaba—. Hasta las fieras llevan pieles, sólo nosotros vivimos desnudos como babosas...

Mientras gruñía, llegué a la altura desde la cual se divisaba la choza de Francisco. Miré a mi alrededor, ¿y qué vi? Francisco estaba sobre una roca elevada, con los brazos en cruz, semejante, a través de los copos de nieve, a un crucifijo negro clavado en la piedra.

Temiendo que se helara, me precipité hacia él con la firme intención de tomarle en mis brazos y llevarle a su choza para encender fuego en ella, aunque se opusiera.

Pero no había subido la mitad de la roca cuando lancé un grito: Francisco, con los brazos siempre extendidos, estaba suspendido sobre el suelo. Aterrorizado ante la idea de que pudiera volar y dejarme solo, corrí, llegué a la cima y extendí la mano para sujetar el borde de su túnica, pero en ese instante, simplemente, sus pies se posaron sobre la piedra. Me miró como si no me conociera, como si le asombrara ver a un ser humano. Le tomé en mis brazos y lo llevé, tropezando. Al fin logré transportarlo hasta su choza. Encendí fuego, le puse junto a él y empecé a friccionarle enérgicamente para deshelarle la sangre. Poco a poco volvió en si, abrió los ojos y me reconoció.

—Hermano León —dijo—, ¿por qué me has bajado? Estaba bien allá...

—Perdóname, pero habrías muerto si te hubiera dejado.

—¿No has visto cómo subía al cielo? Había empezado a morir. ¿Por qué me has bajado?

Miró sus manos, sus pies hinchados: estaban cubiertos de sangre.

—¡Qué mal me siento! —dijo con voz débil. Se dejó caer sobre mí, abrazándome—. Me siento mal, hermano León, me duelen las manos y los pies como si me clavaran clavos en ellos. Por la noche, no puedo cerrar los ojos, tanto me duelen...

Calló un instante y continuó:

—Cuerpo mío, mi fiel borrico, perdóname: no has terminado de sufrir... No hemos llegado a la meta, pero nos acercamos. ¡Valor!

Puso la mano sobre mi cabeza.

—Te bendigo, leoncillo de Dios. Vuelve a tu choza. Ahora, quiero estar solo.

Yo no sabia qué pensar. La señal que esperaba de Dios, ¿era ésa, Francisco subiendo al Cielo? La lengua del Señor es abundosa, esa visión podía ser su respuesta. Por la noche me había enviado el sueño para trastornarme, y durante el día, la visión para devolverme el coraje. En verdad, Dios juega con nosotros como un padre con sus hijos; nos enseña a sufrir, a amar y a resistir.

Cuando entré en mi choza desierta y glacial, tenía el espíritu más sereno. Con todo, sentía un grave remordimiento; hice la señal de la cruz y me prometí confesarme a Francisco al día siguiente. El invierno llegaba a su

fin y podría así iniciar la nueva estación ligero, puro, con el corazón lleno de golondrinas.

La mañana siguiente me encontró a los pies de Francisco. Le confesé mi pecado y, con la frente apoyada en el suelo, esperé. Francisco no hablaba ni suspiraba. Los dedos de sus pies se estremecían. Seguí esperando, pero pronto su silencio me exasperó:

—¿Y bien, hermano Francisco? ¿Qué penitencia me darás?

—Tu pecado es grave, hijo mío. Durante tres noches y tres días no he de comer pan ni beberé agua.

—¡Pero no eres tú quien ha pecado! ¡He sido yo! ¡Soy yo quien debe ser castigado!

—Es lo mismo, hermano León. ¿No somos todos el mismo ser? He pecado contigo, ayunarás conmigo. ¿No has llegado a comprender, con el tiempo que hace que vivimos juntos? Ve, y que Dios te bendiga.

Le besé la mano y me deshice en llanto.

—Nunca más, hermano Francisco, te lo juro...

—¿No te he dicho ya que los nunca y los siempre son palabras que sólo Dios tiene el derecho de pronunciar? ¡Vete y ten cuidado, cordero de Dios, pues has estado a punto de perecer devorado por el lobo!

La nieve empezó a derretirse, el cielo se iluminó y las aguas corrieron hacia la llanura. Levantando la cabeza, los arbustos reaparecían a la luz. Un viento leve soplaba y los copos que habían quedado prendidos en los árboles se desprendían sin ruido y caían. Se oyó el primer cucú sobre una rama; zamarreaba al invierno. Y el corazón del hombre respondía alegremente al hermano cucú como si los dos formaran parte de la misma orden, la orden de la primavera.

El cielo y la tierra se dulcificaron, ya no trataban a los hombres con tanta dureza.

Y de cuando en cuando, cuando iba a dejar frente a la choza de Francisco el pan cotidiano, veía delinearse una sonrisa en sus labios marchitos.

—Hermano León —me decía, dichoso—, ha llegado la primavera: es el gracioso caballero de la tierra. ¡Mira! Por donde caminas, la nieve se derrite.

—Los almendros ya deben empezar a florecer en la llanura —dije un día.

—Hermano León, te ruego que alejes de nosotros el pensamiento del almendro en flor. El espíritu tentador se oculta entre las ramas y nos atrae. Vuelve más bien los ojos hacia el almendro que florece en ti: tu alma.

Pasé largas horas ante mi choza, mirando la primavera que se instalaba en la tierra; me parecía que murmuraba una plegaria silenciosa, llena de reconocimiento hacia Dios.

Trencé cestas con los juncos que había llevado de la llanura. Eso me ocupaba el día entero, y mientras tanto mi pensamiento iba hacia Dios, mucho más rápido y con más seguridad que cuando me arrodillaba a rezar. Me alegraba poder conciliar así el trabajo manual y el rezo. Un día, mientras

trabajaba, sentado frente a mi choza, oí pasos sobre las piedras y una respiración anhelosa. No podía ser el Lobo, porque no jadeaba nunca y su paso era silencioso. Me levanto, corro al encuentro del visitante y veo al padre Silvestre.

—¡Bienvenido seas, hermano! —exclamé.

Mi corazón saltaba de alegría en mi pecho. No había visto a un solo hermano desde hacia años... Le abracé y lo hice sentar a mi lado.

—No tengo nada que ofrecerte, hermano. Sólo pan y agua.

Pero el padre Silvestre no pensaba en comer.

—¿Cómo está Francisco? —preguntó con ansiedad.

—Lleva una vida de mártir. No lo reconocerás. La plegaria y el ayuno lo han socavado. Y como si eso no bastara, un gavilán va a despertarle todos los días, antes del alba, justo en el momento en que puede dormirse. Es como si el propio Dios hubiera ordenado a los pájaros que le atormenten.

—Bernardone se muere, hermano León, y me envía para que prevenga a Francisco. Parece arrepentido de cuanto ha hecho. El moribundo quiere ver a su hijo. Quizá desea pedirle perdón.

Pensé en los heroicos días iniciales, cuando sacudimos de nuestros pies el polvo del mundo para entrar en el brasero de Dios. ¡Señor, cuántos años, cuántos siglos habían pasado desde entonces!

—Te acompaño —dije—. Allá, entre las rocas. Vamos, y quiera Dios que no esté rezando, pues entonces no podrá hablarnos.

Subimos. La choza estaba vacía.

—Debe estar rezando en su gruta —dije—. Caminemos sin hacer ruido, para no asustarle.

Nos detuvimos ante la gruta. Parecía vacía. Sin embargo, oímos en la sombra suspiros y una voz que suplicaba: «¡Amor crucificado. Esperanza crucificada, oh Jesús!».

El padre Silvestre se disponía a entrar, pero le retuve justo a tiempo tirándole del hábito.

—Por el amor de Dios —le dije al oído—, no te acerques. Me ha dado la orden formal de no llamarlo ni tocarlo cuando reza. «Si me tocaras», dijo, «me destrozarías».

El sol subió en el cielo, descendió y se dispuso a ocultarse, pero Francisco seguía arrodillado, inmóvil, con los brazos extendidos, repitiendo las mismas palabras. Al fin, en el crepúsculo, se oyó un suspiro profundo y desesperado. Francisco se levantó y vacilando como un borracho, con los ojos rojos de sangre y de lágrimas, salió de la gruta. Le tendimos los brazos, pero no nos vio, porque miraba hacia su interior.

Dio unos pasos, se detuvo como tratando de recordar en qué dirección debía marchar, después, aturdido, se llevó las manos a las sienes.

Caminamos tras él sin hacer ruido, para no asustarle, pero una piedra rodó bajo nuestros pies junto a su choza. Francisco se volvió. No nos reconoció en seguida. Sin embargo, a medida que nos íbamos acercando, su rostro se iluminó. Temblaron sus labios, sonrió y abrió los brazos. El padre Silvestre se precipitó en ellos.

—¡Hermano Francisco —le gritó—, hermano mío, cuánto te he echado de menos, qué contento estoy de verte!

Francisco no dijo nada. vacilaba... Le tomamos cada uno por un brazo y le llevamos a la choza. El hermano lobo le había llevado una piel de carnero. Lo senté sobre ella.

—¿Cómo están los hermanos? —preguntó al fin al padre Silvestre con cierta impaciencia.

El padre bajó la cabeza sin responder.

—¿Cómo están los hermanos! —repitió ansiosamente Francisco, tomando la mano del viejo sacerdote—. No me ocultes nada, padre Silvestre, quiero la verdad.

—Han cambiado la ruta. hermano Francisco, han bajado a la llanura, hacia las praderas abundantes.

—¿Y la santa Pobreza?

—Quieren vestirla, alimentarla, hacerla engordar y ponerle sandalias. La Porciúncula les parece demasiado modesta ahora, la desdeñan. Han buscado oro de aldea en aldea y el hermano Elías se propone levantar una inmensa iglesia de tres pisos. Ya ha llamado a albañiles de renombre y a pintores que adornarán sus paredes. Dice que la perfecta Pobreza debe morar en un palacio. Y está construyéndoselo.

—¿Y el santo Amor?

—Los hermanos se han dispersado. Los antiguos, nuestros primeros hermanos, se niegan a obedecer a los nuevos pastores. Cuando estos últimos nos encuentran en el camino, se burlan de nuestros hábitos agujereados y de nuestros pies descalzos. No nos llaman los «hermanos» sino los «descalzos».

—¿Y la santa Simplicidad?

—Olvidada, también ella. hermano Francisco. Han abierto en todas partes nuevas escuelas. Unos corren a Bolonia, otros a París. para estudiar las diferentes maneras de atrapar una pulga. Acumulan libros, suben a la cátedra, dicen discursos y pugnan por demostrar la divinidad de Cristo, por explicar Su Crucifixión y Su Resurrección al tercer día de Su Muerte. Hacen con todo ello una ensalada tal que oyéndoles el espíritu se confunde y el corazón se vuelve de hielo. A partir del día en que los sabios empezaron a discurrir, Cristo dejó de resucitar.

Desesperado por esas noticias, Francisco cayó al suelo. Permaneció así, mudo, un largo rato; después murmuro con tono plañidero: «¿Por qué, Dios mio? ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Es mía la culpa!». Golpeaba la frente contra el suelo. Lo levantamos por la fuerza. Paseó una mirada vaga a su alrededor.

—¡Hermano León! —llamó.

—Estoy aquí, hermano, a tus órdenes.

—Abre el Evangelio, pon tu dedo al azar en él y lee lo que en él está escrito.

Abrí el Evangelio y me acerqué a la puerta. donde había más luz.

—¡Lee!

Me incliné y leí: «La hora se acerca, y ha llegado aquella en que os dispersaréis y me dejaréis solo»

—¡Sigue! —ordenó Francisco con angustia—. ¿Qué dice después?

—«Pero no estoy solo, porque mi padre está conmigo».

—¡Basta!

Tomó la mano del padre Silvestre.

—¿Has oído la voz de Cristo, hermano? Dispersaos, pero no os aflijáis. Yo mismo me he sentido abatido por el dolor hace un instante, pero ya lo ves, no estamos solos. El Padre está con nosotros, no debemos tener miedo. Él volverá a las ovejas perdidas a la buena senda. Y con el hambre alimentará a su rebaño.

Pasó largo rato. Francisco estaba a la vez desesperado y lleno de esperanza. Lo sentíamos lejos de nosotros, muy lejos, en el porvenir. En el hondo silencio gritaba extrañamente, como con ladridos que vinieran del confín de la tierra, como si fuera un perro ovejero que reuniera a su rebaño para conducirlo al redil. Se adormeció un instante. Pero abrió los ojos en seguida. nos miró y sonrío:

—Acabo de tener un sueño extraño. Escuchad: los hermanos estaban reunidos en la Porciúncula, escuchando a Elías, que les hablaba del mundo. Un monje harapiento, descalzo, se detuvo, los miró y sacudió la cabeza. Uno de los hermanos se enfadó: «¡Por qué nos miras así!», le gritó. «¿Por qué vagabundeas descalzo, con el pelo largo, sucio, con un hábito agujereado y cubierto de lodo? ¿No sabes que el nuevo general expulsa a la Pobreza de nuestra orden? Ve a lavarte al convento. ponte un hábito limpio y sandalias, para no avergonzar a los hermanos». «¡Me niego!» «¿Te niegas?.., dijo el hermano Elías, levantándose». «Te haré dar cuarenta latigazos». «Hazlo». Cuando hubieron azotado al hermano hasta arrancarle sangre, Elías volvió a preguntarle: «¿Cómo te llamas?». «Francisco», responde el monje harapiento. «Francisco de Asís».

Francisco nos miró y su sonrisa se borró.

—¡Soy azotado hasta en el sueño! —murmuró—. ¡Loado sea el Señor, soy expulsado hasta en el sueño!

Cerró los ojos y sentimos que se había alejado otra vez de nosotros.

El padre Silvestre me miró como si procurara buscar en mi el valor necesario para hablar a Francisco.

—Hermano Francisco —le dije—, vuelve a nosotros, escucha. El padre Silvestre te trae un penoso mensaje. Ordena que hable.

Francisco aguzó el oído, tratando de escuchar.

—¿Qué dices, hermano León? ¿Un mensaje? ¿Cuál?

—Pregunta al padre Silvestre, él te lo trae.

—Silvestre, hermano mío —dijo Francisco, tomando entre las suyas la mano del sacerdote—, mi corazón está fuerte, no me ocultes nada. ¿De qué mensaje se trata? ¿Quién me lo envía?

—Tu padre, hermano Francisco, el señor Bernardone.

Francisco cruzó los brazos, bajó la cabeza y calló.

—Tu padre —repitió el padre Silvestre—. Me envía para que te pida que vayas a verle, desea hablarte antes de morir.

Francisco permaneció inmóvil.

—Tu madre llora y se lamenta a la cabecera de su esposo —siguió el padre Silvestre—. Está inconsolable. Sólo tú, hermano, puedes consolarla con tu presencia. ¡Acude!...

Francisco seguía mudo.

—¿Has oído, hermano Francisco? —preguntó el padre Silvestre—. ¿Qué respuesta debo darle?

Francisco se levantó, extendió el brazo en dirección a Asís y trazó la señal de la cruz.

—¡Adiós, padre! —murmuró—. ¡Perdóname! Si todavía le encuentras vivo —continuó, dirigiéndose al padre Silvestre—, dile que no puedo partir de la cumbre de esta montaña. Dios me ha capturado y estoy entre sus manos, como un conejo entre las garras de un león que se divierte cruelmente con su presa antes de despedazaría. Me debato, pero es imposible escapar de Él. Dile a mi padre: ¡Hasta pronto!

—¿Y a tu madre?

—¡Hasta pronto!

—¿No tienes piedad de ellos? —preguntó el padre Silvestre vacilando—. Son tus padres. Pide a Dios permiso para visitarles. El es infinitamente bondadoso. Te dará el permiso.

—Ya se lo he pedido una vez.

—¿Y qué te ha respondido?

—«Yo soy tu padre y tu madre», eso me dijo.

El padre Silvestre se inclinó y besó la mano de Francisco.

—Hasta pronto, hermano Francisco —dijo—, haz lo que Dios te inspire.

—Hasta pronto, hermano —respondió Francisco cerrando los ojos.

Quería permanecer solo. Nos marchamos. El padre Silvestre miraba el paisaje: piedras, inmensas rocas, zarzas secas a ras del suelo y, en el cielo, algunos gavilanes que planeaban.

—Allá, en la planicie, Dios tiene otro aspecto —murmuró—. Aquí, en la cumbre, reina Jehová. En la llanura se pasea Cristo. ¿Cómo puedes resistir, hermano León?

—No soy yo quien resiste, es Francisco —le respondí.

Cuando pasamos frente a mi choza, entré y tomé un pedazo de pan.

—Toma, cómelo en el camino. Debes tener hambre.

Nos abrazamos.

—Vela por él —me dijo al partir—. Dios ya lo ha destrozado y está a punto de devorarle. Francisco no está más vivo que sus ojos enfermos. Si se extinguen. el mundo entero será privado de luz.

Las lunas se sucedían. Pasó la primavera, después el verano. Mirábamos desde arriba cómo se transformaba el rostro de la tierra. El trigo

verdeaba en la llanura, después se volvía amarillo y por fin se tendía bajo la hoz. Los surcos negros de las viñas brotaban, después florecían y se cargaban de racimos que llevaban los vendimiadores. Pero nuestra montaña no cambiaba jamás. Siempre estaba desolada y sin ninguna flor. Llegó el otoño y el mes de septiembre. La fiesta de la Cruz se acercaba. Francisco sólo tomaba un bocado de pan y un trago de agua por día, ayunaba por el amor de la Santa Cruz. Esa adoración databa de años y años. En la Regla de la orden había escrito con su propia mano: «Te adoramos oh Señor, y te alabamos, porque por tu santa Cruz te has dignado redimir los pecados del mundo». A medida, pues, que se acercaba la fiesta de la Exaltación, que tiene lugar el 14 de septiembre. Francisco se fundía como un cirio encendido. Ya no podía dormir y mantenía día y noche los ojos alzados, como esperando ver una señal en medio de relámpagos y roces de alas. Un día me tomó de la mano y me mostró el Cielo:

—Mira también tú, acaso Lo verás... Se dice en las Escrituras que la Cruz aparecerá en el Cielo en el momento en que el Señor vendrá a juzgar. Hermano León, siento que el Señor vendrá a juzgar!

Miró sus pies y sus manos.

—El cuerpo del hombre es una cruz —siguió—. Extiende los brazos y verás. Dios está clavado sobre ella.

Levantó las manos al Cielo:

—Oh Cristo, mi bienamado Señor —murmuró—. te pediría que me concedieras una gracia antes de mi muerte. Quisiera sentir en mi cuerpo y en mi alma, en la medida de lo posible, Tu Dolor y Tu Pasión... Tu Dolor y Tu Pasión... —repitió como delirando.

Envolvió sus pies y sus manos en su hábito.

—¡Sufro! Déjame solo, en compañía de mi dolor, hermano León. Vuelve a tu choza, con mi bendición.

Me marché, lleno de inquietud. *Dios mío. apacigua su llama o se reducirá a cenizas!...*

A medida que se acercaba la fiesta de la Cruz, yo veía a Francisco consumirse de alegría, de angustia, de sufrimiento y adivinaba, aunque tratara de ocultármelo, que los dolores que sentía en los pies y en las manos se hacían intolerables. Procuraba vivir y sufrir la Pasión de Cristo en su cuerpo débil y agotado. Pero la carne humana, ¿puede resistir tantos dolores?

Le vigilaba todos los días, oculto detrás de una roca desde la cual se divisaba la choza. Ya no iba a la gruta; prefería subir a la roca vecina a su cabaña para rezar de la mañana a la noche, con los brazos extendidos, mudo, como transformado en piedra.

Al crepúsculo, un rayo de luz lamía su rostro y sus cabellos ardían.

La víspera del 14 de septiembre no pude cerrar los ojos. Hacia la medianoche me arrodillé para orar, pero pensaba intensamente en Francisco. Me alcé y salí de la choza.

Sobre mi, el cielo era un inmenso incendio en que las estrellas saltaban como chispas.

La noche estaba transparente, las rocas luminosas, los pájaros nocturnos volaban sin ruido y se lanzaban gritos agudos de un árbol a otro. Soplaba un viento tranquilo y tibio, el que hace subir la savia a las ramas. Yo no podía comprender de dónde venía tanta dulzura y tanta calma. Me detuve y miré alrededor de mi. En el firmamento se cruzaban innumerables espadas mientras que debajo la tierra no era sino bondad y obediencia, como una esposa dócil.

Cuanto más me acercaba a la choza de Francisco, más se acongojaba mi corazón, porque los milagros se cumplen en noches así, cuando el cielo está irritado y la tierra sumisa, cuando sopla un viento primaveral semejante a ése. Me oculté detrás de mi roca y esperé: Francisco oraba, arrodillado ante su choza. Un halo de luz temblorosa rodeaba su rostro y a la luz de los relámpagos veía brillar distintamente sus manos y sus pies. No brillar, pero si arder.

Lo observé así largamente, inmóvil. El viento había cesado, ni una hoja se movía.

El cielo empezó a blanquear en Oriente. Las estrellas más grandes brillaban todavía.

A lo lejos, posado en alguna rama, cantaba un pájaro matutino. La noche recogía sus estrellas y sus sombras, preparándose a partir. De súbito una intensa claridad azul y verde iluminó el cielo. Levanté los ojos: un serafín con seis alas de fuego descendía, y en su pecho, envuelto en plumas, estaba Jesús crucificado. Un par de alas le enlazaba la cabeza, otro el cuerpo y el tercero, a izquierda y derecha, cubría los brazos tendidos de Cristo. El Alverna estaba en medio de llamas cuyo reflejo iluminaba la llanura.

El Cristo alado se precipitó del Cielo silbando y un relámpago alcanzó a Francisco, que lanzó un grito desgarrador, como si le atravesaran clavos... Abrió los brazos y se inmovilizó, crucificado, en el aire. Después murmuró algunas palabras ininteligibles, seguidas de un nuevo grito: «¡Más, más! ¡Quiero aún más!». Entonces, sobre él se oyó la Voz Divina: «En la Crucifixión termina la ascensión del hombre». Y de nuevo el grito desesperado de Francisco. «¡Quiero ir más lejos, hasta la Resurrección!» Y la voz de Cristo, a través de las plumas del Serafín: «Amado Francisco, abre los ojos y mira: Crucifixión y Resurrección son la misma cosa. «¿Y el Paraíso?», clamó Francisco. «Crucifixión, Resurrección y Paraíso son la misma cosa», repitió la voz. Y entonces un trueno conmovió el cielo, como una voz que ordenara al milagro volver a Dios; el serafín de las seis alas de fuego, semejante a un relámpago rojo y verde, subió de nuevo al Cielo.

Francisco se precipitó con el cuerpo agitado de convulsiones.

Corrí hacia él y lo levanté. De sus manos y sus pies manaba sangre. Apartando su hábito, vi en su costado una ancha herida, como abierta por un lanzazo.

—Padre Francisco, padre Francisco... —murmuré.

Le arrojé agua para que volviera a él la conciencia.

No podía llamarle hermano. Ya no me atrevía. Se había elevado por encima de sus hermanos y por encima de los hombres.

Pero no podía oírme, porque había perdido por completo el conocimiento. Su rostro aún estaba contraído por el miedo. Lavé sus heridas, pero se reabrían siempre y sangraban. Me eché a llorar. *Perderá toda la sangre. No be quedará una sola gota. ¡Morirá! Dios se ha abatido sobre él con todo su peso, la gracia divina lo ha tocado con demasiada violencia, morirá...*

Francisco abrió los ojos y me reconoció.

—Hermano León —me dijo con voz casi imperceptible—, ¿has visto algo?

—Si, padre mío.

—¿Has oído algo?

—He oído.

—Hay que conservar el secreto. Jura que lo conservarás.

—;Lo juro! ¿Qué has sentido, padre Francisco?

—¡He tenido miedo!

—¿No has sentido alegría?

—¡He sentido miedo!

Me tocó el hombro.

—Ahora, prepárate; partiremos. El viaje ha terminado. Volveremos a la Porciúncula. Debo morir donde he nacido.

—No hables de la muerte, padre Francisco.

—¿De qué otra cosa ha de hablar el hombre? No llores, hermano León. Nos separaremos un instante, pero volveremos a encontrarnos en la eternidad. ¡Bendita sea nuestra Muerte!

Le ayudé a acostarse, desgarré mi hábito y le vendé las heridas. Después me postré ante sus manos y sus pies, llorando. Cuando le dejé para encaminarme a mi choza, nuevamente nacía el día.

El viaje ha terminado —murmuré—, *el viaje ha terminado. Francisco llega a la cumbre; el hombre no puede ir más allá de la Crucifixión... Ahora, ya no necesita su cuerpo, ha llegado... Pero ¿qué será de mi? ¿Adónde iré? ¡Estoy perdido!*

Cuando el Lobo fue a llevarnos nuestra ración cotidiana, se asombró al verme llorar.

—¿Por qué lloras? —me dijo.

—Francisco volverá al lugar donde ha nacido. Temo que regresa para morir, hermano.

El rostro del Lobo se ensombreció.

—¡Mala señal! Hay corderos que rompen sus cadenas ante la cercanía de la muerte, saltan la valía de su redil y regresan al lugar de su nacimiento. ¡Pobre hermano Francisco!

—Oh, no teme la muerte —le respondí—, no temas. «La muerte no es el fin», me dice siempre, «sino el comienzo. La verdadera vida empieza a partir de la muerte».

—¡Pobre Francisco, acaso sea el comienzo, pero para nosotros es el fin. Estaba habituado a traeros un pedazo de pan y ello me alegraba como una buena acción. Ahora...

Se enjugó los ojos:

—¡Bueno! —agregó con voz ahogada—, iré a buscarle un asno. Y una manta para que pueda sentarse mejor. ¡Prepárale, vuelvo en seguida!

Y descendió la montaña. Largo tiempo después de su partida yo seguía oyendo cómo las piedras rodaban tras él, en la pendiente.

Una hora después, el asno se detenía frente a la choza. Una gruesa manta roja estaba echada sobre el lomo. Levantamos a Francisco con grandes precauciones, porque sufría mucho. La sangre manaba abundantemente a través de los pedazos de hábito que envolvían sus heridas.

—Hermano Cordero —dijo poniendo su mano ensangrentada sobre la ruda cabeza del Lobo—, quiera Dios que tú y este asno y también esa manta roja que has traído para hacer más cómoda la silla entréis juntos en el Paraíso.

Empezamos a bajar, lentamente. En mitad de la cuesta, Francisco pidió al Lobo que se detuviera. Se volvió, levantó la mano y se despidió del Alverna.

—Oh montaña bienamada, montaña sobre la cual Dios ha caminado, te agradezco el bien que me has hecho, el dolor que me has dado, las noches sin sueño, el miedo y la sangre. Cuando Cristo murió sobre la Cruz, sólo tú, entre todas las montañas, te estremeciste, solo tú, y tus laderas se desgarraron... Y tus hijas, las perdices de las cumbres, cantaron el canto fúnebre arrancándose las plumas, vuelta la mirada hacia Jerusalén. Y mi corazón, esa otra perdiz, también cantó. Porque Cristo, que fue crucificado sobre tus piedras, me trajo un mensaje secreto y parto. ¡Parto, Alverna! Adiós, adiós... ¡Adiós, montaña bienamada, hasta nunca, hasta siempre!

Seguimos el camino, silenciosos. El propio Lobo tenía lágrimas en los ojos. Mientras tanto, prevenidos por las llamas que habían visto al alba, en la cima del Alverna, y suponiendo el milagro, los campesinos se habían puesto a redoblar las campanas. Después de reunir a todos sus enfermos, de disponían a llevarlos hasta el nuevo santo para que los curara. En cuanto nos vieron llegar, se precipitaron hacia Francisco para besarle las manos y los pies. Embozado en su hábito, Francisco ocultaba sus miembros sangrantes.

—¡Tócanos, santo padre —aullaban los enfermos—, míranos, cúranos!

Entonces Francisco olvidó sus precauciones y sacó la mano de su pecho para bendecirles. Al ver la herida, los campesinos se precipitaron sobre él gimiendo. Las mujeres tendían sus delantales, los hombres sus manos abiertas y, recogiendo la sangre que manaba, se bañaban con ella el rostro.

La multitud se volvía amenazadora. Si hubieran podido, los aldeanos habrían destrozado a Francisco para llevarse cada uno un bocado de su carne. Sus ojos se perturbaban, espumaban sus bocas... Previendo el riesgo que corría, me adelanté:

—¡Por el amor de Dios, cristianos, dejadnos pasar! El santo tiene prisa por regresar a su casa. Recibid su bendición y alejaos.

—¡No se marchará, le impediremos que se marche! —gritaron voces excitadas—. Dejará sus huesos aquí para que estos lugares queden santificados. Y nosotros le construiremos una iglesia a donde vendrán a orar todos los hombres del mundo. ¡Retenedle, que no se vaya! ¡Es nuestro, nuestro, nuestro!

Me volví hacia el Lobo:

—Hermano, tengo miedo. Quieren arrebatárnoslo. ¡Ayúdanos!

Francisco esperaba con la cabeza inclinada, las manos ocultas en su pecho. El sudor corría por su frente y sus ojos eran de lluevo como dos llagas sangrantes.

—Tened piedad de él —volví a gritar—. ¿No veis cómo corre su sangre?

Pero cuanto más sangre veía, más aullaba la multitud.

—¡Es nuestro, nuestro, nuestro! ¡Nunca hemos tenido santos en nuestra aldea, y ahora que Dios nos ha enviado uno, no le dejaremos partir! ¡Cuerdas! ¡Traed cuerdas para atarle!

El Lobo no se retuvo. Arrancó un cayado de las manos de un anciano y empuñó las riendas del asno para hendir la multitud.

—¡Dejadnos paso! —gruñó—. ¡No olvidéis quién soy! ¡Apartaos!

Los hombres retrocedieron, pero las mujeres, enloquecidas, se arrojaron sobre Francisco y destrozaron su hábito, descubriendo su cuerpo azulado y esquelético.

—Hijos míos, hijos míos... —murmuraba Francisco. llorando.

Las patas temblorosas del asno se doblaron; estuvo a punto de caer. De un bastonazo, el Lobo lo enderezó. La multitud quiso atacar, pero el bandido abatió su cayado sobre las cabezas.

—¡Atrás, sacrílegos! —tronó, asestando golpes a diestra y siniestra para abrirse paso.

Viendo que el santo se alejaba, los enfermos se pusieron a llorar y a gritar:

—¡No nos abandones, santo de Dios, no nos abandones, ten piedad de nosotros! Clamas: ..¡Amor, amor!.., ¿pero dónde está tu amor? ¡Tócanos. queremos curar!

Francisco les miraba con los ojos llenos de lágrimas y de sangre:

—Dios... Dios... —murmuraba, incapaz de pronunciar otra palabra.

Por fin, alabado sea el Señor, escapamos.

—Te habrían devorado vivo, hermano Francisco, sin este bendito leño... —dijo el Lobo riendo—. Con tu permiso, lo llevaré al Paraíso.

Mucho más lejos, en una aldea, hicimos un alto. Había que prestar ciertos cuidados a Francisco. Nos detuvimos en la plaza, donde corría un manantial. Mientras le lavaba las heridas, el Lobo mendigaba en el pueblo un pedazo de tela para vendárselas. Cuando me lo trajo, desgarré la tela, envolví con ella los pies. las manos y el costado derecho de Francisco.

—¿Te duele, padre Francisco? —pregunté.

Entonces se asombró.

—¿Dolor? ¿Qué es el dolor? ¡No comprendo qué quieres decir, hermano León!

Y en verdad, fue sólo entonces cuando observé su metamorfosis. Su rostro resplandecía, sereno, bienaventurado, y una dulce claridad nimbaba su cabeza: sus pies y sus manos centelleaban...

Me senté junto al manantial y entonces sentí que Francisco se alejaba de mi, que desaparecía sin siquiera concederme una última mirada. En adelante sólo Dios habitaría su corazón. *Todo ha terminado...* —pensé—. *Su largo camino se detiene aquí. Y yo me quedo en mitad de la senda, nunca podré reunirme con él, ya nunca viajaremos juntos.*

Suspiré. Francisco se volvió y me miró largamente. Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

—Hermano León —me dijo—, ¿puedes encontrarme un pedazo de papel y una pluma?

Corrí a casa del sacerdote de la aldea y le llevé lo que me había pedido.

—Aquí están, padre Francisco.

—¡Escribe, entonces!

Me incliné sobre la hoja de papel, tomé la pluma y esperé.

—¿Estás dispuesto, hermano León?

—Lo estoy.

—¡Escribe!

—Tú eres santo, Señor, Tú eres Dios sobre los dioses, Tú eres el único capaz de milagros.

»Tú eres el bueno, el buenísimo. Tú eres la Bondad Suprema.

»Tú eres el Amor, Tú eres la Sabiduría, la Humildad y la Paciencia.

»Tú eres la Belleza, la Certidumbre. la Paz y la Alegría.

»Tú eres nuestra Esperanza, la Justicia, toda nuestra riqueza.

»Tú eres nuestro Patrono, nuestro Defensor y nuestro Guardián.

»Tú eres la Dulzura infinita de nuestra alma.

»Tú eres el fuerte, Tú eres el grande, Tú eres el Altísimo.

A medida que dictaba, se exaltaba, movía los pies y las manos... Hasta quiso ponerse a bailar, pero sus piernas estaban demasiado débiles y se desplomó en tierra.

—¡Que alegría, qué felicidad! —murmuró—. ¡El Cielo ha descendido a la tierra, ya no veo hombres a mi alrededor, sino estrellas! ¿Has escrito? ¿Todo?

—He escrito todo, padre Francisco —respondí, sintiendo en el corazón la mordedura de una serpiente, pues no sentía la alegría de que él hablaba. Mi alma estaba envenenada. Era inútil que mirara a mi alrededor, no veía nada. Y Francisco había partido muy lejos para mí.

—¡Sigue escribiendo! Escribe al pie de la página, con letras bien grandes:

»Que Dios vuelva hacia ti su mirada, para que se purifique y brille tu rostro, hermano León.

»Que Dios pose la mano sobre tu corazón para apaciguarlo.

»¿Has escrito?

—He escrito, padre Francisco —murmuré, y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Dame el papel y la pluma, tengo algo que agregar.

Le tendí la pluma. Hizo un gran esfuerzo para cerrar la mano sobre ella y con sumo cuidado logró dibujar un cráneo en un rincón de la hoja, y sobre el cráneo, una cruz, y sobre la cruz, una estrella.

—Toma este papel y consérvalo. hermano León. Y cuando sientas pena, sácalo de tu pecho y léelo, para acordarte de mí y del amor que te tuve.

XII

Cuando pienso en el viaje de regreso hacia la tierra natal, no puedo sino dar la razón a Egidio. En efecto, del santo se desprende un olor, que salvando las montañas y las selvas, penetra en las casas de los hombres. Entonces éstos se sorprenden, la pasión y el miedo se apoderan de ellos; todos sus pecados, sus cobardías, sus bajezas, las flaquezas de su alma, que creían olvidadas o prescritas por el tiempo, vuelven a su espíritu. De pronto se abre el Infierno bajo sus pies. Entonces despiertan, husmean el aire, vuelven el rostro hacia donde viene el olor y se ponen en marcha, temblando.

Todos los hermanos que habían permanecido fieles a la Porciúncula habían acudido para recibirnos. Francisco, que había perdido casi toda su sangre, yacía en el suelo de su choza. Los hermanos le rodeaban, le abrazaban y no dejaban de hacerle preguntas: ¿Cómo habían aparecido las llagas sobre su cuerpo? ¿Podía describirles a Cristo clavado en las alas del Serafín? ¿Qué secretas palabras había pronunciado Él? Pero Francisco ocultaba sus pies y sus manos, ya riendo, ya llorando de alegría. Los dolores habían vuelto y sentía que alguien sufría; pero no era él. Él ya había abandonado el mundo y nos miraba a todos con piedad.

La multitud acudía sin cesar desde las aldeas más lejanas y las grandes ciudades; el olor del santo las guiaba. Eran muchos los peregrinos, enfermos del alma y del cuerpo. Le tocaban, le besaban los pies. Francisco les decía algunas palabras, palabras sencillas pero que sus oyentes habían olvidado: Amor, Unión, Humildad, Esperanza, Pobreza. Y sobre sus labios esas simples palabras adquirían por primera vez un hondo sentido, lleno de misterio y de certeza. Y los peregrinos se consolaban, sorprendidos de ver cuán cerca y accesible está la beatitud. Muchos de ellos cambiaban tanto que a su vuelta su familia ya no les reconocía. Nuevos fieles se ponían entonces en marcha para recibir una gota de bálsamo que manaba de los labios de Francisco.

Ese día hacía mucho calor. Francisco, agotado, había cerrado los ojos. Mientras le abanicaba con hojas de plátano, una anciana vestida con distinción, la cabeza cubierta con un manto negro, se acercó con paso silencioso y se arrodilló junto a Francisco.

Después se inclinó, besó silenciosamente sus pies, sus manos y rozó con una caricia sus cabellos empapados de sudor. Su ademán me pareció tan tierno que levanté los ojos, preguntándome quién podía ser esa noble dama vestida de negro. Sus labios se agitaron:

—Hijo mío... —gimió suavemente, echándose a llorar.

Me sobresalté. De pronto la había reconocido.

—Señora Pica, noble dama Pica... —murmuré.

Entonces alzó su rebozo, descubriendo su cara arrugada, envejecida, de gran palidez.

—Oh, hermano León —gimió—, en qué estado me devuelves a mi hijo.

—No soy yo, dama Pica, no, no soy yo quien te lo devuelve así. Es Dios.

Ella bajó los ojos.

—Sí, Dios... —y volvió a posar su mirada empañada sobre Francisco.

Su hijo, su hijo querido, no era ya más que una llaga, un pobre andrajo que yacía en el suelo, bañado en su propia sangre.

—¿Este hombre es mi hijo? —murmuro—. ¿Es mi Francisco?

Francisco oyó, abrió los ojos y vio a su madre.

—¡Madre, madre, has venido! —dijo tendiéndole los brazos.

—Hijo mío.., ya no sé cómo llamarte, hijo mío, padre mío... Beso las cinco heridas que Dios te ha dado y te pido una gracia... Recuerda la leche con que te alimenté y no me la niegues...

—La recuerdo, madre, lo recuerdo todo. Llevo todos mis recuerdos conmigo, y Dios los bendecirá. ¿Qué gracia quieres pedirme?

—Córtame el pelo, llámame hermana Pica en adelante y permíteme ir a refugiarme al convento de San Damiano. Ya no tengo esposo ni hijo; nada tengo que hacer en el mundo.

—Renegar del mundo no basta, madre. Hay que querer a Dios; debes decir: no tengo marido, ni hijo, alabado sea el Señor. Pero tengo a Dios y en Dios tengo todo. Quiero entrar en San Damiano no porque odio al mundo, sino porque quiero a Dios.

—Quiero entrar en San Damiano porque quiero a Dios —repitió la señora Pica procurando retener sus sollozos—. ¡Dame la bendición, padre Francisco!

Francisco se alzó penosamente. Le ayudé a apoyarse en la piedra que le servía de almohada.

—¿Has distribuido todos tus bienes entre los pobres? ¿Te has prosternado ante la dama Pobreza? ¿Has abandonado tu rica morada fácilmente y hasta con alegría, como si renacieras después de una larga enfermedad? ¿Te has desposeído de todo?

—De todo... No tengo ya nada, padre Francisco.

—Recibe, entonces, mi bendición, hermana Pica —dijo, posando la mano sobre la cabeza de su madre—. Ve junto a la hermana Clara, ella te cortará el pelo y te dará un hábito gris. ¡Adiós! Quizá no volvamos a vernos en esta tierra.

La señora Pica se echó de nuevo a llorar. Abrió los brazos, abrazó a su hijo y lo apretó tiernamente contra su pecho. como a un niño. Después se envolvió en su manto negro y se marchó en dirección a San Damiano.

Francisco me miró.

—Hermano León —dijo—, ¿cómo los hombres que no creen en Dios pueden separarse de su madre para siempre sin sentir destrozado el corazón? ¿Cómo pueden soportar el indecible dolor de la separación? La sola vista de un cirio que está a punto de extinguirse basta para acongojar el alma. ¿Qué piensas tú?

Yo nada comprendía, no sabía qué decir. ¿Cómo? ¿El que ama a Dios no puede amar a nadie en el mundo? ¿No tiene piedad de nadie? ¿Madre, padre, hermanos, alegría, dolor, riqueza se reducen a cenizas en el brasero de su alma?

—Un día, en Asís —respondí—, recuerdo que el guardián gritó: «¡Fuego!». Las campanas repicaron, las gentes se precipitaron hacia la calle, semidesnudas... Y no era fuego, era tu alma que ardía, padre Francisco. Ardía y con ella ardía el universo todo. Hace apenas un instante, tu madre ha sido reducida a cenizas...

No respondió. Miró sus manos, sus pies, y se mordió los labios, lívido:

—¿Sufres, padre Francisco?

—Sí, alguien sufre, hermano León... —reuniendo sus fuerzas se incorporó—: déjale sufrir, déjale gemir en las llamas. ¡Nosotros debemos mantener alta la cabeza! ¿Recuerdas lo que cantaban los tres niños, Ananías, Azarias y Misad en el horno donde los había arrojado el tirano de Babilonia? Hagamos como ellos. leoncillo de Dios, cantemos también nosotros y demos palmas. Ah, si pudiera tenerme en pie y bailar. Empiezo... haz como yo.

Y se puso a cantar con voz alegre y firme:

Alabad al Señor, alabad todas las obras del Señor,
celebrad y glorificad al Señor en la eternidad.
Alabad al Señor, sol, luna, estrellas del Cielo,
celebrad y glorificad al Señor en la eternidad.
Alabad al Señor, todas las lluvias, todos los rocíos,
todos los espíritus del Señor.
Celebrad, venerad y glorificad al Señor en la eternidad.
Alabad al Señor, fuego, calor, frío, hielo.
Celebrad y glorificad al Señor en la eternidad.
Alabad al Señor, nieves y escarchas, relámpagos y nubes.
Celebrad y glorificad al Señor en la eternidad.
Alabad al Señor, luces y tinieblas, días y noches.
Celebrad y glorificad al Señor en la eternidad.

Tierra, alaba al Señor. Alabad al Señor, colinas

y montañas y todo lo que verdea sobre la tierra.

Celebrad y glorificad al Señor en la eternidad.

Alabad al Señor, fuentes, mares, ríos y torrentes y todas las aguas vivas.

Celebrad y glorificad al Señor en la eternidad«.

Mientras cantaba batía palmas, moviendo los pies, que ya no podía dominar. Quería bailar, pero no podía. Nunca había visto a Francisco tan feliz. La llama que devoraba su rostro se había convertido en luz. Desde que el Crucificado de los Cielos le había tocado, se sentía más leve y su corazón desbordaba de certeza. No lo abandoné desde entonces, y esa mañana, al abrir los ojos, lo vi sonriente, acodado en su almohada de piedra.

—¿Has tenido un buen sueño, hermano Francisco? Tu rostro resplandece.

—¿No ves la sangre que corre sobre mí? ¿Necesito sueños, hermano León? Hasta ahora lloraba, me golpeaba el pecho y gritaba a Dios mis pecados. Pero ahora sé que Dios tiene una esponja y los borra. No una espada, ni una balanza... ¡una esponja! Y si tuviera que hacer el retrato del Señor, lo representaría con una esponja en la mano. Todos los pecados del mundo serán borrados, inclusive Satanás y el Infierno, porque el Infierno no es sino la antecámara del Paraíso.

—¿Pero entonces?...

Apenas había esbozado mi frase, cuando Francisco me tapó la boca con la mano.

—Calla —dijo—. No disminuyas la grandeza de Dios.

Empezó la estación de las lluvias. Francisco cerraba los ojos y escuchaba cómo las aguas del cielo se desplomaban sobre la tierra. Su rostro brillaba como una piedra mojada y a menudo me rogaba que lo llevara hasta la entrada de la choza para tender las manos y recibir las gotas de lluvia.

—Es la última limosna que pido —decía, viendo cómo sus palmas se llenaban de agua. Se inclinaba y bebía con dicha y gratitud.

Bañado en esa inmutable alegría, su cuerpo se consumía. Todos los días Francisco se hundía un poco más en la tierra, mientras algo de él subía al Cielo. Ahora se distinguían netamente los dos elementos de que estaba compuesto.

—Padre Francisco —le dije un día—, no te vayas todavía. El circulo de tu vida no se ha cerrado por completo. Siempre has deseado rezar ante el Santo Sepulcro, y no has llegado hasta él.

Francisco sonrió:

—¡Qué importa si no me ha sido dado ir! El Santo Sepulcro vendrá hasta el pobre pecador que soy...

Los antiguos compañeros de Francisco, sus preferidos, fueron desde todas partes para saludar a su maestro, llevándole noticias de los países donde predicaban el Amor y la Pobreza. Varios hermanos habían muerto como mártires en las selvas salvajes de Alemania. En Francia los golpeaban, tomándolos por herejes; en Hungría, los pastores les soltaban los perros y los campesinos los traspasaban con sus tridentes; en otras partes, los desnudaban y los abandonaban, tiritando, en la nieve. Francisco escuchaba, con el rostro resplandeciente. Contaba entre los bienaventurados a los hermanos que habían conocido la dicha de la persecución y el desdén de los hombres.

—¿Cuál es el camino real que lleva al Cielo? —decía—. Es el desdén del hombre. ¿Y el camino más corto? La Muerte.

Bernardo, Pedro, Maseo, Gennadio, Rufino, Ángel, Pacifico y el padre Silvestre acudieron; la hermana Clara le dirigió este mensaje:

«Has sido tocado por la gracia de Dios. Concédeme el permiso de ir a adorar las marcas que ha dejado en tu cuerpo».

Y la respuesta de Francisco fue:

«Hermana Clara, no necesitas venir a yerme para creer. Ya no necesitas tocar. Cierra los ojos y me verás».

—¿Por qué no la dejas venir? —pregunté a Francisco—. ¿No tienes piedad de ella? Le harías un gran bien.

—Precisamente, porque tengo piedad de ella no la dejo venir. Y además. debe habituarse a verme sin cuerpo. También tú, hermano León, debes habituarte. Y todos los que me quieren.

Aparté los ojos para ocultar mis lágrimas. Las presencias invisibles no pueden contentarme, y yo sabía bien que cuando dejara de ver a Francisco estaría perdido.

Adivinando mis pensamientos, Francisco iba a hablar cuando, el último de todos, llegó el hermano Elías para despedirse. Acababa de regresar de una misión que le había permitido recoger mucho oro. En Asís ya había echado los cimientos de un gran convento que gozaría de una gran iglesia, adornada de frescos, de lámparas de plata y de un coro finamente esculpido.

El conjunto debía comprender muchas celdas y una importante biblioteca a donde los hermanos irían a estudiar, a discutir y a dar conferencias.

Francisco posó la mano sobre la cabeza del hermano ambicioso.

—Me parece, hermano Elías, y Dios me perdone, que estás apartando a los hermanos de la buena senda. Has expulsado a nuestra gran riqueza, la Pobreza, y has permitido peligrosas libertades a las antiguas virtudes que eran los fundamentos de nuestra orden. Esas virtudes eran severas y puras, no hacían ninguna concesión a la facilidad y al bienestar. Sé que recoges oro para construir conventos y que has calzado con sandalias los pies de los hermanos en vez de dejar que caminen en contacto directo con la tierra, como antes. El lobo ha entrado en nuestro redil y yo ladro ante la puerta de la Porciúncula, como un perro encadenado. ¿Adónde nos llevas, hermano Elías?

—Dios me impulsa. hermano Francisco. Sabes bien que todo lo que se cumple se hace por Su voluntad. Los tiempos han cambiado; con ellos, el corazón del hombre; y con el corazón del hombre, las virtudes. Pero quédate tranquilo, yo conduciré la orden hacia el dominio espiritual del mundo. Ten fe en mi. Ya la sangre de los hermanos ha empezado a correr y a regar la simiente que sembramos.

—Tengo fe en Dios y no pido otro consuelo. Sin ser inteligente ni instruido, cuando vivía no hacía otra cosa que llorar, bailar y cantar para Dios. Ahora, ya no puedo... Estoy reducido a ser un perro que ladra a la puerta de la orden. Espero, y hasta tengo la certeza de que Dios intervendrá. Estoy tranquilo, pues, hermano Elías, y no me asustas.

Elías besó la mano de Francisco y se marchó, impaciente por vigilar a los albañiles que construían el convento en Asís. Pacifico estaba presente. Cuando Elías se alejó dijo:

—Padre Francisco. las palabras son demasiado estrechas para contener el corazón del hombre. ¿Para qué hablar? Permíteme, más bien, tocar el laúd, porque ésa es tu verdadera boca y con ella deberías hablar a los hombres. ¿No sabes tocar? Te enseñaré.

Pacífico se inclinó y le mostró las cuerdas. Sus dedos rozaban el instrumento de arriba abajo. Salían de él sones graves o agudos, y Francisco, muy atento, escuchaba los consejos de su profesor.

—Ven todos los días a darme una lección, hermano Pacifico. ¡Ah, si me fuera concedido hacer mi última plegaria tocando el laúd! Ahora toca un aire alegre para reconfortarme.

Entonces Pacifico tocó y cantó. Cantó primero la belleza de la Mujer, después de la Virgen María; con la misma melodía, con las mismas palabras. Sólo el nombre cambiaba. Francisco acompañaba la música cantando en voz baja. La aureola de luz se intensificaba alrededor de su rostro y los hoyos de sus sienes se llenaban de fuego.

Los días pasaban. Pacifico iba a dar su lección todos los días y Francisco, buen alumno, estudiaba cómo poner los dedos sobre las cuerdas. Le hacia feliz comprobar que aprendía rápido y que pronto podría hablar a Dios y a los hombres tocando el laúd.

Un día un conejo de monte, aterrorizado, fue a refugiarse en su hábito. Debía perseguirlo un zorro, porque oímos desde lejos el grito penetrante del animal.

Francisco habló al conejo con tanta ternura que me sorprendió. Nunca había habla do así a un hombre.

—Pon tu mano aquí, hermano León, verás cómo tiembla su corazoncito. Te pido perdón, hermano zorro, pero te impediré que lo comas. Dios me lo ha enviado para que lo proteja.

Desde entonces, el conejo no se separó de Francisco, y durante los días en que éste luchó con la Muerte, el animalito permaneció acurrucado a sus pies, temblando y negándose a tomar alimento.

Todos los animales querían a Francisco, porque adivinaban el amor que él les tenía.

Le habían regalado un faisán cuya belleza nunca se cansaba de admirar: «Hermano faisán», le decía, «levanta la cabeza y agradece al Señor por haberte hecho tan hermoso». Y el faisán, abriendo las alas, se pavoneaba al sol como un gran señor.

Un día, durante el invierno, mientras paseábamos bajo las encinas del Alverna, un lobo hambriento surgió delante de nosotros. Francisco se acercó y le habló tranquilamente y con dulzura, como a un amigo: «Hermano Lobo, gran señor de la selva, danos permiso para pasearnos bajo tus árboles. Este hombre que tiembla de miedo porque no te conoce se llama hermano León y yo me llamo Francisco de Asís. Hablábamos de nuestro padre, que es también el tuyo: hablábamos de Dios. Te lo suplico, hermano Lobo, no interrumpas nuestra conversación».

Al oír la voz tranquila de Francisco, el lobo se apartó dócilmente y nos dejó pasar.

Pero sobre todo Francisco amaba la luz, el fuego y el agua.

—La bondad de Dios es infinita, hermano León —me decía a menudo—. ¡Estamos rodeados de prodigios! Por la mañana, cuando el sol se levanta y nos distribuye su luz, ¿has observado con qué ardor cantan los pájaros y cómo salta el corazón del hombre en su pecho? ¿Has observado que las piedras y las aguas ríen? Y por la noche, cuando el sol se pone, nuestro hermano el Fuego, viene hacia nosotros, acogedor. Ya sube hasta la lámpara para iluminarnos, ya se instala en el hogar para darnos calor. ¿Y el agua? ¡Qué milagro es el agua! Corre, parlera, se transforma en arroyo, después en río que baja hacia el mar cantando. A su paso, lo lava y purifica todo. Y cuando tenemos sed, ¡cómo refresca nuestras entrañas! ¡Con qué perfección el cuerpo humano se adapta a la tierra y el alma a Dios! Cuando pienso en todas estas maravillas, ya no me basta hablar y caminar. Querría cantar y bailar.

La Navidad era, de todas las grandes fiestas, su preferida. Un año la Navidad cayó en viernes. Como uno de los nuevos hermanos rehusaba comer carne ese día, Francisco le invitó a sentarse a la mesa, a su lado.

—Hermano Moneo —le dijo—, no hay viernes que importe cuando es Navidad. Si las paredes pudieran comer carne, se la ofrecería para que también ellas pudieran festejar el nacimiento de Cristo. Por lo demás, aunque no puedan comer, haré que la prueben.

Y diciendo esto, tomó un trozo de carne y frotó con él las cuatro paredes de la Porciúncula. Después volvió a sentarse, satisfecho.

—Si el rey fuera mi amigo —dijo—, le pediría que ordenara a todo el mundo que sembrara trigo en los patios y en las calles, durante la Navidad, para alimentar a nuestros hermanos los pájaros, porque en esta época del año no encuentran qué comer. Si el rey fuera mi amigo, quienes poseen bueyes y asnos en su establo tendrían el deber de lavarlos con agua tibia y deberían darles doble ración de alimento; y esto por el amor de Cristo, que nació en un establo. En cuanto a los ricos, en estos días de fiesta tendrían

que abrir sus puertas a los pobres y servirles de comer. ¡Porque Cristo ha nacido, y con Él la danza, la alegría y la salvación!

Estábamos en diciembre y la Navidad se acercaba. Francisco contaba los días, hasta las horas, impaciente por celebrar la gran fiesta cristiana.

—Es mi última Navidad —decía—. Por última vez veré al Divino Niño agitar sus pies en la cuna.

Tenía en la ciudad un buen amigo creyente, el señor Bebita. Lo hizo llamar y éste acudió a la Porciúncula sin demora.

—Hermano —le dijo Francisco—, tengo gran necesidad de festejar la santa noche de Navidad contigo, este año. En la selva vecina se encuentra una gran caverna. Hazme el placer de llevar a ella en la noche de la Navidad un buey y un asno semejantes a los de Belén. Porque es mi última Navidad en la tierra y deseo ver en qué sencillez nació Cristo para salvar a los hombres y para salvarme a mi, pobre pecador.

—A tus órdenes, padre Francisco —respondió el señor Bebita—. Todo se hará según tus deseos.

Besó la mano del santo y se marchó.

—Veré el nacimiento de Cristo, veré la Crucifixión, después la Resurrección —me dijo Francisco, alegre—. Después podré morir. ¡Alabado sea el Señor, que me da la fuerza de gozar del ciclo en su totalidad: la Navidad, la Crucifixión y la Resurrección!

A partir de ese momento, Francisco olvidó sus sufrimientos y todas sus preocupaciones para consagrarse a la preparación de la Navidad.

—Hermano León —me decía—, ¡ayúdame a festejar mi última Navidad con alegría y recogimiento!

Llamó a Egidio:

—Hermano Egidio, tú serás José. Sólo tendrás que pegarte un pedazo de algodón en la barbilla... Procúrate también un leño en el cual has de apoyarte.

Encargó a Gennadio que buscara a dos pastores en la montaña. Llegaron: uno, un anciano todavía fuerte, bajo, de piel atezada por el sol; otro, un adolescente de mejillas cubiertas de rubio bozo.

—Hermanos pastores —les recomendó Francisco—, en la noche de Navidad iréis con vuestros rebaños a la gruta que os indicará el señor Belita. No temáis, no tendréis nada que hacer, salvo quedaros a la entrada de la gruta apoyándoos en vuestros cayados y mirando lo que ocurre en el interior. Seréis los pastores que contemplan a Jesús recién nacido.

Mandó decir a la hermana Clara: «Que tu hermana Inés acuda a yerme. Tengo que hablarle».

—Ella será la Virgen Maria —me confió—. La he elegido porque se llama Inés.

Después me envió a la Porciúncula a buscar a unos cuantos novicios que debían representar a los ángeles y llevar pañales cantando: «Ella parió a su hijo primogénito y lo acostó en un pesebre».

El hermano Pacífico los acompañaría con su laúd y el padre Silvestre oficiaría la misa.

La víspera de Navidad, el señor Belita nos mandó decir que todo estaba dispuesto y que podíamos ir. A medianoche nos pusimos en camino, acompañados de algunos hermanos, entre ellos Bernardo, el señor Pedro, Maseo y el padre Silvestre. Pacifico caminaba junto a Francisco, llevando su laúd en bandolera.

El aire estaba helado y el cielo de una gran pureza. Las estrellas bajaban y casi rozaban la tierra. Cada uno de nosotros tenía una sobre la cabeza. Francisco caminaba como bailando. De pronto. se detuvo.

—Hermanos, qué dicha, qué dicha inmensa acaba de ser concedida a los hombres! ¿Os dais cuenta de lo que veremos? ¡A Dios niño! ¡A la Virgen Maria amamantando a Dios! ¡A los ángeles del Cielo cantando el hosanna! Hermano Pacifico, te ruego que tomes tu laúd y cantes: «Y ella parió a su hijo primogénito y ella le amamantó y le acostó en un pesebre».

Francisco se inclinó y me dijo al oído:

—No puedo contener mi alegría, hermano León. ¡Mira qué bien camino! Ya no siento dolor en los pies. Esta noche he soñado que la Virgen Maria dejaba al Niño Divino en mis brazos.

Los campesinos de las aldeas vecinas se habían reunido en la selva y sus antorchas iluminaban los árboles. La gruta estaba ya llena de gente. Francisco bajó la cabeza y entró, seguido de todos los hermanos. En el fondo, cerca de la cuna llena de paja, había un asno, y un buey rumiaba tranquilamente. El padre Silvestre se detuvo ante la cuna divina, como ante un altar, y se puso a decir la misa. Mientras tanto, Francisco daba vueltas en cuatro patas, bailando. Y cuando el padre Silvestre, que leía el Evangelio, llegó al pasaje que dice: «Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», una claridad azul iluminó la cuna y todos pudieron ver a Francisco inclinarse y después incorporarse con un recién nacido en los brazos.

Los campesinos, transportados, gimieron blandiendo sus antorchas. Nos arrojamos al suelo, deslumbrados por el milagro. Alcé la cabeza y vi al niño tender sus brazos y acariciar las mejillas y la barba de Francisco, sonriendo y agitando sus pies menudos.

Después Francisco lo alzó ante las antorchas encendidas y gritó:

—¡Hermanos, éste es el Salvador del mundo!

Entonces, en su exaltación, los campesinos se precipitaron sobre él para tocar al Niño. Pero en ese instante, la claridad azul se extinguió, la cuna volvió a hundirse en la sombra y advertimos que Francisco había desaparecido, llevándose al recién nacido.

Los campesinos se precipitaron afuera con sus luces y lo buscaron en la selva. Pero fue en vano. El cielo empezaba a blanquear. la estrella de la mañana brillaba y bailaba en Oriente, solitaria. Había nacido el día.

Después encontré a Francisco en la puerta de su choza, con el rostro vuelto hacia Belén.

Al día siguiente su aspecto me asustó. Ya no era un cuerpo el suyo, sino un montón de huesos cubiertos de harapos. Sus labios estaban azules de frío.

—Padre Francisco —le dije besándole las manos—, déjame recoger leña para encenderte fuego.

—Da la vuelta al mundo, y si encuentras fuego en todas las chozas y en todas las pobres cabañas, vuelve y enciende mi chimenea. Mientras haya en la tierra un solo hombre tiritando de frío, quiero tiritar con él.

Cuanto más pasaba el tiempo más le atormentaban sus llagas. Leo veía a menudo apretar los dientes, doblado para resistir el dolor. Levantaba la cabeza, me miraba con su mirada llena siempre de la misma beatitud.

—Sufre... —me decía—. Sufre...

—¿Quién?

—¡Este! —y me mostraba su pecho, sus manos, sus pies.

Una noche un musgaño[ii] entró en la choza y se puso a lamer y a morder los pies sangrantes de Francisco. Sobresaltado, éste le habló dulcemente, como a un niño: «¡Hermano musgaño, me duele! ¡Hermano musgaño, te lo suplico, vete, me duele!»

Una mañana lo encontré completamente desnudo, tiritando, en su jergón.

—¡Padre Francisco! ¡Hace un frío terrible, por qué te has desnudado!

—He pensado —me respondió castañeteando los dientes—en todos los hermanos que tienen frío en el mundo. Como no puedo calentarlos, me castigo teniendo frío como ellos.

—Me pregunto qué será de los hermanos que se han marchado a predicar —me dijo la mañana siguiente—. Noche o día no dejo de pensar en ellos. Un musgaño ha venido a visitarme y me ha distraído un momento, pero era un buen musgaño, le pedí que se marchara y me obedeció en seguida. Y ahora, espera. Aguardo a un mensajero que me traerá noticias.

Apenas acabó de hablar cuando Gennadio. uno de los más candorosos y de los más amados entre nuestros hermanos, se mostró en el umbral, descalzo, cubierto de heridas pero feliz. En los años heroicos, al comienzo de nuestra hermandad, solíamos reír con sus bromas. Un día un hermano cayó enfermo. «¡Ah, si tuviera una pata de cerdo para comer!», gemía en su fiebre. Sin esperar, Gennadio se precipitó al bosque vecino, buscó y encontró a un cerdo que se alimentaba con bellotas, le cortó una pata, volvió corriendo a la Porciúncula. la cocinó y se la dio al enfermo. Al saber el hurto, Francisco regañó a Gennadio: «¿No sabes que no debes tocar lo ajeno? ¿Por qué hiciste eso?». «Esta pata de cerdo ha alegrado tanto a nuestro hermano que no tendría remordimientos aunque hubiera cortado las patas de cien cerdos», respondió Gennadio. «Pero el desgraciado guardián de cerdos llora y se lamenta buscando al culpable por toda la selva». «Y bien, hermano. Francisco. iré en su busca y me haré amigo de él, no temas».

Corrió al bosque, encontró al campesino, se arrojó en sus brazos y le dijo: «Hermano, soy yo quien cortó la pata de tu cerdo, no te enfades, escúchame. Dios hizo a los cerdos para que los hombres los coman. Un

enfermo gritaba "No me curaré mientras no coma una pata de cerdo". Entonces tuve piedad de él, corrí a la selva, encontré el cerdo, le llevé la pata, la cociné bien y se la di. Ahora, mi hermano está bien, ruega por el dueño del cerdo e intercede ante Dios para que le perdone sus pecados. No te enfades, y ven a mis brazos. ¿No somos todos hermanos, hijos de Dios? Has hecho una acción piadosa y te he ayudado a cumplirla. Ven, abrázame». Y el campesino, furioso al principio, se calmó poco a poco y acabó por arrojarse en los brazos de Gennadio. «Te perdono, pero por el amor de Dios, no lo hagas otra vez». Cuando Gennadio le contó su conversación con el campesino Francisco rió de buena gana. «¡Lástima que no tengamos todo un pueblo de Gennadios como éste!»

Gennadio debía de tener un mensaje importante para transmitirnos, porque ese día sus ojos brillaban. Se enjugó la boca con el dorso de la mano y empezó así:

—Vengo de Rimini, padre Francisco. Lo que he visto y soportado a mi llegada es indescriptible. En las aldeas, los campesinos, hombres y mujeres, corrían y se apretujaban a mi alrededor para besarme la mano. Me llevaban también enfermos para que los curara. ¡Cómo podía curarlos! Ponía la mano sobre sus cabezas como tú haces, pero no pensaba sino en una cosa: escapar de esa horda que se arrojaba sobre mi para besarme los pies. Un día, pues, mientras me acercaba a la aldea vecina a Rimini, supe que la multitud se había puesto en marcha para recibirme. ¿Qué piensas que hice? Dos niños se mecían: habían puesto un leño a través de otro y, sentándose en los extremos, se balanceaban. Corro hacia ellos. «Hijos míos, jugaré con vosotros. Sentaos los dos en un extremo y yo me sentaré en el otro». Al fin llegaron los peregrinos, conducidos por un sacerdote que llevaba un evangelio encuadernado en plata y un hisopo de agua bendita. Al verme jugar fruncen el ceño y esperan a que termine para recibir mi bendición y hacerme curar a unos enfermos que habían llevado hasta allí. Pero yo no tenía la menor intención de abandonar el tobogán. Al fin, después de esperar un buen rato: «No es un santo, éste», gritan, fuera de sí, «¡es un loco! ¡Vayámonos!». Y partieron. Yo no pedía otra cosa. Bajé de mi tobogán y seguí mi camino hacia Rimmní.

Francisco se echó a reír.

—Yo te bendigo, hermano Gennadio. Más vale que nos tomen por locos que por santos. En eso consiste la verdadera Humildad.

—¿Y qué has hecho en Rimini, hermano Gennadio? —pregunté—. Debes tener mucho que contarnos.

—Sí, mucho, hermanos. ¡Y también un gran milagro! Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo habría creído. ¿Os acordáis de un novicio de cara pálida que vivía con nosotros en la Porciúncula y se llamaba Antonio? Y bien, ése, ¡que Dios me perdone, es un santo! ¡Sí, un santo! Hace milagros. Como tú predicaste a los pájaros, padre Francisco, él predicó a los peces, en Rimini. Lo he visto con mis propios ojos, no os riáis. Se había parado en un lugar donde el río se vierte en la mar. Alto, flaco, de mejillas hundidas, con ojos semejantes a dos agujeros negros, con manos largas y ágiles... No le reconoceríais, tanto ha cambiado. Una multitud numerosa iba tras él, compuesta sobre todo de herejes a los cuales frecuentemente había repetido

en vano: «Seguidme hasta el mar y os probaré que el Dios que predico es el único verdadero. Viendo con vuestros propios ojos, creeréis». También yo estaba allí. Antonio se inclina, moja sus dedos en el mar y hace la señal de la cruz. Después se mete en el agua hasta las rodillas y se pone a gritar: «¡Hermanos míos, peces del mar y del río, en nombre de Nuestro Padre Celestial, oíd la palabra del verdadero Rey!».

»En seguida el mar se agita, el río se hincha y los peces empiezan a reunirse. Había unos que venían desde muy lejos, otros que subían de las profundidades. Percas, dorados, lenguados, tiburones, bogas, golondrinas de mar, peces espada, mújoles. Pejesapos, qué sé yo..., peces de espuma, peces cazadores se amontonaban en el río. Los más pequeños delante, detrás los medianos y más lejos los grandes. Y todos levantaban la cabeza para escuchar.

»Entonces Antonio levanta la mano, los bendice y empieza a predicar en seguida en voz alta: «Mis hermanos los peces, os he llamado para que alabemos juntos a nuestro Padre Celestial. ¡Cuántos dones os ha concedido! ¡Qué riqueza la vuestra! El agua, ese noble elemento, es fresca, pura, límpida. Cuando el sol brilla en el mar tranquilo, podéis subir a la superficie y jugar con la espuma. Cuando gruñe la tempestad, podéis retiraros a las profundidades donde reina una paz inmutable. Cuántos colores, qué belleza os ha dado el Señor, hermanos peces! Durante el Diluvio, mientras los animales de la tierra se ahogaban, surcabais tranquilamente las aguas desencadenadas. Y cuando el profeta Jonás cayó en el mar, lo abrigasteis durante tres días, y después lo devolvisteis a la tierra. Sois el adorno más hermoso del agua, Dios os quiere infinitamente. No desea que vuestra especie desaparezca, y así, gracias a los millones de huevos que ponéis, durará eternamente. Levantad la cabeza, hermanos, agradeced al Señor. Y ahora, recibid mi bendición, ¡id en paz!». Los peces abren la boca, mueven los labios —quizá hayan cantado algún salmo, pero no lo oí— y se marchan, alegres, con la cola erguida. El mar y el río estaban blancos de espuma.

»Los asistentes, llenos de temor, se arrojan a los pies de Antonio exclamando: «Tienes razón, hermano Antonio, perdónanos. Ya que los peces te han escuchado, ¿cómo nosotros, los hombres, no te escucharíamos? ¡Marcha delante y guíanos!». Antonio caminó a nuestro frente y todos regresamos a Rimini en la alegría. Y no bien llegamos, entramos al obispado para glorificar al Señor.

Este largo relato había empapado en sudor a Gennadio. Brillaba y se estremecía igual que un pez recién salido del mar.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo Francisco con voz conmovida—. Muero, pero otro acaba de nacer. La simiente de Dios sobre la tierra es inmortal. Yo estoy agotado, no sirvo para nada, he perdido la luz, soy el sol poniente. Ese otro es joven, lleno de fuerza, de alegría, de fervor, es el sol que nace. ¡Saludémosle!

Tendió los brazos hacia Rimini:

—Hermano Antonio —dijo—, ¡bienvenido seas! Te deseo que llegues hasta donde yo no he podido.

Callamos. Mi corazón se llenó de una mezcla de amargura y de alegría. Miraba a Francisco con indecible ternura. Sumido en el éxtasis, Francisco no veía ni oía nada a su alrededor; estaba lejos.

Gennadio me hizo algunas señas y terminé por aproximar mi oreja a su boca:

—Buscaré leña para encender el fuego —susurro.

—Pero él no querrá, hermano Gennadio. Desde hace mucho tiempo se niega a calentar su cuerpo. No enciendas fuego, nos regañaría...

—¡Que nos regañe! Mientras tanto, se habrá calentado un poco.

Diciendo esto, se lanzó fuera y reapareció pronto con una brazada de leña. La puso en la chimenea y la encendió. La llama brotó e iluminó la choza. Me acerqué ávidamente a la chimenea, ofreciendo sucesivamente mi espalda, mi vientre, mis manos y mis pies. El calor me penetró hasta la médula. Sentados frente al fuego, Gennadio y yo reíamos en silencio, satisfechos. De cuando en cuando, mirábamos ansiosos a Francisco que, absorto en sus pensamientos, no se había dado cuenta de nada.

—No escuches —me decía Gennadio—. Finge no comprender y enciende el fuego por la noche, mientras duerme, y dale de comer, remienda su hábito a escondidas, no le dejes morir... ¿Dónde encontraríamos otro guía como él para llevarnos al Paraíso?

—Pero no quiere... hermano Gennadio. También yo tengo frío y hambre con él.

—Te admiro, hermano León, por llevar una vida tan dura. ¿Cómo puedes resistir?

—No puedo... hermano Gennadio, hago más de lo que soporto, pero es por amor propio, no por piedad. Ahora me avergonzaría de volverme atrás.

—¿Frente a quién tendrías vergüenza?

—Frente a todo el mundo: Dios, Francisco, yo mismo...

—¿Cómo? ¿No tienes ganas, un día de fiesta, por ejemplo, de comer un buen plato, de beber un trago de vino, de dormir en un colchón mullido? —continuó el hermano Gennadio—. Dios creó todas esas cosas para los hombres, es un pecado desdeñarías.

—Yo, qué quieres que te diga... lo paso bien, gracias a Dios. Así, cuando rezo y agradezco al Señor, mi plegaria no sale únicamente de mi corazón, sino también de mi vientre, de mis manos, de mis pies calientes, de mi cuerpo entero. Hermano León, conciliar el deber y el interés.., todo el secreto está allí.

—Pobres de nosotros si tú fueras nuestro guía —dije sonriendo—. Estaríamos bien alimentados, pero nos iríamos directamente al Infierno.

Gennadio iba a responderme, cuando vimos que Francisco se movía ligeramente.

Retuvimos la respiración, con el corazón que se nos saltaba del pecho. Se volvió, vio el fuego y gritó:

—¿Quién ha encendido el fuego? ¡Rápido, agua, apagadlo!

—Padre Francisco, apóstol del Amor —dijo Gennadio abrazándose a las rodillas de Francisco—, es nuestro hermano fuego, ¿por qué quieres matarlo? ¿No tienes piedad, tú que tienes piedad de la tierra que pisas? Es también un hijo de Dios y porque nos quiere se ha instalado en la chimenea. ¡Oye como grita! ¿Lo oyes? «Padre Francisco», dice, «soy una criatura de Dios también yo, ¡no me mates!».

Francisco callaba. Las palabras de Gennadio le habían llegado al corazón.

—Hermano Gennadio, granuja —dijo riendo—, nos has burlado con tu temor de Dios... Hermano fuego —agregó, volviéndose hacia la chimenea—, perdóname, no te expulso de mi humilde casa, pero te lo ruego: no vuelvas.

Y se puso de pie para alejarse de la chimenea.

Al día siguiente, Francisco me empujó con el pie.

—¡De pie, hermano León! Nos hemos calentado bastante. Vayamos a San Damiano, ahora. Hay una choza de ramas cerca del convento, y tengo ganas de ir a vivir en ella. ¿Puedes abandonar esta comodidad para seguirme? ¿Lo soportarás? Mide tus fuerzas. Si no, puedes dejarme cuando quieras, puedes liberarte... Te hago sufrir demasiado, leoncillo de Dios. Perdóname.

En verdad, me hacia sufrir demasiado, pero era por exceso de amor.

—Iré adonde me lleves. He quemado mis naves, toda retirada es imposible.

—Bien, vayamos. ¡También yo he quemado mis naves! Sostenme para que no caiga.

Hacia un frío terrible. El enjambre de las estrellas ya se había ahogado en la luz vaporosa de la mañana. Sólo Venus esperaba alegremente el sol para desaparecer en sus rayos. No se oía ningún grito de pájaro, salvo, a lo lejos, el canto de un gallo.

—Los pájaros no encuentran nada que comer durante el invierno —dije—. Por eso no cantan. ¿Ocurrirá lo mismo con el hombre? ¿Será indispensable comer para rezar y cantar?

—No piensas más que en comer —me respondió Francisco sonriendo—. Lo que dices es cierto para los que no creen en Dios. Pero para nosotros, lo contrario es cierto.

La plegaria reemplaza al alimento y gracias a ella nos satisfacemos.

Nacía el día y el Oriente se teñía de rosa. Mientras pasábamos bajo un pino frondoso, un pájaro, que sintió la luz en sus ojos, se puso a trinar.

—¡Buenos días, hermosa alondra! —le gritó Francisco—. Vamos a San Damiano, ven con nosotros.

El pájaro surgió de entre las ramas, sacudió sus alas para desentumecerse y se lanzó al espacio cantando.

—Su San Damiano es el cielo —dijo Francisco.

Cuando llegamos al convento, las hermanas estaban aún en el oficio de la mañana.

Nos dirigimos en silencio a la ventanilla de la capilla y nos detuvimos allí para escuchar las dulces voces femeninas.

—¡Qué felicidad! —dijo Francisco. con los ojos llenos de lágrimas—. La luz, la alondra, el oficio matutino, las prometidas de Cristo despiertas desde el alba para glorificar al bienamado... Distingo la voz de la hermana Clara...

La misa terminó; las hermanas, vestidas con sus blancos mantos, se dirigieron hacia el claustro. Al ver a Francisco, lanzaron gritos alegres como palomas hambrientas al ver el trigo. La hermana Clara avanzó la primera y tomando la mano ensangrentada de Francisco la bañó con sus lágrimas.

—Padre Francisco, padre Francisco... —murmuraba con voz ahogada por la emoción.

—Hermana Clara, antes de marcharme, querría permanecer algunos días junto a vosotras. Dame permiso, madre superiora, para vivir en la choza de ramas junto a tu convento.

La hermana Clara miraba a Francisco y las lágrimas corrían por su rostro.

—Padre Francisco, la choza y el convento y todas las hermanas están a tu servicio. Sólo tienes que ordenar.

La madre de Francisco acudió. Había enflaquecido mucho. Las veladas y el ayuno habían empalidecido su rostro, pero resplandecía de felicidad. Se inclinó y besó los dedos de su hijo. Francisco puso la mano sobre su pelo gris y la bendijo. «Madre, madre... hermana Pica, murmuró».

Dos monjas se ofrecieron para preparar la choza, pero Clara las despidió.

—Yo misma iré —dijo—. Traedme una escoba, un cántaro y el tiesto de flores que está en mi celda. Traedme el jilguero que el obispo nos regaló el otro día.

Extenuado, Francisco se sentó bajo el ventanuco del coro y esperó.

Su madre, retirada en un rincón del patio, lo miraba con ojos desbordantes de amor y de orgullo. Los pies y las manos de Francisco estaban azules de frío. Le llevaron una manta, pero la rechazó. Intentó en vano ponerse en pie. Entonces dos monjas acudieron y tomándolo por las axilas lo llevaron lentamente a la choza. La hermana Clara había puesto un colchón lleno de paja y una almohada mullida. Ayudaron a Francisco a tenderse. Después las hermanas se retiraron y nos quedamos solos.

—¿Deseas algo? —pregunté hablando quedamente.

Cerró los ojos haciéndome un ademán de despedida. Deliró toda la noche. De su frente, de sus manos, de su cuerpo entero salían llamas. Al día siguiente, hacia el mediodía, abrió los ojos.

—¡Hermano León —me dijo—, recomienda a las hermanas que no me vengan a ver! Diles que no necesito nada. Ni fuego ni comida. Todo lo que deseo es estar solo, en calma.

Tomó la almohada y la arrojó lejos de sí.

—Tómala, hermano León, arrójala fuera. Tiene el diablo en el vientre. Me ha impedido dormir toda la noche. Tráeme más bien una piedra.

Puso su mano ardiente sobre la mía.

—Hermano León, camarada de peregrinación, compañero de lucha, perdóname... —murmuró, cerrando los ojos.

Me senté ante la choza y lloré, ahogando mis sollozos para no atraer la atención de Francisco.

Llegó la hermana Clara.

—¿Qué podemos hacer, hermano León? ¿Qué podemos hacer para conservarle la vida?

—Él no quiere la vida, hermana Clara, no la quiere. Dice que ha terminado su ascensión. En la cumbre, ha encontrado la Crucifixión. Está crucificado. Ahora, sólo espera una cosa y tiene prisa porque llegue. Es la Resurrección.

—¿Quieres decir la Muerte?

—¡La Muerte!

La hermana Clara suspiró y bajó la cabeza.

—El jilguero le ayudará quizás a vivir un poco más. ¿Ha cantado ayer?

—No, hermana Clara, debía tener miedo.

—Cuando el pájaro no tenga miedo se pondrá a cantar, y acaso el padre Francisco no querrá morir tan rápido.

No respondí nada, porque sabía que otro canto hechizaba a Francisco, un canto mucho más dulce, un canto inmortal que venia de mucho más lejos, más allá de las nubes y las estrellas. Su jaula estaba ya abierta y su alma dispuesta a partir hacia las almas que cantan.

Al tercer día, la fiebre de Francisco aumentó, Sus mejillas estaban rojas y sus labios resecos. Deliraba sin cesar y, de cuando en cuando, se erguía bruscamente en su colchón, asustado por presencias invisibles. De pronto, hacia el alba, se volvió hacia mí, y me dijo:

—Hermano León, ¿dónde estás? No te veo.

—Estoy aquí, cerca de ti, padre Francisco. ¡Ordena!

—¿Tienes una pluma y tinta contigo?

—Siempre tengo plumas y tinta, padre Francisco, ordena.

—Escribe.

La prisa de dictar antes de que desapareciera su visión le hacia temblar.

—Te escucho, padre Francisco.

—Escribe: «Soy una caña que se dobla bajo el soplo de Dios. Espero que la Muerte venga a segarme, a atravesarme, a transformarme en flauta y que así, entre sus labios, retorne cantando al eterno cañaveral del Señor».

Se tendió en su jergón y pareció calmarse. Pero cuando me levantaba para apagar la lámpara, se sobresaltó de nuevo:

—¡Hermano León! —me llamó con un grito que era casi un aullido—. ¡Socorro! ¡Escribe! El negro arcángel me ha tomado de la mano. «¿Adónde vamos?», le he preguntado. Se ha puesto un dedo sobre la boca. «Dejamos la tierra detrás de nosotros. Cierra los ojos para no llorar viéndola desaparecer, me respondió».

Después de una corta pausa, Francisco continuó:

—He soltado amarras. Detrás de mi, la tierra cubierta de verdor; delante, la inmensidad negra, sin límites; encima, en el cielo, como un cohete, la estrella del norte. «Señor, eres Tú quien posee mi corazón. Boga en la dirección que Tú le señalas. Ya el primer pájaro del Paraíso ha aparecido.» Sus ojos ardían, todo su cuerpo se estremecía. Con la pluma en la mano, yo esperaba.

—¡Escribe! ¿Dónde estás, hermano León? ¡Escribe! «Cuando el arcángel arrojó a Adán y Eva del Paraíso, los dos se sentaron en una piedra, silenciosos. El sol se había puesto. La noche, poblada de pánico, subía de la tierra y descendía del Cielo. Soplaba un viento glacial. Eva se acurrucó contra el pecho de su esposo y cuando se calentó. blandió su puño recién engendrado y dijo: "El Viejo nada sabrá de nosotros"».

Francisco se echó a reír. Sin duda veía a Eva haciendo ese ademán de amenaza. Pero se detuvo bruscamente y se echó a llorar.

—¿Todavía estás aquí, hermano León? ¡Escribe! «Cuando el arcángel Gabriel bajó a la tierra, era la primavera. Tuvo miedo: "La tierra es demasiado hermosa, pensó. Pasemos rápidamente por ella". Un carpintero surgió entonces de su taller. "¿Qué buscas, hijo mío? Estamos en Nazaret". "Busco la casa de Maria". "¿La casa de Maria?" El carpintero tembló. "¿Y qué es esa cruz que tienes, esos clavos, esa sangre?" "No es una cruz, es una azucarera. ¿Y quién te envía?" "¡Dios!" Fue como un puñetazo en el corazón del carpintero. "¡Ah, estoy perdido!", pensó. Abrió la puerta. Un patio minúsculo apareció, con un tiesto de basilisco y un pozo. Junto al pozo, una muchacha cosía ropas de niño. El arcángel se detuvo en el umbral y sus ojos se llenaron de lágrimas».

Con los ojos llenos de lágrimas, como el arcángel, Francisco suspiró.

—¡Desdichada María, desdichada madre que experimentará la Muerte! Si las lágrimas de toda la humanidad corrieran juntas durante un año, formarían un torrente que se tragaría Tu casa, Señor. Pero Tú eres omnisciente y las lágrimas corren una por una.

Sus propias palabras le asustaron.

—Hermano León —dijo con tono suplicante—, no escribas lo que acabo de decir. Es el Maligno quien ha hablado por mi boca. Si lo has escrito ya, bórralo, te lo ruego.

Suspiró.

—Queda aún una cancioncilla en mi corazón —prosiguió—. No quiero llevármela de la tierra. Toma la pluma y escribe: «Cuando Dios creó el mundo, cuando lavó sus manos manchadas de fango, se sentó bajo un árbol del Paraíso y cerró los ojos." Estoy cansando", murmuró, "reposemos un poco. Y ordenó al sueño que acudiera. Pero en ese preciso instante un jilguero de garras rojas fue a posarse en su hombro y se puso a gritar: "¡No hay reposo, no hay tranquilidad, no duermas! Día y noche estaré sobre tu hombro y gritaré: No hay reposo. no hay tranquilidad, no duermas. No te dejaré dormir... ¡yo soy el corazón del hombre!"»

Jadeante, Francisco cayó sobre su jergón.

—¿Qué te parece eso, hermano León?

Yo estaba confuso. ¿Qué podía responder? La insolencia con la cual el corazón del hombre se dirigía a Dios me escandalizaba.

Francisco, adivinando mi pensamiento, sonrió.

—Sí, leoncillo de Dios —dijo—. Si, el corazón del hombre es de una insolencia sin límites, pero Dios lo hizo así. Lo deseó tal como es. insolente y díscolo.

XIII

Nunca, hasta entonces. su cuerpo había sufrido tanto como durante esos pocos días que permanecimos en San Damiano. Y nunca su alma quedó sumida en tan profunda beatitud. Sus llagas no sangraban. pero en el interior el mal trabajaba perversamente. De sus ojos seguían manando sangre y lágrimas.

Yo dormía a sus pies, velando con él. procurando retenerle en la tierra. Un día sus oídos dejaron de zumbar y oyó el canto del jilguero. Durante largo tiempo, con la boca abierta, escuchó, lleno el rostro de dicha.

—¿Es un pájaro del Paraíso? —me preguntó—. ¿Ya hemos llegado? Volvió a escuchar, cada vez más feliz. —¡Ah. hermano León, si supieras lo que dice! ¡Qué prodigio se oculta en ese pecho minúsculo!

El pájaro se había acostumbrado a nosotros. Desde el alba se ponía a cantar, con la garganta hinchada y sus ojillos redondos fijos en la luz del exterior. El esfuerzo y la fatiga del canto ensangrentaban su pico. Estaba ebrio.

A veces, viendo a un gorrión posado en un árbol, su deseo de libertad se hacía imperioso, callaba bruscamente y se ponía a dar furiosos picotazos en los barrotes de su jaula. Después se calmaba, se posaba de nuevo sobre la caña que le servía de percha en su prisión y reanudaba su canto.

La señora Pica iba a hurtadillas a mirar a su hijo a través de las ramas del techo.

Con la mano ante la boca, le contemplaba largamente; después, silenciosa, regresaba a su celda. La hermana Clara velaba asimismo ante nuestra choza. No se atrevía a entrar, pero escuchaba las alegres canciones del agonizante. En los últimos tiempos, Francisco se había entregado al canto. Como el jilguero, tenía el alma alegre, y las melodías que cantaba antaño bajo las ventanas de las jóvenes le volvían a los labios.

—¡Ah —suspiraba—, si el hermano Pacifico estuviera aquí, tocaría el laúd! No se engañaba cuando me decía que el laúd es la boca angelical del hombre. Es así como los ángeles deben hablar en el Cielo. Los imagino platicando con canciones, mientras vuelan.

Un día Francisco se irguió en su yacija y se puso a palmear las manos, con expresión de gozo infinito.

—Todos los pedazos de madera son laúdes y violines —me dijo—. En eso pensé durante toda la noche. Todos tienen una voz para alabar al Señor. Tráeme dos pedazos de madera, te lo suplico.

Se los llevé. Apoyó uno en su hombro y se sirvió del otro como arco. Sentado en su jergón, tocó y cantó largamente, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, transportado.

—¿Oyes su canto? —me preguntaba—. ¡Escucha!

Al principio no oía más que el chirrido de los leños frotados uno contra otro, pero después mi oído se habituó, mi alma despertó y empecé a distinguir la dulce melodía que subía de las dos ramas secas. En las manos de Francisco, la madera se había convertido en violín.

—¿Oyes? Cuando se cree en Dios, ya no hay madera, ni dolor sin consuelo. ¡Ya no hay vida cotidiana sin milagro!

Un día, mientras tocaba el violín, su rostro se oscureció, como si una sombra se hubiera extendido de repente sobre él. Abrió los ojos, miró por la puerta abierta y lanzó un grito. Un grito alegre y desgarrador a la vez, un grito que contenía todas las alegrías y todos los dolores del mundo. Me volví para ver a quién se dirigía ese grito: ¡Nadie! El jardín del convento estaba desierto, un viento impetuoso arrancaba las hojas de los árboles. Las monjas, en el oficio, semejantes a un montón de pájaros, cantaban y se oía cómo sus dulces voces no cesaban en sus alabanzas al Señor.

Pero a lo lejos, en todas las casas de los campesinos, los perros, asustados, aullaban.

—¿Qué has visto, padre Francisco? —pregunté—. ¿Por qué has gritado?

Se quedó largo tiempo sin responderme. Había dejado los dos pedazos de madera en el jardín, miraba hacia afuera, con los ojos desorbitados.

—¡Qué ocurre! —repetí—. ¿Qué ves?

—A mi hermana la Muerte —murmuró—, a mi hermana la Muerte…

Y abrió los brazos como queriendo abrazarla.

Callé. Había comprendido: había visto al negro Arcángel. Los perros también lo habían visto, y por eso se habían puesto a aullar con miedo. Salí para ocultar mis lágrimas. Ese día, el sol pasaba a través de las nubes. Ya no había bruma sobre la llanura; el invierno reía como una primavera. Las hermanas salieron de la iglesia, se dispersaron en el refectorio para tomar su alimento de la mañana: un bocado de pan y una copa de agua. Al yerme, la hermana Clara se acercó y me preguntó inquieta:

—¿Por qué lloras? Es que… el padre Francisco…

—El padre Francisco ha visto al negro Arcángel, hermana Clara. Cuando lo vio, lanzó un grito y abrió los brazos para recibirlo.

La hermana Clara mordió una punta de su manto para ahogar sus sollozos.

—¿Qué dijo? ¿Estaba feliz?

—No lo sé, hermana Clara. Simplemente murmuró: «Mi hermana la Muerte, mi hermana la Muerte…» Nada más.

La hermana Clara bajó la voz:

—Escucha, hermano León —dijo—. hay algo que me atormenta. ¡Ten cuidado! Desde hace unos días, hombres extraños vagabundean en torno al convento. Una hermana los ha reconocido. Parece que son bandidos de Perugia. La nueva de que el padre Francisco está gravemente enfermo se ha difundido y nos los mandan para robárnoslo. Es una gran riqueza un santo, para una ciudad... ¡Hermano León, ten mucho cuidado!

Ocultó su rostro, se despidió de mí y entró en la iglesia.

«Prevendré al obispo«, pensé, «para que nos envíe soldados para protegerlo».

Cuando regresé a la choza, encontré a Francisco sentado en su jergón, la espalda contra la pared. el rostro calmo y feliz. Pareció contento de yerme.

—Toma la pluma, hermano León, y escribe mis últimas recomendaciones. Te dictaré una carta circular que leerán todos los hermanos y todas las hermanas. Al final pondré mi sello: una cruz.

«Hermanos, hermanas, hoy Dios ha enviado a su negro Arcángel para invitarme al largo viaje. Parto, pero mi corazón no podría dejaros sin haceros las últimas recomendaciones. Hijos míos, que la Pobreza, el Amor, la Pureza y la Obediencia, esos cuatro hijos del Señor, os acompañen en la Eternidad. No olvidéis nunca que el negro Arcángel espera cerca de vosotros desde el día de vuestro nacimiento. Decid sin cesar: Ésta es mi última hora, debo prepararme. Y tened cuidado. No creáis en el hombre, creed únicamente en Dios. El cuerpo cae enfermo, la Muerte se aproxima. Amigos y parientes se inclinan entonces y dicen al enfermo: "Pon orden en tu casa, distribuye tus bienes, has de morir". Su mujer, sus hijos, sus amigos y vecinos lo rodean y fingen llorar. Entonces el enfermo, embaucado por sus lamentaciones, reúne sus fuerzas y dice: "Si, he puesto mi alma y mi cuerpo entre vuestras manos fieles, así como todos mis bienes". En seguida, parientes y amigos llaman al sacerdote. "¿Te arrepientes de todos tus pecados?", pregunta el sacerdote. "Si, me arrepiento", responde el moribundo. "¿Puedes devolver todo lo que has adquirido ilegalmente en el transcurso de tu vida?" "No, no puedo." "¿Por qué?" "Porque lo he dado todo a mi familia y a mis amigos". Y muere sin haber podido redimirse de sus faltas. Entonces, sin esperar, el diablo, que reía a su cabecera, se apodera de su alma y la precipita en el Infierno. Y todos sus dones, sus riquezas, sus poderes, su saber, las bellezas de que estaba orgulloso, se pierden, tragadas con él por el reino de los muertos. Mientras tanto, sus parientes y amigos se reparten sus bienes, lo maldicen y exclaman: "¡Condenado sea! ¡Habría podido reunir más!". Tierra y Cielo, pues, reniegan de él. ¿Qué subsiste? El Infierno. Y allí, en la pez hirviendo, sufre durante siglos.

»Por eso vuestro pequeño servidor, el gran pecador que soy, os suplica, hermanos y hermanas, en nombre del Amor que es Dios mismo, que recibáis las palabras de Cristo humildemente y con amor. ¡Que todos los que reciban estas santas palabras y las transformen en acciones, dando así el ejemplo a los demás, sean benditos por la eternidad!

»Y tú. hermano León, mi compañero, recibe el adiós de tu hermano Francisco. Yo te bendigo, hijo mío. No olvides nunca lo que hemos dicho, cuando caminábamos juntos por los caminos. Haz todo lo que puedas y según tus medios, para agradar a Cristo y seguir sus huellas. Y sé fiel a

nuestra dama Pobreza, así como a la santa Obediencia. Si todavía tienes algo que pedirme, habla libremente, mientras mis labios son todavía capaces de responderte. Adiós hermanos y hermanas, adiós hermano León, compañero de lucha».

Fatigado, cerró los ojos y se tendió en su jergón. Sus dolores debían ser intolerables.

—Sufres, padre Francisco.

Abrió los ojos.

—Todo lo que puedo decirte es que soy feliz y estoy lleno de alegría. ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Triunfamos, hermano León! Desde el día de mi nacimiento, algo en mí odiaba a Dios, y ahora... ¿cómo no voy a sentirme feliz? En este momento... eso ha desaparecido.

—¿Qué era, padre Francisco?

—La carne... —respondió, cerrando los ojos, extenuado.

Deliró toda la noche. El Arcángel negro se le aparecía y conversaba con él.

Francisco se quejaba de que viniera tan tarde; hacia años que lo esperaba. ¿Por qué lo había dejado tanto tiempo en el exilio? ¿No sabia que la tierra ensucia al hombre? ¿Que una hoja de hierba, un jilguero, una lámpara, un olor, pueden hacer que nos neguemos a abandonar la tierra? Francisco deliraba, y la Muerte debía responderle, porque a veces el moribundo se calmaba, dejaba de quejarse y sonreía.

Por la mañana había caído en un profundo abismo. Sus sienes ardían, sus párpados no podían levantarse y su cuerpo estaba rígido. Asustado, corrí en busca de la hermana Clara. La encontré en la cocina del convento.

—Un buen hombre nos ha traído un pollo —me dijo—. Sabia que el padre Francisco está enfermo. Preparo un poco de caldo, es fortificante.

—Estamos en periodo de Cuaresma, hermana Clara, nunca querrá comer carne.

—Si Dios resuelve no llevárnoslo en seguida, el padre Francisco beberá este caldo para seguir un tiempo con nosotros. Toma, llévaselo.

Tomé el caldo al que la hermana Clara agregó una yema de huevo, tomé el pollo y me dirigí hacia la choza. Francisco estaba acostado de espaldas, jadeante. Me acerqué:

—Padre Francisco, la hermana Clara se arroja a tus pies y te ruega, en nombre del santo Amor, que bebas este caldo. No abandones tu cuerpo. Si me quieres, padre Francisco, abre la boca.

—En nombre del santo Amor... en nombre del santo Amor... —murmuró obedeciéndome, con los ojos cerrados. Bebió un trago, pareció satisfecho, abrió de nuevo la boca y bebió otro trago. Poco a poco vació la taza de caldo. Empecé entonces a darle un poco de carne. Debía tener el espíritu en otra parte, porque tragaba maquinalmente, sin la menor resistencia.

Mientras alimentaba a Francisco, un extraño personaje entró en la choza y empezó a buscar a su alrededor, como quien ha perdido algo.

—¿Qué buscas aquí? —le dije, irritado—. ¿No ves que hay un enfermo?

—Hermano monje, te pido perdón —me respondió—. ¿No estamos en Jerusalén?

He husmeado un olor santo y me he dicho: Ésta es sin duda Jerusalén, entremos para orar. ¿Pero dónde está? No la veo.

Francisco oyó y abrió los ojos.

—Estás loco, hermano —murmuró sonriendo.

—No más loco que tú —respondió el extraño personaje—. No, no más loco que tú, que quieres entrar en el Paraíso y comes pollo en Cuaresma.

Francisco lanzó un grito y se desvaneció. Me levanté para expulsar al osado visitante, pero éste ya había desaparecido.

Al día siguiente, Francisco me miró con aire de reproche:

—Me has engañado. Me has hecho cometer un pecado mortal.

—Sobre mí lo tomo. Que Dios me castigue.

—Sólo Dios puede tomar sobre Sí los pecados ajenos. Nosotros, los hombres, no podemos asumir sino nuestras propias culpas.

—La bondad de Dios —dije, recordando lo que el propio Francisco me había dicho un día— es más grande que su espíritu de justicia. Debemos confiar en Su bondad.

—Si, tienes razón, debemos confiar en Su bondad. ¡Desdichados de nosotros si no fuera más que justo!

Los días transcurrían entre la vida y la muerte. Los hermanos iban a menudo a ver a Francisco. De cuando en cuando, el obispo enviaba a su diácono a preguntar por el enfermo.

«Ven a Asís, hijo mío«, le mandaba decir, «ven a vivir en mi casa. El cuerpo del hombre es un don consagrado a Dios. Tú lo matas con todo lo que le obligas a soportar. Cometes un asesinato, hijo mío. Violas el mandamiento del Señor: ¡No matarás!».

Francisco oía las palabras enviadas por el obispo en silencio. Un día en que el diácono renovaba su invitación, Francisco se volvió hacia mi:

—Si, el obispo tiene razón, cometo un asesinato matando mi cuerpo. Pasaré la fiesta de Pascua en San Damiano y después iré a vivir en el obispado. Quiero volver a mi Asís, despedirme de ella.

Durante la semana santa, Francisco se consagró enteramente a la Pasión de Cristo.

Todos los días yo leía el Evangelio en voz alta junto a él. Francisco seguía a Cristo en sus menores movimientos. Era traicionado, condenado. azotado y crucificado con Él. El viernes santo, sus cinco llagas cerradas desde hacia mucho tiempo se reabrieron y el poco de sangre que le quedaba empezó a manar. El sábado por la mañana me tomó de la mano y dijo:

—Hermano León, si hubiera sido digno de convertirme en evangelista, yo, pobre pecador, no hubiera representado un león a mi lado, ni un toro, ni un águila, ni siquiera un ángel, sino un cordero con un lazo rojo en torno al cuello con estas palabras escritas en él: «Señor, ¿cuándo llegará el tiempo de Pascua, para que me degüelles?»

El día de Pascua, después de la Resurrección, acudieron las hermanas con cirios encendidos para besarle la mano. Francisco se incorporó penosamente en su jergón y decidió bendecirías con cariño:

—Hermanas mías —murmuró, muy conmovido—, hermanas mías, mis vírgenes prudentes, prometidas de Cristo...

Lloraba. La hermana Clara, la hermana Pica y todas las demás monjas también lloraban.

Ese día yo había comido bien. Muchos presentes me habían llegado de Asís y, realmente, sentía que Cristo había resucitado. Me acosté temprano y me dormí en seguida.

«No apagues la lámpara hoy«, me había dicho Francisco. «Déjala arder toda la noche. También ella debe alegrarse por la Resurrección de Cristo».

Yo dormía, satisfecho, y en el sueño, en el fondo de mí, vivía la Resurrección. Parece que aquí, en la tierra, todas las almas, en la medida de sus posibilidades, siguen a Cristo paso a paso, sufren, padecen la Crucifixión y resucitan con Él. Cuanto más cerca vivía de Francisco, más hondamente me penetraba la certeza de que el último fruto de la muerte, el realmente último, es la inmortalidad.

Dormía aún cuando Dios devolvió la luz al mundo. El jilguero, ya despierto, había empezado a cantar, pero yo, gozando intensamente de la dulzura del sueño, no despertaba. De pronto, la voz de Francisco me hizo abrir los ojos y lo vi sentado en su jergón, cantando y tocando el violín con ayuda de sus dos pedazos de madera. Nunca olvidaré las palabras de su canción ni la alegre melodía que las acompañaba. A pesar de los años pasados, sus palabras permanecieron en mi recuerdo hasta este día en que, cargado de años y decrépito, las transcribo en mi celda, en el seno de este tranquilo convento.

«Altísimo, Todopoderoso y Bondadosísimo Señor,
»¡A ti las alabanzas, la gloria y el honor y toda la bendición!
»A ti solo, Altísimo, convienen,
y ningún hombre es digno de pronunciar Tu nombre.
»Alabado seas, Señor, por todas las criaturas,
y especialmente por nuestro hermano el Sol,
que nos da la luz y mediante el cual nos iluminas.
»Y que es hermoso y resplandeciente y que, con su gran claridad,
Nos da testimonio de Ti, oh Señor.
»Alabado seas, Señor, por tu hermana Luna y por las estrellas,
»Que creaste en el Cielo, brillantes, preciosas y hermosas.
»Alabado seas, Señor, por nuestro hermano el Viento
y por el Aire y por las Nubes
y por el Sereno, así como por todos los tiempos.
»Alabado seas, Señor, por nuestra hermana el Agua,
la humilde, la amable, la pura.

»Alabado seas, Señor, por nuestro hermano el Fuego
por medio del cual iluminas la noche,
y que es hermoso, robusto y alegre.
»Y alabado seas, Señor, por nuestra hermana y madre la Tierra
que nos alimenta y sostiene
y nos da una infinidad de frutos, de fiores y de árboles.
»¡Alabad y bendecid al Señor!
»¡Agradecedle y servidle con gran humildad!»

Lentamente y sin hacer ruido me arrastré hasta los pies de Francisco y los abracé.

Sobre nosotros, el jilguero se había callado para escuchar. El sol, la luna, el fuego y el agua, penetrando en la humilde choza, rodearon a Francisco y se pusieron a escucharle. Me pareció que la Muerte misma fue tras ellos, reteniendo su aliento para oír mejor. Pero Francisco no veía nada ni a nadie. La cabeza echada hacia atrás, cantaba, y los barrotes de la prisión se abrían para dejar paso a su alma.

El día nació y Francisco, apoyado contra la pared, sonreía, extenuado. La canción había manado de él como su sangre.

—Hermano León —me dijo hacia el mediodía—, necesito ver Asís. Llama a dos hermanos robustos, Gennadio y Maseo, para que me lleven. Ya no puedo poner un pie en el suelo.

Salí, mandé llamar a los dos hermanos y les envié a decir al obispo que tuviera a bien enviarnos una escolta armada, pues Francisco se encaminaba hacia la ciudad y ciertos bandidos tenían el propósito de raptarle.

Cuando volví a la choza, Francisco tocaba el violín y cantaba con deleite su canción de la noche anterior.

—Ah, he olvidado agradecer al Señor por nuestra hermana la Enfermedad.

Dejó los pedazos de madera en el suelo y alzó los brazos al cielo:

«Alabado seas, Señor, por nuestra hermana la Enfermedad.

Es buena y severa y tortura al hombre.

Ayuda al alma a liberarse de la carne».

Yo retenía mis lágrimas con esfuerzo. *¡Alma mia* —murmuraba—, *dile adiós, no volverás a verle nunca más, nunca más!.*

Al crepúsculo, llegaron Gennadio y Maseo y se sentaron, sin hablar, a los pies de Francisco. Llegó la hermana Clara. Se arrodilló, le besó las manos y los pies y se sentó a su derecha, sin hablar. La hermana Pica entró vacilando. Se prosternó y tomó lugar a su izquierda, sin hablar. Francisco, sumido en el éxtasis, no veía ni oía nada. Estaba tendido de espaldas, con las manos juntas, y su rostro brillaba, lleno de dicha.

De pronto, en el silencio, estalló un sollozo, pero la hermana Pica se mordió los labios y el sollozo se ahogó.

—Duerme —murmuró Gennadio—. Despertémosle y partamos. Empieza a anochecer.

Pero nadie se movió.

La brisa primaveral entraba por la puerta, trayendo el perfume de las flores que acababan de abrirse en el patio. Un cordero apareció en el umbral, baló quejosamente y volvió a partir corriendo. Debía buscar a su madre. Ninguno de nosotros se movía ni hablaba. Todos teníamos los ojos fijos en Francisco. De pronto lo vi como a un Cristo en su tumba. Era la primavera, lo habíamos acostado en la tierra florida y lo llorábamos.

Cuando fue noche cerrada, la hermana Clara se levantó:

—¡Hermana Pica, vayámonos! Los hermanos lo llevarán, es el mejor momento. Es de noche, y los bandidos de Perugia no rondan los caminos a esta hora.

La hermana Pica se levantó, enjugándose los ojos:

—Hijo mío… —empezó, pero la hermana Clara la tomó de los hombros y juntas franquearon el umbral con paso inseguro. El patio resonó pronto con sonoro llanto: las dos mujeres no pudieron retener más tiempo sus lágrimas.

Francisco abrió los ojos, vio a los dos hermanos y sonrió.

—¿Hemos llegado? —preguntó.

—Todavía no hemos partido, padre Francisco —respondió Gennadio.

—Yo me crecía en Asís, en la iglesia de San Rufino… —suspiró Francisco—. Admiraba los vitrales multicolores… En ellos se encontraba la historia de Cristo. Acababa de romper su lápida y subía al Cielo, con una bandera blanca en la cual estaba escrito con letras azules: Pax et bonum!

Me levanté.

—En nombre del Señor —dije—, partamos.

Gennadio y Maseo hicieron una especie de silla con sus manos entrelazadas e instalaron en ella a Francisco, que les rodeó el cuello con sus brazos. Salimos.

—¿Es de noche? —preguntó.

—Es de noche, padre Francisco. Las estrellas han aparecido.

—¡Qué bien huele el aire! ¿Dónde estamos?

—En el claustro de San Damiano. padre Francisco, y es primavera —dijo el hermano Maseo, con gran amargura—. Debemos partir como ladrones.

Subimos la cuesta en dirección a Asís. Dos mujeres estaban frente al claustro, bajo un árbol. Cuando nos divisaron, una de ellas quiso lanzarse hacia Francisco con los brazos tendidos, pero la otra la retuvo. Se oyó un grito agudo bajo el árbol. y en seguida todo volvió a sumirse en el silencio. Avanzamos. Inquieto, yo escrutaba las sombras, procurando sorprender a los bandidos de Perugia. En el recodo surgieron cinco o seis siluetas oscuras y brillaron armas a la luz de las estrellas. *Estamos perdidos* —pensé, corriendo hacia los desconocidos para identificarlos. Felizmente, no era sino la guardia enviada por el obispo. Cuando los soldados fueron a besar la mano de Francisco, éste se sorprendió:

—¿Por qué esas armas? —dijo—. ¡Malditas sean!

—Para protegerte si los bandidos de Perugia tratan de raptarte, padre Francisco —respondió alguien, su jefe, según me pareció.

—¿Raptarme? ¿Para qué?

—¿No sabes que un santo representa un tesoro? —dijo el jefe, riendo—. Fiestas, peregrinos por millares, cirios, incienso...

—¡Hermano León! —gritó Francisco, como pidiéndome ayuda—. ¿Dónde estás? ¿Es cierto lo que dice?

—Los hombres son capaces de todo, hermano Francisco —le respondí—. ¡Puedes escapar de Satanás, pero no del hombre!

—¡Señor —exclamó Francisco, desesperado—, tómame!

Y no volvió a hablar hasta llegar a Asís.

El obispo nos esperaba en el umbral de su morada. Nos ayudó cuando bajábamos a Francisco, después se inclinó y lo besó en la frente.

—Bienvenido seas, hijo mío —dijo—, ten confianza en Dios, tu hora no ha llegado aún.

—Tengo confianza en Dios —respondió Francisco—, reverendísimo padre; pero mi hora ya ha llegado.

La cámara en que acostaron a Francisco tenía una ancha ventana. Se podía ver toda la ciudad, los olivares, la llanura con sus viñedos y el río, que corría lentamente entre las márgenes verdes. A lo lejos se adivinaba San Damiano y. más baja. la Porciúncula.

A la mañana siguiente, cuando Francisco, íncorporándose en su lecho, vio el lugar bienamado, se echó a llorar:

—¡Oh, madre... —murmuró—, oh Asís, madre mía, Umbría de mi corazón!

Quiso que yo me acostara en un rincón, a su lado. Así, podía dormir y despertar al mismo tiempo que él. Dos golondrinas habían construido su nido en un ángulo de la ventana. Desde el amanecer, el macho revoloteaba alrededor de su hembra que empollaba. sin duda para animarla y distraerla. Francisco estaba conmovido por el espectáculo.

—Hermano León —me dijo—. no se pueden levantar los ojos y aguzar el oído sin que se nos llenen de prodigios. Alza una piedra y descubrirás bajo ella una vida inmutable al servicio del Señor, un humilde gusano que se esfuerza para que le nazcan sus alas y así poder volar, de una vez, transformado en mariposa, hacia el sol. ¿No hacen lo mismo los seres humanos en la tierra?

Sus últimas palabras fueron cubiertas por un ruido de voces que provenía de la calle. Una multitud numerosa debía haberse reunido ante el obispado. Se oía un gran tumulto y golpes sordos sacudían la puerta. Alguien dijo un discurso. El diácono del obispo entró en el aposento.

—No te inquietes, Francisco —dijo—, el alcalde de Asís está en franca guerra con el obispo. Por eso ha reunido al pueblo y lo excita contra el enemigo. Además, impide a las gentes que entren en la iglesia.

Francisco se turbó violentamente.

—¡Qué vergüenza! —gritó—. ¡Debemos restituir la paz!

Después de la partida del diácono, se volvió hacia mí:

—Hermano León. el himno a Dios no ha terminado aún. Toma la pluma y escribe:

«Alabado seas, Señor, por todos los que perdonan a sus enemigos.

»Bienaventurados los que padecen la injusticia

y la tribulación por amor a la paz.

»Bienaventurados los pacificadores, pues por Ti,

Señor, serán coronados».

Se persignó y agregó:

—Hermano León, ayúdame a levantarme y sostenme. Quiero ir hasta la puerta para hablar al pueblo... O más bien... No hablaré, pero estaremos juntos y cantaremos las alabanzas que han brotado de nuestro corazón.

Le tomé por la cintura, atravesamos el patio y yo abrí la puerta. La multitud iba a precipitarse en el obispado, furiosa, pero la figura de Francisco los detuvo.

Me hizo una seña, nos apoyamos contra la puerta y juntando las manos empezamos a cantar con voz sonora:

«Alabado seas. Señor, por todos los que perdonan a sus enemigos

por amor a Ti.

»Bienaventurados los que padecen la injusticia y la tribulación

por amor a la paz.

»Y bienaventurados los pacificadores,

pues por Ti, Señor, serán coronados».

En ese instante apareció el obispo. Era un anciano venerable; sus ojos observaban al pueblo con gran bondad Se puso a cantar con nosotros. Entonces ocurrió el gran milagro. El alcalde se apartó de la multitud, avanzó y se arrodilló ante él.

—Por el amor de Cristo y por su servidor Francisco —dijo—olvido nuestra enemistad, reverendísimo padre, y estoy dispuesto a conducirme según tu voluntad.

Conmovido, el obispo se inclinó, levantó a su adversario, lo abrazó y lo cubrió de besos.

—Mi condición debería hacerme bueno. humilde y pacifico —dijo—. Pero, ay. soy colérico por naturaleza. Perdóname, te lo ruego.

El pueblo se arrodilló y alabó a Dios; después, todos se precipitaron sobre Francisco para besarle los pies, porque había restituido la paz. Cuando volvimos a su aposento, Francisco estaba radiante. La alegría le había hecho olvidar sus sufrimientos y caminaba sin esfuerzo.

—Hermano León —me dijo—, ¿conoces esta historia? Había una vez un lindo principito que un hada malvada transformó en fiera temible que devoraba a los hombres. Éstos la odiaban y la perseguían con sus armas para exterminaría. Y la crueldad de la fiera aumentaba sin cesar. Llegó una

muchacha que se acercó con compasión y la besó en la boca. Entonces, súbitamente, la terrible cara desapareció, y surgió el encantador rostro del principito. Así es el pueblo, hermano León.

Esta nueva lucha había agotado a Francisco. Para cumplir ese milagro, había reunido sus últimas fuerzas. En cuanto subió a su aposento, cayó en su yacija, sin conocimiento.

Llamé al diácono. Nos llevó esencia de rosas y le reanimamos. También acudió el obispo.

—Francisco, hijo mío —dijo—, llamaré al médico. Estás en mi casa, y yo soy el responsable de tu salud.

Pero Francisco dijo que no con la cabeza.

—Debes respetar la vida, hermano Francisco —insistió el prelado—, no sólo la vida de tu prójimo, o la del gusano de tierra, sino también la tuya. La vida es el soplo de Dios, no tienes derecho a suprimirla. En nombre de la santa Obediencia, ¡obedece!

Francisco cruzó los brazos y calló. Llamaron al médico. Era un viejecito amarillo, de mirada de fuego, que desvistió al enfermo, lo volvió a uno y otro lado, auscultó su corazon...

—Con la ayuda de Dios, su estado puede mejorar —dijo.

Francisco sacudió la cabeza.

—¿Y sin la ayuda de Dios?

—Creo que puedes durar todavía hasta el otoño, padre Francisco. Después, tu vida estará en las manos del Señor.

Francisco permaneció silencioso un instante. Pero en seguida alzó las manos al Cielo:

—¡Serás, pues, bienvenida, con las primeras lluvias, oh hermana Muerte!

Sonrió y se dirigió a mi:

—¿Qué piensas tú, hermano León? ¿No sería justo agradecer a Dios por nuestra hermana la Muerte? Toma, pues, la pluma, compañero mártir, y escribe:

«Alabado seas, Señor, por nuestra hermana la Muerte,

de la cual ningún ser vivo puede escapar.

»Desdichados los que mueren en pecado, pero bienaventurados,

Señor, los que obedecieron tus diez mandamientos.

»Los que no temen la Muerte, ésos aman la Muerte».

Copié el himno entero en una hoja de papel y se lo di a Francisco para que le pusiera su sello, la cruz. Tomó la hoja, la miró y sacudió la cabeza.

—Tengo aún mucho que decir, Dios mío —murmuró—, tengo aún que alabarte por muchas cosas, pero Tú conoces mi corazón y todas mis entrañas... Alabado seas, pues, por todo, Señor.

Tomó la pluma y escribió: «¡Alabado seas por todo, Señor!». Después trazó una gran cruz al pie del himno.

—He terminado —dijo—. Agradezco a Dios por habérmelo permitido. Y ahora, cordero de Dios, envía a alguien a la Porciúncula para que invite a Pacifico, que venga con su laúd... Me acerco a Dios, y no puedo y no quiero sino cantar.

Envié a alguien en busca de Pacifico, que llegó al crepúsculo con su laúd. Francisco lo recibió con los brazos abiertos.

—¡Salud al trovador de Dios, salud a la verdadera boca del hombre! ¡En este papel está escrita una canción, toma tu laúd y canta! Cantaré contigo, este leoncillo de Dios cantará también, así como las cuatro paredes de nuestra celda, las piedras, la cal, los frescos...

Poco después, nuestra celda resonaba con ruidosas y alegres canciones. La ventana estaba abierta, el sol se ponía. las hojas de los árboles chorreaban luz. La campana de San Rufino replicaba las vísperas y su voz dulcísima se difundía en el aire. Francisco cantaba cada vez más fuerte, midiendo el compás y todo su pobre cuerpo martirizado bailaba.

De pronto se abrió la puerta, dando paso al obispo, cuyo buen rostro parecía preocupado.

—Francisco, hijo mio —dijo—, que Cristo te bendiga, pero deja de cantar. Los pasantes te oyen. «El obispo está borracho«, dicen. «¡Ha triunfado del alcalde y riega su triunfo!»

Pero Francisco, aún bajo la influencia del canto, le respondió:

—Reverendísimo padre, si mi presencia en tu casa te pesa. me iré. Canto, no puedo hacer otra cosa. Me acerco a Dios... ¿cómo puedo no alegrarme e ir a su encuentro cantando?

—Tienes razón, hijo mío, pero los que no se acercan a Dios no pueden comprenderte y están escandalizados. Canta, pues, en voz baja, si quieres — respondió el obispo, y salió del cuarto.

—Hermano Pacifico —dijo Francisco—, todo el mundo tiene razón, tanto el obispo como nosotros. Cantemos más bajo, para no escandalizar a nadie. Dame el laúd, querido profesor, ahora tocaré yo.

Tomó el laúd en sus brazos y se puso a tocar lentamente, con sus dedos dolorosos.

Mientras tanto, alabábamos a Dios en voz muy baja. Y cuando nos saciamos de música, Francisco devolvió el laúd a Pacífico y cerró los ojos. Estaba fatigado.

Pacifico salió del cuarto de puntillas.

—No salgas de Asís —le dije—. Quizá te necesite mañana. Ha entrado en el reino de la canción.

Pero al día siguiente, una nueva preocupación atormentó a Francisco:

—No hay que perder tiempo —me dijo muy temprano—. Antes de dejar este mundo, debo redactar mi testamento para los hermanos y las hermanas y confesar ante todos mi vida y mis pecados. Sabiendo todo lo que he soportado y cuánto he luchado, quizás algún alma se atreva a seguir mis pasos. Talla tu pluma, hermano León, y escribe lo que he de decirte.

Pasé ese día escuchando a Francisco con recogimiento y escribiendo al dictado.

A menudo me detenía para enjugarme las lágrimas. A veces el propio Francisco se detenía. Las palabras no bastaban para expresar su pensamiento, y lloraba.

Empezó por el relato de su juventud, cuando, vestido de seda y de terciopelo, con una pluma roja en su sombrero, se pasaba las noches correteando con sus amigos de juergas y cantando bajo las ventanas. Después contó cómo había ido a la guerra para distinguirse, matando a sus enemigos y ser consagrado caballero y regresar a Asís cubierto de gloria... Cómo una noche había oído la voz de Dios, lleno de pavor. «Dios», me dictó, «se dignó salvarme, a mi, Francisco el pecador, de la siguiente manera: cuando todavía me revolcaba en mis pecados, sentía una invencible repugnancia por los leprosos. Dios, alzando su voz, me ordenó entonces: «¡Abrázales, bésales, desvisteles y lava sus llagas!». Y cuando los hube abrazado y besado y desnudado y lavado, el mundo cambió. Todo lo que antes me parecía amargo, se volvió de pronto dulce como la miel.

Poco después abandoné el mundo. Abandoné este mundo vano y sus bienes temporales para consagrarme a Dios con toda el alma. Y Dios me dio hermanos y me reveló, gracias al santo Evangelio, qué regla debía imponer a mi vida y a la de mis hermanos.

Y todos los que aceptaron seguirme tuvieron ante todo la obligación de distribuir sus bienes entre los pobres. Y nosotros no poseíamos más que un solo hábito, remendado por fuera y por dentro, con una cuerda a guisa de cinto. Y caminábamos descalzos.

Y éramos todos simples e ignorantes y cada uno obedecía al otro. Y yo exigía a todos los hermanos que aprendieran un oficio honrado y que trabajaran. No por deseo de provecho, sino para enseñar con el ejemplo y huir de la ociosidad. Cuando nos era imposible ganarnos la vida trabajando, y sólo entonces, podíamos ir a mendigar de puerta en puerta. El Señor me reveló que todos debíamos decir: «Pax er bonum!»

A lo largo de ese día y el siguiente, Francisco, con los ojos cerrados, narró su vida y la terrible ascensión que había hecho, jadeante y descalzo, con los pies ensangrentados. Habló de su padre, muerto sin consuelo; de su nobilísima madre, convertida en monja en el convento de San Damiano; de la hermana Clara; de todos los hermanos, uno por uno; del apasionado Domingo, el misionero español que había encontrado en Roma, y por fin de la hermana Joaquina, esa noble dama que llevaba bajo sus vestidos, en contacto directo con la piel, el hábito franciscano. Y hasta recordó el corderillo de Roma que un carnicero llevaba en sus hombros, para degollarlo. El corderillo balaba, lleno de miedo, mirando a Francisco tras él, como pidiéndole socorro. Entonces, conmovido, Francisco había corrido hacia el carnicero y, abrazándole, le había dicho:

«En nombre de Cristo, hermano, en nombre del amor, te lo suplico, no lo mates». El rudo carnicero se había burlado: «¿Qué quieres que haga con él?». «Déjalo en mis manos y que Dios escriba tu buena acción en sus tablillas y te reserve, en la otra vida, un rebaño inmortal». «Oh», había exclamado el carnicero, «¿eres acaso Francisco de Asís, el que hace milagros?» «Si, Francisco de Asís, el pecador. ¿Pero quién soy yo para hacer milagros? Nada más que un pobre pecador que llora. Hermano mío, te lo

suplico, no lo mates». «Tómalo», había dicho entonces el carnicero, conmovido y bajando el corderillo de sus hombros. «Te lo doy. ¡Has hecho un nuevo milagro!» Francisco había regalado el cordero a la hermana Joaquina. Y desde entonces, el animal no se separaba de ella, iba a la iglesia y se arrodillaba a su lado, frente al altar.

Toda su vida se desarrollaba así, ante sus ojos cerrados. Después, la áspera y santa montaña del Alverna se irguió en su espíritu, y Jesús el crucificado, relámpago deslumbrante, se abatió de nuevo sobre él.

—¡Señor, Señor —gritó con voz desgarradora—, soy un ladrón, un ladrón crucificado, dígnate aceptarme a tu diestra!

Al crepúsculo, su testamento estaba terminado. Francisco abrió los ojos:

—Hermano León —dijo, mirándome con ternura—, te he torturado mucho, hijo mío, te he fatigado mucho. Es justo que agregue estas últimas palabras al himno que hemos ofrecido a Dios:

«Y alabado seas, Señor, por el corderillo de Dios,

el leoncillo de Dios, por mi hermano León.

»Es obediente, lleno de valor, me ha seguido

en mi ascensión hacia ti, Señor.

»Pero él tiene más mérito que yo,

porque a menudo, para seguir mis pasos,

debió luchar contra su naturaleza, debió vencerla».

Caí a sus pies y los besé. Quería hablar, pero los sollozos me ahogaban.

—Acabo de revivir toda mi vida, hermano León, he padecido de nuevo todos mis dolores, estoy cansado. Llama al hermano Pacífico, cantaremos juntos para que yo sienta aliviarse mi corazón.

—El obispo nos regañará —dije.

—¡Hace bien en regañarnos, y hacemos bien en cantar! ¡Llama a Pacífico!

El hermano trovador llegó.

—¡Adelante, ruiseñor de Dios! —exclamó Francisco alegremente—. ¡Todos en coro!

Al principio, Pacifico tocaba suavemente y nosotros cantábamos en voz baja para no llamar la atención. Pero pronto, exaltados, olvidamos al obispo y a los presentes y nuestras voces se elevaron, victoriosas, en un canto de alabanza a Dios. ¡Qué alegría la nuestra! La Muerte aguardaba en la puerta, y nosotros, despreocupados, con el cuello tendido como pájaros, hacíamos de la Vida y la Muerte un canto inmortal.

Estábamos en el colmo de la alegría cuando se abrió la puerta y entró Elías, con aire severo. Volvía de una gira fructífera y venia a Asís para pagar a los albañiles que construían el gran convento. Al pasar frente al obispado, había oído cantar y entre las voces había reconocido la de Francisco. Varias personas se habían detenido en medio de la calle para escuchar. Algunas reían, otras se escandalizaban. «Desde hace días», explicó una de ellas a

Elías, «no se oyen más que canciones en la casa del obispo, como si fuera una taberna».

Al ver ceñudo a Elías, Francisco había dejado de cantar repentinamente.

—Hermano Francisco —dijo Elías con autoridad y reteniendo su cólera—, no sienta a tu reputación de santo tocar el laúd y cantar sin preocuparte de los que te oyen. ¿Qué dirán de ti? ¿Qué dirán de nuestra orden? ¿En esto consiste, pues, la vida austera y santa que predicamos? ¿Así llevaremos las almas al Paraíso?

—¿Y de qué otra manera, hermano Elías? —preguntó Francisco con voz tímida, como un niño a quien regaña su maestro.

—¿Cantando? Creo que el trovador aquí presente te ha arrastrado. Es el responsable de tu conducta —dijo Elías señalando, con desdén, a Pacifico, que procuraba esconder el laúd tras su espalda.

La sangre coloreó las mejillas de Francisco.

—Soy yo, más bien, quien lo ha arrastrado, como he arrastrado al hermano León, como te he arrastrado a ti mismo, y a la orden entera. Soy yo quien responderé por todos vosotros ante Dios. Y si canto es porque Dios me lo ha ordenado: «Francisco, tú ya no sirves para nada, Elías se ha apoderado de tu autoridad, te ha expulsado de la orden; toma, pues, el laúd, retírate y canta».

—Tú mismo confiesas —respondió Elías—que Dios te ha ordenado cantar en la soledad y no aquí. en pleno centro de Asís. Perdóname. hermano Francisco, pero soy el vicario de la orden y tengo mis responsabilidades...

Francisco quiso responder, pero las palabras le ahogaban.

—Hermano León —dijo volviéndose hacia mi—. También de aquí nos expulsan. ¿Adónde iremos, qué será de nosotros? ¡Levántate, partamos!

—¿Adónde ir, padre Francisco? Es de noche ahora...

—Nos expulsan también de aquí... nos expulsan también de aquí... —repetía sin cesar.

—Quédate una noche más, hermano Francisco —dijo Elías—, nadie te expulsará; basta con que no cantes... Y mañana por la mañana. ¡haz lo que Dios te inspire!

Se inclinó, le besó la mano y se marchó.

Pacífico, aterrado, había escapado sin duda.

Estábamos solos, Francisco y yo.

—¿Qué has dicho, hermano León?

—Nada, padre Francisco. No he hablado.

—«Quien vive con los lobos debe ser un lobo y no un cordero», eso has dicho, eso dicen todas las personas sensatas. Pero yo tengo la locura, la nueva locura de que me ha dotado Dios, y digo: «Quien vive con los lobos debe ser un cordero, aunque lo devoren». ¿Cómo se llama eso inmortal que hay en nosotros?

—El alma.

—Y bien. el alma no pueden devorarla, hermano León.

Al día siguiente, al alba. Francisco despertó alegre:

—Eh, hermano León. no necesito a Pacifico ni su laúd. Necesito dos pedazos de madera. Esta noche, por primera vez, he comprendido qué son la música y el canto. Escucha: tú roncabas, pero este pobre desecho que se llama Francisco no podía dormir, tanto sufría... Sufría, el desgraciado, y su sangre se estancaba en su yacija. Oí caminar a los últimos transeúntes, ladrar a los perros, cerrarse las puertas y las ventanas. Después fue la calma, la dulzura tersa, la alegría. De pronto, el sonido de una guitarra se oyó bajo mi ventana. A veces sonaba más cerca, a veces más lejos, como si el guitarrista se paseara de un extremo a otro de la ciudad. Nunca, hermano León, sentí una alegría tan grande. Más que la alegría, era la beatitud... Más que la beatitud, estaba sumergido en el seno de Dios y desaparecía...

Calló un instante, y después:

—Si esta música hubiera durado más tiempo, me habría muerto de alegría.

Y poco después, sonriendo:

—Elías no quería que tocara el laúd ni que cantara. Pero Dios me ha enviado un ángel que me ha tocado una serenata.

Quiso levantarse, pero no pudo.

—Ven, ayúdame, hermano León, nosotros partimos. Vamos adonde podamos cantar libremente, a nuestra choza de la Porciúncula.

Llamé a Pacifico, levantamos a Francisco y nos marchamos. El obispo había partido en gira por las aldeas. La noticia de que Francisco salía de Asís hacia la Porciúncula ya había circulado de boca en boca y en cada calleja una multitud de hombres, de mujeres y de niños salía de las casas y de los talleres, uniéndose a nosotros, blandiendo ramas de mirto y de laurel.

Franqueamos las puertas de la ciudad y después, a la salida del olivar, tomamos la costa. Era el mes de agosto, hacía mucho calor, las higueras se doblaban bajo el peso de los frutos, las viñas estaban cargadas de racimos, el trigo cortado. La llanura olía a hierba quemada por el sol.

—Despacio, hermanos, no tan rápido —suplicaba Francisco—. Vosotros tenéis todo el tiempo para ver estas tierras bienamadas, pero para mi es la última vez... Caminad lentamente, os lo suplico.

A pesar de sus ojos enfermos, trataba de ver el espectáculo de la naturaleza y de llevarse las últimas imágenes con él, al Cielo: Asís, los olivares, las viñas.., y cuando por fin la ciudad amada estuvo a punto de desaparecer tras de nosotros, Francisco exclamó:

—¡Esperad, hijos míos, quiero verla una última vez y decirle adiós!

Nos detuvimos y volvió el rostro hacia Asís. La multitud que nos seguía también se detuvo, muda. La mirada de Francisco se demoraba en las casas, las iglesias, las torres y en la cumbre de la ciudad, en la fortaleza casi en ruinas. De pronto, se oyó el toque de agonía.

—¿Por qué? —preguntó Francisco.

—No sabemos... no sabemos... —le respondieron. Pero todos sabíamos que era para despedir a Francisco, que marchaba a la muerte. Él, enjugándose las lágrimas, trataba de divisar a Asís y tras ella los flancos soleados del monte Subasio y las grutas donde antaño se retiraba para llamar a Dios.

Levantó lentamente la mano y trazó una cruz sobre la ciudad amada.

—Adiós, Asís, madre mía. Alabado seas, Señor, por esta graciosa ciudad, por sus casas, sus habitantes, sus viñas, sus tiestos de albahaca y mejorana en las ventanas. Alabado seas, Señor, por esta ciudad donde vivieron el señor Bernardone, la señora Pica y su hijo Francisco, el pobrecillo de Dios. Ah, si pudiera tomarte entera en mi mano, Asís, y ponerte a los pies de nuestro Dios. Pero no puedo. mi ciudad bienamada. ¡Adiós!

Se echó a llorar y su cabeza rodó sobre su pecho.

—¡Adiós! —repitió—. ¡Adiós!...

Detrás de nosotros, el pueblo lloraba. Llegados a la Porciúncula, advertimos que Francisco se había desvanecido en nuestros brazos durante la marcha. Lo tendimos suavemente en el suelo de la choza. El pueblo se dispersó y los hermanos que quedaban todavía en la Porciúncula, Gennadio, Rufino, Egidio y Bernardo, fueron a besarle la mano.

Pasó una semana, después dos, después tres. Se hicieron las vendimias, las hojas de las parras empezaron a enrojecer, los higos se llenaron de miel, los olivos se barnizaron y las golondrinas se prepararon para su nueva partida. Las primeras grullas pasaban sobre la choza, en vuelo hacia el sur. Francisco oyó sus gritos y abrió los ojos:

—Las grullas preceden a las golondrinas —dijo—. Buen viaje, hermanas. Pronto un gran pájaro vendrá a buscarme, también a mi, para partir...

A veces buscaba mi mano para incorporarse y después de acomodarse se ponía a hablarnos de sus damas eternas: la Pobreza, la Paz y la Humildad, mirándonos con ternura. Alrededor de él, lo escuchábamos, procurando no perder una sola de sus palabras.« Son sus últimos deseos», pensábamos. «No habla sólo para nosotros, sino para todos los hermanos y todas las hermanas del porvenir. Nuestro deber es grabar sus palabras hondamente en nuestro espíritu para que no se borren nunca de él».

—¿Qué es el Amor, hermanos? —nos decía abriendo los brazos como para abrazarnos—. El Amor es más que la compasión y la bondad, pues en la compasión hay dos partes: el que sufre y el que compadece. En la bondad, también: el que da y el que recibe. Pero en el Amor sólo hay una persona: ambas partes se han fundido en una sola y nunca se separarán. Él tú y el yo desaparecen, porque Amar significa desaparecer.

Un día me tomó la mano:

—Hermano León, antes de morir tengo deseos de ver a la hermana Joaquina. Te ruego que tomes una hoja de papel y le escribas: «Del hermano Francisco, el pobrecillo de Dios, a la hermana Joaquina: Has de saber, mi querida hermana, que el fin de mi vida se acerca. Si quieres verme una vez más en esta tierra, no pierdas tiempo, ponte en marcha hacia la Porciúncula

cuando recibas mi mensaje. Si tardas siquiera un poco, no me encontrarás vivo. Trae contigo un sudario de tela ruda para envolver mi cuerpo y cirios para mi entierro.

Volvió la cabeza hacia el hermano que estaba sentado a su lado:

—Hermano Gennadio. éste es el último servicio que te pido: toma este mensaje...

Pero calló bruscamente, irguió la cabeza como si hubiera oído algo y una dulce sonrisa se difundió en su rostro.

—Gracias, hermano Gennadio, gracias a Dios ya no es preciso que vayas a Roma... —dijo, volviendo los ojos hacia la puerta.

Miramos todos hacia la puerta. Se oían pasos que se acercaban. Entonces me puse de pie rápidamente para ver quién venia, y antes de que llegara al umbral dejé escapar un grito: la hermana Joaquina se encontraba ante mi. La noble dama entró, se arrojó a los pies de Francisco y le besó las llagas y le acarició las manos.

—Padre Francisco... Padre Francisco... —murmuraba, llorando.

—Buenos días, hermana Joaquina, estoy muy contento.., muy contento... ¿Quién te ha avisado?

—La Virgen María ha venido a yerme en sueños. «Corre«, me dijo, «Francisco se muere. Lleva el sudario que le has tejido y cirios para su entierro».

Puso el sudario a los pies de Francisco y. con voz entrecortada, prosiguió luego:

—Lo he tejido con mis propias manos, padre Francisco, con la lana del cordero que me diste.

Francisco se incorporó, se miró las manos, los pies, tanteó su pecho herido y sangrante, y suspiró:

—Mi pobre borrico, hermano mío, mi cuerpo destrozado.., te he torturado, perdóname.

Sonrió con amargura.

—Perdóname también tú. oh Tierra, madre venerable. Me diste un cuerpo resplandeciente y mira qué fango, qué hediondez te devuelvo.

Mientras hablaba, el miedo agrandaba sus ojos. Extendió el brazo y mostró algo, al lado de la puerta.

—¡Miralo!

—¿A quién?

—¡Al mendigo! ¡Al mendigo! Está en la puerta, levanta su mano agujereada y saluda. Baja su capucha... ¡Oh!

—Padre Francisco, no tiembles.

—¡Oh, soy yo. yo... Reconozco mi propio rostro, la cruz sobre mi frente, las marcas del hierro en mis sienes. Se acerca...

Francisco se tapó los ojos con la manga de su túnica, para no verle.

—Se acerca... se acerca... —murmuró, temblando—. Sonríe, me abre los brazos...

Se cubrió los ojos con la otra manga, pero eso no debió impedir que lo viera, porque siguió aullando:

—¡Está allí, se acuesta a mi lado! ¡Hermano León, socorro!

Me abrazó, después tanteó con su mano a la derecha, a la izquierda, detrás de la cabecera de la cama…

—¡Nadie… nadie!…

Y después, pensativo:

—Se confundieron en uno solo, nos hemos confundido en uno solo, nuestro viaje ha terminado…

El fin se acercaba. Los hermanos llegaron de todas partes para decir adiós a Francisco. Elías corría de aldea en aldea, anunciaba que el santo se moría y reunía a las multitudes. «Que todos estén dispuestos a acudir al entierro con cirios encendidos«, recomendaba. Había pedido al obispo que ordenara el toque de agonía día y noche en San Rufino. En San Damiano, las monjas, arrodilladas ante el crucifijo, imploraban a Dios que todavía no se llevara a su Francisco. Por su parte, el Lobo bajó de la montaña, llevando como regalo un cesto lleno de racimos y de higos. Entró de puntillas y se acercó a Francisco. Este abrió los ojos y lo reconoció.

—Hermano Cordero, buenos días. Los gavilanes del Alverna debieron anunciarte que me moría. Adiós, hermano.

—No eres tú quien muere, padre Francisco, no eres tú, somos nosotros —respondió el hermano—. Perdóname por todo lo que he hecho.

—Dios te perdona, hermano Cordero. Dios, y no yo. Y si salvas tu alma, todo será salvado, hasta los corderos que comiste cuando eras lobo.

El Lobo dejó el cesto de frutas a los pies del moribundo.

—Padre Francisco, te he traído algunos higos y racimos para que comas por última vez. No ternas, no los he robado.

Francisco puso la mano sobre las frutas maduras y sintió con placer su frescura.

Tomó un grano de uva, lo llevó a su boca, tomó un higo, y lamió el jugo azucarado que chorreaba de él.

—Adiós, higos y racimos, adiós, hermanos míos. ¡Nunca más!

Setiembre acabó. A comienzos de octubre, el cielo se oscureció y las primeras lloviznas empezaron a caer. Una bruma leve se extendió sobre los olivos y los pinos.

Y al mismo tiempo, una inefable dulzura se difundía en el mundo. La tierra yacía en el aire húmedo, pesada de frutos y satisfecha.

Francisco abrió los ojos. La choza estaba llena de hermanos. Reunidos desde la mañana, miraban al enfermo, en silencio. Muchos estaban en cuclillas en el suelo, otros permanecían de pie. Ninguno se atrevía a romper el silencio sagrado. De cuando en cuando, enjugando sus lágrimas, salían para respirar con más facilidad. Francisco los saludaba con la mano. Bernardo se arrodilló.

—Padre Francisco —dijo besándole la mano—, te marchas, subes al Cielo. Habla por última vez.

Francisco sacudió la cabeza:

—Hijos míos, hermanos míos, padres míos, todo lo que tenía que deciros os lo he dicho ya. Toda la sangre de mi corazón os la he dado. Ya no tengo nada. Si aún tuviera que hablar o verter sangre, Dios me retendría en la tierra.

—¿Ya no tienes nada que decirnos, nada?... —exclamó Egidio, que lloraba en un rincón.

—Pobreza, Paz, Amor, nada más, hermanos míos. Pobreza, Paz, Amor...

Trató de levantarse inútilmente.

—Hermanos míos, desnudadme, acostadme, desnudo, en el suelo, quiero tocar la tierra, quiero que la tierra me toque...

Lo desvestimos llorando, lo tendimos en el suelo y nos arrodillamos a su alrededor.

Francisco se asombró.

—¿Por qué lloráis, hermanos?

Nadie respondió.

—¿Es tan dulce la vida? ¿O creéis tan poco en la vida eterna? Mi hermana Muerte, tú que esperas más allá de la puerta, perdona a los hombres, no conocen tu noble rostro y por eso te temen.

Miró a su alrededor:

—¿Dónde estás, Pacífico? Toma tu laúd y cantemos todos juntos las alabanzas del Señor:

«Alabado seas, Señor, por todas tus criaturas

y sobre todo por nuestro hermano el Sol...»

Pero mientras cantaba, me distraje un instante. La choza, la Porciúncula, Asís desaparecieron y me encontré en una tierra desconocida que se extendía verde, hasta el horizonte. Tendido en el suelo, el rostro vuelto hacia el Cielo, Francisco moría. Lloviznaba suavemente. A lo lejos, las cimas de las montañas estaban cubiertas de una bruma ligera. Un dulce olor a hierba quemada subía del campo vecino. En alguna parte, el mar suspiraba.

No había nadie en torno a Francisco, pero de pronto el aire pareció espesarse y doce hermanos, embozados en sus capuchas, aparecieron y se inclinaron sobre el moribundo. No se oía nada, salvo sus lamentaciones. Yo estaba entre ellos, y cuando levanté los ojos, divisé tras de nosotros a miles y miles de monjes de cráneo rasurado que cantaban el oficio de difuntos. Irguiéndome sobre las rodillas, vi más lejos los rebaños de corderos, de bueyes, las manadas de caballos, las jaurías de perros que, con aullidos quejosos, iban a alinearse tras los hermanos bajando la cabeza. Zorros, lobos, chacales, osos salían del fondo de la selva y se mezclaban a los animales domésticos, uniendo sus lamentos a los nuestros. Miríadas de pájaros, reunidos en el cielo, bajaban piando e iban a posarse en torno a Francisco.

—Mi bienamado Francisco —murmuré—, mi bienamado Francisco. todos los animales han venido a tu entierro y lloran. Todos los hermanos…

De pronto, los cielos se llenaron de resplandores dorados, verdes, azules, purpúreos. Levanté la cabeza. Ángeles rodeaban al moribundo por millares, con las alas plegadas, esperando gozosos para llevarse su alma.

Súbitamente, gritos desgarradores me volvieron en mi. Tres mujeres se lamentaban, aferradas al cuerpo de Francisco, como queriendo retenerlo. La hermana Pica le rodeaba la cabeza con los brazos; la hermana Clara le estrechaba los pies y la hermana Joaquina tenía una mano puesta sobre el pecho de Francisco.

El sol se había alzado. Fuera, la lluvia impregnaba la tierra. Fue entonces cuando distinguimos dos alas negras extendidas sobre Francisco.

Su rostro resplandecía. Sus ojos abiertos miraban algo en el espacio. Hizo un esfuerzo supremo, volvió la cabeza hacia nosotros y nos miró largamente. uno por uno.

Sus labios se movieron. Me acerqué. Velada, débil y lejana, como viniendo desde la «otra orilla«, se elevó su voz:

—Pobreza, Paz, Amor…

Contuve la respiración, esperando el resto… pero nada siguió. Entonces, todos juntos nos arrojamos sobre él y lo cubrimos de besos, llorando.

En el instante en que escribí en mi celda estas últimas palabras. sollozando por el recuerdo de mi maestro bienamado, un gorrión golpeó el cristal de mi ventana. Sus alas estaban mojadas, tenía frío. Me levanté para abrigarlo.

Y eras tú, padre Francisco, que para venir a verme habías tomado la figura de un gorrión…

FIN

---

[i] Del griego caiharos: puro. En Francia, los cátaros fueron conocidos como albigenses.

[ii] Del dialect. murgaño, del lat. *muricaneus, ratoncillo, con infl. de musaraña.
1. m. Pequeño mamífero insectívoro, semejante a un ratón, pero con el hocico largo y puntiagudo. Varias de sus especies son propias de Europa. En España se conoce el musgaño común, que habita en las huertas, y el enano, de unos siete centímetros, de los que corresponden cuatro al cuerpo y tres a la cola. El vulgo le atribuye falsamente propiedades venenosas